

«Livi...»



Todo lo que

DEJÉ ATRÁS

SCARLETT BUTLER

TUDO LO QUE DEJÉ ATRÁS

Scarlett Butler

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Todo lo que dejé atrás*

© *Scarlett Butler*

Edición publicada en marzo 2019

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*

Maquetación: *Alexia Jorques*

Todo lo que

DEJÉ ATRÁS

SCARLETT BUTLER

«Todos los cambios, aun los más ansiados, llevan consigo cierta melancolía; porque aquello que dejamos es una parte de nosotros mismos: debemos morir una vida para entrar en otra».

Anatole France

— Índice —

Una Olivia sin esperanza

~1~

~2~

~3~

~4~

~5~

~6~

~7~

Una Olivia que cree en las segundas oportunidades

~8~

~9~

~10~

~11~

~12~

~13~

~14~

~15~

~16~

~17~

~18~

~19~

~20~

~21~

~ 22 ~

~ 23 ~

~ 24 ~

~ 25 ~

~ 26 ~

~ 27 ~

~ 28 ~

~ 29 ~

~ 30 ~

~ 31 ~

~ 32 ~

~ 33 ~

~ 34 ~

Una Olivia enfrentándose a su destino

~ 35 ~

~ 36 ~

~ 37 ~

~ 38 ~

~ 39 ~

~ 40 ~

~ 41 ~

~ 42 ~

~ 43 ~

~ 44 ~

~ 45 ~

~ 46 ~

~ 47 ~

~ 48 ~

~ 49 ~

~ 50 ~

~ 51 ~

~ 52 ~

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Una Olivia sin esperanza

~ 1 ~

Nunca me había parado a pensar en lo bueno que es *dormir*. Según la RAE, se trata de «hallarse en el estado de reposo que consiste en la inacción o suspensión de los sentidos y de todo movimiento voluntario». Y hoy más que nunca corroboro esa definición, aunque yo añadiría más. Es sumirse en un estado de plena inconsciencia, donde nuestra vida diaria se desenfoca y pierdes la noción de la realidad..., menos mal. Durante unas cuantas horas puedes respirar aliviado y soñar con una dimensión alternativa que no existirá cuando abras los ojos y todo vuelva a empezar un día más.

—¿Oli? ¿Estás despierta? —La voz de mi madre resuena a lo lejos, aunque no sé si realmente está en la habitación o no. Todavía no he querido despegar los párpados y dejar que la realidad me golpee en el pecho como hace cada día. Siento una mano posarse sobre mi pierna: es la de mi madre, que, efectivamente, está junto a la cama en la que dormí durante años.

Me doy la vuelta, como dándole a entender que no estoy despierta, que de hecho no estoy aquí, tan solo físicamente desde hace días. Pero ya se sabe cómo son las madres, insistentes a más no poder, así que no cesa en su empeño.

—Cariño, ya es casi mediodía... —Más silencio. Si algo estoy llegando a odiar, y nunca pensé que llegase a este punto, son los malditos silencios—. Estaré en la cocina.

Suenan sus pasos tras cerrar la puerta, seis pisadas exactas son las que hay hasta la cocina. Oigo el cacharreo de preparar la comida hasta que finalmente abro los ojos. Se clavan en el techo y parpadean cada pocos segundos debido al escozor que, de nuevo, regresa. Por eso, lo único que hago es dormir, porque dormida no duele nada, porque dormida no recuerdo, no afronto la verdad y no lloro. Hace pocos días que las pesadillas se han ido y consigo descansar algo más. Por eso, *dormir* es un alivio, es una cura para el dolor... ¿A quién pretendo engañar? No hay nada que alivie el dolor, que cure las heridas o que me permita respirar. Hace dos semanas mi vida se detuvo y desde entonces contengo el aliento, y me temo que será así para siempre.

Cierro los ojos apretándolos con fuerza y por unos segundos el escozor cesa, hasta que de nuevo los abro y vuelve, igual que el dolor vuelve una vez que me despierto. Suspiro y me incorporo en la cama. La persiana está a medio bajar porque me acostumbré a que la luz entrase en la habitación, aunque era algo que antes odiaba tremendamente. Es curioso cómo las cosas que aborrecemos de pronto se convierten en costumbre e, incluso, en algo que nos gusta. Aún sentada en la cama, mi vista se desvía hacia la mesita que tengo al lado, y veo nuestra foto juntos. Alargo la mano para cogerla, pero me tiembla tanto que la abro y cierro un par de veces, tratando de ser fuerte.

—Vamos, Oli, coño. Es solo una puta foto. —La rabia se mezcla con el dolor y necesito echar fuera lo que me aprieta el pecho. Vuelvo a acercar la mano al marco y, esta vez sí, la cojo, pero se me escurre y con un estruendo acaba en el suelo, el cristal hecho añicos. De repente, siento como si me hubieran arrebatado un pedazo de mí, y vuelvo a llorar sin poder contener los ruidos que salen de mi boca. Sé que en microsegundos mi madre entrará y me abrazará queriendo ayudarme, llevarse el dolor que me aprisiona.

—¿Oli? ¿Cariño, estás bien? —Me encuentra en el suelo, frente a la foto, con el marco y el cristal hechos pedazos, mientras lloro, ahora en silencio. No dejo de mirarla; en ella estamos los dos juntos, mirándonos a los ojos con la boca abierta, riendo—. Cielo...

Con los dedos temblorosos cojo la fotografía y la acerco hasta mi pecho. De nuevo vuelvo a llorar con gemidos, con lágrimas, con rabia y una herida que cruza mi pecho de lado a lado. Mi madre se arrodilla detrás de mí y me abraza. Intenta quitarme la foto, pero yo me aferro a ella. Ni con agua caliente podrían arrebatármela. El volumen de mi llanto se eleva por momentos, no consigo pararlo. A veces desearía que no fuera tan alto, que no sonara tan triste y desesperado, pero no lo consigo. Joder, no lo consigo...

—Ya está, pequeña, todo estará bien. —Mi madre me mece, arrullándome como cuando era una niña pequeña a la que se le rompía su juguete preferido y lloraba hasta que se lo arreglaban.

Pero ahora no hay nadie que pueda arreglarlo, no pueden devolverme lo que he perdido, y dudo mucho que yo misma, algún día, pueda recomponerme. Porque él ya no está y de la tumba no se puede regresar. Porque un día se marchó para siempre, sin despedirse de mí, sin decirme «adiós», sin prometerme que volveríamos a vernos. Únicamente me dijo que llegaba tarde a una reunión y cogió una de las galletas que yo había elaborado, medio quemada, ignorándome al advertirme que estaban malísimas. Me guiñó un ojo y

me dijo que me quería con la mirada, como miles de veces solía hacer. Abrió la puerta y se giró una última vez para recordarme que el amor lo había cambiado, que su vida había cobrado sentido desde que estábamos juntos. Y nada más. Una hora después sus ojos se cerraron para siempre y no volverían a expresar nunca más las dos palabras que se convirtieron en la banda sonora de nuestra vida: «Te quiero».

Hoy es el primer día que puedo levantarme de la cama sin que me duela cada fibra del cuerpo. Según mi madre, tanto dolor se debe a que no salgo de esa cama que tiene ya más de veinte años. Si ese colchón hablase, mi madre me desheredaría.

—Han vuelto a llamar Elena y Alba; están realmente preocupadas, cariño. Deberías hablar con ellas. —Todo el mundo parece saber qué es lo que tendría que hacer, pero nadie parece entender qué es lo que realmente quiero, joder.

Remuevo el café con parsimonia, concentrándome en los pequeños grumos que se forman en la espuma. Alba y Elena, mis dos mejores amigas, han estado conmigo desde hace tanto tiempo que apenas puedo precisar qué día nos hicimos inseparables. Es extraño, pero a veces te encuentras en la vida con personas que se quedan en ella para siempre, no importa lo jodidamente enferma, deprimida o hecha mierda que estés; sabes que ni siquiera la distancia podría apartarte de ellas. Y así somos nosotras, «las tres Marías», tres amigas que, sin importar los kilómetros que nos separen, no dejamos de sentir el apoyo de las otras. Tres locas que vivieron juntas sus primeros amores, sus fracasos, pérdidas de empleo, muerte de seres queridos y otros jodidos golpes del destino, borracheras, cambios de vida...

Suena el teléfono de casa y mi madre me anuncia que es Alba. Niego con la cabeza sin mirarla a la cara, concentrada en la espuma del café como si fuera algo de vital importancia, como si fuera a examinarme de barista. Patético no, lo siguiente. Oigo a mi madre comentarle a Alba que al menos me he levantado de la cama y me he sentado a la mesa a desayunar, pero yo no quiero oír cómo me critican, cómo se quejan de que soy una sombra desde hace semanas, que no me comunico, que no siento ni padezco. ¡Joder! ¿Tan complicado es comprender que mi vida no tiene sentido después de la muerte de él? Soy como aquellos niños magos que se conformaban con lo de «el-que-no-debe-ser-nombrado». No quiero ser uno de esos putos niños, yo quiero ser Harry Potter. Lo suficientemente fuerte para volver a pronunciar su nombre y seguir adelante, pero duele tanto que no sé cómo coño hacerlo.

—No podrás ignorar a tus amigas eternamente —murmura mi madre.

—¿Eternamente no? Vaya, pues ese era mi plan.

—Es bueno ver que al menos tu ironía va regresando. —Me mira de soslayo mientras comienza a recoger los restos del desayuno. No hago caso a su mordaz comentario, al que en otro tiempo habría seguido replicando hasta que las dos nos hubiéramos enzarzado en una absurda batalla dialéctica. Para eso hay que tener fuerzas, y las mías se fueron con él.

De nuevo me marcho a mi dormitorio, cierro la puerta y me arrastro hasta la cama. La persiana filtra la luz del día que empieza a clarear. Me recreo en la bonita imagen que proyecta a través de las lamas y, casi en un acto reflejo, alcanzo mi cámara de fotos y, de nuevo inconscientemente, suena el clic repetidas veces.

Esta no es mi casa, la mía se encuentra a pocos kilómetros de aquí. Salí de allí el día que Jesús murió y no he podido volver. No, miento. Regresé tras el funeral, pero todo me recordaba a él, a nuestra vida juntos; seguía su olor impregnando cada rincón del apartamento, su ropa en el armario, sus notitas por toda la casa recordándome cuánto me quería... y entonces huí. Salí despavorida de allí y no he vuelto.

Sé que es de cobardes, que no puedo esconderme en las faldas de mi madre el resto de mi vida. Una mañana abrió la puerta de esta habitación y la oí depositar algo en la mesa. Era mi cámara fotográfica, la que estaba en el apartamento donde vivíamos. Se dice que las madres lo saben todo; es como si lo olieran, como si tuvieran un sexto sentido. Ella sabe lo que representa para mí esa cámara: toda mi vida.

Desde hace varios años soy fotógrafa profesional, incluso tengo mi estudio aquí en Madrid. Antes de conocer a Jesús y convertirme en la mujer madura y sensata que todos llevaban años esperando, fui fotógrafa *freelance*, y he de decir que fueron años estupendos. Viajé muchísimo, pude conocer lugares asombrosos, verlos a través de mi lente y transportar hasta allí con mis instantáneas a gente que estaba a millones de kilómetros. Además, conocí a muchas personas interesantes y me acosté con varios de ellos. Fueron unos años locos, pero de los que nunca me arrepentiré.

Cuando conocí a Jesús, decidí que era el momento de dejar aquella vida. Ya no era la chica que deseaba vivir aventuras y buscar sensaciones sin pararse a pensar en nada. Él me cambió tanto... la perspectiva de tantas cosas. Nunca imaginé casarme y soñar con formar mi propia familia. Él lo consiguió. Pero antes de poder cumplirlo, se fue, y esa opción se rompió en mil pedazos.

—Veo que has cogido la cámara. —No he oído a mi madre entrar y ya la

tengo sentada a mi lado en la cama. Sonríe aliviada, como el día que le presenté a Jesús y entendió que mi vida loca de aquí para allá, de tíos distintos cada mes, se había acabado para siempre.

—No sé por qué, pero he sentido el impulso de hacer unas fotos. — Observo en la pantalla las fotografías que he sacado y, sin darme cuenta, sonrío por primera vez en semanas .

—Y así es como debe ser. Sé que no quieres oírnos decirte esto, pero la vida continúa, por mucho que te duela, por mucho que lo odies, por muy injusto que lo sientas... La vida sigue, y aun cuando yo me marche, continuará. —Me escuecen los ojos por las lágrimas, que han vuelto. Claro que no quiero escucharla decir eso, joder. Bastante tengo ya con una pérdida como para pensar en otra—. Sé lo que estás pensando. No quieres oírme hablar de la muerte, de lo rotos que nos deja cuando las personas desaparecen de nuestras vidas. —Vale, ya es oficial, soy una llorona insoportable—. No me importa que llores; llorar cura el alma, nos sana, nos recompone. Cuando la enfermedad de tu padre era irremediable y se avecinaba el final, yo no paraba de llorar. Nunca delante de vosotros, obviamente, aunque tu padre no era tonto y una vez me dijo que no pasaba nada por que él me viera romperme, que podía sostenerme aún. —Se le quiebra la voz en ese punto y un brillo acuoso la delata. Aun así, es una madre, y lo primero es su hija, por lo que sigue hablando—. En una ocasión no pude aguantarme y lloré y grité con él, arrodillada ante su cama mientras tu padre me acariciaba el pelo. Pero por desgracia se fue, y su pérdida me dejó tan rota que nunca me he recuperado del todo. He seguido caminando, por ti, por los seres queridos que se quedaron aquí y que no tienen culpa. Y aunque creas que no te comprendo, deberías pensar que lo hago, y muy bien.

—Tú creaste una familia con papá, a mí ni a eso me ha dado tiempo.

—Lo sé, pero no hay nada que puedas hacer. Olivia, escúchame bien. Jesús no querría verte abatida, rendida y destrozada el resto de tu vida. Te estamos dando margen entre todos, pero necesitas volver a conectarte a la realidad, salir a la calle a que te dé el sol en la cara, ir a tu estudio, hablar con tus amigas; volver a ser la Oli de siempre, o al menos una que se le parezca.

Mi madre, a la que siempre he visto como esa roca que soporta viento y marea, por vez primera me muestra el dolor de perder a mi padre, con el que vivió la mitad de su vida. Y aunque quiero empatizar con ella, abrazarla y decirle que la entiendo mejor que nadie, no lo hago, no puedo. Si me acerco a ella, me derrumbaré otra vez, y no soporto más lágrimas estúpidas. Me las

trago y me levanto para subir la persiana. La siento marcharse; sabe que ahora necesito y quedarme sola con mis pensamientos.



En la calle hace un día espléndido, soleado, con un cielo azul tan brillante que incluso deslumbra. Un avión lo cruza emitiendo un ruido ensordecedor, de esos que te hacen fruncir el ceño. Justo enfrente tenemos un parque, y hoy está lleno de vida; de parejas que pasean de la mano, guardando, cómplices, secretos en sus miradas; de niños que juegan sin hacer caso a las órdenes de sus padres y abuelos, de chicas haciendo deporte...

Y aunque la herida aún es reciente, aunque ni siquiera se parece a una pequeña cicatriz, siento que es el momento. Y no lo hago por él, a pesar de que sé que también sería su deseo, sino que debo hacerlo por mí. Por volver a caminar, por volver a ser la Oli de siempre, por coger de nuevo una cámara y olvidarme de todo en una sesión fotográfica, por volver a hablar con Alba y Elena y apretarme el estómago de tanto reír, por dejar de hacer sufrir a los míos con mi dolor. Y sé que habrá días verdaderamente jodidos, en los que solo querré tumbarme a llorar de la mano de Alba, cobijarme en el abrazo de mi madre o gritar a pleno pulmón en mi casa, a la que debo regresar. Como dice una de las canciones favoritas de Jesús: «Solo sé que las cosas nunca cambiarán para nosotros».

—Aunque no sienta tu mirada, no vea tus preciosos ojos ni note tu leve caricia en mi mejilla, sé que sigues a mi lado, y siempre lo estarás. Nada cambiará entre nosotros. —Musito esas palabras mirando por la ventana, hablándole a la persona que más me ha marcado, el que me enseñó a dejar volar miedos y siempre apostó por mí—. Hasta pronto, mi amor.

Hoy he sido capaz de salir a sentir de nuevo la brisa sobre mi cara. Ya no recuerdo con exactitud los días que he estado encerrada, a punto de convertirme en vampiro según mi madre y Alba, que no deja de llamar para intentar venir a verme. No sé en qué jodido idioma hay que hablar a la gente para que entiendan que «no» es «no».

—Joder, coño, puta vida ya.

Una señora de unos sesenta años se gira al escucharme decir tanta palabrota suelta, pero lo necesitaba. Nunca he sido como mis amigas; yo no escupo purpurina como ellas. La señora, escandalizada, murmura algo que no consigo entender. Creo que, además de lucir un tono pálido de piel tras el encierro, el cerebro me funciona a una velocidad diferente y no puedo procesar bien la información del exterior.

De cualquier modo, continúo mi camino, sin rumbo fijo. De hecho, creo que he salido de casa por no volver a escuchar a mi madre pedirme por millonésima vez que llame a Elena o Alba. Entiendo que se preocupen, pero al parecer el mensaje que decía: «Necesito tiempo, dadme espacio» no lo comprendieron del todo. Sin darme cuenta, acabo a la puerta de mi apartamento, pero no tengo las llaves. Todo está en casa de mi madre.

—Señora Olivia, qué gusto verla de nuevo por aquí. —Alfredo, el portero, sale a mi encuentro. El pobre hombre me mira con esa cara que no soporto, con esa pena y compasión que siempre he detestado.

—Hola, Alfredo, ¿cómo estás?

Él me comenta que por ahí las cosas marchan como siempre, y sin entender muy bien por qué, le digo que me he dejado las llaves en casa de mi madre y que por favor me abra. Subimos en el ascensor y, por primera vez en semanas, trato de mantener una conversación coherente con una persona que no es mi santa madre.

Llegamos al quinto. Introduce la llave en la cerradura y, cuando la gira y la puerta cede, el olor a Jesús me alcanza de lleno. Me olvido del portero y

entro en mi hogar, la casa que él y yo decoramos con toda nuestra ilusión. Es la hora de enfrentarse a lo que se denomina el «síndrome del nido vacío». Entro sin saber si Alfredo sigue ahí; tampoco me importa.

—Ahora que recuerdo, le llegó un paquete hace unos días. Ahora mismo se lo traigo.

Se marcha, y suspiro aliviada de poder sentir mi dolor en la intimidad. Camino por la casa como si fuera un fantasma y no supiera adónde me dirijo. Sobre la cama aún permanece una de sus chaquetas. Temblorosa, me acerco, la rozo con las yemas de los dedos y las lágrimas me vencen. Muchas veces ni siquiera soy consciente de que estoy llorando; solamente lo descubro cuando me toco la mejilla y me percato de la humedad.

Me pongo una de las chaquetas de él y siento como si me envolviera en su abrazo. No sé si esto será sano o si estaré volviéndome loca, pero me planteo la opción de llevarme algo de su ropa a casa de mi madre.

—¿Señora Olivia?

La voz del portero genera un cortocircuito en mi cabeza y me detengo en seco. Nunca me ha gustado que nadie me vea llorar, mucho menos un desconocido. Para ser sinceros, hasta me parece cruel. Jesús nunca me vio derramar una sola lágrima, ni siquiera al hablar de mi padre. Recuerdo cómo bromeaba llamándome *Robocop*, pero desde pequeña tuve muy claro que era un signo de debilidad y que nadie me vería débil jamás.

Alfredo pronuncia mi nombre de nuevo y me siento en la obligación de atenderlo. Regreso al salón, donde me espera con esa mirada compasiva y un paquete en la mano. Me lo entrega y, antes de irse, se gira en el umbral.

—El señor Jesús siempre se paraba a hablar conmigo antes de ir al trabajo, era una gran persona.

Con el paquete aún en las manos, lo miro seria, sin saber qué responder, pues así fue siempre él. Muy poca gente se detiene a charlar con el portero de su edificio; siempre vamos corriendo, con prisas, y no pasamos de un «hola y adiós». Yo reconozco ser una de esas. Sin embargo, Jesús siempre se paraba a hablar con Alfredo. Sabía perfectamente cuántos hijos tenía, a qué se dedicaban, los eventos familiares y hasta las veces que discutía con su mujer.

El paquete se me escurre de las manos al pensar en él. La debilidad se apodera de mi cuerpo. Lo recojo y me siento en el suelo para abrirlo. Del interior extraigo una fotografía y una nota del puño y letra de Jesús.

¡Feliz aniversario, cariño! Esta es la sorpresa de la que llevaba días

hablándote. Espero que te guste y que encontremos el marco perfecto para ese momento. Te quiere con todo su corazón.

Jesús

Suelto la nota y me tapo la boca con la mano. Los sollozos me ensordecen y no soy capaz de ver nada, pues las lágrimas me nublan la vista. Ahora me acuerdo de cómo me picaba cuando tenía una sorpresa: por más que le preguntara, era imposible descubrir el misterio. Yo, por el contrario, soy incapaz de guardar un secreto.

La foto me resulta conocida; al tomarla entre mis manos recuerdo el momento exacto en que nos la hicieron. Llovía a mares, y mi ayudante y yo habíamos estado hablando de trabajo frente a una taza de café en la cafetería al lado del estudio. Jesús apareció de improviso, pero no entró al local, sino que me saludó desde fuera completamente empapado, con esa sonrisa que iluminaba las calles oscuras como aquella. Le hice un gesto de «tú estás loco», y siguió haciendo tonterías e imitando a Gene Kelly en *Bailando bajo la lluvia*. Mi ayudante, Sonia, y yo salimos, y Jesús, al verme, tiró de mí. Yo le grité que me soltara, que íbamos a coger una pulmonía, pero él no paraba de reír y cantar. Recuerdo cómo en un determinado momento cogió mi cara entre sus manos y me susurró unas palabras que se quedaron grabadas a fuego en mi mente, pero sobre todo en mi corazón:

«Bonitos son los primeros besos de la pareja, las miradas, los alientos contenidos y los suspiros; las primeras peleas, las reconciliaciones, y el darse cuenta de que eso que sienten es simplemente amor. A veces eso los asusta, pero ya están perdidos y no pueden hacer otra cosa más que amarse, quererse, cuidarse, protegerse...».

Lo miré desconcertada, pero así era él. Entonces le sonreí, y me alzó en volandas mientras ambos reíamos sin parar como dos estúpidos. Sonia debió de tomar la instantánea en ese preciso momento.

El recuerdo altera mi corazón, que bombea con más fuerza cuando giro la foto y leo las mismas palabras que me dedicó aquella noche lluviosa. «¿Por qué a nosotros?». No dejo de preguntármelo una y otra vez mientras toco mi alianza y la de Jesús, que llevo juntas desde que me entregaron sus objetos personales en el hospital. «¿Por qué a nosotros?». Solo obtengo el silencio como respuesta.

Cuando paro de llorar, me levanto, dejo la foto en la mesa del salón, que la madre de Jesús nos regaló al mudarnos a este apartamento, y cierro la

puerta tras de mí. Me despido de Alfredo, aunque sigo siendo de esas personas que no se detienen a hablar con el portero. Llego a casa de mi madre, que afortunadamente está fuera, y me arrastro hasta la cama, donde me encojo hecha un ovillo y entro en bucle con la misma pregunta. Por desgracia, la respuesta jamás llega.

—Se acabó. Esteban se queda con la niña esta noche y nosotras vamos a desbarrar como cuando la Oli de siempre existía, ¿estamos?

Alba está en mi habitación. Levanta la persiana de golpe, dejando que toda la luz del casi mediodía entre a raudales. Me tapo con la almohada, como si con ese inútil gesto mi amiga del alma desapareciera y yo pudiera seguir dormitando.

—¡Joder, Alba! ¿Me quieres matar de un puto infarto? —Ha pegado el móvil a la almohada y ha puesto una canción estridente a tope de volumen. Así es como las despertaba yo el día después de irnos de fiesta, y me encantaba ver esa misma reacción.

—Pues espabila.

—¿Qué parte de «dejadme en paz y dadme espacio» es la que no entendéis? No dejo de lidiar con todos vuestros mensajes y llamadas. Ya tengo bastante, joder. —Me siento en la cama, más cabreada que nunca. ¿Por qué sigue aquí? ¿Por qué no se marcha de una maldita vez?

—¿Lidiar? ¿Con qué lidias, Oli? Solo te escondes, lloras y te hundes cada día un poco más. Entiendo lo que estás pasando...

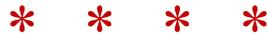
—No, no, no, Albita, no te atrevas a ir por ahí. —Salto de la cama y me enfrento a ella—. No tengas los ovarios de decirme que entiendes por lo que estoy pasando, porque no tienes ni puta idea. Cuando llegues a tu casa y tu marido esté muerto, podrás decirme que me entiendes.

—Te recuerdo que casi pierdo a Esteban de la misma manera y que estuvo en coma un tiempo. ¿Acaso crees que no evoco esos días ahora más que nunca? Afortunadamente se salvó, y no me imagino qué habría sido de mí si no hubiera salido de esa.

Quiero sentirme culpable, de verdad que sí; quiero empatizar con ella, aún recuerdo su sufrimiento cuando Esteban tuvo el accidente, pero no soy capaz, ahora no.

—Vale, Alba, está bien. Entiendo lo que tratas de conseguir, lo que todos

queréis, y aunque hay una parte de mí que quiere hacerlo, no lo consigo. Joder, no puedo hacerlo. —Y de nuevo estallo, me rompo, caigo al suelo y lloro desconsolada. Alba se arrodilla a mi lado y me abraza. Mis temblores parecen perder fuerza poco a poco mientras la calidez de los brazos de mi amiga me sostiene.



Ya han pasado dos meses desde la muerte de Jesús y ha llegado el momento de afrontar mi realidad.

Acabo de preparar la maleta que me trajo mi madre cuando se dio cuenta de que iba a quedarme a vivir con ella una temporada. Cojo la chaqueta y arrastro el equipaje por el pasillo; llego a la puerta y, tras darle un abrazo y un beso a mi madre, bajo hasta el taxi que me llevará de nuevo a mi apartamento. Alba y ella han insistido en acompañarme, pero a partir de hoy debo volver a ser yo misma.

Alfredo, el portero, me ayuda a llevar la maleta tras empeñarse en subir conmigo hasta casa. Estoy inquieta, por no decir histérica, como si fuera a encontrarme algo terrible al entrar. Consigo que el bueno de Alfredo, con la mirada de compasión aún en los ojos, vuelva a su trabajo, y suspiro aliviada al ver que me deja sola y cierra la puerta. Cojo aire y me animo a volver a mi habitación, donde dejo la maleta y me siento en la cama. Alba, junto con mi madre y alguna amiga más, se ha encargado de llevarse todas las cosas de Jesús y entregárselas a su familia. Yo no he tenido fuerzas para rebatirles nada, y aunque quería quedarme con algunas fotografías, se llevaron todo. Incluso ha debido de venir un equipo de desinfección, porque la casa huele a lejía que tira para atrás. Ya no queda ni rastro de su olor, cosa que, en el fondo, agradezco.

—Hola, Elena. —Contesto al móvil, que abandoné a su suerte una buena temporada—. Sí, he vuelto a casa.

Cuarenta minutos después me ha quedado claro que me quiere, que ni siquiera un puñado de kilómetros pueden hacer mella en nuestra amistad y que solo necesita que descuelgue el teléfono para venir a estar conmigo unos días. No se me ocurriría hacer eso en estos momentos, cuando sé la cantidad de trabajo que tienen Eric y ella con el lanzamiento de la revista digital.

Poco a poco voy conectando con mi vida de nuevo. Llamadas de amigos y

conocidos, mensajes y, sobre todo, trabajo. Sonia se ha encargado a la perfección del estudio y, cuando me incorporo, me lo hace todo muy fácil. Al principio me cuesta estar de cara al público, así que me ocupo del papeleo, de hablar con proveedores y de ponerme al día. Sin embargo, con el paso de las semanas voy recuperando las fuerzas y me apetece coger de nuevo la cámara fotográfica y encargarme de los reportajes. Hay días en que vienen parejas a tomarse fotos o familias enteras que sonrían, pues sus vidas son perfectas. Esos días son jodidos, porque te recuerdan que la tuya ni siquiera se acerca a algo bueno y sencillo. Pero debo ser justa, y hay otros días en los que el dolor te deja vivir un poco y, cuando haces fotografías a bebés adorables o a niños acompañados de sus madres, entonces los miras con ternura y sientes que puede haber esperanza también para ti. Hoy es uno de ellos.

—¿Olivia? —Sonia me llama y vuelvo a la realidad. Me he quedado atontada mirando a uno de los bebés regordetes que posa como si fuera modelo profesional. Me hallo en uno de esos momentos en los que el instinto maternal te acosa y deseas ser madre más que respirar. Si Jesús estuviera aquí, ya estaría embarazada, porque él también deseaba ser padre.

—Perfecto, y con esta acabamos. —Un último clic y el reportaje ha finalizado su primera fase.

La madre me acompaña a mi despacho, donde paso las fotos de la cámara al ordenador y vamos repasando una a una. Mi mirada se desvía al bebé cuando escucho esos gorjeos encantadores. Sé que Sonia me está espiando por el cristal; se ha convertido en una gran amiga y sabe de mis ganas de ser madre. Quién me iba a decir a mí que un día desearía preocuparme por alguien más que por mí misma.

Cuando veo a la madre hacerle carantoñas al bebé, el pellizco del estómago me oprime el pecho y abandono el despacho excusándome. Sonia ve que salgo disparada camino del baño y aprieta el paso para relevarme y encargarse de todo. No sé qué haría sin ella, sinceramente.

En el baño, mi respiración sigue acelerada. No dejo de repetirme que tengo que tranquilizarme. En estos meses he leído muchos libros de autoayuda, que mi madre adora y yo siempre he observado con recelo. Jorge Bucay es su autor preferido; tiene las estanterías repletas con sus libros. Uno de ellos trata del duelo y de la pérdida. Un día, estando en su casa, lo vi y comencé a ojearlo. Las páginas estaban ya amarillentas, y algunas esquinas dobladas, como si hubiera marcado las frases y los cuentos que le habían impactado. Recuerdo el final de uno:

«Él es el Tiempo. Y el Tiempo, Amor, es el único que puede ayudarte cuando el dolor de una pérdida te hace creer que no puedes seguir».

La madre de Jesús me escribió varias veces en ese tiempo y nunca reuní valor suficiente para hablarle. Sé que es cruel y de mala persona, pero es que, como en las películas de *Harry Potter*, Jesús había heredado los ojos de su madre. Días después del entierro, traté de estar ahí para ella, hasta que mirarla a los ojos se volvió tan doloroso que no pude seguir yendo a verla, a pesar de que, el día de su muerte, ella fue tan generosa que me permitió estar a solas con él en la habitación, aunque ya había fallecido. Ella era su madre, la mujer que lo trajo al mundo con la mayor alegría, y a la que la vida también se lo había arrebatado. Mi dolor era inmenso, pero no podía imaginarme el suyo. Y aun así, me cedió su lugar con él en los primeros instantes para poder abrazarlo y llorarlo y gritarle. Recuerdo que un par de enfermeras no se alejaron demasiado de la habitación y entraron tras unos minutos, los que yo necesité para despedirme de él, aunque despedirte de alguien a quien amas es muy complicado.

Después de eso, hubo días en que me levantaba y no lograba entender cómo seguía viva. En parte sentía que estaba traicionando a los que seguían allí y trataban de levantarme.

—Oli, ha vuelto a llamar Rosa. —La madre de Jesús no dejaba de insistir en verme. Yo siempre me había llevado a las mil maravillas con mi suegra y casi me sentía culpable de no verla; digo «casi» porque ya tenía bastante con mi pena como para sentir nada más. Era como si me hubieran anestesiado la piel—. ¿Me has oído?

—Sí, mamá, aún no me he quedado sorda.

—Pues a ver si vas a verla, porque ella también sufre, ¿sabes?

La miré reprochándole que me obligase a hacer algo que no quería, aunque sabía que llevaba razón.

—Luego la llamo.

—No hará falta, está en el salón. —Mi madre me congeló con esa frase.

—¿Que qué? —Me levanté de la cama inmediatamente. Tenía unas pintas

terribles: en pijama y con la chaqueta de Jesús puesta cual loca de manicomio, despeinada y ojerosa.

—No me has dejado otra opción. —Y se marchó. Tardé unos segundos en reaccionar; me peiné como pude y me puse algo decente. Agarré el pomo con fuerza y salí decidida a lucir la mejor sonrisa aunque no existiera.

—Rosa...

La mujer a la que vi en el sofá de mi madre se alejaba de la mujer a la que conocí en su día. Estaba más delgada y pálida, y llevaba ropa oscura, con lo que Jesús lo odiaba. Su padre había fallecido también cuando él era joven, y le molestaba mucho que su madre vistiera ese tipo de ropa. Le costó un mundo que dejara aquellas prendas, y odiaría que volviera a llevarlas por él.

Rosa se levantó y nos abrazamos con el llanto contenido. Mi madre desapareció de la escena, dejándonos ese momento de intimidad.

—Siempre has sabido abrazar a la gente —me dijo, emocionada. Nos sentamos sin soltarnos las manos. Me tocó la mejilla y me miró transmitiéndome tantas cosas. Malditos ojos los de Jesús, todavía dolía mucho mirarla.

—Creo que preguntar cómo estás es bastante absurdo —comenté.

—¿Has vuelto a hacer fotografías? —preguntó, y yo negué con la cabeza.

—Simplemente las automáticas del trabajo, pero no de las que a mí me gustan.

Ella asintió con la cabeza; me comprendía.

—Esos colores te hacen daño —señalé, pensando en lo que le diría su hijo. Rosa agachó la cabeza y me soltó las manos.

—Y tú tienes que hacer fotos y seguir adelante. —Entendía aquellas palabras, que no dejaban de repetirme, pero había llegado a odiarlas. ¿Qué coño sabía la gente lo que yo necesitaba? Yo ya tenía una vida en la que seguir adelante, una vida que había elegido junto a Jesús y que construíamos día a día. Yo no quería esa otra, me negaba a seguir en una vida en la que él no estuviera. ¿Tan jodidamente difícil era de comprender? Que no quería vivir sin él, ¡maldita sea!

—*Touché* —contesté.

—Tres meses, quién lo diría... —murmuró—. Sé que para ti es duro verme; para mí también lo es. He venido a despedirme, Oli, me marchó.

—¿Cómo que te marchas? ¿Adónde? —No esperaba para nada aquella confesión.

—Adonde los recuerdos no duelan tanto. Me voy a la casa del pueblo;

apenas la he pisado, pero no deja de ser mi casa. Jesús anduvo poco por el pueblo, así que allí encontraré algo más de paz. Lo necesito. —La viva imagen del dolor me partió un poco más el corazón, que tenía ya hecho trizas. La entendía. Si pudiera, yo también huiría.

—No sé qué decirte, Rosa.

—No hace falta que digas nada, únicamente prométeme que no desaparecerás tú también de mi vida —me pidió con un nudo en la garganta. La tomé otra vez de las manos y, aguantando mis lágrimas, intenté insuflarle ánimo.

—Eso no podría pasar jamás. Sé que últimamente he evitado verte...

—Mis ojos. Lo sé, cariño.

—Pero no quisiera que perdiéramos la relación solo porque la persona que nos unía ya no está. Siempre voy a estar para ti, Rosa, y me gustaría que tú también.

Asintió y me dio un beso en la cabeza antes de ponerse en pie.

—Ya he hecho lo que vine a hacer aquí. —Me agarró por los antebrazos y me miró fijamente—. Ahora mismo es imposible: yo lo viví con el padre de mi niño. Te dirán que sigas adelante, que rehagas tu vida y que dejes de ser una viuda, pero tienes el corazón tan ajado y destrozado que odias que te digan esas cosas. Sin embargo, es mi obligación repetírtelo. Y aunque no lo creas, llegará ese día. —Me dio un último abrazo y se fue.

Al entrar en el salón, mi madre me encontró llorando en el sofá. Se sentó a mi lado y me rodeó con el brazo. Aguardó unos minutos en silencio sin decirme nada, acariciándome el cabello. La miré con los ojos borrosos por el llanto y estallé:

—¿Qué estoy haciendo mal, mamá? Debería ir cada día a mejor y siento que estoy estancada y no avanzo. De hecho, voy a peor.

Ella meneó la cabeza.

—Cariño, no haces nada mal, haces lo que puedes. No es lo mismo perder a alguien querido, que ya de por sí duele, que perder al que ha sido el amor de tu vida. —Joder, mi madre animando era una cosa asombrosa.

—No me ayudas...

—Entiéndeme: vuestra relación fue maravillosa, como un paraíso; erais la viva imagen de la felicidad. Por desgracia, tienes que aprender a gestionar su ausencia, y aunque te parezca cruel, eso solo puedes hacerlo tú. Ni tus amigas ni la psicóloga ni yo podemos sacarte del hoyo. No puedes vivir regodeándote en lo negativo, en el dolor, en la pena... Recuerda los buenos momentos, esos

que llevarás siempre contigo.

Y aunque no fue fácil, aquella conversación con mi madre y despedirme de Rosa fueron el principio de todo.

—Ponte uno de tus vestidos de golfa y maquíllate como una puerta. —
Miro a Alba entre alucinada y escandalizada, ya que ese vocabulario no es propio de ella. Entra en casa y yo la sigo sin comprender nada. Viene vestida para salir de fiesta, pero no recuerdo haber quedado con ella.

—¿Pero qué dices?

—Pues digo que he abandonado a mi marido y a mi hija para pegarnos la fiesta del siglo y devolverte mañana a tu casa. Oli, han pasado seis meses ya, y todos extrañamos a la chica divertida y alocada que siempre tenía una palabra positiva. Sé que es duro, pero, cariño, es hora de volver a la vida.

Sinceramente, no me apetece en absoluto irme de *pub* en *pub* y emborracharme, aunque quizá sea lo mejor y no me venga nada mal. Durante estos meses he bebido en casa hasta quedarme casi inconsciente, como antaño, pero no es lo mismo.

No doy crédito a lo que me sugiere la más cabal y sensata de mis amigas. La miro y veo que está resuelta a que vuelva a darme el aire en la cara, así que, tras pensarlo dos microsegundos, decido que ha llegado el momento.

Seis meses... En este tiempo he continuado con el trabajo, tratando de sonreír un poco más cada día; he ido a ver a Rosa al pueblo y hemos mantenido contacto telefónico, y he vuelto a hacer fotos, las fotos que me apasionan. Una mañana soleada me subí al coche y aparecí en un pueblecito de la sierra. Con la cámara en la mano, me fui a las montañas, a admirar el paisaje y a relajar la mente. Parece mentira cómo la soledad y el silencio me apaciguan. Tomé fotografías variadas y me senté en un peñasco. Sentí la paz y conecté de nuevo con esa parte de mí olvidada, la que añoraba la naturaleza y la tranquilidad que nos transmite.

—¡Oli, despierta!

—Dame un rato. —Me dirijo al dormitorio con Alba taconeando tras mi espalda.

—Ponte este. —Me lanza un minivestido de los que solía ponerme en mi

época de folladora compulsiva.

—¿Este? Joder, no sé si lucir más piel que con un bikini es lo que me apetece, Albita.

Ella se ríe mientras sostengo en la mano un trozo de tela de los que solía ponerme antes de salir con Jesús.

—Vamos a bailar y a beber como locas. Y, además, para ti es un requisito, venga, va. —Me lo quita de las manos y lo deja sobre la cama. Logra sacarme una sonrisa. Cada día es más fácil sonreír. Una vez pensé que no conseguiría volver a hacerlo, pero estaba equivocada.

Una hora más tarde estoy lista para volver a la noche madrileña. Llegamos al primer local, donde el volumen de la música nos golpea al entrar. Es un ambiente de semioscuridad únicamente iluminado por los focos que giran sin parar. Alba pide una botella de champán y yo la miro anonadada buscando a mi amiga.

—¿Champán?

—Por supuesto, vamos a celebrar tu vuelta a la vida y a todo lo que te está esperando.

Brindamos sin parar hasta que acabamos con la botella y comenzamos con las copas. Bailamos mezclándonos con el resto de la gente, y no puedo recordar cuándo fue la última vez que me reí tanto. Me duele la tripa de tanta risa. Alba me abandona unos minutos para ir al baño mientras me encarga que vaya a por nuevas copas. Llego a trompicones hasta la barra, donde grito a la camarera, que lleva aún menos ropa que yo. Consigo las copas y encuentro una mesa alta vacía, donde las dejo a la vez que un hombre coloca la suya.

—Vaya, lo siento, creo que ya está ocupada —me dice, y se gira como si yo no estuviera aquí.

—Perdona, pero he llegado antes que tú, así que coge tu copa y lárgate. —Con tan poca luz no puedo verlo bien, pero parece estar bastante bueno. Así, básicamente.

—¿Cómo dices? —Se da la vuelta y me mira fijamente. Espera una respuesta.

—Lo que has oído. Además, como ves, yo estoy acompañada: dos copas, ¿ves? Y tú, solamente una. Es una cuestión puramente logística. Gracias. —Esta vez me doy la vuelta yo, dándole la espalda.

—Y la otra copa, ¿de quién es?, ¿de tu novio?

—Quizá sea de mi novia —respondo sin girarme, como si no me importase su presencia, y no lo hace. A tipos como este me los he merendado

yo a pares.

—No, no tienes pinta de lesbiana para nada. —Su comentario me llama la atención. Lo miro alzando la ceja derecha, lo que provoca que se le escape una carcajada.

—¿Y cómo se supone que es esa pinta?

—¡Hola! —Alba nos interrumpe.

La miro y vuelvo a mirar al chico. Sé que quizá me lleve un empujón como poco, pero allá que voy. Sonrío con dulzura a mi amiga, enmarco su rostro con mis manos y, mientras ella me mira alucinada, yo le doy un beso corto en los labios.

—Cómo has tardado, cielo.

El chico, que claramente tiene intenciones de ligar, coge su copa, curva los labios en una sonrisa y se va. Alba aún no ha reaccionado, lo que me da un poco de margen para ofrecerle una explicación.

—¿Pero qué coño haces? —Se restriega la mano por los labios como si le hubiera pegado algo.

—Ya está, perdona. Ese tío vino aquí a quitarnos la mesa y a ligar fijo, así que lo he espantado. Por cierto, qué labios más suaves tienes —bromeo; ella sigue indignada porque le haya dado un pico.

Refunfuña y bebe negando con la cabeza. Encontramos otra mesa vacía con un par de taburetes y nos acomodamos allí.

—¿Y por qué no le has dejado que te invitase a la copa? No pasa nada, Oli.

Parpadeo mientras apuro mi bebida, sin entenderla.

—Noche de chicas, por eso he salido. Deja a los tíos fuera de esto.

Alba ríe y consulta el móvil por quinta vez en diez minutos.

—¡Oh, por Dios! No puede ser. —La veo dirigirse a una chica alta y morena que le sonrío. Se dan un abrazo, saludándose muy efusivas. ¿Quién es esa mujer? Se gira y voy hasta la mesa con ella—. Oli, te presento a una compañera de trabajo. Estuvo con nosotros en la empresa unos años, pero se casó y voló.

—Encantada, soy Olivia. —Tiendo la mano a la desconocida, que la estrecha riéndose.

—¡Ay, claro! Oli, esta es Jules.

—Es un placer, Olivia. No quisiera molestaros; he venido con mi marido a celebrar nuestro aniversario, pero no podía irme sin saludar a Alba.

—¿Te importa si voy a saludar a su marido?

Meneo la cabeza y, tras oír a Alba decir de nuevo que está encantada de haber intercambiado unos diez segundos con la tal Jules, vuelvo a mi asiento y me bebo su champán, ya que mi copa está vacía. Me abro camino hasta la barra con la esperanza de que uno de los camareros escuche mi voz entre tanto ruido.

—¡Oiga! ¡Disculpe! ¡Tú, aquí! —Todo inútil. Un silbido casi me revienta los tímpanos, pero funciona. Giro la cabeza y un chaval, muy pegado a mí, me guiña un ojo mientras llama con la mano a un camarero. La música está tan alta que me vibra todo el cuerpo. Me inclino sobre la barra para que pueda entenderme y bajo de ella en un saltito.

—De nada —murmura el chico que lo ha llamado, y que todavía permanece a mi lado. Lo miro y le doy las gracias con rapidez.

Unas chicas medio borrachas se acercan a la barra, arrasando de tal manera que, del empujón que me dan, me ladeo sobre él. Está bastante *buenorro*, por cierto.

—Tampoco hace falta que seas tan efusiva en dar las gracias.

Alzo la cabeza, alucinando con el ego de este tío, y devuelvo el empujón a las jovencitas, que, poniendo las tetas en la barra, consiguen sus copas *ipso facto*.

—¿Disculpa? —Él curva los labios en una sonrisa de niño malo que, junto con el pelo alborotado y la barba bien recortada, me llama la atención. Coge mi copa y se la lleva, dejándome atónita. Lo sigo pegando voces, aunque con la música electrónica de fondo son inaudibles. Llegamos hasta mi mesa y se sienta, bebiendo de su copa—. ¿Se puede saber qué haces?

—Beber.

—¿Y quién te ha dicho que puedes sentarte ahí? —pregunto.

—No estaba ocupada, tú tienes otra. —Señala con el vaso mi taburete.

—Gracias por ayudarme a conseguir la bebida, ahora lárgate. No estoy sola. —Mirada glacial en plan «lárgate ya». No resulta.

—Lo sé, te he visto hace un rato, por eso sabía que estabas aquí sentada. —Nuevo guiño, que me provoca media sonrisa—. Sabes sonreír: buena noticia. Ya pensaba que eras de esas mujeres frías y arrogantes que no saben dar las gracias cuando alguien las ayuda.

—Caray, prejuizando sin apenas cruzar dos palabras. —La carcajada me sale espontánea—. Y además, extranjero, ese acento te delata. ¿Quieres que te prejuizgue yo por serlo?

—Tienes razón, a la vista salta que no soy español. Soy británico. —

Apuro la copa y se pone de pie. Ha pasado mucho tiempo desde la última ocasión en que miré a un hombre por primera vez. Echo un vistazo para encontrar a Alba, pero no hay rastro de mi amiga—. Jason.

—¿Cómo?

—Mi nombre. ¿Y el tuyo?

Y sin saber por qué, se lo digo:

—Olivia. —Doy un trago al cóctel sin dejar de buscar a Alba.

—Encantado, Livi.

Me giro bruscamente al escuchar cómo me ha llamado y me topo con sus ojos claros resplandeciendo.

—Hola... —Alba vuelve en el momento idóneo—. ¿Interrumpo?

—Claro que no, ¿dónde coño estabas?

Jason se ríe al oírme y avanza tendiendo su mano para estrechar la de Alba.

—Jason.

—Alba, amiga de Livi. —Le lanzo una mirada helada, pero mi amiga está más que acostumbrada a ellas y me ignora—. Voy a por una copa. —De nuevo me deja sola con él, que no para de mirarme.

—Esto... ¿No hay nadie esperándote o es que has venido solo en busca de presas? —Es obvio que ha venido a ligar. Lástima que se equivoque de persona.

—Uf, presas... Suena tan frívolo y triste. Estoy con unos amigos, pero nunca dejo de ayudar a una damisela en apuros. —Se acerca a mí y me toma la mano para besarla antes de guiñarme un ojo. Claramente se nota que está habituado a ese tipo de coqueteos, y aunque yo solía estar entrenada, me siento completamente oxidada.

Un grupo nos sobrepasa y me tambaleo ante su mirada; sus brazos evitan que me caiga. Parpadeo buscando a la gentuza que casi me tira al suelo. No sé por qué Jason no para de sonreírme y de guiñarme el ojo. Comienzo a encontrarme mareada, no sé si debido al efecto del champán y los cócteles o a lo que el *buenorro* me provoca. Desde hacía mucho tiempo no sentía que me faltaba el aire porque unos ojos se detenían en mí.

—Me encantaría decirte que si me sonríes así, lo que vas a conseguir es que salte sobre ti y no te suelte en toda la noche —contengo el aliento mientras doy un paso más—, pero eso no sucederá.

Aprovecho su desconcierto para darme la vuelta en busca de Alba.

—Así que Livi, ¿eh?

Miro a Alba, cabreada ante la mordaz pregunta.

—¿Tú por qué eres tan subnormal y me dejas con ese desconocido? Podría haberme secuestrado, violado y descuartizado.

—Apuesto a que una de esas cosas no habría sido muy desagradable. — Le doy un pellizco en el brazo, asombrada por sus palabras tan directas—. Vamos, Oli, ese tío te estaba devorando con la mirada. ¿Qué iba a hacer yo en medio? No me gusta ser sujetavelas, y a ti no te vendría mal un buen meneo.

Un escalofrío me recorre. No por lo que ha dicho, pues esas expresiones eran muy frecuentes en mi vocabulario antes de Jesús, sino porque yo estoy enamorada de mi marido y hasta ahora no había pensado en mirar siquiera a otro hombre. ¿Eso no es serle infiel?

—No sé cómo hablas así, ¿has bebido?

Chasquea la lengua y menea la cabeza.

—Ven. —Nos resguardamos del jaleo en un rincón oscuro—. Sé perfectamente lo que estás pensando. Pero esto que estás haciendo hoy es seguir con tu vida, que es lo que te corresponde. Volver a salir, reírte, bailar, flirtear con otros hombres y acostarte con ellos si te apetece. La vida continúa; has avanzado en estos meses, pero debes seguir haciéndolo. Tú puedes y, sobre todo, te lo mereces. He atisbado ese brillo en tu mirada cuando algo capta tu atención. Además, estoy convencida de que Jesús no te querría hundida y sola para siempre. —Agacho la cabeza—. Oli, mírame: si te gusta ese chico, ve a por él.

No sé qué contestar. Ella es una de las personas que mejor me conocen, junto a Elena. Ambas son mi roca, las que me sostienen en momentos duros y saben qué cruza mi mente antes de hablar.

—Joder, sal de mi puta cabeza, Albita —resoplo.

—Estaré con Jules y Spencer; tú vete a por ese tal Jason, coquetea, insinúate, diviértete y, si se terciara, acaba la noche con él. Oli, vuelve a vivir.

Asiento con la cabeza y me da un beso antes de marcharse. Decido no pensar, ponerme el velo en los ojos y disfrutar esta noche, permitirme sonreír sin sentirme culpable. Vuelvo a la barra, donde el camarero que me sirvió la copa gracias a Jason me invita a un par de chupitos. Con un nuevo cóctel en la mano, deambulo por el *pub* en su busca. Quizá se ha marchado ya. Estoy a punto de irme a casa cuando unos dedos rozan los míos.

—Hola, Livi.

—Hola, Jason.

—Te he visto buscando algo por el local. —Nuestros dedos continúan tocándose y yo apenas puedo respirar. ¿Qué me pasa?

—Te buscaba a ti; me aburría. —Me muerdo el labio conteniendo una sonrisa.

—Ay, Livi, Livi, Livi... —Al principio no me gustó que me llamara así, pero le estoy cogiendo gusto. Tiro de él y nos encaminamos al centro del *pub*, donde se ubica la pista de baile. Le agarro la otra mano, entrelazando nuestros dedos. Una canción de Maroon 5 suena en este momento y no dudo en bailar. Dios, hace meses que no me dejo llevar por la melodía con los ojos cerrados y danzo como una loca. Al comienzo estoy rígida y no consigo centrarme; de alguna forma él lo intuye y me envuelve las caderas con las manos—. Abre los ojos —susurra.

Lo hago y los suyos me sonríen. Jason sonríe con la mirada y no solamente con la boca. Está cantando, cantándome, meciéndome al ritmo de la canción, y poco a poco, sin pensar, me descubro también cantando y riendo ante las muecas que hace.

Me voy animando y me suelto de su agarre; subo los brazos al techo, notando que el vestido asciende un poco. ¿Lo habrá percibido? Ojalá que sí. Me pierdo en la canción y en las sensaciones que me envuelven. Me doy la vuelta y Jason vuelve a asirme por las caderas, su pecho pegado a mi espalda. Cualquiera pensaría que noto su erección, pero es más que eso. No presiona contra mí; a pesar de tener aquello de esa manera, nos balancea mientras seguimos cantando. Es algo que va más allá de la química o el deseo sexual que late en el aire. La canción acaba y me doy la vuelta. Trago saliva mirándole los labios, que me llaman, y sin pensármelo dos veces, lo beso. Un beso intenso, sin impedimentos. Ambos abrimos la boca, devorándonos con la lengua y gimiendo por algo que llevamos ansiando un rato. Con su gemido, la compuerta se abre, y sé que deseo sentir todos y cada uno de sus gemidos.

—Necesito ir al baño —murmuro. Le cuesta soltarme, pero finalmente

cede.

Llego al baño nerviosa y, mientras espero la cola infernal, saco el teléfono para encontrarme un mensaje de Alba que consiste en el *gif* de una mujer lamiéndose los labios. Me río y avanzo un par de pasos. Tengo otro mensaje del que no me he percatado antes. Es de Rosa. Me ha enviado una fotografía del huerto que tiene en la casa del pueblo y de la zona del jardín, donde ha cultivado la planta con flores que le regalamos Jesús y yo en su último cumpleaños.

No podía dejarla en la casa de Madrid. Me recuerda a él, y ya que no fui capaz de traerme sus cenizas conmigo, esta planta será como tenerlo a mi lado cada día que salga al jardín. Espero que estés mejor. Te quiere la que siempre será tu suegra. Rosa.

Hay mensajes que vaticinan desastres, y este es uno de ellos. Seis meses tras su partida, y ya estoy coqueteando, y algo más que eso: para ser exactos, metiéndole la lengua hasta la campanilla a otro tío. Me siento morir, sucia. Salgo corriendo del baño, empujando a unas cuantas que me llaman de todo menos bonita. A lo lejos veo a Jason, que sigue esperándome, balanceándose al ritmo de la música. No puedo hacerlo, me arrepiento de haberlo besado y haberlo deseado. Tampoco busco a Alba; me limito a marcharme a escondidas para que no me vean ni uno ni otro. Por fortuna, el local es amplio y lo facilita. Me monto en un taxi reprimiendo las lágrimas, aunque la pena se apodera de mí poco a poco. Llego a casa y, según cierro la puerta, exploto en llanto. Me tumbo en la cama, donde me deshago una vez más, rota de pena.

A la mañana siguiente, me cuesta abrir los ojos, seguramente por la resaca del llanto de la noche anterior. Llevo meses yéndome a dormir llorando, y en ese estado me sumía en la inconsciencia; a veces tenía pesadillas, otras soñaba con él y me levantaba con la sensación incómoda de que algo iba mal. Y tanto que iba mal, me había quedado sola. Varios días me desperté dudando de si su muerte había sido real o un mal sueño bastante largo, pero cuando no sentía el calor de su cuerpo a mi espalda me daba de bruces con la realidad.

Como he dicho antes, existen frases que presagian desastres. «Tenemos que hablar», «es lo mejor», «no hemos podido hacer nada». Algunas se nos marcan a fuego en el cerebro, y cada vez que las escuchamos obran un efecto en nosotros.

Recuerdo en ese instante, aunque no sé bien por qué, las palabras de Rosa: «Tienes que hacer fotos y seguir adelante». Me dirijo al lugar donde guardo la cámara que me regaló Jesús en nuestro aniversario el año pasado y acaricio la bolsa. En el estudio tengo otra, por así decirlo, más profesional. Esta la guardo en casa. Él siempre me preguntaba por qué no la llevaba al trabajo y, a decir verdad, no sabía qué responderle. En el fondo, creo que sentía ese regalo como algo demasiado especial para compartirlo. Abro la bolsa y la saco de su interior; compruebo que aún hay fotos en la tarjeta de memoria, pero no estoy preparada para verlas. La dejo en el escritorio y me alejo de ese lugar.

Desayuno viendo un documental sobre gente que viaja, y entonces se enciende la chispa. Preparo una pequeña maleta y cierro la puerta de casa, con las llaves del coche en la mano y la bolsa con la cámara fotográfica en la otra. Tecleo en el móvil unos cuantos mensajes: a Sonia pidiéndole que se encargue del estudio y que haga lo que ella considere; si quiere concertar menos citas, adelante. Ahora mismo es lo que menos me importa. A mi madre y a mis amigas avisándolas de que me marchó lejos por un tiempo. Apago el teléfono porque sé el cataclismo que van a causar. No tengo ganas de enfrentarme a ellas, he hecho lo que me apetecía y sentía.

Arranco el coche con destino al norte de España, lugar al que siempre quisimos ir Jesús y yo, pero al que entre unas cosas y otras nunca fuimos. Enciendo la radio y, con la melodía de fondo, conduzco kilómetros y kilómetros hasta llegar a un parador a medio camino. Me bajo del coche y enciendo el teléfono tras un par de horas sin parar. Efectivamente, y como cabía esperar, tengo mensajes y llamadas de mi madre y Alba, pues Elena aún no se ha levantado. Las pobres se asustan: creen que me he vuelto loca del todo.

—Mamá, no te preocupes. No estoy loca, estoy bien. Necesito hacer esto, no te enfades. Te iré avisando de cada parada en el camino y de cómo estoy. Te quiero. —Le dejo un mensaje en el buzón de voz de casa que espero que escuche y la tranquilice.

—¿Pero dónde demonios estás?! —Con Alba no es tan fácil.

—Cálmate. Estoy mejor que nunca, créeme. No podía seguir en casa.

—Pero ayer te dejé con el tío bueno ese. ¿Qué pasó, Oli? —Recuerdo la sonrisa traviesa de Jason. Pienso qué pudo haber pasado si hubiera vuelto del baño a reencontrarme con él.

—No era el momento, aún no lo es. Como le he dicho a mi madre, Alba,

necesito hacer esto. Rosa me pidió que volviera a hacer fotos: ella sabe tan bien como lo sabía su hijo cuánto me cura sacar fotografías. Es lo que necesito ahora mismo, tened fe en mí.

—No dejes de escribirme y de decirme dónde estás y cómo te encuentras, o tendré que ir a buscarte. —A pesar de todo el dolor y la pena, debo sentirme agradecida por tener amigas como ella.

—No te preocupes, que lo haré. Dales besos a Esteban y a Sofia de mi parte. Y, Alba..., te quiero.

—Y yo a ti, loquilla. Cuídate.

Cuelgo y entro al parador, donde tomo algo antes de seguir camino.

Doy una vuelta y me encuentro un claustro protegido por grandes columnas y con una fuente en el centro. Camino por las mismas piedras que pisaron miembros de la realeza y grandes aristócratas. Enfoco con la cámara los árboles que rodean la zona y la fuente, con ese sonido que produce el agua al caer. La luz del sol es maravillosa en este día y crea unas imágenes perfectas.

Regreso al coche y, con el estómago lleno, vuelvo a conducir. Toco el atrapasueños que llevo colgado del retrovisor y canto la canción que suena por la radio en ese momento, dando unos golpecitos al volante. El calor del sol se agradece; bajo un poco la ventanilla y saco la mano para recibir la brisa. Apoyo el codo y continúo mi camino con un destino claro, al que llegaré mañana. Quiero parar por la tarde en un pueblo al que también tenía muchas ganas de ir y dormiré allí. Espero que haya una habitación disponible en algún sitio, porque voy completamente a la aventura sin haber reservado nada.

Me encuentro unas calles atestadas de gente. Aparco a la entrada del pueblo y después subo caminando hasta el casco histórico gracias al GPS del móvil. Menudas cuestas hay, ni que fuera Toledo. Llego a la plaza, donde aún hay más personas. Al parecer, se celebra un mercado medieval. Calles con paja por el suelo, puestos donde venden quesos artesanales, dulces y hasta una taberna al aire libre.

—¡Cuidado, señora! —Un hombre vestido con ropa de época me alerta para que no me atropellen los burros de los que viene tirando con niños montados encima. Me hace gracia ver las caras de los peques, que seguramente no han visto esos animales antes. Los niños de ahora son puramente de ciudad y, a no ser que sus familias o en el cole los lleven a granjas escuela, no los conocerán.

Ando por el mercadillo y tomo algunas fotografías bajo un sol agradable

que me invita a quitarme el chaquetón. Me acabo acercando a la taberna, donde me siento y espero a que me atiendan. Huele a carne asada, a maíz y a patatas.

—Buenos días, ¿qué desea tomar? —me pregunta un camarero.

—Puff, a decir verdad, he comido hace unas horas. No sé... ¿Qué me recomienda?

—Pues un poco de maíz nunca viene mal, y quizá algunas verduras asadas.

—Me apunto. Con una botella de agua, por favor.

—¿Agua? Señora, estamos en el medievo. ¡Un buen vino!

Me río al imaginar que, si esto fuera la Edad Media, yo sería la tabernera y él, el cliente al que atender.

—Vino, entonces.

El camarero se va satisfecho y me detengo a escuchar la música que suena por los altavoces instalados. Me recuerda bastante a *El Señor de los Anillos*. A mi alrededor hay mesas con familias enteras comiendo, niños entretenidos con *tablets* y teléfonos móviles. Es una pena que no podamos ser capaces de disfrutar del tiempo en familia, de hablar en la mesa sin tener algo que nos distraiga porque lo demás es aburrido.

—Aquí tiene, que disfrute.

Le doy las gracias y degusto el maíz, que ya de por sí me encanta. La última vez que lo comí fue en una extraña comida con Jesús. A veces me pregunto si presentimos que algo terrible iba a suceder.

—*Quiero morir antes que tú. —Me quedé con la patata en la boca, congelada. Yo, no la patata.*

—¿Cómo dices?

—*Que he estado pensando en ese rollo del testamento para dejarlo todo bien atado. Menos mal que nos hemos casado, porque es menos engorroso que si somos pareja de hecho. Me hace sentir más seguro sabiendo que sucederá así.*

—¿Pero de qué coño estás hablando? ¿Te pasa algo? —*Temí que estuviese enfermo o que le hubiesen dado una noticia de ese tipo.*

—*No, cariño, solo soy previsor. —Me dio un beso y cambió de tema, como si nada hubiera ocurrido.*

No le di mucha importancia entonces porque teníamos toda una vida por delante. Cuando la carrera se acorta y llega el día en que se hace realidad el deseo del otro, no quieres llegar a la meta. Quieres abandonar porque no estás

preparada. Dudo que alguna vez lo estemos. Eso fue lo que me pasó al morir Jesús: no había más carreras que correr, tampoco había ganas ni motivación por nada. Y continuó en busca de una puta explicación, alguien que me diga por qué coño sucedió y me rompió el alma en dos.

Por fin estoy en la habitación del hotel en Cantabria, el destino al que me dirigía. Me choca el buen tiempo que hace para ser octubre, o quizá se debe a mis prejuicios de que en el norte siempre hace malo. Salgo a la terraza, y el paisaje, completamente verde, me parece una auténtica pasada. Cojo el libro que me he traído conmigo y, con una manta que llevo en la maleta, me siento a leer bajo el sol y la suave brisa que mece las hojas de los árboles en otoño.

El resto del día conduzco en busca de algunas zonas específicas que tenía en mente. Hago fotografías y me siento bien, como me dijo Rosa. Es justo lo que necesitaba. Y Cantabria es solo el comienzo de unos meses que me van aliviando y curando poco a poco. Estar alejada de todo lo que me recuerda a él ayuda mucho. De vez en cuando hablo con Sonia y sé que todo marcha bien por el estudio: se dedica a hacer fotos de carnet y pequeños reportajes. Mi madre está bien; Alba se pasa por casa de vez en cuando y le lleva a Sofía, que la alegra bastante. Debería ser yo la que le llevara un niño, su nieto, y hacerla disfrutar con él. Ese sueño que se nos quebró antes de tiempo. Con Elena también he hablado y, al igual que Alba, se preocupó mucho por mí, pero conseguí hacerle entender que era lo que anhelaba en ese momento.

Cuatro meses después, he recorrido casi todo el norte de España. Diez meses desde que Jesús se fue. Estamos en febrero y hace un frío que pela. Vuelvo a Madrid con la sensación de que los últimos meses han constituido un viaje esencial, algo que tenía que hacer.

He visitado lugares desconocidos; he conocido en el camino a gente agradable y a la que, sin darme cuenta, le he contado mi historia, como a una anciana que también perdió a su marido años atrás. Y es que el tiempo transcurrido da igual, porque el dolor sigue siendo el mismo, solo que los años lo van anestesiando. Y aunque el viaje ha resultado ser de lo mejor, todavía acecha el desconsuelo, pero la sensación de ir aceptándolo va creciendo cada día en mí.

«Cuando la vida te cierra una puerta, se abre una ventana». Famoso dicho que comienzo a comprender. La vida me cerró esa puerta y todas las posibilidades que había detrás, pero me ha dejado una rendija en la ventana. De mí, únicamente, depende abrirla del todo o cerrarla.

Una Olivia que cree en las segundas oportunidades

~ 8 ~

Año y medio después

Cuando sufres una pérdida, la sufres para el resto de tu vida. Nunca se olvida, nunca desaparece. La cicatriz siempre está ahí, bajo la piel, aunque puedes tocarla y ya no duele tanto. Llega un día en el que la herida deja de sangrar para convertirse en eso, en cicatriz.

Dieciocho meses después, he conseguido vivir en una nueva casa que alquilé al regresar de mis viajes para tomar fotografías. Vendí el apartamento que Jesús y yo nos compramos porque no me ayudaba a seguir adelante. Como ya hice en aquel viaje, volví a sacar fotos, a quedarme en casa sin sentirme sola y destrozada, a salir a cenar con amigos, a bailar sin culpa y a reírme como si de nuevo tuviera derecho a hacerlo.

De hecho, ahora mismo estoy en la cama de un tío, pero no es uno cualquiera. Es Jason, aquel al que conocí una noche en Madrid y al que dejé plantado por no estar lista. Anoche salí de cena con Sonia, pero ella se fue pronto a casa; su chica la esperaba después de visitar a su familia en Alemania. Y de golpe y porrazo, me encontré con él. No soy de creer mucho en el destino, así que no me planteé a qué se debió aquel giro...

—Vaya, vaya, pero si es Livi.

—¿Jason? —Me quedé estupefacta al verlo, pero por instinto le di un abrazo y un beso en la mejilla.

—Si te invito a una copa, ¿la aceptarás o volverás a dejarme plantado? —Me sentí un poco mal por recordar aquel episodio, pero él lo borró con un beso en mi frente.

Seguimos el resto de la noche bailando, bebiendo, con las manos muy cerca, hasta que nos lanzamos a saco.

—Joder, Livi...

Sonreí frente a sus labios y tiré del inferior antes de arrastrarlo por todo el local para encontrar la salida.

—¿Tienes coche?

Negó con la cabeza y señaló una moto impresionante. Volví la vista a mi falda corta; él se encogió de hombros con un brillo malicioso en los ojos.

—¿Estás de coña? —La risotada que se oyó en la calle me hizo reírme con él.

Nos dirigimos hacia aquella bestia negra. Me dio un casco y se subió, esperando a que yo pudiera hacerlo sin enseñarle las partes nobles a medio Madrid. El trayecto se me hizo eterno: trataba de que el vestido no se subiera demasiado, pero al mismo tiempo el frío de la madrugada madrileña me refrescaba. Por fin llegamos a un hotel, aunque, para ser sincera, con la oscuridad de la noche no me fijé demasiado. Tampoco me molestó que me llevara a un sitio así y no a su casa; a lo mejor no vivía en Madrid. Sinceramente, me importaba una mierda.

Jason pasó su brazo por mi cadera, rodeándome con él hasta posar la mano en mi tripa. Apoyada en su pecho, le acaricié el pelo. Él me dio besos en el cuello erizándome la piel. Cuando me giré y quedamos cara a cara, el corazón se me subió a la garganta. Ver en sus ojos el brillo del deseo me encendió más que nada. Nos miramos por espacio de unos segundos, sin interrumpir el contacto visual.

—No sé si podré ir despacio, Livi, me vuelves loco...

Mesé su pelo sin dejar de mirarlo, queriéndolo todo, a la vez que entraba en pánico. Me preguntaba si aún sabría cómo hacerlo, aunque, después de todo, se dice que el sexo es como montar en bicicleta.

—No pienses en eso y mejor piensa en todas las cosas que voy a hacerte y en las que vas a hacerme, porque, créeme —miré el reloj de mi muñeca—, van a ser unas cuantas y no hay ninguna prisa.

Noté el movimiento ascendente y descendente de su pecho, su agitada respiración. Paseé la mano por la mejilla, bajando hasta el cuello, donde deposité un beso lento y un lametazo que lo hizo soltar un gemido que me puso a mil. Seguí bajando la mano por su pecho hasta comprobar que estaba completamente empalmado y preparado... Joder, lo único en lo que podía pensar era en que me la metiera de una puñetera vez.

—Te va a sonar a tópico, pero nunca he deseado tanto a nadie, de verdad que no. Desde que desapareciste aquella noche he soñado con esto. —Metí la mano por dentro del pantalón, pillándolo por sorpresa. Emitió un gemido, y yo sonreí—. Dios, Livi...

Lo tumbé sobre la cama y me giré para cerrar la puerta del dormitorio,

una manía que tengo. No me gusta dejar las puertas abiertas. Jesús siempre me decía que veía demasiadas películas de miedo, y después me pasaban factura. Pero no era momento de recordarlo. Esa noche era para mí, me merecía un instante de felicidad por muy efímera que fuera. Entonces, cerré la puerta.

No espero a que amanezca y decido que ya es hora de largarse. Desgraciadamente, Jason me tiene agarrada por la cintura. Con mucho cuidado, alzo su brazo y me paro en seco cuando se revuelve antes de darse la vuelta. Suspiro y me levanto. Cojo los zapatos, el vestido y la ropa interior y, de puntillas, salgo de la habitación. Me visto y, con los tacones en la mano, voy hasta la puerta; la abro y salgo en busca de un taxi. Miro el teléfono mientras bajo la escalera, aunque apenas tengo algún mensaje de mi madre y de Sonia, muy preocupada por haberme dejado sola para ir a ver a su chica. Le respondo con agilidad y me subo al taxi camino a casa. Con los ojos cerrados, recuerdo la mirada de Jason; sus manos, que estaban por todas partes, y esa boca que me hizo disfrutar, pero, sobre todo, me regaló una noche de olvido.

—No es para tanto, Elena. —Cada vez que salgo a divertirme, mis amigas lo alaban como si hubiese descubierto América—. Sonia estaba un poco nostálgica porque echaba de menos a Mariette, nada más. Cuéntame, ¿qué tal lleváis Eric y tú el lanzamiento de la revista digital? ¿Y el nuevo nidito de amor?, ¿ya habéis estrenado todos los rincones? Y cuando digo «estrenar» me refiero a estrenarlos sexualmente. —Mi amiga se ríe, y eso me hace sentirme bien. Han sufrido mucho por mí, sé que están realmente preocupadas. Devolverles un poco de todo lo que han hecho para ayudarme es lo menos que puedo hacer.

—Nunca cambiarás... Cuánto me alegro —me dice—. Pues la casa es perfecta, Oli. ¡Tengo tantas ganas de que podáis venir a verla! Nos encanta, y la revista es lo único que no nos deja disfrutarla todo lo que quisiéramos.

—En cuanto todo eso termine, podréis hacerlo, y con «hacerlo» me refiero a follar como locos y sin prisas, que nos conocemos, y seguro que estás tan agobiada que los polvos con el pobre Eric serán rapiditos y prácticos.

—Qué bruta eres. No voy a hablarte de mi vida sexual.

—Vaaale, sosa. —Una pausa nos mantiene en silencio.

—Tengo que colgar. Eric quiere que revisemos por enésima vez la portada del mes con la que debutamos, pero te manda muchos besos.

—Dile que ya me los cobraré cuando lo vea, y serán con lengua.

Elena resopla. Aún consigo escandalizarla.

—Oli, me alegra que hayas vuelto.

—Lo sé. Cuídate mucho.

Ella me desea lo mismo y colgamos. Últimamente no hago más que oír eso de que se alegran de que haya regresado, como si me hubiera ido de viaje. Cuando lo pienso un poco mejor, me doy cuenta de que es su forma de decirme que ellos llevaban razón y la vida continúa, a pesar de las pérdidas y de todo el dolor. No me malinterpretéis, no es que me haya olvidado de Jesús, pero de alguna manera he llegado a entender que no puedo paralizarme para siempre,

ni tampoco puedo seguir haciendo sufrir a la gente que se preocupa por mí. No va a volver, por más que llore, por más que se me desgarre el alma recordando anécdotas, pues aún no soy lo suficientemente fuerte para ver fotos. Las tengo guardadas en una caja, a excepción de alguna que me acompaña.

Recibir asistencia psicológica también me está beneficiando. Micaela, una amiga de Alba, es terapeuta y me hace precio especial en sus sesiones. Comencé a acudir a ella al mes de fallecer mi marido; al principio iba cada semana, pero en los últimos dos meses hemos conseguido espaciarlo a quince días, es decir, dos veces al mes. Eso es todo un logro. Todavía recuerdo la primera vez que me planté en su consulta y casi me da un infarto por comerme las lágrimas:

—Olivia, aquí no se trata de ser una roca. Este espacio es tu espacio, donde puedes desahogarte y expresar todo lo que necesites. Mira, cuando el cónyuge fallece, a veces la persona que se ha quedado aquí se siente culpable por no haber podido evitar su fallecimiento. Sé que te sonará absurdo, pero la mente humana es muy enrevesada. Cuando sufrimos, podemos llegar a sentir dolor físico, no solamente emocional. Seguro que tienes problemas para conciliar el sueño, no te concentras y habrás perdido el apetito. —Asentí con la cabeza, sorprendida porque había descrito a la perfección cómo me encontraba—. No es sencillo: a la vez que estás sufriendo, debes poner en orden tu propia vida. Esta puede ser una tarea dura. Algunas personas pueden sentirse mejor antes de lo que esperaban; otras pueden tomar más tiempo. Habrá días buenos y malos; sabrás que te estás sintiendo mejor y comienzas a superarlo cuando los días buenos empiecen a ganar en número a los malos.

Me marché de allí peor de lo que llegué, aunque fue la primera vez que empecé a afrontar el duelo.

Por desgracia, y a pesar de haberme divertido esta noche con Jason, me siento terriblemente culpable. Él ha sido la primera persona con la que me he acostado desde lo de Jesús. Micaela está de vacaciones, pero me dio su teléfono para llamarla si me sentía muy angustiada y la necesitaba en cualquier momento.

—¡Hola, Olivia! ¿Cómo estás?

—Hola... Bueno, regular...

—Ya lo imagino si me estás llamando. Espera un segundo. —Hace una pausa en la que me siento, además, estúpida por molestarla en sus días

festivos con su familia—. Ya está, necesitaba un poco de privacidad. Dime por qué me llamas.

—Verás, anoche salí de fiesta con Sonia —empiezo suavemente.

—Magnífico.

—Y había un tío que no paraba de mirarme, y una no es de piedra, así que acabé la noche con él en un hotel.

—Y te sientes culpable, ¿me equivoco? —Jodida loquera adivina.

—Sí...

—Es lógico, no te pasa nada raro que no conlleve el proceso de duelo. ¿Pero no te acuerdas de lo que te digo siempre? No debes sentirte culpable por reírte de un chiste o por disfrutar una tarde junto a tus amigas, únicamente te estás ajustando a tu nueva vida sin Jesús.

—Si me hubiera ido de farra con Sonia y hubiera vuelto a mi casa, sí, pero me tiré a un tío y además lo disfruté. —Me tapo la cara, avergonzada por sentirme así.

—Olivia, ¿es que creías que jamás ibas a volver a fijarte en nadie? ¿Pensabas que te ibas a quedar para vestir santos eternamente? Lo que te sucedió fue terrible, una desgracia, pero no es el fin de tu vida, fue el fin de la suya. —Echando sal en la herida—. Sé que suena duro y que crees que no tengo sentimientos por decirte fríamente lo que hay. Aunque ahora no lo creas, ser capaz de fijarte en alguien y llegar hasta donde llegaste es un gran logro para ti. Yo me alegro de que haya sucedido, y de ahora en adelante, así es como debe ir todo. No te estoy diciendo que te lances a los brazos de cualquiera ni que vuelvas a golpear como solías hacer. Y no te estoy juzgando. —Joder, a veces las verdades escuecen—. Volverá a haber días grises, pero has dado un gran paso y ya no van a ser tan oscuros, confía en mí.

No puedo rebatirle nada. Le doy las gracias educadamente y, tras colgar, me quedo unos instantes en silencio digiriendo lo que me ha dicho. Sé que mi vida está en proceso de cambio, que no va a ser la misma y que tengo que aprender a vivir de nuevo. Como cuando sufres un accidente y te amputan un miembro del cuerpo, que debes reorganizar tu vida y comenzar de cero, aprender a vivir sin esa parte.

Recuerdo lo que me dijo mi madre cuando se enteró del accidente de Jesús. Yo estaba en una silla del hospital, en *shock*, sin poder moverme. Estuve allí sentada durante horas: ni enfermeras ni médicos ni familiares consiguieron que me levantase de aquella silla de plástico naranja. Mi madre llegó en cuanto pudo, porque volvía de viaje con unas amigas. Se sentó a mi

lado y me agarró la cara:

—*Con esto vas a tener que vivir toda la vida. Tienes dos opciones: vivir amargada, en la pena y la desdicha, maldiciendo por lo que te han arrebatado, o decidir que tu vida comienza de nuevo y que vas a luchar por salir adelante.*

Fue dura, lo reconozco, pero ella ya había pasado por ese trance. Fue la única persona que consiguió llevarme a casa unas horas. No quise entender sus palabras, pero con el tiempo lo he hecho. Cuando la adversidad llega, vemos únicamente las limitaciones y las dificultades. No nos enfocamos en la luz que siempre está al final del túnel. «*Quia fortis est ut non modo ad arbitrium non est fortis*», o lo que es lo mismo: uno no sabe lo fuerte que es hasta que ser fuerte es la única opción. Esa frase me la tatué al mes de su pérdida, en el costado. El dolor físico fue insoportable, pero no menor que el que llevaba sufriendo durante treinta días. A veces paso la yema de los dedos por esas letras, cierro los ojos y me recuerdo a mí misma que ser fuerte es mi única opción.

Música lacrimógena y triste, de esa que hace que te regodees en tu dolor y caigas en una espiral de sufrimiento de la que no eres capaz de salir. Yo soy experta en ella, a pesar de que Micaela llegó a prohibírmela terminantemente. De camino al estudio, me pongo esas canciones en el coche; he llegado a grabarme varios CD. Patético. Hasta las once de la mañana no tengo nada programado, así que continúo escuchando las canciones a todo trapo, para sobresalto y disgusto de Sonia.

—¿Cuándo me toca a mí elegir música? —Tenemos esa regla en el estudio. Cada una elige un par de canciones seguidas, pero desde que he vuelto, la pobrecita no elige nada y se traga toda la música de cortarse las venas.

—La próxima es tuya —digo. Me arrepiento en cuanto oigo los tres primeros acordes. Sonia es una fanática de las comedias románticas y acaba de poner una de las canciones de la segunda parte de *Mamma Mia*. Lleva escuchando su banda sonora en bucle desde que salió del cine, y yo la sufro en el trabajo. La miro con cara de resignación y ella comienza a bailar a mi alrededor. Sigo estudiando los negativos de la sesión de una pareja, en los que el marido sonríe de forma aterradora, pero Sonia no cesa en su empeño de hacerme bailar. Me resisto todo lo que puedo, hasta que empieza a mover la pelvis como para romperse la cadera, y entonces me río. Ahí es cuando aprovecha para cogerme de la mano y hacerme brincar y dar vueltas con esa música alegre e infernal. Joder, es tan pegadiza que ya me sé las letras de memoria.

Friday night and the lights are low
Looking out for a place to go
Where they play the right music
Getting in the swing
You come to look for a king

*Anybody could be that guy
Night is young and the music's hiiiiiiiiiiiiiiiiigh
With a bit of rock music
Everything is fine
You're in the mood for a dance
And when you get the chance...*

En la parte del *high* nos volvemos locas y hacemos lo mismo que en la película, o sea, subimos los brazos y seguimos bailando, hasta aplaudimos en el estribillo en dos ocasiones. Aparte de hacerme escuchar la banda sonora, me hizo ver la película más de cuatro veces en distintos días en que venía a casa a contarme cómo iban las cosas por el estudio. Damos vueltas cual peonzas hasta que acabamos en el suelo muertas de la risa.

—Buenos días.

Se nos corta la risa al instante. Un tío trajeado nos mira como si fuéramos dos extraterrestres. Nos levantamos todo lo dignamente que podemos y Sonia saluda con la cabeza, escabulléndose hasta su puesto de trabajo.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Siento la intromisión, pero no respondía nadie y me he atrevido a entrar aquí. —Sonia y yo estábamos en la parte de atrás del estudio, al lado de la sala donde ella toma las fotografías a los clientes y donde yo trabajo, mi espacio personal. También aquí atiendo a la gente que me consulta sobre los reportajes.

—No hay problema, ¿desea sentarse?

El señor asiente con la cabeza, y tomo asiento.

—Perdone mis modales, no me he presentado. Mi nombre es Thomas Howard. —Me tiende la mano y una tarjeta con su nombre y el de una empresa con la banderita británica dibujada al lado.

—Encantada. Soy Olivia, la dueña del estudio. Y bien, señor Howard, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Verá, mi empresa se dedica a la publicidad y estamos buscando un fotógrafo que nos ayude en algunas campañas. Un colega mío ha visto fotos tuyas y le ha gustado mucho su trabajo. Yo mismo he podido ver algunos de sus trabajos y he de confesar que me han encantado, por lo que estoy aquí para hacerle una oferta de trabajo.

Me quedo perpleja. Removiéndome en el asiento, da comienzo el interrogatorio.

—Disculpe, ¿qué? No sé a qué trabajo se refiere, estoy un poco confusa.
—Trago saliva, alucinada—. ¿Dónde es el trabajo y a qué se refiere exactamente?

—En Londres. Nuestra propuesta consiste en una colaboración de unos cuantos meses. El alojamiento corre de parte nuestra, así como todos los gastos que se deriven de su permanencia en el país. Hemos visto reportajes fotográficos que ha realizado para otras empresas y la queremos en el equipo. El único problema es que debe decidirse antes del jueves.

—¡Pero si hoy es lunes!

Su carácter británico se siente molesto por mi grito, a juzgar por su ceño fruncido. Me tapo la boca tratando de ser educada, pero estoy flipando en colores.

—Aquí tiene un dossier con toda la información; si aun así tiene más dudas, por favor, no dude en llamarme. —Se levanta y, tras estrecharme de nuevo la mano, desaparece de mi estudio.

Miro el dossier de más de cincuenta páginas. Resoplo, le echo un ojo por encima y todo parece estupendo. Pero acabo de volver al estudio y no puedo dejar a Sonia meses y meses ocuparse de todo sola de nuevo, ¿o sí? En otras circunstancias, el consejo de Jesús habría sido de vital importancia. Siempre que me debatía entre una cosa y otra, él ponía el punto de coherencia, me hacía sentir segura y, con las típicas máximas de «tú puedes con todo», «adelante», me lanzaba aunque no hubiera colchoneta debajo para amortiguar el golpe.

—¿Todo bien, jefa? —Sonia se asoma a la puerta abierta.

—Sí, ha venido a hacerme una oferta laboral. Disculpa un momento, tengo que hacer una llamada.

Asiente con la cabeza y vuelve al mostrador, donde se pasará la mañana limpiando y organizando. Dudo un segundo antes de levantar el teléfono fijo de mi mesa y marcar el número.

—¿Pero tú sabes qué hora es, loca?

Me río.

—Sí, pero si no fuese una urgencia, no te llamaría.

—No me digas que estás en un callejón, sin bragas y sin forma de volver a casa.

—Muy graciosa, Elenita. Cállate, que sé que allí aún es de madrugada y quieres volver a dormirte.

—No es nada, no te preocupes —la oigo decir—. Espera un momento. — Se oye una puerta cerrarse y, de nuevo, la voz de mi amiga me habla—:

Cuéntame qué demonios te pasa para que me acosas de madrugada.

—Acaba de estar aquí un tío con una *megaoferta* de trabajo y no sé qué coño hacer.

—Explícate.

Le cuento todo lo que el tipo me ha dicho, punto por punto, e incluso le leo partes del dossier que quiere conocer.

—Pues, cariño, solamente tú puedes tomar la decisión. Yo no puedo decirte qué debes hacer.

—Ya lo sé, joder, pero no sé, algún consejo. Tú te marchaste a otro país a trabajar cuando te rompieron el corazón y el mío también está hecho trizas, así que he pensado que quizá podrías ayudarme de alguna forma. —Estoy perdida y confundida. Llevo un rato mirando la oferta de trabajo y, coño, que es Londres, mi ciudad favorita. Todo parece perfecto.

—Sabes que Alba y yo siempre estaremos cuando nos necesites, y te he invitado millones de veces a pasar aquí una temporada con nosotros, aunque sé que no quieres. Si te soy sincera, y esto es solo mi opinión, yo iría. Por lo que nos has ido contando, la chica que trabaja para ti es muy efectiva, y quizá a un nivel más bajo podría encargarse del estudio en Madrid mientras estás en Londres. Puede que cambiar de aires, alejarte del lugar donde viviste con Jesús y donde hay tantos recuerdos, te venga bien; sería incluso sano para ti. —Y entonces se convierte en la segunda persona que aporta coherencia a mis decisiones.

—Tal vez tengas razón; tengo unos días para pensarlo. Voy a hacerlo, a conciencia y sin locuras, como suelo. Puede ser el respiro que necesito en estos momentos. Gracias, Elenita.

—A mandar, pero no a las cuatro de la mañana, chata. No me ha dado un infarto de milagro.

La entretengo un poco hablando de cómo va la revista y, a la hora, colgamos. El resto de la mañana la paso trabajando, que es lo que de verdad me hace olvidarme de todo. Me enfoco en la tarea y me olvido hasta de comer. A mediodía recibo un wasap de Elena que me hace sonreír:

Porque cuando se necesita a un buen amigo siempre está ahí; porque a veces hay que recoger los pedacitos para volver a formar la pieza; porque tampoco es necesario un motivo más que el hablar y reír hasta las tantas, llorar, sonreír, soñar... Porque a veces hace falta tumbarse a su lado hasta que pueda

levantarse. Y ahora inspira profundo y suéltalo de verdad para que deje de doler tanto. Te quiero. Elena.

La jodida sabe tocar la fibra sensible y hacerme llorar a moco tendido. Hago lo que me dice, inspiro y espiro, aunque sigue doliendo como una condena. Le mando un mensaje, una de esas fotos de internet con frases cursis y florecitas.

—Hola, Albita. —Recibo su llamada después de comer.

—¿Cómo tienes los ovarios tan grandes de no contarme lo del trabajo en Londres? ¿Es que no somos amigas? —Ya le ha ido Elena con el chisme. Desde luego, en este grupo de amigas no esperamos a que la protagonista se manifieste.

—No me ha dado tiempo, no te enfades.

—Joder, Oli, que aunque sea madre sigo siendo amiga tuya y puedes contarme tus cosas, ¿o acaso en algún momento te he hecho ver lo contrario? —Está dolida.

—Lo sé, lo sé. No digas tonterías. Si llamé a Elena fue porque ella se marchó a otro país y sabe de qué va la vaina. Por supuesto que iba a contártelo, pero no me has dado tiempo. Luego he tenido mucho lío, perdona.

—Bueno, vale. Cuéntamelo bien y no te dejes detalles.

La informo de todo y ella, al igual que Elena, me anima a hacerlo.

—Pues yo no lo dudaría, y además es Londres. Tú adoras esa ciudad, ¿qué mejor oportunidad? Espera, deja a mamá hablar un momento. —Suena cómo algo se rompe, parece un vaso, y Alba resopla—. Tengo que dejarte gracias a que mi hija acaba de romper un vaso PORQUE NO MIRA POR DÓNDE VA —esto último se lo chilla a la pobre niña, pero a mí casi me revienta el tímpano. Le cuelgo, no sin antes tratar de apaciguar los ánimos.

Por la tarde voy a ver a mi madre, a la que hace una semana que no veo y ya está mandándome mensajes subliminales de memes sobre lo que es la familia y tal.

—¿Cómo va todo por el estudio?

—Bien, de hecho tengo algo que contarte. —Carraspeo, pues sé que para ella marcharme es lo menos adecuado—. Esta mañana ha venido un señor de una empresa publicitaria a ofrecerme un empleo y tiene muy buena pinta.

—Eso es genial, cariño. Me alegro mucho. —Me parte un trozo de tarta de chocolate, mi preferida, y me echo leche caliente en el café.

—Es en Londres. —Se para en seco, suelta el tenedor y me mira

desconcertada—. No te lo esperabas, ¿eh?

—La verdad es que no, para nada. ¿Y las condiciones son buenas?

—Todo es fantástico, mamá. El sueldo, me pagan todos los gastos para el alojamiento y, en realidad, todo son facilidades. Estoy planteándomelo. —De nuevo se hace el silencio, de esos que se pueden cortar con cuchillo. Sigue comiendo su tarta sin mirarme, pero yo la conozco muy bien y sé que está pensando en algo.

—Bien, si es lo que crees que necesitas y que te va a ir bien, adelante. —Jo-der. Me deja en *shock*.

—¿Va en serio?

—Esperabas que te rogase que no te fueras, ¿verdad? Que te dijese que no abandonarás a tu pobre madre y que tu vida aquí es todo lo que necesitas. No, cariño, eso no es ser una buena madre. Serlo es animarte a cumplir metas que te dan miedo y te asustan, es dejarte ir hacia algo que sé que te va a beneficiar mucho en esta etapa de tu vida. No importa que yo me quede aquí sola, pensando porque mi única hija se ha marchado a miles de kilómetros, cuando sé que es lo mejor para ella. —Es el día de hacerme llorar, al parecer. Me levanto y me abrazo a ella sollozando, sabiendo que me va a costar un mundo alejarme del que siempre ha sido mi hogar.

Llega el jueves y la decisión está tomada. Cojo la tarjeta que el señor Howard me facilitó y lo llamo para darle la buena noticia. Me dan quince días para poner en orden todos mis asuntos en España y viajar a la capital de Inglaterra, donde empezaré una nueva vida. Parecen muchos días, pero se pasan volando. Cuando queda apenas una semana, ya tengo el trabajo planificado con Sonia. Hemos limitado los reportajes fotográficos, pues he contratado a un fotógrafo que se encargará de hacerlos, pero con el escaso tiempo del que dispongo, no puedo contratar a alguien tan cualificado como yo. No es igual que cuando me subí al coche y me fui unos meses, pues iba a volver finalmente. Aparte, Sonia me ha dicho que quiere pasar más tiempo con su chica, y ante eso no puedo hacer nada, es más, no quiero quitarle tiempo con ella.

Las maletas, por otro lado, están sin hacer; odio hacerlas. Siempre lo dejo para el último día. Jesús se encargaba de todo, e incluso de la documentación necesaria, como pasaporte y demás. Si no es por Alba, no llego a tiempo.

Una noche en que salgo antes de lo previsto del estudio, confiando en el chico que trabaja ya allí con Sonia, me pongo el pijama y me recojo el pelo hasta adquirir ese aspecto de mendigo que tan cómodas nos hace sentir. Abro una botella de vino rosado y me siento a beber, decidida a emborracharme. Esta misma mañana me llamaron de la funeraria para decirme que en poco tiempo instalarán la lápida de Jesús. Fue un mazazo, volver a recordar lo ocurrido. A veces el día a día se hace más fácil porque olvido que ya no está conmigo, como si estuviera en uno de sus largos viajes de trabajo. Pero la realidad es la que es. Quiero poner la mente en blanco, desconectar el cerebro y perder la capacidad de pensar. Por desgracia, alguien cree que no es el día: el timbre retumba sin parar. Dejo que suene varias veces hasta que me resigno a que no se van a dar por vencidos.

—¿Quién?!

—Abre, soy Alba.

Presiono el botón rápidamente, sorprendida, ya que ella siempre me manda un mensaje o me llama si viene a casa.

—¿Qué coño haces aquí? —le digo nada más verla. Va vestida para salir, bien maquillada y con los taconazos que tanto le gustan.

—Cállate y no seas desagradable; te traigo una sorpresa. —Abre la puerta del ascensor y de él emerge Elena.

—Y hay más. —Elena enseña una botella de Moët & Chandon. Me lanzo a sus brazos emocionada, casi tirándola al suelo. Alba nos empuja por la cintura para entrar en casa. Nos sentamos las tres en el sofá, donde lloro en su hombro, dejándole todo empapado por mis lágrimas.

—Me alegro de que hayamos venido, ya que no nos has llamado para decirnos que estás hecha una verdadera mierda. —Alba y su sinceridad.

Me sueno la nariz con el décimo pañuelo y les cuento el tema de la funeraria.

—¿Pero y tú qué haces aquí cuando acabas de sacar la revista digital?

—¿Pensabas que no iba a haber una despedida de «las tres Marías»? — Abre la botella de champán y empezamos a beber. Hablamos del lanzamiento de su revista y de lo bien que les va, de Eric, de Esteban y la niña, que es un amor cuando no es un monstruito...

—Bien, ya es suficiente. Vamos a vestirte y nos vamos de fiesta, a despedirnos por todo lo alto. —Alba se pone en pie.

—¿Qué? No, yo quiero quedarme en casa —respondo.

—Lo sé, y por eso precisamente vas a ponerte el mejor vestido que tengas y te vamos a maquillar para que resplandezcas. Esta noche queremos a nuestra Oli. —Albita tira de mí camino a la habitación. De nada sirve quejarme, chillar y patalear. Son dos contra una.

Cenamos *pizza* en un servicio de comida rápida mientras somos simplemente «las tres Marías», las tres amigas inseparables que, a pesar de la distancia, se quieren con locura y se apoyan incondicionalmente. Al terminar la cena pasamos por un local de karaoke y yo me paro en la puerta.

—Venga, Oli, ¿qué haces? Si llegamos más tarde de las doce, ya nos cobran entrada.

—Entremos aquí —les sugiero.

—¿Quieres cantar?

Miro a Elena y no hace falta nada más. Entramos al local, en el que no hay mucha gente, y nos sentamos a disfrutar del espectáculo, porque algunos van tan borrachos que dan todo el *cante*.

—Allá voy. No seáis cabronas y animadme aunque cante mal —les pido.

Subo al escenario entre nerviosa y angustiada. Sin duda, eso es lo que necesito esta noche, más que beber o bailar. Necesito expresarme, desahogarme, desgañitarme cantando. A veces, cuando me siento así de mal, canto en casa, llorando, expulsando la rabia y el dolor. Inspiro y espiro un par de veces, y comienzo a cantar:

*Don't wanna feel another touch
Don't wanna start another fire
Don't wanna know another kiss
No other name falling off my lips
Don't wanna give my heart away
To another stranger
Or let another day begin
Won't even let the sunlight in
No, I'll never love again*

Cuando termino de cantar, tengo la cara llena de lágrimas, cara de oso panda con todo el rímel corrido, pero aun así la gente me aplaude e incluso algunos se han puesto en pie. Vuelvo a la mesa de las chicas, que me miran entre sorprendidas y admiradas.

—Joder, Oli, ¿y ese chorro de voz de dónde lo has sacado? —es lo primero que me dice Elena mientras Alba le hace señas con la cabeza para que se calle y me rodee con el brazo. Vamos al baño, donde me arreglan el maquillaje en silencio, y salimos del local sin mediar palabra. El frío de la madrugada cala los huesos y, sinceramente, no me apetece irme de farra.

—¿Nos vamos a casa? No me miréis así, pero hoy necesito estar en casa con las dos a mi lado, aunque hablemos, riamos o bebamos, por favor. —El tono suplicante es lo que las convence, y llegamos a mi apartamento en taxi.

Charlamos de los viejos tiempos, reímos de tonterías, recordamos la historia de Alba y Esteban, y cómo Elena se enamoró del mejor amigo del marido de Albita. Les cuento anécdotas con Jesús, les hablo de su mal humor cuando algo no le salía bien y se frustraba. De su sonrisa no tengo que hacerlo, porque siempre le brillaba en el rostro y la conocían de sobra. Bebemos e incluso bailamos en el salón. Lloro abrazada a ellas, en silencio, mientras me acarician el pelo y me limpian las lágrimas. Ellas, mis personas, mis rocas, el amor verdadero, que a veces no es el de pareja. A veces puede existir entre

mujeres que se complementan tan bien que se entienden sin palabras, solo con miradas y gestos. Ellas lo son, mis almas gemelas, y las tres sabemos que cada una estará ahí para las otras SIEMPRE. Ese es el amor incondicional. Voy a echarlas mucho de menos, pero el cambio que estoy a punto de realizar va a salvarme, va a cambiarme tanto la vida que jamás lo hubiera creído.

—Existen tres tipos de amor, según leí una vez en un artículo: el amor Disney, el Blue Valentine y el Sorpresa, Sorpresa. —Las madrugadas y el alcohol propician conversaciones como esta entre amigas que se conocen al dedillo. Elena se ha propuesto no dejarme sola ni un solo día hasta marcharme a Londres y por eso cada noche acude a mi apartamento. Alba se nos une alguna vez, cuando las responsabilidades de madre se lo permiten.

—En serio, Oli, si vas a decir gilipolleces, cállate.

Le enseño el dedo palabrota, como decíamos de pequeñas, y continúo mi alegato:

—El amor Disney es el que te hace enamorarte cuando eres una adolescente y crees que ese va a ser el gran amor de tu vida: haces planes de boda, piensas en los nombres de tus hijos y los planos de tu futura casa y un día, ¡ploff! Llega otra persona que te hace enamorarte de verdad, con las tripas, y cuando te deja, te conviertes en poco más que un desecho humano. Te deja una cicatriz tan grande que la tirita apenas puede cubrir la herida, pero sobrevives, a base de helado, de películas de Nicholas Sparks y de muchos abrazos de tus amigas. El segundo es el Blue Valentine, que aparece para inundarte de felicidad y que llega a la relación tan jodido o más que tú. Pero este es mucho peor, porque se basa en la toxicidad de la dependencia, y la vuelves a cagar a base de bien. Y por último, está el Sorpresa, Sorpresa, que, como su propio nombre indica, surge cuando menos te lo esperas. Él llega como tú, con su propia mochila llena de experiencias; tú te crees Elsa, con un corazón más duro que el mismo hielo, cuando la realidad es otra. Estás más tierna que un Bollycao, pero has llegado a esa etapa sabiendo que todo reside en el equilibrio, en quererse a una misma por encima de todo. En quererse bien y no depender de él para vivir la relación plenamente. Y eso que no creo en lo de la media naranja: no puedes ser la mitad de algo. Si no estás completa, no puedes estar con nadie. El secreto está en elegir y en hacerlo bien.

—Y dime, tú, con todas las relaciones que has tenido, ¿has vivido los tres amores esos? —pregunta. Yo me quedo un momento en silencio, meditando.

—Sin duda sí, aunque el Blue Valentine lo he vivido varias veces. Vosotras sabéis cómo ha sido mi vida y mis relaciones *versus* rollos. A veces derivaba en un *fast food* emocional. —Río ante mi comentario.

—¿Y el Sorpresa?

La miro sintiendo un nudo en la garganta.

—Ese está bien claro, fue Jesús. Llegó a mi vida cuando no lo necesitaba. Yo, centrada en mis historias y mis rollos, no quería ni verlo, no me venía bien enamorarme de él. Pero ¿sabes qué pasa? Que por mucho que queramos, no elegimos el momento de caer ni de quién, simplemente sucede, y a veces viene acompañado de pura magia.

Elena frunce los labios. Va a empezar a mirarme con pena, y ya no soporto más provocar ese sentimiento en la gente.

—¿Te vas a comer eso o tu religión te lo prohíbe? —bromeo distendiendo la situación. Le quito el pedazo de *pizza* grasienta de su plato y me lo como, dejando que me chorree la grasaza por la barbilla. Elena murmura un «guarra» que me hace sonreír y enseñarle de nuevo mi dedo favorito.

—¿Lo tienes todo para el viaje?

Afirmo moviendo la cabeza sin dejar de comer.

—Te va a ir muy bien, lo sé.

—A peor no puedo ir ya. —Trato de quitar hierro al asunto.

—Si en algún momento sientes la necesidad de regresar, no lo dudes: me llamas y en nada te organizo la vuelta a casa. No necesitarás comprar ningún billete. Eric te envía su avión privado, bueno, el de la empresa, y vuelves a casa o te vienes a Nueva York con nosotros.

—Elena, escúchame: sé que lo dices porque me quieres y todo eso, pero basta ya. Es asfixiante el sumo cuidado con el que me tratáis. Sigo siendo Oli, la amiga loca que no reflexiona. Dejad de tratarme como si fuera de porcelana o estuviera a punto de ahogarme en medio vaso de agua. Me agobiáis sin daros cuenta —estallo medio enfadada, medio desesperada. Solo quiero que todos vuelvan a tratarme como siempre.

—Lo siento. Tienes razón, pero únicamente lo hacemos porque te queremos y te hemos visto tan mal que...

—¡Suficiente! —La paro con la mano en alto—. Llama a Alba y dile que en media hora la recogemos para salir de fiesta.

—¿Qué? Oli, son las once de la noche. Alba ya está en el quinto sueño.

—Joder, es verdad que ahora parece una puta marmota. Entonces nos vamos nosotras.

—¿Adónde?

—Adonde sea. A beber, a bailar, a ligotear con algunos y a volver a casa sanas y salvas, pero con una buena juerga en el cuerpo. Hoy necesito que trates con la antigua Olivia de nuevo, ¿lo harás por mí? —le ruego cogiéndole la mano.

—Yo haría cualquiera cosa por ti.

Le guiño el ojo, sonriéndole con malicia, y corro a arreglarme.

Cuarenta y siete minutos más tarde, vamos en un taxi camino a algún *pub* que nos guste y que siga abierto. Llegamos a uno que han inaugurado apenas dos semanas atrás y que está a rebosar de gente. Comenzamos pidiendo cócteles y bailamos todo el *reggaeton* habido y por haber.

—Uhhh, ese tío no te quita el ojo de encima, Oli —me dice con la pajita de su *sex on the beach* entre los labios. Miro hacia donde me señala y lo corroboro. El chaval no está nada mal: alto, moreno, fuerte...

—Lo sé, hace rato que lo he visto. —Empiezan una serie de miradas, algunas bastante poco inocentes, para ser sincera. No sé qué ha sucedido, pero estoy volviendo a flirtear sin sentirme culpable. Es como me dijo la psicóloga: los días negros y oscuros se espacian en el tiempo, y cada vez hay más grises y alguno blanco.

—Oli, ese charco de babas...

—No son babas, querida Elenita —le digo para escandalizarla.

—Qué bestia eres. Bueno, ¿qué, vas o esperas a que venga?

Dubitativa, no quiero acercarme. Una cosa es ver la mercancía y otra, probarla. No me atrevo, algo que me parece inusual, porque con Jason no me pasó. No sé por qué me acuerdo de él, pero lo siento distinto.

El tipo alto finalmente se decide a acercarse y hablamos un rato. Otro amigo suyo también se aproxima y charlamos los cuatro muy animados. No se corta un pelo y no para de arrimarse a mi oreja para susurrarme cosas picantes asiéndome por la cintura. Para su desgracia, hoy no pienso irme con él. Cerca de las cinco de la mañana, nos metemos en un taxi y llegamos a mi apartamento, donde Elena se queda a pasar lo que resta de noche.

—Dios, estoy muy borracha —le digo lanzándome al sofá, donde me descalzo. Elena va a sentarse, pero también va perjudicada y se escurre al suelo.

—Joder, yo también. Eres una mala influencia.

Elevo los dedos en señal de victoria por volver a ser la que era y nos reímos.

—Gracias por acompañarme en las borracheras y en los funerales. —El tono sarcástico acaba por salir. Ella chasquea la lengua y me da en la pierna.

—Contigo al fin del mundo, loquita.

Como podemos, encendemos la tele y vemos los absurdos productos de la teletienda sin poder dejar de reírnos de semejantes gilipollices. Y pensar que hay gente que compra esas mierdas, ¡tremendo! No recuerdo cuándo apagamos la televisión, pero al día siguiente nos despertamos en la misma postura. Yo en el sofá y Elena, en el suelo, con una resaca como si miles de taladradores nos estuvieran perforando el cerebro. Mi teléfono suena, y maldigo a quien sea que me llame.

—¿Sí? —contesto con voz de ultratumba.

—Buenos días, cariño. ¿Ya estás levantada? —Es la llamada diaria de mi madre.

—Casi. Anoche salimos Elena y yo de fiesta.

—Bufff, entonces te cuelgo, que estarás resacosa y maldiciéndome por llamarte. —Se ríe y corta la comunicación.

Reviso los mensajes y descubro una notificación del correo electrónico. Es de la compañía aérea con la que viajo a Londres; me envían los datos del vuelo modificados a causa de un retraso. En dos días estaré lejos de aquí; por primera vez en la vida voy a vivir sola en un país extranjero. Sonia no ha parado de hacer coñas con el tema del *brexit* mientras yo amenazaba con despedirla. Mi madre oculta su melancolía, pero me llama o envía más mensajes de lo normal. Alba hace algo parecido, solo que ella me invita a su casa con Esteban y la pequeña, ya que salir es más complicado para ellos. No puedo reprocharles nada, pero a veces siento un pellizco de envidia y dolor al ver a Sofía en brazos de su padre, al que se le cae la baba con ella.

Alba nos envía un vídeo al grupo de wasap que tenemos «las tres Marías» donde ambos bailan en el salón de casa sin ser descubiertos por la madre, que, conociéndola, estaría grabando medio llorando. Recuerdo con bastante precisión el día que Jesús y yo mantuvimos la conversación sobre ser padres...

—Eh..., ¿qué haces? —*Mi flamante marido miraba donde había posado la mano, en mi tripa*—. *Ahí no hay nada* —le dije bromeando; él se rio.

—*Llevo pensando un tiempo que quizá quiera que haya algo, ¿tú no? Se me subió el corazón a la garganta.*

—¿Es en serio?

Se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Yo siempre he deseado ser padre, pero no hasta conocer a la madre de mis hijos. Está claro que esa eres tú. Ambos tenemos un trabajo estable, nos va bien, somos felices, ¿por qué no ampliar esa felicidad con un pequeñín que nos proporcione aún más? —Así era él, empalagoso y románticón a más no poder. Nunca me había planteado ser madre, aunque tampoco lo había descartado. Y cuando me dijo aquello tan hermoso, me convenció de tal manera que en ese mismo sofá empezamos a practicar.

Lamentablemente, un mes y medio después esa esperanza se truncó, y quizá había perdido la oportunidad para siempre. Vuelvo a ver el vídeo que nos manda Alba y bloqueo la pantalla con tristeza. Opto por aparcar esos pensamientos y centrarme en lo importante, en Londres y en todas las vivencias que me esperan. De hecho, algunas jamás las habría soñado.

Dieciocho meses han transcurrido desde que Jesús no está en mi vida. Sigue siendo difícil, lo extraño muchísimo, pero poco a poco los días oscuros se van disipando. Recién aterrizada en el aeropuerto de Heathrow, estoy lista para comenzar desde cero. Sin embargo, el clima no piensa lo mismo y llueve a cántaros. ¡Menudo día de mierda! Vengo de un tiempo más o menos bueno y no me esperaba esta lluvia torrencial. En la parada de los taxis alucino al ver a las mujeres británicas en falda y sandalias, con la que está cayendo, aunque a ellas parece no afectarles y siguen de cháchara como si nada. Yo tampoco voy muy bien preparada, porque llevo unas deportivas blancas impolutas, recién compradas. Los coches no tienen cuidado y circulan salpicando toda el agua de la acera. Me pilla desprevenida y me empapa por completo junto a la maleta verde gigante. Un señor saca un pañuelo de tela del bolsillo y me lo tiende para poder limpiarme como pueda. No es la única vez que me bañan, pues al rato otro taxi, que arranca como si estuviera participando en un *rally*, me vuelve a mojar.

—¡Joder, hostia puta ya! —Por suerte los viandantes no me entienden y puedo desahogarme a gusto. Me limpio como buenamente puedo y por fin llega mi turno para subirme al taxi, pero al verme, el conductor, rancio como pocos, me dice que no me lleva. No me da tiempo a quejarme cuando la mujer que va tras de mí se monta en él. Resoplo, bufo y me cago en toda su familia.

El segundo taxi sí que acepta que suba junto a mi maleta encharcada; Dios cómo irá el interior... No tengo mucha suerte y el taxista es de los que no paran un puto segundo de hablar, que te cosen a preguntas como en un interrogatorio de la Gestapo y que, cuando les contestas meramente por ser simpática, empieza a tirarte los trastos.

No llego a Londres a muy buena hora: el tráfico es terrible y tardo del aeropuerto al apartamento más de una hora, cuando supuestamente no debía llevar más de quince jodidos minutos. El taxista viejo verde me guiña un ojo al darme la maleta y yo siento repulsión cuando roza su mano con la mía

aposta. Me estremezco y miro hacia el apartamento. ¡Guau y requeteguau! La fachada blanca del barrio de Notting Hill, donde me alojo, es una auténtica pasada, un edificio victoriano con magnífico aspecto y portero a la entrada, que me da la llave de mi piso y me sube la maleta. ¡Por todo lo alto, oiga!

Cuando introduzco la llave en la cerradura y abro la puerta, me enamoro del lugar. El salón es muy amplio, con la cocina a un lado y, al otro, dos grandes sofás. Todo en tonos pastel y distintos colores armonizados entre sí. El baño es muy parecido, con ducha en lugar de bañera, pero en la habitación principal hay una de las de patas en el suelo. Hay un estudio pegado al dormitorio principal, rodeado de baldas con libros; una de ellas sirve de escritorio. Por el pasillo, de nuevo me encuentro toda una pared cubierta de estantes con libros, y al doblar la esquina, una ventana grande y luminosa; sin duda, en los escasos días en que brillará el sol será un sueño sentarse ahí a leer. Hay otra habitación más con una cama-nido, barrotes de forja y varios cojines a juego con el color de la pared. Y la habitación principal tiene una cama inmensa, un escritorio, un espejo también enorme frente a él, y un armario, todo en tonos blancos. El apartamento está bastante bien. De hecho, ni siquiera contaba con que iba a tener una decoración tan acogedora al ser un piso de empresa.

Al día siguiente tengo que presentarme en la oficina del señor Howard para comenzar con el trabajo, así que me pongo manos a la obra y saco toda la ropa de la maleta, que, obviamente, está empapada gracias a los señores taxistas cabronazos. Cuando ya tengo todo en el suelo de la cocina, me pongo a buscar la lavadora, pero no la veo por ningún sitio. Tras pensarlo un momento, se me enciende la bombilla y bajo a preguntar al portero. Efectivamente, en el edificio hay un sótano con lavadoras y secadoras. ¡No me jodas! Cada vez que quiera lavar la ropa tendré que bajar a ese lugar en el que, por mucho lujo que haya, no deja de hacer un frío de muerte. No tengo más opción, por lo que pongo la lavadora y la secadora mientras ojeo una guía londinense que me traje desde Madrid.

Plancho un poco de ropa, veo la tele haciéndome al acento británico y busco con el mapa dónde se ubica la oficina para llegar bien mañana. Por la tarde voy a un Tesco, la cadena de supermercados británica, a hacer la compra, y al volver decido darme el capricho de bañarme en mi maravillosa bañera. La lleno y vierto un par de pompas de jabón, de esas que se deshacen y crean una espuma perfecta. Me vengo arriba y abro una botella de vino rosado; pongo música en el iPad y me relajo en el agua calentita. Reconozco

que soy una loca del *reggaeton* y me encanta escucharla mientras canto a pleno pulmón. Estoy así media horita larga, hasta que una música estridente rompe mi momento de tranquilidad. Proviene del piso de arriba; algún descerebrado pensará que ponerse a tocar la guitarra a doscientos decibelios es buena idea. Al principio creo que va a durar poco, pero pasados quince minutos no lo soporto más y salgo de la bañera cual pasa arrugada y con bastante mala hostia. Me seco, me pongo la camisa y los vaqueros con rapidez, salgo de casa y subo como una loca a aporrear la puerta del vecino *musicote*, como lo llamaré a partir de ahora.

—Hola. —Una chica de veintipocos años, con un gatito blanco en el regazo, me abre la puerta. El ruido atrona de fondo.

—¿No lo oyes o es que te has hecho inmune? —Lo admito, ser amable no es una de mis cualidades cuando estoy muy cabreada.

—Perdona, ya le he dicho que no son horas y que pare —me contesta avergonzada.

—No es que no sean horas, es que eso revienta los cerebros al resto de la humanidad. Dile a quien sea que no se comporte de forma tan impertinente con sus vecinos y que pare ya.

—Sí, sí, sí, ahora mismo vuelvo a decírselo. Es bastante cabezota, y cuando se mete ahí con los colegas, no piensa en nada más. Lo siento. —Me da una pena terrible que esta chica tímida, a la que se ve buena persona, tenga que convivir con un desalmado que no valora la paz en la comunidad vecinal.

—Gracias y disculpa mis maneras, pero me ha enfadado una barbaridad que rompiera mi momento de calma. —Me doy la vuelta para bajar las escaleras, pero la muchacha sigue hablando:

—Tienes razón. Por cierto, soy Anne, ¿eres nueva en el barrio?

Me giro y vuelvo al umbral de la casa.

—Sí, vecina de abajo. De ahí mi cabreo monumental. Soy Olivia. —Le doy la mano y ella la estrecha, cambiándose de brazo al felino, al que no deja de acariciar—. Y este, ¿quién es?

—Byron, nuestro gatito. —Lo toco con cuidado sin animarme mucho, ya que en el pasado mis experiencias con los gatos no han sido muy buenas. No sé por qué me odian y suelen arañarme nada más verme o ante un mero roce. Por suerte, este es meloso y busca mi mano.

—Es una ricura.

—Sí. A mi pequeña le encanta jugar con él, está completamente enamorada, y él de ella también.

Sonríó ante la imagen hasta que una punzada de envidia me atraviesa el estómago. Esta chica no tendrá más de veintitrés años y ya es madre, y yo con treinta y cuatro no estoy ni cerca de esa posibilidad.

—Bueno, tengo que marcharme ya, pero haz algo, por favor —le ruego señalando hacia el interior, donde todavía se escucha la desafinación de la guitarra eléctrica. Anne asiente; le cambia el semblante, y yo me voy a mi apartamento de nuevo.

Cuando cierro la puerta de casa, el sonido cesa. ¡Aleluya! Vuelvo al baño, aunque el agua está ya más fría que un lago ruso y opto por vaciar el desagüe. Preparo la ropa para mañana y me marcho prontito a la cama, pues al día siguiente comienza una nueva aventura profesional y estoy muy nerviosa. No voy a negarlo. No sé qué me espera o con qué me voy a encontrar, y el miedo a lo desconocido siempre nos inquieta.

De mi casa en Madrid apenas me he traído cosas, pues no soy de esas personas que necesitan llevar objetos a cuevas para sentirlos reales. Sin embargo, me he traído una fotografía de Jesús y mía que descansaba sobre la mesita de noche en nuestra casa. Mi madre me insistió durante varios meses para vender el piso y que me fuera de aquel lugar impregnado de recuerdos... Cuando tuve la fuerza, lo hice. Esta oferta de trabajo es como ver el cielo abierto y alejarme de todo ese mundo que habíamos empezado a crear juntos; como volver a respirar, soltar un poco el aire de los pulmones y no sentir el nudo apretándome en la boca del estómago cada maldito día. Con esa foto no fui tan fuerte, más bien completamente incapaz de no traerme algo de él; aunque siempre lo llevo dentro de mí, es cierto, pero tuve la imperiosa necesidad de que me acompañara hasta Londres.

—No sé si me estoy equivocando y debería seguir en mi estudio en Madrid, cerca de mamá y Alba, mis grandes apoyos ahora más que nunca, como tú bien sabes —le digo a la fotografía. Es la primera vez que hablo a un objeto inanimado y, a pesar de sentirme un poco estúpida, necesito hacerlo—. No sé, cariño, me siento muy perdida. Tengo dudas y cuestiono absolutamente todo. Veo dobleces en la actitud de la gente, aparte del mal humor que me gasto. Sí, mi amor, más del habitual. —Espiro mirando fijamente la instantánea. Jesús sonreía mientras me agarraba de la cintura, pero no me miraba a mí en ese momento. Yo sí lo miraba, también riéndome. En mi mano izquierda sostenía las escrituras de aquella casa que un día nos enamoró y que pudimos comprar tras hacer todos los números posibles. No sabría decir por qué me gusta tanto esta foto; de hecho fue él quien me pidió que la

enmarcásemos porque simbolizaba el principio de nuestra gran aventura, según me confesó varias veces—. Solo espero que estés orgulloso de mí y que no te decepcione por cometer esta locura.

A veces estoy convencida de que es lo mejor y otras no. Estoy chiflada y ya no sé decidirme por nada. Agarro la foto y rozo con la yema del dedo donde aparece Jesús. Las lágrimas fluyen solas sin necesidad de presionar; la pena me sigue invadiendo en ocasiones, es inevitable, aunque es un llanto sosegado. Micaela, la terapeuta, se alegró de mi decisión de venir a Londres, aunque también me exigió que la informase puntualmente de mis estados anímicos. Puedo llamarla o mantener una sesión por Skype, siempre que la avise con tiempo y pueda cuadrar su agenda.

Me tumbo con la foto sobre mi pecho y poco a poco me voy sumiendo en un sueño apacible y sin sobresaltos. No recuerdo si lo que sueño esa noche es real o producto de mi imaginación y del dolor. Jesús está sentado en una silla de la cocina de nuestro apartamento madrileño. Yo entro en el cuarto y me quedo asombrada al verlo allí, impactada. Él me sonrío y yo me lanzo a sus pies a llorar en sus piernas. Jesús me acaricia el pelo, calmándome sin mediar palabra. No es fácil de explicar, pero me transmite paz, como si hubiese venido a mis sueños a decirme que está bien, que debo estar tranquila y seguir avanzando, o al menos son las sensaciones que experimento al despertar.

Más emocionada que otra cosa, sobre todo por el extraño sueño con Jesús, me levanto el lunes como si fuera el primer día de mi vida. Me visto discreta con una camiseta blanca y una chaqueta negra a juego con el pantalón, pelo recogido y poco maquillaje. Ya se sabe que menos es más, y no me apetece arreglarme demasiado desde hace un tiempo.

Cojo el metro para llegar a la oficina, Google Maps en mano, y no va nada mal: llego con puntualidad británica.

—Buenos días, busco al señor Howard —anuncio en recepción. La recepcionista, muy trajeada y con laca en el moño como para destruir toda la capa de ozono, me dirige a la séptima planta, donde se halla la oficina que busco. Subo las siete plantas y llamo a la puerta un par de veces. Abro con energía y allí está la persona que me ha contratado.

—Querida Olivia, es un gran placer verte por aquí al fin —me saluda, demasiado efusivo para ser inglés, pero yo correspondo con fingida amabilidad.

—Gracias, señor Howard.

—Por favor —me indica que me siente—, y tutéame, llámame Thomas. —Asiento—. Espero que hayas podido instalarte sin dificultad y que todo haya sido de tu agrado. —No es plan contarle a mi jefe el incidente con el vecino ruidoso, así que le comento por encima que todo funciona como la seda—. Perfecto, imagino que ya querrás que te cuente sobre tu trabajo aquí. —De nuevo confirmo con un leve movimiento de cabeza—. Bien, el primer cliente con el que vas a trabajar es un tatuador bastante conocido entre actores y cantantes, con el que hemos trabajado ya en otras ocasiones, el señor Sterling. Este trabajo consiste en acudir unas cuantas semanas al local donde tatúa y tomar fotografías espontáneas, que se vea su labor de forma natural.

—Ya veo, pero si es conocido en el mundo de las *celebrities*, ¿por qué requiere ese tipo de campaña? —pregunto sin comprender nada.

—Simple publicidad. Es cierto que no le hace falta, pero aun así cada año

requiere nuestros servicios. El señor Sterling te espera en su local para trabajar; ya lo he telefoneado para decirle que hoy mismo podemos comenzar. —Mira la hora en el reloj—. Ahora tengo otra reunión, así que lo que quiero es que vayas a su local y hables con él, que te ponga al día de su trabajo y que empieces a hacer las fotos. —Me entrega una tarjeta con una dirección y salgo de allí algo confusa. ¿Por qué un tipo que tatúa, al parecer, a famosos necesita una campaña de publicidad?

Tecleo la dirección en el Google Maps de mi móvil y me lleva hasta el lugar donde trabaja el tatuador de famosos. Por fuera, en grandes letras negras, puedo leer TONGA, y la fachada es bastante oscura. No puedo resistirme y antes de entrar escribo en el buscador de internet de mi iPhone esa palabra de cinco letras. Aparentemente, el reino de Tonga es un conjunto de islas situadas en el Pacífico sur, a unos ochocientos kilómetros de las más conocidas islas Fiji y Samoa. Está formado por tres archipiélagos, separados entre sí por varios cientos de kilómetros. Las fotografías son espectaculares, con aguas azules cristalinas y terrenos completamente verdes. Guardo el teléfono en el bolso y abro la puerta, adentrándome en el local. Nada más entrar se palpa un ambiente *rockero*: música de ese estilo de fondo, pósteres de grupos y cantantes en un lado, y dibujos de tatuajes en otro. Un largo pasillo, imagino, conduce al espacio donde se realizan los tatuajes, pero yo me encuentro en una pequeña salita con mostrador, un chico tras él y unos sillones.

—¿Puedo ayudarla? —El muchacho del mostrador reclama mi atención.

—Buenos días, soy Olivia Rivera y vengo de la empresa De Havilland. Creo que el señor Howard ha hablado ya con el señor Sterling.

—Ah, sí, la está esperando desde hace rato. —Se levanta y me guía por el pasillo, que se ilumina según vamos andando gracias a los sensores de movimiento, una pijada total y absoluta. Ese tío ganaba pasta.

En esas paredes hay más fotos de tatuajes y de cantantes junto al que, supongo, será el famoso tatuador. En todas lleva gafas y hace las típicas señas de «viva el *rock*» poniendo los cuernos con la mano. Un momento... Me resulta familiar. Quizás, después de todo, sí que lo conozca.

—¿Pero qué coño...?

—Adelante. —El recepcionista abre la puerta y entro despacito. De medio lado veo a un chico sentado, dibujando apoyado sobre el escritorio. Es el de las fotos del pasillo. De fondo suena música *rock*, muy bajita.

—Jason, aquí está la chica. —Y ya no me quedan dudas, es el mismo con el que me acosté en Madrid. Jo-der. Él se gira y, al verme, no da ninguna

muestra de conocerme.

El recepcionista se marcha y cierra la puerta, que me quedo mirando con ganas de salir corriendo.

—Hola.

Mierda, tengo que mirarlo a la cara y, lo que es peor, trabajar con él durante meses. Estoy jodida. Compongo mi mejor sonrisa y me acerco a Jason, que me espera de pie.

—Buenos días. —Le doy la mano, que estrecha sin parpadear siquiera. Cuando nos tocamos, siento algo extraño, como si me diera un calambre, pero al mismo tiempo no puedo soltarlo.

—Por favor.

Finalmente nos separamos y me pide que me siente junto a él, que continúa dibujando como si nada. Me cuesta respirar; el pie me baila solo, inquieto. Él sigue concentrado en el dibujo. Permanecemos así unos minutos hasta que carraspeo tratando de llamar su atención.

—¿Podemos empezar?

Sube la mano izquierda un instante para indicarme que espere y al rato tapa el rotulador. Se gira, recostándose en la silla, de nuevo su vista fija en mí. ¡Qué nerviosa me pone esta situación!

—¿Cuál era tu nombre?

La ceja se me sube sola, como le sucedía a Carlos Sobera en aquel programa donde la gente concursaba para convertirse en millonaria. ¡No se acuerda de mí! Menudo subnormal. Me sulfuro, sintiéndome como una más en su lista de tías a las que tirarse en Madrid. Respiro hondo y me digo que quizá es lo mejor.

—Olivia. El señor Howard se lo habrá dicho —respondo molesta.

—La verdad es que no he hablado nada con él. Robert es quien contacta con él normalmente, y no me ha comunicado que tenías un nombre tan bonito. —Flirtear se le da bien, eso lo recuerdo.

Esbozo una media sonrisa y prosigo con mi objetivo:

—De acuerdo. Según Thomas, cada año implementáis una campaña en la que se habla de tu trabajo como tatuador. ¿Podría ver otros encargos? No me ha dado tiempo a nada.

—¿Vienes sin hacer tu parte, Olivia? Francamente, me sorprende. Tom nunca me manda a fotografías novatas.

Debo de ponerme roja de la furia al escuchar el menosprecio a mi labor. ¡Quién coño se cree que es para hablar así de mí! Juzgarme sin

conocimiento...

—Lo primero, no creo que sepas suficiente de mí para hacer esa apreciación, aparte de que juzgar a la gente está muy feo. —Me levanto—. Segundo, esta misma mañana he empezado a trabajar en la empresa y no me han permitido ponerme al día para hacerme una idea de qué se espera de mí. Y por último, si vas a tener esa actitud de mierda, me importa poco quién coño seas, porque no pienso tolerar esas faltas de respeto. —Dios, qué a gusto me quedo. Entiendo perfectamente que es el final de este empleo y que, como poco, me despedirán, por lo que me encamino hacia la puerta.

—Espera. —Giro la cabeza. Coge el teléfono fijo de la mesa—. Rob, ven a mi despacho. —Cuelga y de nuevo me mira con esa intensidad que me inquieta. Los segundos que tarda en llegar el otro chico se me antojan eternos.

—¿Me llamabas? —Se asoma a la habitación y entra ante una señal de Jason con la cabeza.

—Por favor, enséñale a la fotógrafa las campañas anteriores que hemos realizado. Ve con ella al archivo, por favor. —Coge la chaqueta de cuero colgada en el perchero junto a la mesa y camina hasta la puerta. El chico sale, y quiero salir tras él, pero el tatuador *hiperfamoso* me detiene. Se arrima a mí y me susurra al oído, dejándome perpleja—: Perdóname, no quería ofenderte, Livi.

Se acuerda perfectamente de mí, ha estado disimulando el muy cabrón. Robert se asoma otra vez y me pregunta si lo acompaño, pues estoy cual estatua de sal, petrificada. Vuelvo en mí y voy con él al archivo donde guardan fotografías de otras campañas publicitarias. Reconozco que no hago demasiado caso a las instantáneas porque no puedo dejar de pensar en Jason. ¿Por qué coño ha fingido no conocerme al principio? Y lo que es peor, ¿por qué me afecta tanto? Durante años yo me tiré a todo lo que estuviera a tiro y me pusiera cachonda; era soltera, libre y hacía lo que me apetecía con mi cuerpo. Además, era demasiado enamoradiza, y en cuanto me prometían el oro y el moro, no esperaba a ver ninguno de los dos. Les abría las puertas de mi casa y vivían de mí, tal cual. Es muy triste reconocerlo, pero es la pura verdad. Muchos hombres me destrozaron la cartera y no solo el corazón, hasta que llegó el único, al que siempre amaría. Solo que la vida fue tan puta que decidió que eso debía terminar antes de tiempo.

—Y creo que este es todo el material —dice el ayudante.

—Gracias. ¿Puedo quedarme a echarles un ojo con más detenimiento?

Él me lo confirma con la cabeza y me deja en esta sala pequeñita. Me siento y saco la lupa que suele acompañarme para ver mejor las fotos. La luz es perfecta y los ángulos son también los idóneos, así como las posturas y esa sonrisa... ¡Olivia, céntrate! No entiendo qué me sucede; al darle la mano he sentido un hormiguelo muy raro, y cuando lo veo sonreír, poco más y se me caen las bragas. Jason me gusta y tengo que currar con él unos cuantos meses. Estoy perdida.

Suena mi teléfono y lo cojo de inmediato. Es Thomas, que quiere saber cómo ha ido todo. «Ha ido genial, resulta que el tío al que le tengo que hacer fotos para la campaña es uno al que me tiré hace cosa de un mes en Madrid, en la primera noche de farra que tuve tras la muerte del amor de mi vida. Pero lo peor es que me he dado cuenta de que me pone y que me encanta verlo sonreír». Así sería sincera al doscientos por cien, pero a mi jefe le importa

una mierda quién me ponga o con quién me acueste. Simplemente le digo que es todo perfecto y que he estado viendo fotos de otras campañas. Me pide que me tome el resto del día libre para ir pensando en el enfoque, y me recuerda que al día siguiente debo volver al local de Jason para comenzar.

Salgo de allí con tanta rapidez que se me cae el bolso (menos mal que hoy no llevo la bolsa con la cámara), y me voy al apartamento. No son horas de despertar a Elena, pero a Alba puedo llamarla, porque apenas hay una hora de diferencia.

—Eyy, ¿cómo va el primer día de trabajo?

—Es él, Alba, ¡es jodidamente él! —grito.

—¿Quién? ¿De qué hablas? A ver, dame un momento, que cierre la puerta del despacho. —Oigo sus tacones y la puerta cerrarse—. ¿De qué hablas?

—Es él, Alba. El tío para el que tengo que trabajar es el que me tiré en Madrid. Joder... Para una puta noche que salgo a hacer el loco y tengo que encontrármelo otra vez. ¿Pero por qué el karma me odia tanto?

—¡Dios! ¿No me digas que es aquel tío bueno con el que te acostaste? Lo tuyo es de traca, chata. —La muy asquerosa se ríe sin parar.

—Oye, que si te llamo es para que me des ánimos y no para que te mees a mi costa, so zorra.

—Vale, relájate y no seas grosera. No veo el problema, eres la mejor fotógrafa del mundo: haces las fotos y cuando acabes, vuelves a casa. Fin de la historia.

—¿Que no ves el problema? ¡¿Cómo coño tengo que actuar después de habérsela chupado al hombre para el que trabajo?!

—Joder, Oli, que no necesito saber nada de tus escarceos sexuales. Sigo sin ver el problema. —Hace una pausa mientras yo bufo como un toro—. A menos que... ¡Te gusta! ¡El tío ese te pone! —Por algo es la más avispada de las tres.

—Aleluya, un poco más y tengo que hacerte un croquis. Uff, Alba, estoy jodidísima. Cuando me ha visto, ha fingido no conocerme hasta que he sido yo en mi esencia natural al cien por cien...

—O sea, que has sido una borde —replica.

—... y antes de irse se ha acercado a mi oído y me ha susurrado «Livi», como aquella noche en que no dejó de llamarme así.

—¡Ostras, Oli! ¡Qué fuerte! Esto es mejor que *Gran Hermano*. ¿Y qué piensas hacer?

—¿Cómo que qué pienso hacer? Pues lo que tú has dicho: cumplir con mi

trabajo, secar las bragas todo lo que pueda y volver a casa olvidando que tiene una sonrisa perfecta.

—Uy, uy, uy, uy, uy... Que ese tío te gusta, y no poco. No sabía que te había dejado tan impactada esa noche. —«Yo tampoco», estoy a punto de decirle, pero no me atrevo a pronunciarlo en voz alta. Todavía me siento mal por querer mirar a otros tíos o por sentir algo por ellos. Sigo queriendo a Jesús; fue muy importante en mi vida, fue el que marcó un antes y un después en ella. Pero tampoco puedo negar que Jason me pone *burraca*: así, en una sola palabra, eso es lo que me pasa con él. No es nada romántico, es pura química y física. Eso puedo manejarlo. De hecho..., voy a estar aquí unos cuantos meses, y si siento el impulso de volver a tirármelo, puedo hacerlo, porque es algo meramente físico, atracción sexual sin más.

—No es eso, solamente es atracción. Explosiones de colores y fuegos artificiales, como tú lo llamas. Nada más, ¿me oyes? Nada más.

—Vale, vale, pues entonces haz lo que te pida el cuerpo, disfruta de estos meses allí sin pensar en nada y vuelve a casa bien saciada.

Me río al escucharla hablar así. Albita no es nada vulgar, y cuando a veces lo pretende es por intentar ser un poco más como yo, demostrar que puede decir obscenidades y no avergonzarse de ello. Me despido y comienzo a idear la campaña en la tranquilidad del apartamento hasta mediodía.

Después de comer, me animo a hacer un poco de turismo y me dirijo a Camden, que siempre me ha llamado poderosamente la atención. Me pierdo por las tiendas en plena calle y me encanta ese ambiente. Establecimientos de ropa de todos los tipos, lugares donde hacerse *piercings* y tatuajes... Uno de ellos me resulta curioso: es un local lleno de fluorescentes, música electrónica a todo volumen, *dj*, gogós bailando en altas plataformas... Una pasada, todo en plan retro y *punk* a la vez. Hay bastante gente, algunos bailan, otros miran artículos para comprar, y en ese trajín te sacuden como si esto fuera una discoteca. Me llevo unos cuantos empujones hasta que, harta, me quejo.

—¡Vale ya!

—¿Por qué siempre eres tan arisca? Pareces un gato.

«No me jodas», pienso. Efectivamente, he chocado con Jason.

—¿Y tú por qué no miras por dónde vas? Aunque aquí está todo tan oscuro que es difícil.

—El primer día, y ya vas a tope con el turismo, eres muy *hardcore*. —No puedo quedarme a hablar, pues empiezo a notar cómo mis bragas se humedecen—. Vale, perdona, seré educado. —Me toma del brazo para que no

me marche; tremendo error, porque sin tocarme ya me pone cachonda. Si me roza, ya es una explosión. Me retiro evitando todo contacto.

—Segunda vez que me pides perdón en un día. —Tampoco soy estúpida, y un poco de flirteo no está mal.

—Tienes razón, pero no te acostumbres, preciosa. —Me guiña un ojo y alguien pasa tras él empujándolo hacia mí. Nuestras bocas se rozan y yo siento un poco de *mort subite* en ese instante. No puedo evitarlo; recuerdo lo que experimenté al tenerlo dentro de mí, cómo me agarraba la cara estando a horcajadas sobre él y las embestidas tan fuertes que me hacían rozar el cielo... —. Esta vez creo que debo agradecer el empujón, pues de otra forma no hubiese podido rozar esos labios que llevo deseando volver a sentir desde que entraste en mi local. —Respiro acelerada, siento el pulso a cada puto segundo. Jason sigue muy cerca de mi boca, la mira y desea besarla, ¿a quién quería engañar?—. Pero vayamos poco a poco —concluye apartándose. ¿Ya está? ¿Se lo pongo en bandeja y no me besa?

—¿Cómo eres tan *mojabragas*? Me dices que quieres besarme, nos rozamos por accidente, ¿y ahora me dejas insatisfecha?

—Gracias por la información, Livi, pero contigo, a partir de ahora, esto no va a ir tan deprisa como la primera noche. —Me mira divertido al ver que mi reacción es de absoluto asombro, por hablar finamente—. ¿Crees en el destino? Yo sí. Una gran mujer siempre decía: «A menudo se encuentra el destino en el camino que se tomó para evitarlo». —Me coge de la mano y deposita un beso tan lento y suave que podría correrme aquí y ahora—. Hasta pronto, Livi. —Y se va, dejándome ansiosa y con ganas de que me empotre tras cualquier columna.

Desaparece en la multitud y de pronto siento que el ambiente está muy cargado y que me cuesta respirar. Se me empieza a nublar la vista y salgo como puedo de allí. Me siento en el suelo, a punto de desmayarme. Si con apenas un beso, un roce, unas palabras calenturientas me pone así..., me queda atravesar un infierno en los próximos meses.

—Así que el destino, ¿eh? Ese tío sabe bien lo que se hace —dice Elena cuando le cuento el episodio de la tienda friki en Camden.

—¿Eso es lo único con lo que te quedas? Joder, ve un poco más allá y dime cómo hago para esquivar a este tío —me quejo.

—Oli, trabajas para él, no puedes esquivarlo. Asume que te pone y que vas a echar algún que otro polvo, eso sí, alucinante. —Hasta yo comienzo a escandalizarme ante lo que me dicen mis mejores amigas.

—¿Pero desde cuando os habéis convertido en más vulgares que yo? Joder, entre Alba y tú me tenéis alucinada.

Ella se ríe y mi cabreo va en aumento.

—A ver, déjate de tonterías y acéptalo. Olvídate del miedo o de la vocecita de la conciencia.

—¿Pero de qué coño hablas?

—Olivia, sé lo que pasa por tu cabeza; sé lo que piensas incluso cuando me escribes un mensaje y no me cuentas lo que te sucede. Te sientes culpable porque otro tío que no es Jesús te pone cachonda, y por cómo hablas, no poco. Pero al mismo tiempo estás cagada de sentir algo por otra persona, vamos, *acojonaita* perdida. —Tiene razón, es una mezcla de sentimientos que no me deja respirar con tranquilidad.

—¿Entonces qué sugieres?

—Pues que vivas la vida como has hecho siempre, que te olvides del dolor y el sufrimiento y permitas que los días brillen. Te lo mereces. Sé que es muy duro escucharlo, pero él se fue y tú no. Tienes que seguir adelante, perseguir sueños, disfrutar de las pequeñas cosas del día a día, emborracharte y salir de fiesta... Ser la Oli de siempre.

—Tengo que dejarte.

—Oli...

—Estoy bien, gracias. Un beso. —No puedo seguir la conversación. El nudo de la garganta empieza a apretarme. Voy al dormitorio y me tumbo en la

cama con la fotografía de Jesús y mía que me traje de Madrid. No importa el tiempo transcurrido; la cicatriz a veces se abre un poco. Aunque, a pesar de haber aún días grises, todos llevan razón y es hora de continuar y mirar hacia delante.

Por la tarde, me desplazo al local de Jason con todas mis energías y dispuesta a ser yo misma sin miedo a nada. Me encuentro a Robert en la entrada fumándose un cigarrillo.

—¿Quieres?

—No fumo. Beber, puedo beberme hasta el agua de los floreros, pero el tabaco... arrggh.

Suelta una carcajada y lo apaga.

—Chica lista. Si vienes buscando a Jason, hoy no está.

Un alivio tremendo me invade. Entramos mientras continuamos charlando.

—De hecho, quería hablar con él para enfocar la campaña, aunque si no está...

—No te preocupes, me ha dejado encargo de que hables conmigo. Normalmente yo suelo ayudar a los fotógrafos que trabajáis con él, y hoy no hay jaleo por aquí. Si te parece, podemos ponernos de acuerdo.

Asiento conforme y nos sentamos a hablar de mi idea.

Una hora más tarde, somos los mejores amigos. Nos bebemos unas cuantas cervezas y yo ya estoy medio mareada, aunque él está más afectado sin duda. Rob, como me pide que lo llame a partir de ahora, me cuenta cómo se crio en un pueblecito de Estados Unidos junto a su madre, soltera, y lo dura que fue la vida allí. Cuando ella falleció, decidió que no quería permanecer en el lugar donde siempre lo miraron mal y lo juzgaron. Por eso se mudó a Londres, ciudad donde puedes ir con una cresta rosa y botas con tachuelas, que nadie se da la vuelta a mirarte. Aquí se siente libre y, al parecer, Jason es un buen jefe, lo trata bien y puede conocer a actrices y cantantes del mundillo hollywoodiense que viajan hasta la capital británica a tatuarse en ocasiones.

—Pues no puedo esperar a cruzarme con Brad Pitt, entonces —bromeo—. Debo sentirme afortunada de estar aquí —comento recogiendo.

—Bueno, no es que sea casualidad —dice distraído.

—¿Perdona? —pregunto sorprendida.

—Sí, que no es como si la casualidad te hubiera traído hasta aquí, ¿no?

—No tengo la menor idea de lo que hablas. —¿Qué quiere decir con eso? Me mira serio y empieza a largar todo lo que nadie me ha contado:

—Si estás aquí es gracias a que Jason no paró hasta encontrarte, y habló

personalmente con el señor Howard para que te contratara. He visto a mi jefe perder la cabeza por chicas, pero nunca como esto. Incluso me alucinó que contratase a un detective que, además de encontrarte, investigara sobre tu vida.

WTF?! No llevo suficiente alcohol en sangre para escuchar semejante burrada. Joder, no fue el destino, como me ha dicho el muy cabrón. Me siento ultrajada; ha invadido mi intimidad, lo sabe todo... ¿Quién coño se piensa que es? Enfurecida, me largo del local pensando en mi venganza. Esta misma noche la llevaré a cabo.

* * * *

Encuentro la dirección del evento que organiza y por el que estaba ausente de su local, de donde supuestamente no salía. Me visto de un modo que casi me da vergüenza (digo «casi» porque la rabia no me lo permite del todo): con botas negras por encima de la rodilla, un *minishort*, una camisa con botones negros y tirantes. Sí, bastante pinta de pilingui, pero me da lo mismo. Me pongo una gabardina por encima y le pido a Robert que me apunte a la lista de invitados, que afortunadamente controla él.

Llego ya empezado el evento, en el que hay cámaras y reporteros. Jason lo organiza cada año con el fin de recaudar fondos para asociaciones benéficas. Tiene su corazoncito, aunque para lo que le da la gana. Entro, pero el olor a tabaco, pues aquí está permitido fumar, y no solamente tabaco, y la mezcla de alcoholes me revuelve el estómago. Hay estrellas de cine, cantantes y modelos que puedo reconocer. Veo que hay un escenario donde algunos gogós actúan en este instante. Recorro la sala con la mirada y por fin lo localizo. Inspiro hondo y me dirijo a él; empieza la función.

—Hola —digo ante el sorprendido tatuador famoso, que no me esperaba.

—¿Olivia? —Suelta a la chica que tenía agarrada de la cintura. Yo miro dónde posa la mano y vuelvo a mirarlo poniéndole ojitos.

—Espero que no te moleste que haya venido —susurro.

—No..., claro, es solo que me pilla de sorpresa.

—Y eso que todavía no has visto nada —musito antes de subirme al escenario.

Me quito la gabardina y comienza a sonar la música que pido al *dj*, tipo cabaret, de esas que dejan claro quién eres y que nadie te chiste. Bailo como una loca, arrimándome a gogós musculados que me siguen el rollo, como hacía

años que no bailaba, subida a una barra de bar. Reconozco que lo he hecho cientos de veces, pero ninguna me sentó tan bien como esta. Jason no aparta la vista del escenario mientras yo le dejo claro que conmigo no se juega. Son los mejores tres minutos y medio de mi vida, a pesar de acabar sin aliento y al borde de un ataque cardíaco.

—Un aplauso, señoras y señores, para la nueva fotógrafa que nuestro anfitrión ha contratado. Gracias por traerla a nuestras vidas, Jay —dice el *dj* mientras Jason sube las manos, sonriendo en señal de agradecimiento.

Cojo la gabardina, me la pongo y me la ato caminando hacia él, que ahora está solo.

—Conque el destino me trajo aquí... La próxima vez que quieras jugar con las personas, asegúrate de que puedas entrar a la partida y no salir perdiendo. —Y para rematar, le suelto un bofetón. Los más cercanos pronuncian un «oohh» y las mujeres se llevan la mano a la boca. Me voy de allí sonriendo, sabiendo que de alguna forma se la he devuelto. Con Olivia Rivera no se juega, y él lo va a aprender.

Al día siguiente sigo encontrándome mal. No de ánimo, porque estoy completamente orgullosa de mi *vendetta*, pero el estómago no deja de darme vueltas y acabo vomitando. Así, el día pinta fantástico. Cuando me recupero y consigo tomarme una manzanilla (que siempre he odiado precisamente por hacerme echarlo todo), puedo ir a la oficina a hablar con Thomas. Tras esperar a que concluya una reunión importante, entro a su amplio despacho.

—Buenos días, querida Olivia. Espero que poco a poco te vayas haciendo a la ciudad y, sobre todo, al clima.

Miro por la ventana y veo cómo sigue el día: más negro que el sobaco de un grillo. Me resigno a aceptar que así va a ser el tiempo casi siempre. ¡Pero, coño, que es agosto!

—En ello estoy —contesto.

—Bien, dime en qué puedo ayudarte. Creo que ya conoces a Jason. —A Satanás ya lo conozco, sí. Tengo ganas de decir eso, pero soy más elegante porque es mi jefe:

—Así es, ya he tenido el gusto, pero me ha surgido una duda al descubrir algo y, sinceramente, me inquieta un poco.

Thomas se reclina en el sillón con el ceño fruncido.

—Pues si puedo ayudarte, por favor, no lo dudes.

—He descubierto, y no gracias al propio Jason, que fuiste a buscarme por él, ¿es correcto?

Y ahora me diréis: «Y si no estás segura, ¿por qué anoche le montaste el pollo en la discoteca?». Porque a mí lo de pensar antes de actuar no se me da bien. No soy de las que filtran antes de hablar.

—No sabía que desconocieras esa información, espero que no resulte un impedimento para seguir adelante con el proyecto. Debo admitir que antes de que Jason me dijera que quería contratarte no te conocía, pero una vez que vi tus trabajos me quedé muy impresionado. No quisiera que ahora te bajases del barco, Olivia. —De lo que quiero bajarme es de la nube de idiotez en la que

me subo al verlo.

—No te preocupes, Howard. Cuando acepto un trabajo, cumplo con él hasta el final. Siempre, siempre, siempre termino lo que empiezo. —Me levanto, porque empiezo a sentir mucho calor y me estoy mareando—. Y ahora voy a continuar con mi labor.

Le doy la mano y salgo casi a rastras. Me pego a la pared junto a la puerta buscando aire que llene mis pulmones.

—¿Se encuentra bien, señorita? —La recepcionista de esta planta viene a ayudarme al verme apoyada en la pared como si me fuera la vida en ello. Yo confirmo que sí sin palabras, pero sigo con el estómago hecho unos zorros y el mareo crece—. Venga, siéntese. —Me conduce a unos sillones cercanos y me abanica con una revista.

Otra chica, vestida igual que ella, me trae un vaso con agua fresca, que voy bebiendo a sorbitos.

—¿Está bien? —Una mujer embarazada se sienta a mi lado y me acaricia la espalda—. Yo recuerdo ponerme así al principio del embarazo, no echo nada de menos esos síntomas. —La miro un momento tratando de parecer agradecida, pero ha sido como echar un poco más de sal en la herida. Por el momento no voy a ser madre, y eso duele.

—Gracias, ya me encuentro mucho mejor —miento.

Cuando consigo que me dejen salir de allí, vuelvo directa al apartamento para tumbarme y no ver la luz del día hasta mañana, como poco. Solamente consigo estar así unas horas, hasta que el timbre suena en repetidas ocasiones y tengo que levantarme.

—¿Quién es? —pregunto, sintiéndome fatal aún, con unas náuseas asquerosas.

—Tu medicina. —Qué suerte la mía, es Jason.

—¿Qué haces aquí? No me encuentro bien, mañana seguiremos trabajando. No te preocupes, no voy a dejar el empleo solo porque tú seas un miserable y... —Llaman a la puerta y yo doy un salto, temiendo que sea él. Observo por la mirilla y, efectivamente, es él. Joder, ¿desde cuándo mi vida se ha convertido en una escena de *Tienes un e-mail?* Abro la puerta y lo veo, tan guapo como siempre, con ese flequillo cayéndole por la frente y la ropa macarra que, según he descubierto, me pone mucho.

—Hola. Me han dicho que te encontrabas mal y, después de lo de anoche, quería venir a ofrecer mis disculpas. —Lleva flores, y no unas cualesquiera: mis preferidas, buganvillas rosas. Aunque no tiene mucho mérito, el detective

le contaría absolutamente todo de mí en plan siniestro, como Christian Grey con Anastasia.

—No tenías por qué venir hasta aquí. —Una náusea casi me deja en evidencia, pero logro aguantarla.

—¿Puedo pasar? —Me ofrece las flores. Las cojo y las huelo sin sentir angustia, por suerte. Me doy la vuelta y entra caminando detrás de mí.

—Imagino que verme así vestida te quitará la idea de querer besarme.

Se le escapa una carcajada que a mí me sabe a trocito de cielo. Estoy empezando a ser moñas. *DANGER, DANGER.*

—¿Crees que eso me quita las ganas? Al revés, las aumenta —dice acercándose a mi boca. Yo, que estoy tumbada en el sofá, pienso que va a besarme, pero sube sus labios hasta mi frente—. Joder, Livi, tienes fiebre.

—Deja de decir gilipolleces y márchate, no te quiero aquí. —Me levanto muy rápido y, si no es porque Jason me sujeta, me hubiese caído al suelo redonda.

—¿Pero tú te has visto? Al hospital, ya. —Tira de mí, pero yo forcejeo y logro escaparme.

Consigo llegar hasta la estantería del pasillo, que tiene una escalera para alcanzar los libros más altos. Ahí, no me preguntéis por qué, hay un jarrón transparente y subo a por él. No sé si es la altura, la rapidez de los movimientos o qué coño pasa, pero me desplomo en los brazos de Jason nuevamente. A partir de ahí, no recuerdo qué sucede. Me despierto en una cama de hospital con un suero enganchado.

—¿Qué coño...?

Una enfermera entra justo cuando quiero quitarme la vía.

—No, no, no, no, no puedes quitarte eso, querida.

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado?

—Enseguida vendrá el doctor. —Y se va, la muy estirada. Permanezco sentada en la cama otro rato hasta que un médico rubio y de ojos claros viene a hablar conmigo.

—Buenas tardes, Olivia, soy el doctor Maze. —Me estrecha la mano y yo correspondo, aunque lo que quiero es irme al apartamento cuanto antes. Odio los hospitales desde que mi padre murió. La muerte de Jesús no hizo más que acrecentar ese miedo atroz—. Hemos detectado que está atravesando un proceso catarral, y de ahí la fiebre, aunque con las defensas tan bajas debería cuidarse mucho más, sobre todo ahora que está usted embarazada.

—¿Qué? No, no, se está confundiendo de principio a fin, yo no voy a tener

un niño. Ha debido de equivocarse mi diagnóstico con otro. —Al menos no me han confundido con una enferma terminal.

—Olivia, créame, está embarazada. Es normal que todavía no lo supiera porque está de apenas unas semanas.

No, no, no, no, joder, no. No puede estar pasándome esto. ¿Pero por qué la vida me odia tantísimo? Con Jesús fue imposible, y ahora me acuesto una noche con un tío, ¡y me deja embarazada! Dios, Jason... ¿Se lo habrán dicho?

—¿Al hombre que ha venido conmigo le han contado algo?

—¿El chico que la ha traído?

Asiento con el miedo atenazándome la garganta.

—No, señora, su diagnóstico es privado. Simplemente le informamos de que tenía que quedarse unas horas ingresada, pero el motivo es confidencial. Si lo desea, le pido que pase y...

—¡No! No, gracias; déjeme que esté aquí un rato más, sola.

Al médico le parece bien. Me dice todo lo que tengo que empezar a hacer para cuidarme en el embarazo y se marcha, dejándome con la bomba que me ha soltado. Todavía no soy plenamente consciente de la noticia. ¿Un hijo? ¿Pero por qué la vida es tan puta conmigo y me lo da ahora que no tengo a Jesús? ¿Y por qué con el tatuador famoso y ligón? Joder, mi madre va a alucinar, y mi amigas, más.

Estoy un par de horas aquí hasta que me dan el alta. Desgraciadamente, Jason continúa en la sala de espera, y cuando lo veo, me entran ganas de abofetearlo por preñarme.

—¿Estás bien? —Parece asustado.

—Sí, un proceso catarral... Nada más.

—Te llevo a casa y me quedaré para asegurarme de que estás bien.

—Jason. —Lo freno posando la mano sobre su pecho. Mala idea: vuelven a darme sofocos, como si tuviera la menopausia—. Acepto que me lleves a casa y que te marches; necesito estar sola y tranquila.

Se muerde los carrillos y mueve el labio inferior, como pensando.

—No creo que sea lo correcto, después de todo aún te debo una disculpa.

—Pero no va a ser ahora; además, ya tengo en casa la ofrenda de paz en forma de flores. Por ahora vamos a dejarlo así.

Suspira y parece que lo comprende. Me lleva al apartamento en un coche y no en aquella moto del infierno que vi en Madrid. Me bajo del vehículo y, antes de llegar al portal, ya me está rodeando por la cintura.

—Te acompaño a casa —me dice andando hacia la puerta. Yo me paro y

niego con la cabeza.

—Ya te he dicho que vamos a dejarlo estar. Hoy no tengo más fuerzas para discutir, por favor —le ruego.

—Está bien. Buenas noches, Livi. —Me da un beso en la frente. Consigo mi victoria y se marcha. Ya en el apartamento, camino hasta la cama y me tumbo, medio somnolienta y agotada. Aplico la famosa frase de Escarlata O'Hara y me digo a mí misma que ya lo pensaré mañana, pues será otro día.

Por la mañana vuelvo a levantarme con el cuerpo revuelto y algo de fiebre. Por suerte, Jason me dijo que me tomara unos días en casa para recuperarme, así que hasta que no me encuentre mejor no pienso volver a su local. Desayuno sin ganas y lo vomito. Me preparo una manzanilla y al parecer es lo único que mi estómago acepta.

Enciendo el portátil y comienzo a investigar cuando me suena el móvil.

—¿Dígame?

—Buenos días, la llamo del hospital Saint Louis, donde estuvo ingresada ayer.

—¿Me dejé algo? —pregunto, sorprendida por la llamada.

—No, no, verás, la llamo de parte de la clínica. Una vez que nos informan de ciertas patologías, nos ponemos en contacto con el paciente. El motivo de la llamada es darle cita para realizarse la primera ecografía.

Aún me parece imposible que esto me esté pasando.

—Ah..., ya veo, de acuerdo.

—¿Le va bien el martes de la próxima semana?

Acepto y sigo tomándome la manzanilla, que, por fortuna, en un rato me asienta el estómago.

Me acomodo en el sofá a descansar y me tomo un paracetamol para que la fiebre me baje. Estoy asustada: no sé qué va a ser de mi vida a partir de ahora. Tengo amigas con niños, y sus vidas han dado tal vuelco que muchas no son ni la sombra de lo que fueron. La sociedad nos vende que ser madre es lo mejor, y yo no lo pongo en duda, pero también he visto todo lo que te quita, y es duro. A pesar de ello, era un sueño que llevaba un tiempo anhelando. Jesús y yo estábamos ansiosos, y no sé por qué la vida o el destino o lo que mierda sea ha decidido que es mi hora de ser madre. Justo ahora.

Elena estará recién levantada y Alba estará jugando con la niña, así que no es mala hora para llamarlas por Skype. Al cuarto tono contestan las dos.

—¿Oli? —pregunta Alba con la pequeña Sofía en brazos.

—Hola. —Saludo con la mano, componiendo muecas absurdas a la niña, que se ríe.

—¿Tú sabes la hora que es aquí? Todavía no me he tomado ni el café — se queja Elena.

Las miro y les pregunto cómo va todo, pero andarse por las ramas es inútil. Yo siempre me he caracterizado por ser una persona sincera al quinientos por cien, así que allá vamos.

—Tengo noticias, chicas.

—¿Ya te lo has vuelto a tirar?

—¡Elena! —Alba tapa los oídos a la niña antes de que desaparezca de escena.

—¿Qué? ¿Crees que una niña de cuatro años va a entender eso? —Una mano le da una taza de café; imagino que es Eric. Afortunadamente, sus parejas son muy comprensivas y cuando estamos las tres al teléfono, no intervienen.

—Callaos y escuchadme, ¿estáis preparadas? —Ambas dicen que sí y lo suelto de golpe—: Estoy embarazada.

—¿QUÉÉÉÉ? —gritan a la par.

A Elena se le sale café hasta por la nariz.

—¿Qué estás diciendo? —chilla.

—¡Joder, ¿es del tío buenorro ese?! —indaga Alba—. ¡Dios santo, Oli, tu madre va a alucinar!

—Vale, parad y calmaos. Llevaba unos días medio chungo y ayer me desmayé en casa. Por suerte, Jason estaba aquí, no preguntéis por qué, y me llevó a urgencias. Allí me lo dijeron; me dejaron ingresada unas horas porque estaba muy malita y ahora estoy en casa, descansando unos días para poder recuperarme. Y claro que es de él, no me he acostado con nadie más.

Las caras de las dos son de auténtico estupor.

—¿Entonces te quedaste aquella noche que saliste con Sonia? Joder, Oli.

—Oye, que no quería quedarme embarazada, y menos de un tío al que apenas conozco —me justifico.

—¿Y qué vas a hacer? —me pregunta Alba, que sigue en *shock*.

—¿Cómo que qué voy a hacer? Pues aprender de ti —respondo.

—Tienes que volver. Deja el trabajo y ven a casa ¡ya!

—No puedo, Alba, tengo que acabar esto. Ahora que viene un bebé en camino el dinero me vendrá genial.

—¿Y cómo piensas decirle al tío para el que trabajas que va a ser padre?

—A decir verdad, todavía no lo he pensado. Ni siquiera he tenido tiempo de asimilarlo yo.

—No lo sé, chicas, pero por ahora no puedo irme. Solamente quería decíroslo porque, joder, estoy cagada.

—Tranquila, Oli, todo irá bien. Ahora estás abrumada, y más estando lejos de tu casa —comenta Elena.

—Todo va a salir bien, nosotras estamos contigo, siempre —añade Alba.

De alguna forma me siento mejor y, tras charlar un poco más con ellas, cuelgo. Escucho un ronroneo y me asomo a la puerta para descubrir que es el gato de la vecina de arriba.

—Ey, pequeñín, ¿qué haces tú aquí? —Lo acaricio y se pone mimoso, pegándose a mí. Tomo las llaves de la cerradura y subo a devolvérselo a Anne.

—¡Oh, Byron! ¿Dónde estabas? —Se lanza a recogerlo de mi regazo.

—¡Byron! —Una niña rubia de unos cinco años de edad llega corriendo hasta nosotras—. ¡Dame, mami! —Anne le cede el gatito, que parece estar encantado en brazos de la pequeña, y se va con él hacia el interior de la casa.

—Gracias, Olivia; es el gatito de mi hija y llevábamos toda la mañana sin verlo. No sabía qué hacer si llegamos a perderlo... —Me agarra las manos casi con lágrimas en los ojos.

—No te preocupes. —Observo el interior de la casa cuando una música estruendosa, como la del otro día, vuelve a sonar.

—Lo siento, iré a regañarlo.

La puerta del final del pasillo se abre y la horrible melodía se intensifica.

—Anne, ¿hay cerve...? —No, no, no, no, no puede ser.

—¿Jason?

—¿Livi?

Anne mira de uno a otro.

—¿Os conocéis? Oli, te presento a mi marido.

La miro con los ojos más abiertos que un búho, y ahí se me cae el mundo encima. ¡Voy a tener un hijo de un tío infiel!

—Yo... tengo que marcharme. Un placer —digo con los ojos clavados en el marido infiel para el que tengo que trabajar. No estoy jodida, estoy jodidísima.

—No, espera... —Jason quiere venir hasta mí, pero salgo literalmente corriendo hacia el apartamento.

En otras circunstancias me habría dado a la bebida, pero eso ya no es una

opción. En su lugar, me pongo morada de helado de chocolate con pepitas.

—Karma, te estás pasando.

Unos nudillos llaman a la puerta sin parar. Me asomo con cuidado y, efectivamente, es Jason. Paso de él; vuelvo al sofá a enterrarme bajo la manta con kilos de helado. A la media hora se da por vencido. Me siento idiota, humillada y avergonzada por haberme acostado con un hombre casado. ¡Pero es que además voy a tener un hijo suyo! No el primero para él, porque ya tiene una preciosa niña rubia y de ojos claros. Dios, ¿desde cuándo mi vida se ha convertido en una puta telenovela de esas que ve mi madre?

Pasan los días y, entre lo que me receta el médico en urgencias y que el embarazo avanza, se me alivian un poco las molestias. Sin embargo, aún vivo con ciertos ascos. Yo siempre me había reído de esas cosas y pensaba que las embarazadas se aprovechaban de su estado para no comer ciertas cosas, ¡y una mierda! Este niño o niña ha decidido que la manzanilla, que yo odiaba de por sí, es lo único que me asienta el estómago, y que comer pepinillos por la mañana me sienta bien. En otras circunstancias me habrían hecho vomitar, es curioso que ahora sea de lo poco que consigo retener. Los mareos sí que han desaparecido, y no vomito todo, aunque las náuseas son mis compañeras diarias. Jason ha vuelto a llamar a la puerta todos estos días, pero imagino que entendió el mensaje cuando lo ignoré por completo.

Sin darme cuenta, llega el día de la primera cita con el ginecólogo y me siento un poco desolada. No llevo más que unas semanas de embarazo y me da miedo contárselo a mi madre. ¿A quién quiero engañar? Me da miedo también por cómo se lo pueda tomar; no por el hecho de ser abuela, que sé que lo está deseando, sino por la forma en la que ese bebé va a llegar a su vida. Siempre soñé con el momento de ir a hacerme la primera ecografía junto al padre, pero en este caso no va a estar ni mi madre cogiéndome de la mano. No suelo llorar muy a menudo, pero una lágrima se me escapa al pensar en ello.

Voy en taxi hasta la clínica. Al entrar, veo a varias mujeres embarazadas de la mano de los que serán los padres. Una chica jovencita y ya muy avanzada se aferra a un chico también jovencito que, además, le da besos en la palma. Otra mujer, más de mi edad, ojea una revista al lado de su pareja, que también lee algo en el móvil, pero agarrados los dos.

—¿Puedo ayudarla?

Le explico a la recepcionista que tengo cita. Me pide que me siente a esperar. Tomo una de esas revistas que hablan sobre embarazos y empiezo a documentarme acerca de lo que me espera.

—Dios, casi no llego. —No puede ser, esa voz... Alzo la vista y ahí está

Alba con la mano en el pecho, sofocada. Doy un salto y la abrazo tan fuerte que casi la tiro al suelo.

—¿Pero qué haces tú aquí?

La recepcionista nos ruega silencio y nos sentamos inmediatamente. No puedo creerlo, Alba está aquí.

—¿Tú pensabas que íbamos a dejarte sola en este momento? A veces creo que no te conozco. Le dije a Esteban que necesitaba estar a tu lado, y los abuelos, encantados de quedarse con Sofía. —Me mira la tripa con emoción en los ojos y posa la mano frunciendo los labios. Creo que se va a echar a llorar, y yo con ella. Soy una jodida sensiblera desde hace unos días.

—Olivia Rivera. —Es mi turno.

Entramos en la consulta y, tras proporcionarle unos datos al médico, llega la hora de la ecografía. Me tumbo en la camilla, el doctor me aplica el gel frío sobre el vientre y comienza a mover el ecógrafo por la piel. Le da a varios botones de vez en cuando y se para.

—Bien, Olivia, he de informarte que estás embarazada de ocho semanas. ¿Ves esto de aquí? Es el saco amniótico donde está el feto, por tanto solo es uno.

—Eso es importante —musita Alba. Yo estoy fascinada mirando la pantalla, y a pesar de costarme encontrarlo, ahí está, pequeñito, moviéndose.

—Ahora vamos a escuchar el latido.

De pronto se escucha el palpitar a toda pastilla. Yo me asusto un poco al pensar que está en taquicardia, pero Alba me dice que es lo normal. No me ha soltado la mano desde que me tumbé aquí, y cuando oímos ese sonido tan maravilloso, compruebo que está llorando. Me uno a ella. El doctor me da papel para limpiarme y me pide que me vista.

—Es increíble, Oli. Vas a ser mamá... —Se le quiebra la voz, y yo sigo sin creérmelo.

Tengo dentro de mí un ser al que voy a dar vida y que me va a acompañar el resto de la mía. El dieciséis de marzo vendrá al mundo. El vuelco que me da el estómago esta vez no es por las náuseas, es porque estoy aterrorizada. El médico me recomienda tomar algunos suplementos para el embarazo y me da cita para la siguiente ecografía. Al salir de la clínica, camino unos pasos hasta que me paro en seco con la mirada en el suelo.

—No sé si puedo hacerlo.

Alba se da la vuelta y me coge de la barbilla, mirándome a los ojos.

—Claro que puedes, y vas a hacerlo. —Me rodea con el brazo—. Vamos

a casa.

Llegamos al apartamento, donde hago lo típico: poner la foto de la ecografía en la nevera. Acto seguido, se la mando por wasap a Elena, que me contesta unas horas más tarde, al despertarse, con un audio en el que solo se oyen chillidos y gritos de alegría. Alba se va a quedar una semana conmigo; eso me anima bastante y me da seguridad. Después de todo, ella misma fue madre hace unos años, y puedo acribillarla a preguntas.

—Sé que para ti fue diferente al contar con Esteban, pero ¿no sentías miedo al saber que ibas a tener a Sofía?

—¿Que no? Estaba cagada. Por mucho que tuviera a mi marido, no dejaba de ser una prueba para mí. El día que supe que estaba embarazada, como recordarás, Esteban había sufrido aquel fatídico accidente; yo no me encontraba muy bien, y la doctora me comunicó en el mismo hospital donde lo trataban a él que estaba embarazada. Recuerdo que me quedé a cuadros, porque no lo esperaba para nada, y al mismo tiempo me eché a llorar de alegría, sumada a que Esteban salía del coma. —Recuerdo aquellos momentos tan duros—. Pero días después, ya en casa con él, sentí que mi vida estaba a punto de cambiar, y no esos cambios que pintan todo bonito y color rosa. No, no, cambios del tipo de que olvidas tu vida, pierdes un poco tu esencia y se diluye tu día a día porque hay alguien que depende completamente de ti. —Se me pone cara de espanto—. Pero cuando te agarra el dedo o te sonrío, te das cuenta de que ha merecido la pena.

Se me dibuja una sonrisa al imaginarme en la cama del hospital con mi bebé en brazos, y llorando emocionada.

—Sé que va a ser duro y que tener miedo es normal porque mi vida va a sufrir un cambio gigantesco, pero ¿sabes qué? Llevo tanto tiempo soñando con ello que creo que voy a pensar igual: merecerá la pena.

Alba me abraza y me propone que me dé una ducha tranquilamente, pues en unos meses eso será misión imposible.

Tardo un buen rato porque opto por darme un baño relajante en lugar de una ducha. Alba viene a comprobar que estoy bien y, cuando me ve en la bañera, lo comprende. He encendido unas velitas y he puesto música relajante, además de pompas de jabón en el agua, que me relajan de buena manera. ¡Es una pasada! Hacía tiempo que no disfrutaba de un baño así. Salgo con el albornoz y el pelo mojado y camino al salón meneando la cabeza.

—¡Dios, qué puta gozada darse un baño!

Alba está en el salón tomándose una cerveza con... ¡Jason! Me cierro más

el albornoz rosa, estampado con lunas y estrellas amarillas, mientras él esboza su sonrisa traviesa.

—Por fin... Dichosos los ojos, y tan dichosos. —Me mira de arriba abajo con lascivia, y en vez de sentirme mal porque un hombre casado me mire así, siento deseo.

—Alba, ¿me acompañas a la habitación un momento?

Deja el botellín y viene tras de mí.

—¿Se puede saber por qué le has abierto la puerta?! ¿Qué coño hace aquí?! Échalo pero a la de ya —le digo terminando de secarme y vestirme.

—¿Cómo voy a echarlo? Ha llamado y quería verte. No nos has dicho que era tu vecino. Dios, Oli, lo tienes jodido. ¿Cómo vas a trabajar con él y a vivir justo debajo sin decirle que vais a tener un niño?

Me detengo al escucharla.

—¿«Vamos»? Que yo sepa, la que lo lleva dentro soy yo; él simplemente ha plantado la semilla. Haré mi trabajo, a ser posible en tiempo récord, y volveré a casa a tener a mi hijo. —Me abrocho los pantalones y recojo el albornoz.

—¿Va en serio? ¿Serías capaz de tenerlo sin decirle absolutamente nada? Joder, Oli, ¿que es el padre! —grita.

—¿Chisssttt! ¿Quieres que te oiga? —Entonces caigo en la cuenta—. ¿No le habrás dejado ir a la cocina? La ecografía está en la nevera.

Nos congelamos por un segundo al pensar que está solo y puede andar merodeando. Salimos corriendo hasta el pasillo, donde ralentizamos el paso y fingimos que todo marcha bien. Jason está sentado en el sofá con la cerveza, mirando su iPhone.

—Creo que deberías macharte.

—Oli... —murmura Alba.

Jason se levanta, deja la bebida en la mesa y se guarda el móvil en el bolsillo trasero.

—Quisiera hablar contigo un momento.

—Mañana me reincorporo al trabajo y podremos hablar de todo. Si estás en el local, claro —contesto altiva.

—Estaré allí, pero no quiero hablar de trabajo. —Fija la mirada sobre mí y me empiezan a dar sofocos. Debería irse ya y dejarme tranquila.

—Yo no tengo nada de qué hablar aparte de temas profesionales, así que mañana nos vemos. —Ando hasta la puerta y la abro. Alba está en una esquina del salón tratando de mimetizarse con la estantería.

—Ha sido un placer coincidir de nuevo, Alba. Espero verte más por aquí.
—Se acerca a darle la mano, que ella acepta, y muy cortés le dice lo mismo. Jason llega hasta la puerta, pero se para en el umbral.

—Sabes que tenemos que hablar, y no me importa que haya alguien contigo, porque pienso hacerlo. Te estoy dejando elegir el momento, pero si no lo haces, no me quedará más remedio que decidirlo yo. —Menudos aires de grandeza se gasta el tío.

—No vuelvas por mi casa, tengamos un trato profesional y cordial. Lo que necesites decirme, en el lugar de trabajo —respondo seca.

—Livi... —Ese apelativo hace que me tiemblen las rodillas—. Tú sabes que entre nosotros nada puede ser cordial.

No lo miro. Me retraigo, esperando a que salga de mi apartamento. Chasquea la lengua y me da las buenas noches antes de cerrar la puerta, dejando un aroma a canela en el aire.

—Venga, Oli, no te enrolles y vete ya. —Alba se levanta al escucharme vomitar en el baño. Como si fuera mi madre, permanece a mi lado aguantando el mal olor y recogíendome el pelo. Siempre he odiado vomitar, de hecho, me agunto tanto que casi es peor. Me pongo tan nerviosa que me entran sudores fríos y me quedo más pálida que el mármol.

Tras echar hasta la primera papilla, me prepara una manzanilla y puedo arreglarme para ir al local a encontrarme con Jason. Joder, no querría, es lo último que me apetece hacer en este momento.

—No es fácil...

—Sé que ese chico te gusta, y me parece raro que se acostara contigo estando casado. —Inocente mi Albita...

—¿Raro? ¿Pero tú en qué mundo vives? Espérate tú que no tenga más hijos por ahí desperdigados, en plan estrella de *rock*.

—Bueno, olvídate de eso ahora y vete a hacer tu trabajo, ¿vale?

La miro con el aire contenido. Tengo agallas, siempre las he tenido, aunque esta situación me está costando. Sigo teniendo miedo y la sorpresa me dura; no esperaba que esto llegara en este punto de mi vida. Frunzo el ceño y me regaño: yo soy fuerte, joder. He soportado cosas terribles y he salido adelante.

—Nos vemos a la hora de comer.

—Iré a recogerte, Oli. —Me da un abrazo que me consuela.

Me subo a un taxi y llego al Tonga en unos diez minutos. Inspiro y me digo que ya es hora de hacer lo que he venido a hacer en Londres.

—Buenos días, Olivia. —Rob me saluda y me ofrece un café, que rechazo con la mano y un movimiento de cabeza—. Jason ha llegado ya y te está esperando en su despacho.

Enfoco el pasillo y, tras darle las gracias, voy hacia él. Llamo a la puerta y entro sin esperar a que me conteste. No miro nada más que la mesa del lateral, donde debo sentarme. Dejo mi bolsa con la cámara fotográfica y saco

el cuaderno donde anoto mis ideas sobre la campaña publicitaria.

—Bien, lo que he pensado ha sido que podemos tomar unas instantáneas...

—¿No me vas a mirar?

Mi corazón se acelera. Cada vez que lo tengo cerca, la química es bestial. El primer día que nos vimos ya se palpó, y en nuestro segundo encuentro, acabamos en la cama de un lujoso hotel. Tengo miedo de sentarme a su lado y que vuelvan a temblarme las rodillas.

—Como te iba diciendo, podríamos comenzar a tomar las fotos...

Me toca la mano con un par de dedos y siento un estremecimiento recorriéndome entera. Quito mi mano de ahí y trato de seguir con lo mío, pero es misión más que imposible.

—Livi... —Su voz susurrante me desarma siempre.

—Basta ya, Jason. Tenemos que trabajar. Déjate de ligar con todo lo que lleve tacones, joder. ¡No me hagas hablar!

—Eso es lo que quiero, entre otras cosas...

Me levanto al ver que se sienta a mi lado, pero es rápido y se pone en pie, bloqueándome la salida.

—No me toques, no tontees conmigo; hagamos el jodido trabajo y céntrate, que tienes una mujer y una hija, ¡por el amor de Dios! —Me alejo de él todo lo que puedo.

Resoplo enfadada. Siempre he odiado a este tipo de tíos y me estoy pillando por uno de ellos. Estoy más que jodida. Lo miro, solo para descubrirlo sonriéndome como si le hubiera dicho lo más tierno y bonito del mundo. Y claro, a mí eso me debilita. No me gusta nada; me hace sentir frágil, pequeña e incluso poca cosa. Si tiene a otra mujer en su vida, es a ella a quien debe entregarse, y no a mí, coño.

Se me acerca, con ese olor a canela que lo caracteriza, y yo exhalo inclinándome hacia atrás.

—Livi..., entiendo que tras lo que dijo Anne hayas interpretado...

—Basta, Jason. —Quiero salir de aquí, pero me sujeta por los hombros y me obliga a enfrentar sus ojos. Enmarca mi cara con sus manos y me hipnotiza con la preciosa mirada que tiene.

—Olivia, mírame. —Es la primera vez que dice mi nombre completo. Lo contemplo sorprendida—. Anne es mi hermana y Keira es mi sobrina. El padre de mi sobrina tiene una orden de alejamiento; maltrató a mi hermana desde el principio, y ella vive conmigo para estar más protegida. Cuando nos mudamos

al apartamento, la policía nos recomendó que fingiéramos ser una pareja, pero te juro por la vida de Keira, que es lo que más quiero, que Anne es mi hermana. —Suenan a mentira épica, de las que hacen historia, pero aún a día de hoy sigo sin comprender qué me sucede con él.

—No sé qué me pasa.

Me lanzo a sus labios, que responden al beso rápidamente. Es un beso avasallador e intenso, de esos que llevas anhelando una eternidad y que por fin se hace real. Su lengua baila con la mía, los gemidos empiezan a llenar el ambiente, cargado de tensión sexual. Puro deseo. Exhalamos aire al separarnos y apoyamos una frente sobre la otra.

—Tengo tantas ganas de follarte que no puedo ni pensar —me dice.

Y podría decir que lo que viene a continuación es producto de las hormonas que revolucionan mi cuerpo, pero estaría mintiendo. Deseo a Jason con ferocidad desde el primer día y me moría por volver a sentirlo empujando dentro de mí. Vuelvo a abalanzarme sobre él, a besarlo sin orden ni concierto, a casi ahogarlo con la lengua. Se aparta un momento para echar el pestillo en la puerta y, al mirarme, siento un vuelco en el estómago. Al principio, pienso que es una náusea que va a arruinarme el que seguramente podría considerarse un buen polvo; respiro hondo y me tranquilizo, aunque no dejo de desear a este hombre. Espero que sea tan salvaje como su icónica imagen hollywoodiense y que tire todo lo de la mesa al suelo. Sin embargo el mito decae un poco cuando lo veo recoger todo con sumo cuidado y colocarlo en el sofá. Lo miro con la ceja arqueada, riéndome.

—¿Qué? Puede que me muera por follarte, pero sigo teniendo la cabeza sobre los hombros, y si lanzamos todo al suelo, puede estropearse.

Cabeceo y camino hasta él, que está apoyado sobre la mesa. Le desabrocho el cinturón y bajo la cremallera, ansiosa por alcanzar la más que evidente erección.

—No sé si voy a tardar mucho en subirme aquí —susurro en su oído.

Jason gime y me quita el jersey y el sujetador. Pellizca mis pezones, que se ponen duros al mínimo contacto, mientras yo gimo con la cabeza hacia atrás. Le saco la camiseta y me detengo a observar los tatuajes que luce, y que la primera noche no vi.

—Deja eso para luego, Livi. —Mi nombre en sus labios es lo más jodidamente sexi que he escuchado en la vida, con esa ronquera tan atractiva.

De nuevo nos besamos con pura necesidad; le agarro la cara y asalto su boca sin permiso, aunque creo que a estas alturas ya no me hace falta. Me

deshago velozmente de los pantalones y la ropa interior, y Jason se asegura de que esté mojada. Masajea mi clítoris, penetrándome con un dedo primero y luego con otro. Intercambiamos posiciones y me apoya sobre la mesa para bajar hacia mi sexo, que lame, chupa y en el que se deleita. Me agarro a sus hombros gimiendo cada vez más alto, sin importarme que Robert esté fuera. Tengo la piel erizada, la entrepierna húmeda a más no poder y un orgasmo bestial me recorre.

—¡Jason! —grito con los ojos nublados de placer. Dios, este tío sabe lo que se hace.

Se levanta y me besa, dejando mi propio sabor salado en los labios. Me abre las piernas y poco a poco se acomoda en mi interior.

—¡Joder, perdona! —Se retira deprisa y, cuando veo que rebusca en el pantalón, me doy cuenta de que busca un condón. Si él supiera que no lo necesitamos... Pero todavía no sé cómo voy a lidiar con ese asunto, así que dejo que se lo ponga.

Una vez enfundado regresa a mi interior, pero no es nada delicado, cosa que me gusta. Se aferra a mis muslos con fuerza, penetrándome sin dejar de mirarme a los ojos.

—Follarte es lo mejor del mundo, tienes un coño precioso. —Y a cuantas más obscenidades y más vulgaridad, más me humedezco y más loca me vuelvo. Aprieto con los talones en su culo para que me penetre con más fuerza.

—No te pares —exijo en un susurro apenas audible.

Se ríe y obedece, hundiendo sus dedos en mi cadera. Seguro que tendré cardenales y agujetas a consecuencia del polvo memorable, pero, qué coño, merece la pena. Suma sus dedos a la intensidad del momento, masajeándome el clítoris, pero yo niego con la cabeza.

—Ahora no quiero correrme con tus dedos, sino con tu polla —le pido sin apartar la vista. Mis palabras lo ponen a mil y empuja todavía más fuerte. Siento que me va a reventar, pero no me importa en absoluto; el placer es tan maravilloso que si muero, me parecería bien.

—Nena, no tardes mucho, porque estoy a punto de correrme.

Por un instante tengo ganas de decirle que puede quitarse el condón, pues no va a pasar nada que no haya sucedido ya. Deseo sentirlo sin nada entre nosotros, pero la cordura lleva la voz cantante, por suerte, y me callo. Otro orgasmo demoledor me arrasa poco antes de que él se corra con fuerza en una última embestida animal. Nos quedamos quietos unos segundos, con nuestras respiraciones aceleradas. Jason se quita el condón y lo tira a una papelera

cercana mientras yo bajo las piernas, que me duelen por la incómoda postura. Busco mis bragas y mi sujetador, y me los pongo antes de volver a apoyarme en la mesa buscando el aire que me falta.

—Y ahora deberíamos empezar a trabajar —digo.

Él se pone la ropa riéndose por mi comentario. Vuelve a besarme, aunque esta vez es un beso más calmado y suave. Roza su nariz con la mía y me ayuda a vestirme.

—Creo que decir que ha sido brutal es quedarse corto, Livi. —Y yo, desatada como estoy, quiero cogerle la polla y metérmela en la boca.

Gracias a Dios que aún me queda un resquicio de contención. Le devuelvo el beso y comenzamos a hablar de la campaña y del trabajo que vamos a realizar, aunque estamos como dos jodidos adolescentes lanzándonos miradas y tonteando sin parar.

—Me muero de hambre. —Mira su reloj y veo que ya es mediodía—. Te invito a comer.

—Lo siento, pero ya tengo planes.

Me pone morritos y, con las manos, dibuja un corazón antes de romperlo. Quito el pestillo y salimos de su despacho, que está cargado de intensidad. Al llegar a la entrada veo a Rob con los cascos puestos. Dios quiera que los haya llevado toda la mañana.

La puerta se abre para dejar entrar a Alba. Jason nos sigue, pero no lo dejo entablar ninguna conversación con ella. Él articula algo como «hola» y «adiós», y Alba apenas tiene tiempo de saludar con la mano.

—¿Pero qué te pasa? —pregunta escudriñando mi cara—. Espera, espera. —Me agarra del brazo y no tengo más remedio que mirarla—. Tú has follado.

Me encojo de hombros y, entre risas, nos vamos a un restaurante donde le daré todo lujo de detalles, mientras ella no dejará de sonrojarse y taparse los oídos. Va a ser una comida memorable.

—¿Te lo has tirado y no le has dicho que estás embarazada de él? — Durante un rato me olvidé de eso y solamente me limité a sentir y a disfrutar.

—Ha habido un momento, cuando él ha buscado el condón, en que estuve a punto decirle que no era necesario, pero implicaba dar muchas explicaciones y estaba supercachonda. Me parecía feo romper aquel momento, porque, créeme, él también estaba a tope. —Hago un gesto con la mano que imita la erección. Alba pone los ojos en blanco y me lanza la servilleta. La mujer de cincuenta años de al lado me mira escandalizada.

—¿Y dónde se ha quedado el rollo ese de casado y con hija?

—¡Ay, joder! Con todo el tema este del polvo monumental se me ha olvidado. Me ha contado que Anne es su hermana y Keira, su sobrina. El padre de la niña maltrató a su hermana, y cuando se mudaron a Londres, la policía les aconsejó fingir algo que no son. ¿Tú qué crees? ¿He vuelto a creerme una mentira gigantesca?

—Veamos si es verdad. —Saca el iPhone y pasa por lo menos media hora buscando si es cierto o no, pero no hay rastro de su vida privada en ninguna página, ni siquiera en las sensacionalistas. Es como si su vida personal no existiera. Cientos de referencias a su trabajo y nada de nada sobre lo demás. Alguna fotografía con mujeres, la mayoría modelos y cantantes exuberantes, pero poco más.

—La verdad es que no he pensado, ha sido como si se me nublara la razón y simplemente deseara follármelo, sin más. ¡Estoy bien jodida! —Me llevo la mano a la frente. Jason me gusta y volveré a acostarme con él si no pongo espacio entre ambos.

—Eso sí, porque vaya polvazo —bromea—. Quizá puedas hablar con Anne y que ella te lo confirme o desmienta. —La miro resignada. ¿Quién me asegura que ella no mentiría también?—. Pero ¿sabes qué, Oli? He vuelto a ver tus ojos brillar hoy. Sé que no podemos ser felices eternamente y que siempre habrá algo que lo empañará, pero no te arruines este momento, esta etapa que comienza a partir de ahora. Sé que es complicado y que parece imposible que yo vaya a decirte algo así, pero vive el momento y disfruta el tiempo que pases aquí en Londres.

Asiento con la cabeza, pero no soy capaz de decir nada. Ella regresa al apartamento y yo, al despacho con Jason. Robert no está por ningún lado. Llego al sitio donde hace unas horas he experimentado un par de orgasmos sensacionales y ahí está, dibujando de nuevo. Me apoyo en el marco de la puerta y lo observo sin advertirlo de mi presencia. Está tarareando una canción que me suena, aunque no sepa decir de cuál se trata. Seguramente será alguna de *rock and roll*, campo en el que estoy muy virgen. Entro con cuidado y me sitúo a su espalda, acariciándole el pelo.

—¿Cómo ha ido la comida? —me pregunta antes de girarse y mirarme.

Sonrío y lo beso recordando lo que Alba me ha dicho. Puede que la felicidad sea efímera y que siempre haya algo en la vida que nos la joda, yo doy fe de ello. Cuando más feliz fui, la vida se encargó de quitármelo, pero por lo menos puedo sonreír por haberlo disfrutado.

—Perfecta.

Se levanta y sale de la estancia. Cuando vuelve, me dice que esa tarde el local permanecerá cerrado y que estamos solos, completamente solos. Lo miro con deseo.

Esa tarde hablamos poco sobre nada. La pasamos más desnudos que vestidos, jadeamos más que hablamos y, sobre todo, no pensamos demasiado.

La semana se me hace muy corta, y ya es casi la hora de que Alba se marche a casa. *CASA*. Parezco Escalata O'Hara. *Lo que el viento se llevó* es la película preferida de Alba; nos hizo verla a Elena y a mí millones de veces. Se compró el DVD cuando la remasterizaron con extras, y aun así, cada vez que la echan en la tele, la ve.

No sé por qué, recuerdo la escena final, cuando Rhett la abandona. Se echa a llorar en las escaleras sin saber qué hacer, no le importa nada. Entonces evoca la voz de su padre y la del propio Rhett recordándole que Tara es lo que le da la fuerza. Decide regresar a su hogar, y es que en los momentos difíciles, lo que nos da energía es nuestra casa. Yo pensaba que la mía estaba en Madrid, con Jesús, pero desde que se fue no tengo muy claro si sigue estando allí.

—No irás a llorar.

Estoy aferrada a mi taza de *Juego de Tronos* con manzanilla en su interior mientras contemplo la lluvia caer. Miro a mi amiga y le hago una peineta, aunque lleva razón: estoy a punto de derramar alguna lagrimilla.

—¿Por qué no quieres que te acompañe? —insisto.

—Porque ya es bastante tener que verte abatida porque me marchó. Si vienes conmigo, te echarás a llorar allí y me quedaré fatal pensando que estás tirada en una silla de aeropuerto llorando porque me he ido. —Se pone el abrigo y agarra la maleta.

—¿Llevas todo?

Asiente y me da el enésimo abrazo. Joder, las hormonas me están matando y no hago más que llorar sin motivo.

—Recuerda que estoy a un tiro de piedra, y lo que necesites, por favor, no tienes más que decírmelo.

Le doy un sonoro beso en la mejilla.

—Gracias por venir y pasar conmigo estos días, Alba, en especial por acompañarme a la primera ecografía.

—Oh, cariño, ha sido un placer. Nunca pensé que sería la elegida para ese momento tan único y especial, pero, Oli, cuídate mucho y haz todo lo que te indique el doctor. —Le digo que sí por millonésima vez y vamos juntas hasta la puerta, pues el taxi la espera desde hace cinco minutos—. Y aunque me llames pesada, sabes lo que opino: Jason debería saberlo. Piénsalo una vez más.

Chasqueo la lengua y pongo los ojos en blanco.

—Lo haré —miento.

Nos abrazamos y se aleja. Cierro la puerta y me siento con mi infusión a deleitarme con el sonido de la lluvia, que aquí es de lo más normal. Es domingo y no tengo trabajo. Esta semana Jason desapareció después de que nos dejásemos la piel en aquel sofá y en la mesa. Según Robert, temas personales reclamaban su atención en otro lugar. No he escuchado el sonido estruendoso del piso de arriba ni a Byron pasearse por el *hall*. Estuve tentada de llamar a la puerta, aunque no lo hice. Disfruté de los días con mi Albita y punto.

Me doy un baño relajante y, antes de vestirme, me miro la tripa, aún plana. Estoy embarazada de nueve semanas ya. Paseo la mano por ella pensando que ahí dentro crece un ser que llegó sin avisar, y cada vez que lo imagino, no sé, mi corazón explota de felicidad.

El sonido de la puerta me distrae; salgo abrochándome los botones de la camisa y descalza. Sin entender la razón, abro sin mirar, pues siempre, siempre, siempre echo un vistazo por la mirilla.

—¿Jason?

Su sonrisa de pillo me sobresalta.

—Hola, Livi. Hace un día de perros, ¿puedo pasar? —Aunque estoy molesta porque desapareció sin darme explicaciones, me hago a un lado. Entra en casa y saca de una bolsa de cartón un paquete de palomitas de colores y una botella de té—. No sé si te gusta el té, pero como siempre te veo beber de una taza y por el olor sé que no es café, lo he dado por hecho.

Sonríó ante la idea de que esté tratando de averiguar cosas sobre mí por sí solo, sin ayuda de un detective.

—Me encantan las palomitas de colores, aunque lo que bebo es manzanilla y no té.

Voy a por mi taza con la infusión y él se sirve el té en un vaso. Buscamos una película de Netflix y la vemos acurrucados en el sofá, como si fuéramos una pareja normal y corriente. Se me hace raro a la vez que normal. Pasadas casi dos horas, algo no marcha bien en mi estómago y salgo escopeteada al

baño a vomitarlo todo. Últimamente lo tenía revuelto por la tarde, y no por la mañana como al principio. Él corre tras de mí queriendo entrar al baño. ¿Pero quién quiere ver vomitar a alguien? Cuando expulso todo lo que tenía en el cuerpo, me lavo los dientes y salgo más pálida que un fantasma.

—¿Te encuentras bien? He comprobado la fecha y las palomitas no están caducadas —me dice nada más verme. Qué tierno, si él supiera...

—Sí, no te preocupes. Solo estoy un poco indispuesta —alego.

—Pensaba que ya te habías recuperado.

Volvemos al sofá y me acurruco, tapándome con la suave manta que Alba me regaló. Instintivamente me llevo las manos a la tripa. «Mi pequeña indisposición cojonera», pienso.

—Deberías marcharte, quiero descansar un poco.

Jason me mira preocupado y se sienta en el suelo, justo al lado de mi cara.

—De aquí no me marchó hasta que no estés mejor. En serio, Livi, quizá habría que volver al médico.

Lo miro, asombrada por su forma de hablar en plural.

—En vez de preocuparte tanto por mí, ¿por qué no me cuentas dónde has estado?

—Tienes razón, no te dije nada; estuvo mal, pero es que no tuvimos apenas tiempo. Tendría que empezar por contarte de dónde soy. Anne y yo nacimos muy lejos de aquí, en Oceanía.

—Claro... Tonga —murmuro, haciendo alusión a su local. Él asiente, confirmando mis sospechas.

—Mis padres eran de allí, pero mi madre falleció cuando yo tenía diecisiete años. —Se le ensombrece la voz.

—¿Y tu padre? —pregunto curiosa.

—Por eso hemos tenido que irnos: mi padre está muy enfermo y mis abuelos me llamaron para que fuésemos a visitarlo.

Me incorporo, olvidándome de mi molestia.

—Lo lamento, Jason. —Acaricio su pelo rubio y él cierra los ojos.

—Gracias, Livi.

Lo invito a subirse al sofá conmigo, y entonces lo abrazo tratando de reconfortarlo, de darle el consuelo que se necesita cuando alguien a quien has amado se va para siempre.

—No te aflijas, han pasado años desde la última vez que nos vimos. Él se olvidó de nosotros, ¿sabes? —Le cojo la mano—. Cuando mi madre falleció,

a causa de un cáncer, mi padre se fue. No físicamente, aunque fueron mis abuelos quienes se ocuparon de nosotros hasta que yo cumplí dieciocho. A lo que me refiero es a que una vez que mi madre murió, mi padre se evaporó. La amó más que a nada en su vida, incluso más que a nosotros —cuenta apenado.

—No creo que fuera así del todo. Seguramente tu madre fue alguien muy importante en su vida y no supo cómo continuar sin ella. —Rememoro mis propios sentimientos cuando Jesús se fue. No es que no quisiera a mi familia o a mis amigas, sino que no veía nada más, el dolor me nublaba demasiado la razón.

—Yo creo que fue egoísta. Entiendo su pena, pero sus hijos ya habían perdido a su madre; no merecían ser olvidados e ignorados por la única persona que les quedaba. Si no llega a ser por mis abuelos, no sé qué habría sido de nosotros.

Comprendo su rabia, pero también entiendo al padre de Jason. De la nada, sale mi dolor.

—Hace unos meses, yo estaba casada con el amor de mi vida. —Hago una pausa—. Lo conocí y lo supe: no existiría nadie más, nunca más. Nos casamos, fuimos felices y se fue. Un día salió por la puerta y no volvió. Un conductor ebrio en dirección contraria se lo llevó para siempre. —Me brinda esa mirada compasiva que odio—. He estado meses luchando con el dolor que se te agarra al pecho y no te deja respirar, por eso comprendo por lo que pasó tu padre, aunque teniendo un par de críos la cosa cambia. Aun así, quizá su pena era tan inmensa que no había cabida para nada más, lo que no quiere decir que no os quisiera con todo su corazón, ¿sabes?

Jason lleva el dorso de su mano a mi mejilla húmeda, acariciándola con suavidad. Reconforta; la pena sigue ahí, pero su tacto sana un poco.

—Lo perdoné. Pese a todo, lo perdoné.

—Eso está bien. —Aprieto su mano con fuerza.

—Bueno, ahora ya sí que debo irme, ¿te sientes mejor?

No puedo decirle que no o se quedará toda la noche conmigo, así que miento piadosamente.

—Nunca mejor.

Lo acompaño hasta la puerta, donde me sorprende con un abrazo que me hace sentir bien. Me da un beso en la frente y roza su nariz con la mía. Esto se está convirtiendo en algo habitual. Abre la puerta y sale, pero se da la vuelta antes de desaparecer por la escalera.

—Dijiste su nombre.

—¿Qué? —Frunzo el ceño.

—La primera noche que compartimos en aquel hotel, dijiste su nombre varias veces. Imagino que soñabas que era él quien te hacía el amor.

Abro la boca, avergonzada.

—Yo...

—No, no hace falta que digas nada, Livi. Ahora lo entiendo todo. —Me sonrío y se va escaleras arriba.

Cierro la puerta un poco abatida, pero ¿quién puede controlar sus sentimientos? Yo no recuerdo haber pronunciado el nombre de Jesús esa noche. De hecho conservo pocos recuerdos, quizá debido al alcohol que bebí. No se me quita de la cabeza que Jason sintió que no había estado con él aquella noche; eso debía de haberle molestado, y aun así no paró hasta buscarme. Curvo los labios en una sonrisa y me meto en la cama con la fotografía de Jesús, pero ya no es a él a quien veo en mi futuro por motivos más que obvios. ¿Será quizás Jason?

Me duermo pronto, agotada, y esa noche vuelvo a soñar con Jesús. Me mira a lo lejos en un campo de amapolas. Yo alargo la mano, pero no lo alcanzo. En medio surge la figura de Jason, que lo mira. Jesús le sonrío y asiente con la cabeza; yo miro al tatuador y después a mi querido marido, que también a mí me sonrío y asiente. Cuando miro de nuevo a Jason, lleva un niño en brazos. Yo camino hacia ellos y nos abrazamos los tres. Jesús nos observa en la distancia y se difumina poco a poco hasta desaparecer del todo.

Me despierto sobresaltada; es la segunda vez que sueño con él y, la verdad, no tengo ni puta idea de qué significan esos sueños.

Voy hasta la cocina y me preparo una infusión de esas a las que me he habituado. No es muy tarde, pues me he ido a dormir temprano. Escucho un sonido, lo que parece una guitarra. Entre la azotea y mi piso se halla solamente el apartamento donde Jason vive con Anne y con su sobrina. Me pongo una chaqueta fina y subo hasta allí. Es la primera vez que me aventuro a la azotea del edificio.

*Love of my life, you've hurt me,
You've broken my heart and now you leave me.
Love of my life can't you see,
Bring it back, bring it back,
Don't take it away from me because you don't know what it
means to me.*

Jason está sentado en una plataforma de cemento cerca del borde de la azotea, tocando la guitarra mientras canta *Love of my life*, de Queen. Me da pudor acercarme, hasta que en una frase se le quiebra la voz. Giro medio cuerpo con intención de irme, pero mis pies hacen lo contrario y andan hasta él. Me siento a su lado y canto:

*You will remember
When this is blown over
And everything's all by the way
When I grow older
I will be there at your side to remind you how I still love you, I
still love you.*

Se une a mí en el final de la canción y ambos entonamos:

*Hurry back, hurry back,
Love of my life
Love of my life...*

Cuando deja de acariciar las cuerdas y la música cesa, deposita la guitarra en el suelo y apoya su mano en el muslo donde reposa la mía. Estamos en silencio, en un silencio apenas roto por los ruidos de la calle. Sin saber por qué, rompo a llorar; la mano de Jason me aprieta. Una vez que me tranquilizo, vuelvo a casa, sin mirarnos ni decirnos nada. Ya nos hemos dicho mucho compartiendo este precioso instante.

Por las mañanas el futuro bebé me odia. Vomito todo lo que como, y por las tardes, más de lo mismo. Estómago revuelto y apenas contengo nada. Sobrevivo a base de infusiones, y ya no es suficiente. Tras varias regañinas por parte de Elena y Alba, opto por ir al médico, que nada más verme me deriva a urgencias, donde me dicen que estoy deshidratada y que tienen que ponerme suero, por lo que debo permanecer allí sentada unas cuantas horas. Cuando se lo digo a las dos, me montan un espectáculo por no haberles hecho caso. Estoy ya embarazada de dos meses y me pregunto cuándo terminará este malestar. La enfermera que me pone el suero se ríe y me responde que, por lo normal, suele suceder en el primer trimestre, aunque ella estuvo así ocho meses. ¡Ocho jodidos meses! ¿En serio cree que así anima a los pacientes?

Afortunadamente, Jason ha salido de la ciudad y no está en mi cogote, agobiándome para saber cómo me encuentro. Al parecer se ha marchado una semana a Los Ángeles a tatuar a alguna estrella de *rock*. En cada conversación, Elena y Alba no pierden oportunidad de preguntar qué pienso hacer con respecto a él y al embarazo. Estoy hecha un verdadero follón. Si bien es cierto que nos hemos acostado, no tengo la seguridad de querer compartir este bombazo informativo con él, porque ¿qué haría? ¿Sería de esos padres que pretenden participar en absolutamente todo con la madre? ¿Querría involucrarse en la vida de ese niño a todos los niveles? Después de la charla en la que me contó su pasado, estuve dándole vueltas. Jason había sufrido con la muerte de su madre y la desaparición del padre, su distanciamiento. Algo me dice que él no es de los que se alejan así como así, y sinceramente, me da miedo. Todavía me estoy acostumbrando a la idea de ser madre, como para pensar en contar con el padre de la criatura.

Lo que también me ronda por la cabeza es confesarle a mi madre que se va a convertir en abuela. Dios, ¿cómo se lo tomará? No tengo la menor idea de cómo decírselo, y en el fondo me asusta bastante. Una tarde, al regresar al apartamento, me digo que es ahora o nunca. Agarro el teléfono y me lanzo a la

piscina, esperando que tenga agua.

—¡Hola, cariño! ¿Cómo va todo?

—Bien, mamá, ¿y tú? ¿Te apañas bien sin mí?

Su risa me da ánimos.

—No me va mal, aunque sería mejor si estuvieras aquí, como es natral.

—Ya...

—¿Qué pasa, Oli? —Ni Aramis Fuster. Sabe que me pasa algo con una simple frase.

—Nada, te echo de menos.

—Lo sé, mi cielo, yo también, aunque tú no me llamas por eso. Desembucha. —Y allá voy.

—Estoy embarazada. —Un silencio sepulcral—. Mamá, ¿estás ahí?

—¿Cómo dices?

—¡Que vas a ser abuela! —Trato de sonar jovial y animada en vez de cagada y enferma.

—¡Mi amor, eso es maravilloso! No sabes lo que me alegro por ti, cariño. No sabía que te estabas sometiendo a un tratamiento.

Ups...

—Eh..., bueno, a decir verdad, ha sido por el método tradicional.

—¿Cómooo? ¿Quién es el padre? —Y ahí llega el gran dilema.

—Pues es un chico de aquí de Londres al que conocí en Madrid... —Eso suena mil veces mejor que «lo conocí una noche, me acosté con él y, a pesar de usar protección, aquí me tienes, preñada».

—Vaya, no tenía ni idea, mi vida. Eso me alegra todavía más porque quiere decir que estás superando lo de Jesús.

Me siento fatal por no poder decirle toda la verdad, pero por el momento es más que suficiente. El resto del tiempo mantenemos una conversación sobre cómo va el embarazo, mis visitas a urgencias (pero en versión *light* para no preocuparla en exceso), y acaba relatándome todo su embarazo hasta que nació. Me da pena colgar: necesitaba esta charla con mi madre, sus consejos, su aliento. Me voy a la cama aliviada, como si me hubiera quitado un gran peso de encima.

Al día siguiente, noto que llevo una carga más liviana.

—Buenos días, Olivia. —Rob me recibe con mi infusión de todos los días y yo le doy las gracias, soplando de camino al despacho de Jason, pues a pesar de que él no se encuentra aquí, me instalo a diario en la mesa donde follamos días antes.

—Livi...

Me da tal susto que derramo la manzanilla sobre su pecho.

—¡Mierda! Lo siento, lo siento. —Dejo las cosas en el suelo e intento ayudarlo quitándole la camisa mientras se abrasa el pobrecillo.

—Joder, qué bienvenida.

Sale corriendo al baño a echarse agua fría donde le ha caído la bebida caliente. Me precipito tras él queriendo ser de ayuda, aunque está bien cabreado.

—Perdona, no sabía que habías vuelto. ¿Es que no puedes hacer ruido o algo? —grito, presa de los nervios.

—¿En serio, Livi? —me responde enfadado.

Robert se une a la fiesta, aunque es de más ayuda yendo a la farmacia a por una pomada para las quemaduras. Dios santo, tiene parte del pecho enrojecido por la quemazón. Cuando el asistente vuelve con la crema, se la quito y, a pesar de sus reticencias, se la aplico yo.

—Déjame a mí, ya que he sido la culpable. —Suavemente se la voy poniendo—. Estate quieto.

—Perdóname, pero es que una loca me ha tirado líquido ardiendo. ¿Qué ardiendo? ¡Eso era putito magma incandescente!

Le lanzo una mirada de odio y sigo a lo mío.

—Listo. —Tapo la crema y se la doy. Vuelvo a su oficina para empezar a trabajar; Jason llega al poco con la camisa mojada.

—Joder, era mi favorita —lo oigo murmurar—. Gracias, tío. —Robert le trae otra camisa, que se pone al instante. Evito mirarlo antes de caer nuevamente rendida ante ese pecho descubierto que me estremece—. Deja eso, que te invito a una nueva infusión.

Rechazo su ofrecimiento. Se sienta a mi lado y me da un par de besos en el cuello. Me remuevo; prefiero salir de aquí.

—Si va a peor, tendrás que ir a urgencias —comento de camino a una cafetería pequeñita pero acogedora. Hay sillones por todos lados y mesas no muy grandes. Dada la hora que es, no hay mucha gente, por lo que es fácil encontrar sitio.

—Una infusión de manzanilla, por favor, y un café *latte* —dice él—. Pero a ser posible, que la leche sea del tiempo. —Yo contengo una risa al recordar el incidente de hace un rato—. Perdona, por si no te lo he dicho, del tiempo. —El camarero lo mira con cara de pocos amigos, como sintiéndose ofendido—. Disculpa, del tiempo de ahora, aquí, no del desierto de Gobi.

Le propino un manotazo en el pecho, con tan mala suerte que le doy en la quemadura. Vuelve a mirarme mal.

—No seas grosero.

Me saca la lengua y esperamos a que nos sirvan el pedido alejados de la barra. Nos sentamos en un sillón grande, anaranjado, que me recuerda al de la serie *Friends*, una de mis favoritas.

—Y tú no seas torpe..

Jason aguarda con el tique en la mano a que lo llamen para recoger la comanda. Se toca el pecho donde le ha caído el líquido caliente y hace una mueca, como si le doliera aún.

—Debería vértelo un doctor.

Me sonrío y casi se me escapa un suspiro.

—O a lo mejor debería alejarme de ti. —Le doy la razón moviendo la cabeza y, cuando se levanta, coge mi mano—. Pero no voy a hacerlo. —Y la besa antes de ir a recoger nuestras bebidas.

Durante los segundos que tarda en regresar pasan por mi cabeza mil cosas, y ninguna en orden. Deja en la mesa que tenemos delante la infusión y su café, que sopla de manera tan jodidamente sexi que casi tengo un orgasmo con solo verlo.

—Yo... siento lo de la otra noche —murmuro sin mirarlo a los ojos.

—¿Qué exactamente? —quiere saber.

—Creo que todo. Llorar en la azotea a tu lado. No entiendo cómo he podido hacerlo, pues soy muy mía para llorar delante de extraños. Creo que eso te hace más vulnerable que acostarte con alguien.

—Nosotros ya no somos tan extraños. —Se sienta más cerca y yo noto que mi estómago me da un brinco, y no por el embarazo.

—Y también por la primera noche. No recordaba haberte llamado... ya sabes. Es de muy mal gusto —digo avergonzada.

—No te lo dije para hacerte sentir mal, solo quería que supieras que algo intuía.

Nos quedamos en silencio, bebemos cada uno de su taza y volvemos a dejarlas sobre la mesa.

—Yo siempre he sido una chica muy enamoradiza, muy «de convencerme rápido», como dicen mis amigas. He tenido muchas relaciones, algunas más largas, otras más cortas; algunos se han aprovechado más de mi dinero y mi casa que de mí misma, y otros cuantos me han dejado tirada al primer obstáculo —comento con un gesto triste—, pero entonces lo conocí. Al

principio no creía que fuera a durar, pues era bastante escéptica, dado mi historial. No obstante, fue el único, el que se quedó a pesar de todo, a pesar de los agobios y los problemas, y el único que me quiso con todo lo malo, ¿sabes? Jesús era el amor de mi vida. —La nostalgia me invade y suspiro profundamente. Jason vuelve a agarrarme de la mano, como aquella noche en la azotea de nuestro edificio. Su contacto me alivia e incluso me calma—. Perdona, ya he vuelto a hacerlo. —Me mira extrañado—. Darte pena.

—En algo tienes razón: se es más vulnerable llorando delante de alguien que quitándose la ropa para acostarse con él, pero no siento ninguna pena por ti. En parte me entristece que perdieras a alguien tan amado, y tan joven.

Retiro la mano al recordar que él ya me investigó antes de que llegase a Londres.

—Ah, bueno, tú ya lo sabías gracias a tu detective privado —digo molesta.

—Siento que te molestase, pero no voy a arrepentirme de tener contactos y hacer uso de ellos. Quería encontrarte y saberlo todo de ti, y eso solo hizo que deseara aún más tenerte cerca. —Sigue arrimándose a mí, tanto que ya no tengo escapatoria. Me rodea con el brazo y echa la cabeza atrás. Yo hago lo mismo y cierro los ojos aspirando su olor, que me reconforta. Gira la boca y susurra en mi oído—: «*Please, bring it back home to me because you don't know what it means to me. Don't take it away from me, because you don't know what it means to me*».

—Veo que te gusta esa canción —bromeo con la mirada en el techo, como él. Jason se ríe y menea la cabeza.

—Queen es la mejor banda de toda la historia. —Estoy de acuerdo con él.

Se remanga la camisa y leo en la muñeca las letras del grupo que le fascina. No me he fijado nunca a conciencia en los tatuajes, por lo que no me extraña no reconocerlo. Lo acaricio con los dedos imaginando lo que debió de dolerle.

—Yo también tengo un tatuaje, ¿sabes? Siempre he sido muy miedosa con eso de las agujas, pero al fallecer él me lo hice.

—Lo sé. «*Quia fortis est ut non modo ad arbitrium non est fortis*» —dice. Giro la cabeza sorprendida—. Recorrí tu cuerpo aquella noche madrileña, palmo a palmo te estudié y lo vi, aquí. —Posa su mano en mis costillas.

Vuelvo a girarme y cierro los ojos tarareando la melodía que acaba de susurrarme. Jason se une a mí y, muy bajito, la entonamos al unísono.

Sin proponérselo, tenemos una canción, aunque no tengo muy claro qué somos realmente. Elena o Alba dirían que vamos a ser padres, y es cierto, a pesar de que él lo desconozca, por el momento. En este instante, sentados en el sofá, sé que se merece saberlo. Ya veré cómo resolver la situación una vez que se entere.

La semana siguiente transcurre en calma con Jason. Tomamos las fotografías en las localizaciones que le propuse y me siento cada vez más cómoda a su lado. Siempre que nos vemos, me saluda rozándome la nariz y después me besa, a veces lentamente; otras un beso rápido. Y a pesar de encontrarme cada día mejor con él, no soy capaz de revelarle el gran secreto.

Otra cuestión es cómo me siento físicamente. Este niño o niña va a acabar conmigo. Sigo vomitando, y con náuseas que trato de ocultarle siempre que puedo, pero una tarde que trabajé desde casa y vino a estar conmigo fue un completo desastre. Jason empezó a hacerme arrumacos en el sofá y terminamos quitándonos la ropa, hasta que una náusea tremenda me sobrevino y le vomité encima. Le he echado líquido ardiente, le he potado, y a pesar de todo nunca se enfada en serio.

Entrando en la semana doce de embarazo, llega a su fin el primer trimestre. El bebé es del tamaño de una ciruela y, aunque las molestias empiezan a aplacarse, me han salido unas manchas en la cara típicas en algunas embarazadas. Esto es un no parar.

—¿Esta noche tienes algo que hacer? —me pregunta a la hora de comer en su apartamento. Anne no está porque ha ido a recoger a Keira al colegio, y tenemos la casa para nosotros solos un ratito.

—Dormir —contesto seca.

—Doy un concierto.

Abro los ojos y arqueo la ceja.

—¿Cómo?

—Tengo un grupo y a veces tocamos en algunos locales que nos lo permiten. No somos muy buenos —musita.

—Y tú que lo digas —respondo sin filtrar. Se levanta y viene hacia mí.

—¿Cómo dices? —Pone los brazos en jarras como Superman.

—La verdad, tocáis de pena. Los primeros días en que me instalé abajo los ruidos que me llegaban eran infernales.

—Conque sí, ¿eh? —Mueve los dedos mientras se acerca con la intención de hacerme cosquillas, y es que yo soy muy susceptible con las cosquillas. No hace falta tocarme y ya empiezo a notarlas.

Me pongo de pie de un salto, tratando de escapar.

—¡No, Jason! ¡Para, déjame en paz! —Es inútil correr: me atrapa por la cintura y caemos al sofá, donde soy presa a traición del malhechor de las cosquillas.

—Dime que te rindes y que vendrás al concierto para compensar eso que has dicho.

Me hago la dura un poco más, sufriendo la maldición de las cosquillas hasta que me duele el estómago de tanto reírme y necesito respirar.

—Está bien, iré en plan *groupie*. —Me incorporo.

—¡Yeahhh! —Jason da un grito de júbilo y me agarra la cara para darme un beso con roce de nariz incluido. Nos miramos a los ojos, que sonríen por sí solos. Me acaricia las mejillas con tanta ternura que siento cómo se me va derritiendo el corazón por segundos. Suspiro y apoyo mi frente sobre la suya antes de esconderme en su abrazo. Aspiro su aroma, algo que me encanta hacer, y cierro los ojos hasta quedarme dormida.

No recuerdo el tiempo que duermo, pero cuando me despierto veo que estoy sola en el sofá, tapada entera con la manta. En la mesita auxiliar hay una nota de Jason.

Te espero allí, espero verte en primera fila. Te dejo anotada la dirección. No te olvides de animarnos, groupie.

Jason

Río y me dispongo a arreglarme para llegar en hora al concierto. Aún me valen los vaqueros, aunque noto ya presión en el abdomen. Me toco la tripa pensando en el pequeñín que crece dentro y que me hace feliz, a pesar de los disgustos físicos. Esta noche ceno ligero y me encomiendo a todos los santos que conozco para que no sea una noche toledana de estómago revuelto y querer morirme.

La sala donde dan el concierto está hasta los topes. Entro sin problema, pues el gorila de la entrada me dice que pase directamente. Al fondo hay un escenario con varios instrumentos, y entre todo el tumulto, lo veo. Me saluda con la mano y me pide que me acerque. Camino hasta él admirando la ropa que lleva, tan *rockera*, tan sexi, tan de arrancársela y follármelo en una esquina...

Ay, las hormonas.

—Livi. —Me rodea con sus brazos y yo me dejo mimar. Besa mi cabeza y me aprieta contra su pecho.

—Me han colado y la gente me ha mirado mal, en especial las *groupies* que sueñan con follarse a alguno esta noche —le digo muy bajito para que el resto de sus amigos no nos oigan. Jason emite una carcajada que me inunda y me uno a su risa.

—Eres de lo que no hay. Le dije a Mikey, el tío de la entrada, cómo eras y que te hiciese pasar la primera. —Me besa encima de la oreja y, sorprendentemente, no me siento extraña al mostrarnos en público así. Me presenta al resto del grupo y a unos cuantos amigos, pero me deja para ir a prepararse—. Desde aquí lo verás bien y no te molestarán mucho. —Me da un beso y se va corriendo al escenario.

Una estampida de gente entra al local; me asusto ante las chicas que se ponen las primeras, gritando emocionadas al ver al grupo en el escenario probando los instrumentos. Desde que lo conozco me siento un poco *out*, porque no sabía que era un tatuador famoso ni que tocaba en un grupo. Vivía en otro mundo.

Jason se acerca al micrófono para dar las buenas noches y las vuelve locas. Empiezan la noche fuerte, con una canción de Queen, aunque ahora que sé que es su grupo favorito estoy segura de que voy a escuchar muchas más esta noche.

*Don't stop me now, I'm having such a good time
I'm having a ball
Don't stop me now
If you wanna have a good time, just give me a call
Don't stop me now ('cause I'm having a good time)
Don't stop me now (yes, I'm havin' a good time)
I don't want to stop at all.*

De vez en cuando me mira y me guiña un ojo. Las mujeres se vuelven locas, me recuerda un poco a esas imágenes que he visto en la tele de los conciertos de Los Beatles. Se tiran de los pelos y chillan poseídas. No sé si es por el ruido o el calor, que empiezo a sentirme un poco mal. Me arrepiento de no haber traído conmigo el termo con la manzanilla, así que me encamino a la barra, esquivando gente, para preguntar si tienen algo así, aunque el camarero

se ríe en mi cara. Le saco la lengua cuando se gira a atender a una chica que tiene las tetas prácticamente fuera del top, y otra camarera viene hasta mí.

—No le hagas caso, piensa con el pene. ¿En qué puedo ayudarte, cielo?
—Me apoyo sobre la barra algo mareada—. Uy, tienes mala cara, cariño, ¿estás bien?

—No tenéis manzanilla, que es lo único que me asienta el estómago —me lamento.

—Oh, ya veo. Cuando estaba embarazada de mi hija mayor, pasé así cuatro meses, fue horrible. Prueba la tónica, a mí me salvó. —Me abre una y, al verla, pienso que voy a vomitar. Siempre la he odiado, causa en mí el mismo efecto que las infusiones. Sin embargo, estoy tan asqueada que lo intento y, afortunadamente, me sienta bien.

Poco a poco me voy encontrando mucho mejor. Charlo con la camarera un rato, perpleja de que haya descubierto que estoy embarazada. Me habla de sus embarazos dándome ánimos, casi a voces, dada la potencia del concierto, hasta que vuelvo a sentarme donde Jason me dejó. Cuando me ve, parece aliviado. Hacen una pausa y me pide que me reúna con él detrás del escenario.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —Me coge por las mejillas, preocupado.

—Sí, no pasa nada. —Tomo sus manos y las beso.

—Ya queda poco. Oye, Livi..., ¿quieres cantar conmigo?

Lo miro alucinada; siento un pinchazo en la tripa. Desde hace unas horas estoy molesta, pero Alba me dijo que a veces sucede cuando estás muy cansada, y yo llevo un ritmo de trabajo frenético.

—¿Cómo?

—Ya hemos cantado juntos, en la azotea, y quisiera cantar algo contigo. —Tiene que persuadirme poco, porque me lanzo. Preparamos la canción en unos minutos y saltamos al escenario a ver qué sale—. ¡Buenas noches otra vez! Para acabar esta magnífica noche he invitado a Livi a cantar conmigo. —La gente aplaude como si yo fuera Lady Gaga y me animo a agarrar el micrófono.

*When the sharpest words wanna cut me down
I'm gonna send a flood, gonna drown them out
I am brave, I am bruised
I am who I'm meant to be, this is me
Look out 'cause here I come
And I'm marching on to the beat I drum*

*I'm not scared to be seen
I make no apologies, this is me.*

Es una canción que me encanta; la descubrí en una película y la canto en muchas ocasiones en la ducha. Jesús me decía que se iba a poner tapones para no escucharme, pero en el fondo yo sabía que le gustaba oírme cantar. Es una canción con tanta fuerza que me hace venirme arriba y sentirme orgullosa de ser quien soy, porque así soy yo.

Jason canta conmigo sin dejar de sonreír, disfrutando como un niño. Me dan un par de mareos allí subida a causa de los focos, el calor y las palmadas de la gente, pero me aferro al micrófono con fuerza. Los pinchazos también van y vienen; está comenzando a asustarme. Jason deja la guitarra y sigue cantando; da palmas animando al público, aunque ya está enfervorecido.

*When the sharpest words wanna cut me down
I'm gonna send a flood, gonna drown them out
This is brave, this is proof
This is who I'm meant to be, this is me.*

Cuando digo la última palabra, todo se vuelve oscuro y me desplomo.

—¡Livi! —Jason me recoge y me conduce tras el escenario—. ¡Livi, háblame! —No estoy del todo inconsciente, me toco la parte baja del vaquero y noto algo húmedo—. ¿Pero qué...?

—¡Jason! ¿Qué ha pasado, tío? —escucho las voces de los otros componentes de la banda.

—¿Está bien? Oh, no... —oigo a la camarera con la que he estado hablando hace un rato. Ella se imagina lo mismo que cruza mi mente y me aterra.

—¿Y esa sangre? —dice uno de sus amigos.

—Jason, llama a una ambulancia. Esta chica está embarazada.

Oigo murmullos a mi alrededor, nada que pueda discernir. Me zarandean y pronuncian mi nombre. Imagino que es Jason. Joder, se acaba de enterar por una camarera de que estoy preñada. Debe de estar flipando y asustado, pues de todos los sonidos irreconocibles, solamente distingo su voz.

—Tranquila, Livi, todo va a ir bien. Estoy aquí.

Me siento terriblemente culpable por no haberle contado la verdad. ¿Qué pensará de mí?

El sonido de una ambulancia se hace aún más potente. Imagino que deben de haber abierto una puerta. Hay gente corriendo, y Jason que se niega a retirarse de mi lado.

—Por favor, señor, aléjese. Déjenos hacer nuestro trabajo —dice una mujer que será la doctora. Hablan entre ellos y tratan de comunicarse conmigo.

—¿Cómo se llama?

—Livi... digo, Olivia, se llama Olivia —murmura Jason en un leve susurro.

—Olivia, ¿puedes oírme? Olivia, escúchame.

Quiero decirle que la escucho, que entiendo lo que me dicen, pero siento mucho cansancio y solo quiero dormir.

—Vámonos. —Me alzan y noto cómo me llevan a toda prisa hasta lo que intuyo que es la ambulancia.

—Síguenos —dice un hombre.

En el interior de la ambulancia sigo escuchando sonidos, pitidos y lo que puedo distinguir como un latido. Aún está ahí: quiero decirle que se aferre y no se marche, que es lo único que me mantiene unida a la vida, que me ha devuelto las ganas de vivir. Al principio su llegada fue tan sobrecogedora que me daba miedo, pero después me di cuenta de que era un regalo que la vida, Jesús o alguien me había enviado, que me hacía estar atada a la Tierra, estar cuerda, y querer seguir avanzando tras lo que supuso la gran pérdida de mi adorado marido.

—¿Qué tenemos? —Las voces que me acompañan en la ambulancia comentan que se trata de una mujer embarazada con sangrado y pérdida de consciencia. El médico quiere hablar conmigo, pero me encuentro en un letargo del que me es difícil salir. Me muevo apenas y emito algún sonido, poco más.

No recuerdo qué sucede después, simplemente me despierto en una cama de hospital e, inconscientemente, me llevo la mano a la tripa. ¿Seguirá aquí? Tengo cables por los brazos, y un pitido constante no cesa. Miro a mi alrededor y veo a Jason recostado sobre mi cama; acaricio su pelo tras pensármelo. Seguramente después de echarme en cara que soy una cabrona insensible por no haberle dicho que estaba embarazada se marchará, y no me parecería mal del todo. De hecho, es hasta comprensible. Se yergue, con la mirada perdida hasta que la enfoca en mis ojos, aliviado.

—Livi..., qué susto me has dado. —No puedo ni sonreírle—. Voy a avisar a la enfermera. —Se levanta y, antes de marcharse, besa mis nudillos. Lo veo salir mientras yo permanezco en la incertidumbre.

—Bienvenida, querida. —La enfermera entra con Jason, comprueba que todo va bien y me dice que el doctor vendrá en unos minutos. Nos quedamos solos, y yo soy incapaz de mirarlo. Plantado a un lado de la cama, no se mueve, cual estatua. Lo miro de reojo para comprobarlo; me observa fijamente sin soltar prenda. Los minutos que tarda el médico en llegar se me hacen eternos.

—Olivia, qué alegría tenerte de nuevo consciente —dice el médico, que se me parece bastante al doctor Cullen de *Crepúsculo*. ¿Por qué coño pienso eso en este momento? Cuando estoy nerviosa, me da por pensar gilipolleces.

—Gracias, doctor —respondo agradecida.

—¿Sabes qué ha sucedido? —Ahí llega la gran cuestión y el momento de hacer frente a la verdad, por muy jodida que esta sea.

—No lo tengo muy claro —murmuro—. Estaba cantando, de pronto me sentí mal y todo se volvió negro. Luego escuché voces que me llamaban y cómo decían cosas sobre mi... —carraspeo sin mirar a Jason—, y ahora me he despertado aquí.

—Has sufrido un manchado grave. Tras examinarte, hemos detectado que el embrión no está completamente adherido a la pared del útero, sino que está separado un centímetro. Necesitas guardar reposo absoluto, además de tomar unas pastillas que te voy a recetar, y en una semana vuelvo a verte, ¿de acuerdo?

Asiento congelada, sin haber asimilado bien la información. Sigue ahí, eso es lo único que necesitaba saber. Me llevo la mano a la tripa de manera instintiva y protectora. El médico se marcha y Jason lo acompaña a la puerta.

—Gracias, gracias por quedarte conmigo, pero no te vayas. Agárrate ahí dentro, no te marches tú también. —Una lágrima cae por mi mejilla mientras cierro los ojos.

—Livi...

Parpadeo y me encuentro su cara de pena, como si le doliera cada palabra que digo. Se acerca a mi cama y se sienta. Toma mi mano y la acaricia suavemente. Me besa en la frente, abrigándome un poco el corazón en este momento en el que estoy tan cagada. Permanecemos un rato en silencio. Jason solamente me mira, me toca la mejilla con el dorso de la mano, acaricia la mía y hasta me sonrío. No creo que me merezca semejante trato. Dios, ahora me siento más culpable por habérselo ocultado. Se avecina una conversación bien jodida...

—Querrás una explicación...

Me pone el dedo índice en los labios, impidiéndome continuar.

—Ya habrá tiempo, ahora todo lo que tienes que hacer es descansar. Nada más. —Me besa la mano y me guiña el ojo. No me pregunta nada, no me reprocha nada.

Me dan el alta una hora más tarde y Jason se ocupa de que vaya lo más cómoda posible en su coche. Tanta delicadeza me abruma, pero no es el momento de decir nada. Me limito a sonreír lo que el miedo me permite y encadeno suspiros. Llegamos a mi apartamento y me deja sentada en el sofá mientras va a la habitación a prepararme la cama.

—Voy a salir a comprarte las pastillas, y cuando vuelva te haré algo de comer. Después te vendría bien irte a la cama un rato.

¿Cómo alguien puede resistirse a que la cuiden de esta forma? Asiento con la cabeza y me reclino en el sofá a esperar su regreso. Miro el teléfono: tengo un par de mensajes de mis amigas y mi madre, pero aún no es el momento de hablar con ellas. Apago el móvil y lo dejo en la mesa. Jason se da mucha prisa y regresa con la medicina, dispuesto a cocinar para mí. Una vez con el pijama puesto, me dirijo a la cocina para comer algo, aunque no tengo muchas ganas, para ser sincera.

—Creo que me voy a acostar ya —musito.

Él me acompaña hasta la habitación, como si caminar a mi lado ayudase a que todo fuera bien. Me meto en la cama con cuidado y me tumbo cerrando los

ojos, aunque ahora mismo lo que necesito sea algo complicado de pedir.

—Descansa, me quedo un rato. —Me besa en la frente y se aleja hacia la puerta.

Entonces me decido.

—¿Puedes quedarte aquí? —Lo invito a meterse conmigo en la cama y no duda. Se descalza y se sube por el otro lado, abrazándome por detrás, estilo cucharita. Me da besos en el cuello con suavidad—. Gracias —es lo último que recuerdo decir antes de caer en un sueño profundo y tranquilo.

JASON

Nunca en la vida he sentido tanta angustia como cuando vi a Livi caer al suelo. No soy muy optimista, y pensaba que le había dado un infarto como mínimo. Cuando Louise me dijo que estaba embarazada casi se me para el puto corazón. Al llegar al hospital he ido encajando piezas del puzle hasta darme cuenta de que eso era lo que le pasaba. Joder, soy un completo idiota. Todavía me falta muchísima información, aunque sé que no es el momento. Livi tiene que estar lo más relajada y tranquila posible. Ay, Livi, Livi... Me miraba con ojillos de corderito yendo al matadero, seguramente asustada porque lo he descubierto y se siente mal por no habérmelo dicho antes. La comprendo, aunque... es todo tan complicado.

Se remueve inquieta en la cama; le acaricio el pelo y al instante se apacigua. Cuando me ha pedido que me quedase con ella se me ha derretido el corazón como a un puto adolescente, y es que esta mujer me vuelve loco desde el primer día que la vi en la discoteca con su amiga.

Yo también caigo dormido con Livi entre mis brazos, sintiendo su calor y oliéndola. Es la primera vez que compartimos cama de esta forma, y es tan agradable que no quiero volver a despegarme de ella jamás. No quiero despertarla; me gusta contemplarla mientras duerme. Me acerco a su lado de la cama y le acaricio el pelo despacio. Desvió la mirada a sus labios, esos que tantas veces he besado y que me han dado el oxígeno que necesitaba. Nos separan milímetros, pero yo siento que estoy muchísimo más lejos de ella.

Suena el teléfono, que he dejado en el salón, y con sumo cuidado me aparto de ella. Entorno la puerta del cuarto.

—Dime —contesto muy bajito.

—¿Dónde estás? Hendrix me ha dicho que te habías ido a urgencias y que no sabían nada más de ti, pero eso fue anoche, Jay. ¿Cómo no me avisas?, ¿qué narices ha pasado? —Anne es una persona excesivamente nerviosa, y cualquier cosa la altera con rapidez.

—Tranquila, ahora subo y te cuento todo.

—¿Subo? ¿Pero dónde demonios estás? —chilla.

—Calma, ahora nos vemos. —Y cuelgo. Dios, a veces se pone tan pesada y maternal que no la soporto.

Le dejo una nota a Livi sobre la cama y le doy un último beso en la frente antes de marcharme. Camino hasta el umbral y me giro para contemplarla una vez más. Suspiro y, con suavidad, abro y cierro la puerta de la calle. Subo las escaleras que conducen a mi apartamento y no hace falta llamar, pues mi hermanita ya está en la puerta, esperándome con el ceño fruncido.

—Jason. —Me da un abrazo fuerte y temo que algo vaya mal. Entramos y nos sentamos en el sofá.

—¿Qué te pasa, Anne? —No se despega de mí.

—Me he asustado, creía que te había pasado algo o que quizá papá... — Ella siempre ha mantenido la esperanza con nuestro padre, como si se pudieran borrar de un plumazo años y años de abandono.

—No sé nada de los abuelos, por lo que imagino que seguirá todo igual, pero, peque, ¿a ti te ha pasado algo? ¿Keira está bien?

Asiente con la cabeza. A veces la miro, sobre todo cuando está con la niña, y veo a mi hermana, a la de siempre. No veo a la chica aprensiva y huidiza en que un día se convirtió por culpa del cabrón de su novio.

—Está en su clase de pintura de los martes. Lo siento, Jay, no pretendía asustarte, pero anoche no viniste a casa y me preocupé.

Poso mis labios en su frente, meciéndola como cuando éramos pequeños y así se calmaba.

—Peque, tienes que serenarte y no saltar cada vez que suena el móvil o llaman a la puerta. Necesitas estar tranquila. Darel está lejos de aquí y no te va a hacer nada, para eso debe pasar por encima de mi cadáver, ya lo sabes. —Odio en lo que la convirtió ese maldito niño. Una vez lo pillé y casi lo mato de la paliza que le metí. Esa fue la última vez que lo vimos. Anne no paraba de llorar y gritar; creo que si ella no hubiese estado ahí, me lo habría cargado.

—Lo sé, pero cuéntame ya qué ha pasado.

—Livi, la vecina de abajo, vino al concierto y se encontró mal, así que acabamos en urgencias. —Por ahora no voy a darle más detalles.

—Esa chica te gusta, ¿verdad? —Mi hermana, la inocentona.

—Demasiado, aunque es difícil.

—¿Difícil? —pregunta curiosa.

—¿No tienes que ir a por la niña? —intento cambiar de tema.

—¿Me contestas a una pregunta con otra?

Ambos reímos y nos ponemos en pie. Anne va a vestirse para recoger a Keira de su clase semanal de pintura, y yo vuelvo al apartamento de Livi. No está bien, pero de mis años rebeldes, por llamarlos así, aún conservo las dotes de abrir puertas con una tarjeta de crédito, y es lo que hago para acceder a su casa. Finalmente entro sin hacer ruido y, al doblar la esquina, doy un salto.

—¡Joder! Casi me da un ataque —grito.

—¿Tú? No soy yo la que entra en casa ajena, ¿y cómo coño lo has hecho? ¿Tienes llave? —pregunta alocada. Está tras la encimera de la cocina, comiendo cereales de chocolate directamente de la caja. Esta mujer es adorable.

—Claro que no, pero tengo mis métodos. ¿Se puede saber qué haces levantada? Te he dejado hace diez minutos en la cama como un tronco.

Me enseña el dedo corazón y va hasta el sofá. La persigo, esperando una respuesta, cuando me enseña la nota que le he dejado.

—¿Qué mierda es esto? «Descansa y relájate. Vuelvo enseguida. Jason». ¿Ahora vas a decirme lo que tengo que hacer? —Lanza la nota, que cae al suelo, mientras sigue comiendo.

—¿No puedo ser agradable contigo? Quizá debas escribirme cuáles son las normas y así me limito a lo que te parezca bien. —Me cruzo de brazos, molesto.

—Gracias por todo, Jason. Puedes regresar a tu apartamento con tu familia, estoy bien. Nos vemos. —Coge el mando de la televisión y la enciende, ignorándome. ¿Que me vaya a dónde y con quién? «Jay, recuerda que tiene que estar tranquila, nada de estrés», me repito como un mantra. Me siento a su lado, bastante próximo, porque no me deja mucho hueco.

—¿Me haces sitio? No te preocupes, que no voy a hacerte nada —me mira de soslayo—, y además ya estás embarazada —le digo con sorna. Ella se mueve de mala gana sin dejar de comer y ver la tele.

—¿No tienes nada que hacer o a dónde ir? —pregunta sin mirarme.

—¿Dónde voy a estar mejor que aquí? —Resopla e intenta alejarse un poquito, aunque la rodeo con el brazo y no tiene escapatoria—. ¿Te encuentras mejor?

—Sí, aunque creo que voy a volver a la cama. —Deja los cereales en el suelo y se levanta—. Cuando te vayas, cierra bien, por favor.

Se va a la habitación y yo me contengo para no presionarla, por mucho

que me esté muriendo por hablar con ella. Aún no es el momento; necesita estar fuerte y que todo vaya bien con el embarazo para responder las preguntas adecuadas y para que sepamos qué vamos a hacer, aunque yo lo tengo más que claro.

A la mañana siguiente me siento más descansada que nunca. Parece que he dormido dos días seguidos. Me levanto y voy al baño con miedo de seguir sangrando, aunque en el hospital me dijeron que podría ocurrir unos días. Al limpiarme detecto algunas hebras de sangre, pero no es un rojo muy intenso, más bien rosado. Bueno, ante todo, tranquilidad y relax, como me han dicho.

Oigo ruido de cacharros en la cocina. No puede ser.

—¿Qué coño haces tú aquí? ¿Sabes que esto es allanamiento? —El olor a manzanilla y fruta fresca me atrae, y me siento a la mesa de la cocina, donde una taza caliente y un bol con frutas variadas me esperan. Jason coge otra taza, donde imagino que hay café, y se sienta a mi lado mientras me observa comer —. ¿Tú no tienes un trabajo al que ir?

—Me he tomado unos días libres. Rob se encargará de todo. —Y me guiña el ojo, lo que me encanta.

Reprimo una sonrisa, pues en el fondo me gusta que esté aquí, cuidándome. Voy hasta la librería del pasillo, meto la mano en un jarrón y saco un par de llaves unidas con una argolla.

—Este es el juego que le di a Alba cuando estuvo aquí. —Se las dejo en la mesa y vuelvo a degustar mi comida.

—¿Son para mí? —pregunta perplejo.

—Ya que no voy a poder deshacerme de ti y vas a estar merodeando, mejor que no te pillen colándote sin llaves. No me apetece que un día venga la policía. —Bebo la manzanilla, y creo que es de las primeras veces que tomo un desayuno tan saludable y que me sienta genial. ¡Aleluya!

Se ríe y guarda las llaves en el bolsillo trasero del pantalón. Se levanta para llevar la taza al fregadero, me besa en la cabeza y yo me estremezco.

Cuando acabo de comer todo, me llevo la taza al sofá, donde me siento con el móvil. Tengo que llamar a las chicas y a mi madre, aunque me preocupa que se asusten. Opto por escribirles un mensaje de lo más *light* en el grupo.

OLI

¡Hola, chicas! ¿Cómo va todo? No quiero agobios y llamadas en tropel. Ayer estuve en urgencias porque estoy manchando un poco, pero el médico me ha mandado reposo y unas pastillas para que todo marche bien. No os preocupéis. Os quiero.

Alba no tarda en responder; hace caso omiso a lo de las llamadas.

—Diiimeee.

—¡No me pongas ese tono de voz, señorita! ¿Pero cómo no nos has avisado antes? Madre mía, ahora mismo voy a llamar a Esteban y a coger un avión. —Ya va embalada.

—A ver, a ver, a ver. ¡Para, Alba, para! Ya te he dicho lo que hay y que estoy recuperándome. ¡Caaalmaaa!

Sigue despotricando un rato, enfadada. Alejo el auricular de mi oreja y ojeo el libro sobre el embarazo que me compré hace unos días.

—¿Me estás escuchando? —Como para no hacerlo.

—Claro que sí, siempre lo hago. ¿Ya te has desahogado lo suficiente?

Jason llega al salón secándose las manos en un trapo floreado. Me hace una señal de que le deje el teléfono, pero niego con la cabeza, lo que es absurdo, pues tras forcejear, me lo quita.

—Hey, Alba, qué gusto hablar contigo... Sí, no te preocupes por nada. Estoy al tanto de todo y me estoy encargando de cuidarla... Sí, lo sé... —Todo acompañado de risas y sonrisas tontas—. Te lo prometo, un beso enorme. —Y me pasa el móvil mientras sigo *aluciflipando*.

—¿Alba?

—¿Cómo no nos dices que ya le has dicho lo del embarazo? Dios, ese hombre es más adorable que la rata amarilla esa a la que venera mi hija. ¿Cómo fue? ¿Cuándo? ¿Te está cuidando? —Venga el interrogatorio.

—Ahora no puedo hablar, más tarde charlamos. Quédate con lo que os he escrito, ¿vale? —Por fin consigo colgar—. ¿Se puede saber qué le has contado?

Jason ignora lo que le pregunto y coge el libro que me estoy leyendo.

—Siéntate aquí conmigo. —Dudo en hacerlo hasta que tira de mi mano y me acomodo a su lado. Cierro los ojos al aspirar su olor a canela; me hace sentir bien e incluso me calma el estómago—. Alba me parece una chica estupenda, tienes a gente buena a tu lado. —Si él supiera lo maravillosas que

son mis queridas Marías.

Asiento con la cabeza y leemos algunas páginas del libro. Empiezo a encontrarme nerviosa, porque en el estado en el que estoy ahora mismo no sé qué pasará. ¿Y si sigo leyendo y las cosas no van bien? Tengo miedo.

—¿Cómo sigue tu padre? —cambio de tema, aunque ahora el incómodo es él.

—Mis abuelos no me han vuelto a telefonar, por lo que asumo que igual. Mira lo que dice aquí...

—Jason, ¿no vas a ir a visitarlo? No habéis mantenido la conversación de la que hablamos y, sinceramente, creo que es necesario.

—¿Pero tú crees que voy a irme a algún sitio? ¡¿Justo ahora, Livi?! Escúchame bien. —Cierra el libro y enmarca mi cara con ambas manos—. Mientras tú estés así no pienso irme a ninguna parte: ese bebé y tú sois mi prioridad absoluta. Prioridad ab-so-lu-ta.

Poso mis manos sobre las suyas y le miro los labios, a los que me lanzo en un beso largo y lento, degustando su saliva y recreándome en el contacto. Apoya su frente sobre la mía al separarnos y respiramos el aire del otro. Volvemos a nuestras posiciones en el sofá y, mientras continúa leyendo, doy el paso, consciente de que ha llegado la hora.

—Siento la forma en que te has enterado del embarazo, he sido una gilipollas. —Jason deja el libro sobre la mesa. Me mira y, ahora que recibo toda su atención, estoy más asustada que nunca. Es la hora de la verdad—. Quisiera poder decirte que tenía pensado contártelo, pero la verdad es que no. Lo siento. —Reina un silencio desagradable, no sé cómo disculparme.

—¿Cuál era tu plan?

Soy incapaz de mirarlo a los ojos. Me agarra de la barbilla y me gira la cara para hablar frente a frente. Suspiro, sabiendo que de aquí solamente me sacará la total y completa sinceridad, por muy jodida que esta sea.

—¿Sabes cuando quieres algo con todo tu ser? ¿Cuando hay algo que ansías y con lo que sueñas? Antes de fallecer Jesús, compartimos un último sueño: ser padres. Lo intentamos unos meses y nunca llegaba; tampoco nos agobiamos, por otra parte. Sin embargo, al morir él, me di cuenta de que ese sueño se había diluido, y de pronto la vida te sorprende y te regala aquello con lo que llevas soñando tanto tiempo...

Coge mi mano y posa la otra sobre ella, acariciándola con suavidad.

—«Sigue soñando, como dice la canción. A veces hay que soñar en bajito, hacia dentro, conteniendo la emoción, el deseo que no llega... Otras

podemos hacerlo en voz alta, gritarlo, sacarlo fuera, dar saltos de alegría y compartirla. Pero siempre hay que soñar, perseguir los sueños, anhelarlos, rozarlos, y a veces incluso podemos atraparlos, retenerlos y disfrutarlos. Mientras el sueño llegue, sigamos soñando con él». —Lo miro sin entender nada—. Mi madre me hablaba así. Yo muchas veces no comprendía esas frases, pero con la experiencia acabé entendiendo.

—¿Y con eso pretendes decirme que...? Soy bastante lerda con esos párrafos de Mr. Wonderful.

Se ríe y prosigue su discurso:

—Lo que quiero decirte es que no podemos dejar de soñar jamás. No siempre hay que hacerlo en voz alta y que todo el mundo sepa de nuestros deseos, pero siempre hay que soñar, perseguir lo que deseas, sin desistir.

Le doy la razón cabeceando, aunque no termino de comprender a qué coño viene eso ahora.

—Ya..., bueno, el caso es que la vida es muy puta a veces y me quitó la ilusión de ese sueño. Nunca habría pensado que llegaría de la mano de otra persona. Cuando supe que estaba embarazada, después del *shock* inicial, me di cuenta de que deseaba que naciera con las mismas ganas que cuando lo anhelaba con Jesús. Mi plan era acabar el trabajo y marcharme a España a tener a mi hijo, sin decírtelo. Es cruel e injusto para ti, pero es lo que hay.

Los ojos se me humedecen por lo duro de la situación, recordando los sueños compartidos con Jesús, y por la crudeza de mis palabras hacia Jason. Después de todo, no se lo merece. Cuando consigo mirarlo, no aprecio un solo atisbo de odio hacia mí ni resentimiento. Este tío es un jodido santo de altar. Sigue acariciando mi mano, que ahora desplaza para tocarme la mejilla con una media sonrisa.

—Tenías miedo, es lógico, y no puedo reprocharte nada por ello. Sé lo que significó él para ti, y que fraguasteis una vida en común que yo ni siquiera puedo alcanzar a imaginar. —Se revuelve el pelo—. Dicen que los miedos te abrazan y se te pegan, pero también dicen que hay que despegarlos y desecharlos.

—Te mereces todas las jodidas cosas buenas que hay en la vida, Jason.

Me besa la mano y apoya la cabeza en el respaldo del sofá sin dejar de contemplarme. Yo hago lo mismo con nuestras palmas unidas.

—Tú también, Livi, y algunas ya están en camino. —Me mira la tripa y coloco ahí la mano, deseando que el pequeño se agarre con tanta fuerza que pueda llegar ese día en el que lo tendré en mis brazos. Para mi sorpresa, Jason

pone la suya en mi pecho, justo donde está mi corazón—. Yo también tengo miedo. Cuando te vi caer sentí pánico; cuando el médico me dijo que estabas embarazada y con amenaza de aborto, el nudo de miedo me estranguló la garganta, y ahora que acabas de confesarme cuál es tu plan, creo que he terminado de acojonarme por completo. Nunca he sentido tanto miedo. —Hay confesiones inesperadas que te detienen el corazón por la carga que impregnan. Esta, desde luego, es una de esas.

—Yo tampoco —contesto antes de tumbarme sobre su pecho.

Jason me rodea con un brazo. Besos en el pelo, caricias en la espalda y melodías susurradas cerca de mi oído. Nada más que eso; no es nada y lo significa absolutamente todo. Cierro los ojos deseando quedarme ahí para siempre.

Jason no me deja ni a sol ni a sombra durante toda la semana siguiente. Se toma muy en serio su papel de enfermero y no se aparta de mi lado. No volvemos a mantener ninguna conversación sobre lo que voy a hacer una vez que esté repuesta, de hecho ni siquiera yo misma sé qué quiero. En un rato que me deja sola en el apartamento porque sube a ver a Anne y a Keira y a por ropa limpia, saco el hueco para llamar a mi madre. Desde que le dije que había ido a urgencias manchando no he vuelto a llamarla. Hemos intercambiado cientos de mensajes, pero nada de escuchar nuestras respectivas voces.

—¡Hola, cielo mío! ¿Cómo estás? —Su tono alegre ya es un bálsamo en sí mismo.

—Hola, mamá. Estoy mucho mejor, apenas sangro ya. La semana que viene vuelvo al médico.

Hacemos una pausa y yo le doy un sorbo a mi inseparable manzanilla.

—¿Va todo bien? Te noto apagada. Cariño, si ya manchas tan poco, estoy convencida de que el bebé está mejor y que va a ir todo estupendamente.

—Seguro que sí. —¿Cómo le dices a tu madre que estás confusa y no sabes qué sientes por el padre de ese niño? Joder, esto es de telenovela barata.

—Hay algo más, algo que no me cuentas... A una madre nunca puedes engañarla. ¿Es por el padre del niño? ¿Cómo me dijiste que se llamaba?

—No te lo dije. —Madre avispada la mía. Escucho su risa, que me contagia—. Jason, así se llama el padre.

—¿Y es inglés? —El desdén en su voz me recuerda la escasa gracia que le hacen los ingleses.

—En realidad es de Polinesia, pero lleva años viviendo aquí.

—¿Y cómo os va? —He ahí la gran cuestión a la que no sé responder.

—Bien, todo va bien. Oye, mamá, tengo que colgar. Hablamos pronto, besos.

—Olivia, lo que está de Dios, está de Dios. Todo acaba llegando,

naciendo, sin importar si estás preparada o no. Así es la vida, cariño mío. —Y tras mandarme un beso y decirme que me quiere, corta la llamada.

Subo a la azotea con una manta gruesa de colores que encontré en un armario de la habitación. Siempre me han gustado los sitios altos, y esta azotea me aclara la mente, la despeja. Me siento en el mismo lugar donde compartí un momento mágico con Jason y el aire frío de la mañana me ayuda a pensar.

La verdad es que todo ha sido una locura. Si hace tres años alguien me dice lo que iba a cambiar mi existencia, lo habría tomado por loco. Y aquí estoy, viuda, en un país extranjero que siempre me ha gustado, embarazada de un tipo al que conocí una noche y tiempo después volví a encontrarme, esperando que ese bebé se aferre a mí y no me abandone, lo que, parece ser, me ha devuelto las ganas de vivir esta vida que está siendo tan puta conmigo. Y con un hombre cerca al que no sé cómo definir. Jason es como el hombre de ensueño: educado, talentoso, sensible..., y además me pone *burraca*, pero mucho.

—Me ha costado encontrarte.

Aparece a mi lado y doy un respingo, sorprendida. Me pasa una taza con manzanilla, que recibo encantada. Se sienta a mi lado y no hablamos. Permanecemos en silencio unos minutos, admirando el paisaje londinense que se presenta ante nosotros. Deja su mano izquierda en mi pierna y yo comienzo a temblar. Lo miro y me encuentro con la boca de Jason. Me agarra la cara y me besa con decisión y a conciencia.

—Livi... —Ojalá pudiera llevármelo a casa y follármelo en cada rincón. Lo beso dulcemente para rebajar la tensión sexual que se palpa—. ¿Has dormido bien?

Con nuestras manos unidas en mi regazo, lo observo con la ceja levantada.

—¿No recuerdas que hemos dormido juntos? El cuerpo babeante que tenías al lado era yo, ¿sabes?

Se ríe y me da un beso cortito.

—Qué tonterías tienes. Ya lo sé, boba, pero como me he ido temprano y seguías dormida, quiero saber si has dormido bien.

—Sí.

—¿Y has desayunado?

—Poca cosa, tenía náuseas.

Me mira con reproche, pero le enseño la taza con la manzanilla tratando de convencerlo. Éxito nulo.

—Vamos. —Tira de mi mano y bajamos de nuevo al apartamento, donde me prepara un desayuno de reyes, del que como la mitad y a regañadientes.

—No me mires así, no puedo comerme todo esto. ¿Pretendes convertirme en una vaca para luego sacrificarme?

Pincha la fruta con el tenedor y me lo lleva a la boca como si no pudiera comer yo solita.

Me quejo mucho, pero tener a alguien que se preocupa por mí es de lo más agradable. Me resulta muy fácil olvidarme de todo una semana más. Me he habituado a que Jason permanezca más tiempo en mi casa que en la suya, pues las horas que no tiene que estar en el estudio las pasa aquí conmigo. Es sencillo acostumbrarme a besarlo cuando me apetece sin pensar en nada más, a abrazarlo, olerlo y mirarlo como una tonta adolescente cada vez que quiero. Dormimos abrazados cada noche, y me olvido de recoger la casa porque se encarga él, igual que de hacer comidas o de limpiar. Y quizá esto tenga una fecha de caducidad, pero no me paro a pensarlo.

Hoy es lunes y tengo cita con el ginecólogo para ver cómo sigue el *bichito*. Me parece patético llamarlo así, pero a Jason le hace gracia. Anoche se fue a dormir a su casa porque Keira echaba en falta a su tío. Casi tuve que echarlo a patadas; adora a su sobrina con todo su corazón, pero tampoco quiere apartarse de mi lado.

—Buenos días, Livi. —Entra por la puerta gracias a las llaves que le di, mientras yo acabo de beberme la manzanilla de todas las mañanas.

—¿Qué es eso? —le pregunto al ver unas flores en su mano.

—Es la típica flor de Reino Unido. Se llama rosa Tudor, ¿te gustan?

Me acerco y su fresco olor me encanta. Por primera vez en meses, algo no me da asco ni me provoca náuseas. Lo miro atontada y recibo las flores, emocionada.

—Gracias, Jason.

Le beso la mejilla y pongo las rosas en un jarrón que tengo en la cocina con flores de plástico, porque, no nos engañemos, son las que más duran. Él se sienta suspirando y yo me doy la vuelta. Me doy cuenta por primera vez de que algo le ocurre. Me siento a su lado agarrándolo del brazo.

—¿Qué pasa?

Sacude la cabeza, pero no soy de las que se conforman, por lo que sigo insistiendo.

—Ha llamado mi abuela; anoche, de hecho. Mi padre está empeorando. —Se inclina sobre la mesa para ocultar la cara; yo me lo pienso antes de

tocarle el pelo y acariciarlo, pues ya me he percatado de que lo relaja.

—Tienes que ir. Anne y tú.

Se incorpora con los ojos húmedos. Niega, y yo asiento.

—No pienso dejarte sola. —Un trocito más de mi corazón se derrite.

—Vas a hacerlo, yo estoy muy bien. Ahora vamos al médico y vas a comprobarlo tú mismo. Necesitas estar en otro lado en este momento.

Se levanta, incómodo. No quiere hablar del tema. Yo también me pongo en pie y lo abrazo por detrás. Apoyo la mejilla en su espalda y el olor a canela me invade.

—Creo que no estoy preparado para esa conversación pendiente con él, no sé si voy a chillarle o a decirle que lo odio con todas mis ganas. Y eso está fatal, porque se está muriendo. Joder, se muere. —Se le quiebra la voz. Yo aprieto más fuerte, queriendo aliviarle un poco la pena, aunque sé que eso es imposible. La única persona que puede ayudarlo ahora mismo está en una cama de hospital a miles de kilómetros.

Me aparto y lo insto a girarse para que me mire a la cara.

—Jay, debes hacerlo. Sé que no quieres, que te duele, que vas a ir allí para que te arranquen las entrañas y te sangre el corazón, porque te va a doler lo que hables con él. Es ese último tirón a la astilla que tienes clavada en el alma.

Se le humedecen los ojos a medida que hablo. Apoyo mi frente en su barbilla unos segundos.

—Me has llamado Jay...

—Bueno, sé que alguna gente te llama así... Yo... no sé...

Se le dibuja una sonrisa que lo ayuda a respirar. Ya no se le ve tan triste.

—Me encanta, Livi, simplemente me encanta. —Y me abraza tan fuerte que parece que me va a sacar el corazón por la espalda.

Llegamos al médico a la hora indicada sin ocultar que estamos nerviosos. Jason me besa el pelo varias veces y no me suelta la mano mientras me aplican el gel en el abdomen. El doctor coge el ecógrafo y sé que estamos a punto de enfrentarnos a la realidad, que puede que haya cambiado. Tengo miedo, no puedo negarlo, pero hoy él necesita que sea yo la fuerte, así que le sonrío, tratando de transmitirle que todo va a ir bien, y él me devuelve una sonrisa triste. Besa mi mano y ambos fijamos la vista en la pantalla a la espera del diagnóstico del médico.

—Ahí está, perfectamente adherido a la pared del útero. Medidas idóneas, ningún problema. —Presiona varios botones mientras habla y, cuando

pulsa el último, me pongo a llorar como una idiota. Tu-tum. Tu-tum, tu-tum... El corazón del *bichito* inunda el espacio en el que estamos. Miro a Jason, cuyos ojos, brillantes, no se apartan de la pantalla—. Os dejo un momento.

El médico sale y nos quedamos a solas con el sonido de su corazón. Doce semanas lleva ahí y no se ha marchado, ha decidido quedarse y luchar por llegar a nuestras vidas.

—¿No va muy rápido el latido? —me pregunta cauteloso. Yo niego con la cabeza y sorbo por la nariz, porque estoy moqueando.

—No, no, todo va bien. Yo también pensé lo mismo, pero Alba me lo explicó en la primera ecografía.

Jason, sin soltarme, acerca más la pantalla a nosotros y me besa los nudillos.

—Tiene que ser un chico, un chicarrón cabezota. No quiere perderse a la maravillosa madre que le espera.

Me tapo los ojos con la otra mano. Estallo en el llanto que he tenido controlado las últimas semanas por el miedo a dejarlo ir.

—Joder, este embarazo me tiene hecha una moñas.

Me besa la coronilla con una sonrisa.

—Pero eres la moñas más bonita del mundo.

Suspiro antes de encontrarme con los labios apetitosos de Jason. Va a decirme algo cuando el doctor regresa.

—Siento interrumpir. —Me extiende papel para limpiarme la tripa y vamos a su despacho, donde me da más consejos y me pide que siga en casa, tranquila.

Salimos de allí con la esperanza en el aire y de la mano. El cosquilleo del estómago que me producen nuestros dedos entrelazados me hace sonreír como una tonta. Anne lo llama y quedamos en ir a comer con ella y con Keira. Llegamos al restaurante sin separarnos y permanecemos un segundo paralizados bajo la atenta mirada de su hermana. Ella nos sonrío antes de que la sobrina de Jason se lance a sus brazos. Anne se levanta y viene a darme un abrazo.

—Gracias, Oli, gracias por ponerle esa sonrisa en la cara. —Me abraza tan fuerte como su hermano. Debe de ser cosa de familia. Saludo a Keira cuando se despega de su tío y nos sentamos a comer. Le contamos a Anne (muy por encima, ya que hay ropa tendida), cómo nos conocimos y cómo surgió todo. La niña no deja de reclamar la atención de Jason, quien se desvive por colmarla de toda la que puede. Juego un poco con ella, aunque está claro que

el caballo ganador es su tío.

—Ahora podéis iros sin ningún problema a Tonga —comento en voz alta. A él no le hace gracia y Anne lo sabe, pero después de mirarlo se pronuncia:

—Keira nunca ha estado allí, creo que es un buen momento para que conozca de dónde viene.

—¡Tío!

Desviamos la vista para ver cómo Jason juega con ella, llevándole la cuchara a la boca con un pedazo de tarta para después comérselo él mismo. Lo hace varias veces hasta que finalmente la pobre consigue un trozo. Ella se lanza a sus brazos y en su rostro se refleja absoluta adoración. A él se le cae la baba con la niña, y yo no puedo dejar de pensar si le pasará lo mismo con este niño que viene en camino. A decir verdad, apostaría a que sí: no había más que verle la cara al contemplar al pequeño *bichito* en el monitor del médico. Y entonces sueño hacia dentro, como me dijo en una ocasión. La llamita de la esperanza, de poder convertirnos en ese algo más que llevo callándome tiempo, se enciende. Dicen que es lo último que se pierde, la esperanza, que siempre hay que soñar, y por eso lo hago. Sin que nadie más lo oiga, sin que nadie más lo sepa, por miedo a que me lo puedan arrebatarse, ya que he comprobado que cuando sueño en voz alta, la vida me lo arrebatara. Ya no más.

JASON

Abro los ojos y ella es lo primero que veo. La cabeza apoyada en la almohada y la mejilla descansando sobre su mano, frente a mí, sintiendo su aliento en mi cara. Me atrevería a decir que sueña con algo agradable por la media sonrisa que esboza; se la ve calmada, feliz.

En unas horas tomo un avión con mi hermana y mi sobrina a la otra punta del mundo, con la esperanza de ver aún vivo a mi padre. Lo pienso y no siento nada. Si no fuera porque Anne quiere verlo y por lo que me ha insistido Livi, no iría. Mi padre es un desconocido para mí desde el día en que nos abandonó en casa de mis abuelos. Nunca podré perdonarlo, comprender cómo pudo dejar a sus hijos y continuar con su vida. Desde que me enteré de que voy a tener un hijo no dejo de recordar lo mal que lo pasó mi hermanita, e incluso yo, hasta que entendí lo que era: un jodido egoísta.

Doy un beso en la frente a Livi y salgo del cuarto dejándola descansar. Me hago un café y me siento en ese rincón especial del pasillo frente a la librería. Sé que a ella le encanta sentarse aquí a leer y a mirar por la ventana. No soporto la incertidumbre, el no saber cuándo se marchará a Madrid. Ahora menos que nunca puedo dejarla ir, cuando tiene algo que también es mío. Si ya deseaba retenerla a mi lado para siempre, ahora me vuelve loco la idea de perderlos a los dos. Preparo el desayuno de cada mañana para ella: la fruta cortada, la manzanilla en el termo para que mantenga el calor, y hoy lo acompaño con alguna galleta, pues sé lo que le gusta el chocolate, y una de las flores que le traje ayer. Me acerco sigiloso a la habitación y entro con cuidado. En su mesita dejo la bandeja con el desayuno. Livi se remueve; debe de haberse despertado al oírme entrar, tiene un oído de tísica.

—Hola, Jay. —Adoro oírle llamarme así.

—Buenos días, gordita. —Apoyo la mano en la incipiente barriga que ya se va formando.

—¡Oye! ¡Gordo tú!

Me río y le doy un beso a regañadientes.

—Ya vas teniendo tripita, y es algo cariñoso...

—¿Qué te parece si te llamo yo a ti... —mira a los lados y, cuando ve la bandeja, me lo suelta— galletita?

Rompo en una carcajada y ella me mira restregándose los ojos, todavía adormilada. Livi empieza a comer y yo me siento a su lado. Me deja darle un mordisco a la galleta de chocolate que luego se lleva a la boca, antes de darnos un beso que sabe a cacao.

—En tres horas tomamos el vuelo.

—Bien, ¿tienes la maleta?

—No del todo.

—Pues deberías hacerla, porque imagino que en un par de horas os iréis al aeropuerto.

—Hay tiempo, ahora solo quiero estar aquí contigo.

Me tiende la mano y yo beso su cabeza mientras come.

—¿Y por qué no vamos a dar un paseo? —propone.

La miro con cara de pocos amigos: aunque el embarazo vaya mejor, debe guardar reposo.

—El médico me permite caminar un poquito, y se me cae la casa encima ya.

Niego con la cabeza, pero me agarra del brazo y empieza a darme besos por el cuello, así que me es difícil resistirme.

—Está bien, pero máximo media hora.

Aplaude y se levanta rápidamente para darse una ducha y vestirse.

Las calles de Londres siempre me han parecido frías, quizá por el clima, pero hoy siento que tienen más luz y desprenden más calor que nunca. Y no se debe a que las vea con otros ojos, sino que las veo así gracias a ella. De hecho, las casas de Portobello, con tanto colorido, siempre me han chirriado un poco; sin embargo, hoy me parece que muestran una paleta de colores alucinante.

—¿Sabes que el nombre de esta calle se debe a la ciudad panameña de Puerto Bello? Los ingleses se la arrebataron a España durante la guerra de la Oreja de Jenkins, en el XVIII. —No sé por qué demonios salgo con eso. Livi me mira fingiendo una sonrisa, aunque tampoco comprende a qué viene.

—¿Guerra de la Oreja de Jenkins? ¿En serio una guerra empezó por una oreja?

Lanzo una carcajada sonora ante la pregunta tan absurda y la miro,

comprendiendo por qué siento lo que siento.

—Los británicos la conocen por ese nombre. —Vamos a cruzar un paso de cebra y la agarro de la mano, a lo que responde con naturalidad—. Se inició con el apresamiento cerca de las costas de la Florida de un navío inglés de contrabando, capitaneado por el pirata Jenkins. Según los testigos, el capitán del buque que lo cazó, un guardacostas español, ató a Jenkins al mástil de su propio barco y le cortó una oreja de un tajo mientras le decía: «Ve y di a tu rey que lo mismo le haré si a lo mismo se atreve». Luego lo dejó marchar, tras desarmarlo y saquear su barco. Jenkins guardó la oreja en un frasco y la utilizó como prueba para denunciarlo; al considerarlo un insulto al monarca, el gobierno británico pidió una indemnización, que España se negó a pagar. Entonces, se vieron obligados a declarar la guerra en 1739.

—Pero ¿qué eres, Wikipedia? —Vuelvo a reírme y, esta vez, le beso la mano mientras seguimos andando—. ¿Ese es el pirata Roberts de *La princesa prometida*? Adoro esa película. —Livi intenta ocultarlo, pero tiene su lado romántico.

—No, ese me temo que es una invención para la película. Me encanta la Historia, y cuando viajo a un lugar nuevo, me empapo de todo lo que puedo. Salgo a conocer la ciudad visitando museos, viviendas de personajes ilustres..., cosas así.

Detiene el paso y me mira de arriba abajo.

—Con esa pinta de malote no te pega una mierda.

—No seas mala, creo que tienes una idea de mí que no es real. Puede gustarme mi trabajo, dibujar, tatuar la piel, tocar en la banda a modo de *hobbie*, ir a fiestas, acostarme de madrugada disfrutando con mis amigos, y, al mismo tiempo, puedo estar feliz yendo a un museo o aprendiendo Historia.

Ella asiente y vuelve a mirar hacia el mercado que se divisa a lo lejos. Hoy se ha puesto una boina blanca que lleva ladeada, con un vestido en tonos oscuros que mece el frío aire londinense. Y aparte de constatar lo que siento por ella, confirmo que la voy a echar muchísimo de menos, aunque vaya a regresar en unos días.

—Ya... ¿Te apetece un café? —Señala un puesto donde sirven bebidas calientes. Me parece perfecto.

—Como deseas —contesto haciendo alusión a una de sus películas preferidas. Ella me golpea en el brazo riéndose, y caminamos en dirección al puesto.

—Este mercado es una puta pasada. ¡Mira, Jay! —Tira de mi mano y me

empuja a un puesto de antigüedades. Se acerca a un telescopio y el vendedor, con un gesto, le permite mirar por él—. ¡Es precioso! De pequeña tenía uno en casa y, siempre que las nubes me dejaban, miraba por él las estrellas.

Habla con el dependiente y regatea para llevárselo a casa.

—No debería habérmelo comprado; después de todo, este no es mi hogar realmente, y en Madrid, con la contaminación, apenas podré distinguir el cielo.

Es como si me diese un puñetazo en el estómago. Marcharse, irse, alejarse de mí, desaparecer... La cojo de la mano y la rodeo con el brazo por encima de los hombros, beso su pelo y caminamos parándonos en cada puesto. Es una mañana tranquila; paseamos por el mercado una media hora, pero el reloj avanza inexorablemente y un avión me espera. Ese rato con ella se me hace más corto que nunca.

Se está preparando la comida cuando bajo con la maleta a despedirme de ella.

—Anne y Kiera ya están abajo, en el taxi.

Asiente con la cabeza, dándome a entender que lo comprende, aunque su mirada es triste. Camina hasta mí y me abraza la cazadora, como las madres que se preocupan por que sus hijos no se resfríen. Va a ser una madre maravillosa. La abrazo con fuerza, queriendo llevarme esa sensación conmigo. Livi alza la cabeza y me sonríe.

—No las hagas esperar. —Cubre mi boca con la suya y me da un beso largo, con lengua, con fuerza y con algo de pena.

—Si no fuera un riesgo, juro que ahora mismo te follaba en ese sofá. —Se echa a reír y me da unos cuantos besos más, más cortos y suaves, fusionándose conmigo en ese abrazo del que no quiero soltarme nunca. Cuando consigo despegarme de ella, hago algo que jamás he hecho antes: me pongo en cuclillas y beso la tripa hinchada, donde crece lo más bonito que he tenido hasta hoy—. Hasta pronto, *bichito*. —Vuelvo a besarle el abdomen y ella acaricia mi pelo sin que la sonrisa triste se borre de su cara. Vamos juntos hasta la puerta, beso su mano y le doy un último abrazo.

—Espero que todo vaya bien, recuerda lo que hablamos.

Asiento con la cabeza deseando no ir. Si pudiera estar en cualquier parte menos allí, lo haría.

—Sé que no quieres escucharlo, que ni siquiera estás preparada para ello, pero a mí me escuece en el pecho y necesito decirlo o explotaré. —Pone un dedo en mis labios.

—Entonces, no lo hagas. —Me da un último beso y cierra la puerta, dejándome con esas dos palabras en la punta de la lengua.

Bajo las escaleras con la pequeña maleta y, al salir, veo a mi sobrina dando saltitos ya sentada en el taxi. Anne no me dice nada al subir; le pide al taxista que nos lleve al aeropuerto y yo miro por el cristal a la ventana tras la que está ella. No consigo retenerlo, no puedo aguantarlo más y, simplemente, estalla:.

—Te quiero.

A pesar de ser una cabra loca, como muchas veces me han definido mis amigas, soy una persona que necesita rutinas, costumbres. Quizá sea porque me aportan seguridad o tranquilidad. Siempre he tenido pareja; no es que haya sido picaflor, pero he sentido la necesidad de contar con alguien que me cuidase, que me protegiera y me hiciera sentir bien con un simple abrazo. Pero lo que me costó mucho fue dormir con alguien. Cuando simplemente pasaba la noche con un tío, jamás me quedaba a dormir con él. Por regla general íbamos a su casa y así la huida era fácil, pero cuando ya era algo más serio se quedaban a dormir en la mía, y no lo llevaba bien. Dormir abrazada a alguien, escuchando cómo te respira en la nuca, con brazos y piernas por todas partes, siempre me ha agobiado mucho. Con Jesús me costó una barbaridad, y el pobre se ponía en su lado de la cama para no salir tarifando. Por eso me llama tanto la atención que con Jason haya conseguido dormir abrazada a él desde la primera vez en Londres. No ha sido difícil, no me ha costado trabajo, como si fuera algo natural, lo que tenía que ser. Sin embargo, llevo cinco noches en las que dormir es un suplicio; se había convertido en rutina en las últimas semanas.

La primera noche que dormí sola conseguí conciliar el sueño cuando descubrí una camiseta suya en la habitación, colgada en el perchero. La olí y me tumbé en la cama con ella junto a mí. Era como un bebé que se calma con el olor de su madre. Recordé lo que suponía tenerlo al lado, abrazándome, besándome el pelo y repartiendo besos por mi cuello. Los días siguientes, eso ya no era suficiente, por lo que conocí el insomnio. Ni siquiera cuando Jesús faltó experimenté tantos problemas para poder dormir.

Es extraño cómo lo echo de menos, pero a veces siento como si me faltara algo. No deja de llamarme, enviarme fotos de paisajes espectaculares o mensajes, aunque nunca quiere contarme mucho de lo que sucede a kilómetros de distancia. Lo respeto; ya habrá tiempo de hablar.

Una noche, su camiseta había perdido ya el olor y me fue casi imposible

dormir. Las sábanas también habían perdido ese aroma suyo y no había nada que me lo acercara un poco a casa. Si fuera Alba, habría dicho que únicamente tenía que posar la mano sobre mi tripa y ahí estaba esa parte suya, cociéndose a fuego lento en mi interior. Yo no era tan romántica, y muchas veces me reía de sus ñoñerías. El karma es sabio, y ahora soy yo la que dice todas esas gilipolleces románticas.

A medida que se aproxima San Valentín, no dejan de emitir anuncios ñoños. Uno me llama la atención: va de una mujer que al parecer está muy ocupada en su trabajo, y cada vez que la pareja quiere hablar con ella, está al teléfono o revisando informes. El pobre hombre se va siempre con una cara de pena que tira para atrás. Por la noche, el tipo prepara una cena con velitas, pero acaba apagándolas porque ella no llega. La mujer, al día siguiente, ve la mesa con las velas y parece recordar la cita. El hombre la observa desde el pasillo con una maleta en la mano y, tras mirarse unos segundos, cierra la puerta y se marcha. Entonces ella quiere rectificar, baja las escaleras a toda velocidad, pero él ya se ha ido en un taxi. El anuncio acaba con la típica frase: «Nunca sabes lo que tienes hasta que lo pierdes».

Bastante *heavy* para la fecha señalada, pero en el fondo muy cierto. No nos damos cuenta de lo que tenemos hasta que es demasiado tarde. Yo estaba en el sofá después de haber cenado, y con la manzanilla que me acompaña desde hace tres meses sin descanso. Vi el anuncio y me eché a llorar. Cogí el móvil, a punto de escribirle un mensaje a Jason, y al entrar en WhatsApp vi su foto, con el sol de cara y un ojo cerrado por la luz. El pelo rubio, la camiseta blanca de manga corta que dejaba ver algún tatuaje y el mar de fondo. Y en ese momento me lo confesé a mí misma. Tuve el valor de ser sincera y de aceptarlo, que era lo más duro de todo. Mirando su fotografía, escuchaba mi corazón latir acelerado sin necesidad de ponerme la mano en el pecho. Y oí en mi interior lo que llevaba ya tiempo tejiéndose dentro de mí, y no, no pensaba en el bebé. Era otra cosa, aquello que había nacido poco a poco y crecía día tras día, imparable, brillante. Estaba completamente enamorada de Jason.

Hoy es catorce de febrero, el día del amor por excelencia para los grandes almacenes. Un invento para gastar, porque si uno quiere a alguien, ¿solamente se lo demuestra un día? Jesús era muy romántico en ese sentido, y cada año me sorprendía con algún detallito sin importancia una vez que le dije que no necesitaba grandes gestos de amor en esa fecha, que prefería la demostración diaria. Lo que se suele decir: regar la planta un poquito cada día.

Cada mañana salgo a dar un corto paseo, porque quedarme en casa me vuelve loca. Han pasado dos semanas ya desde que Jason se fue, y durante la primera semana me escribía o llamaba cada día. Hace cinco días que no sé absolutamente nada de él. He tenido la tentación de llamarlo o escribirle, pero no he sido capaz. Al bajar la escalera me abotono el abrigo por completo y me encuentro con Anne y la niña.

—¿Anne?

—Hola, Olivia. ¿Cómo estás? —Me mira la tripa y sonrío. Keira está entretenida con una muñeca de trapo que parece vieja. Un momento, ¿dónde está Jason?—. No lo busques, no ha venido. —Siguen avanzando en el portal y yo me giro sin comprender nada.

—Pero...

Se da la vuelta mientras Keira llama al ascensor.

—Esta tarde ven a casa, nos tomaremos un café.

Asiento y salgo a respirar el aire que necesito en la cara con urgencia. Mi cerebro trata de hacer mil conexiones para buscar una explicación lógica, pero no consigo nada. Doy un paseo más corto de lo habitual. De repente se me han quitado las ganas de todo. Parece infantil, pero pensaba que cuando regresara, nos veríamos y nos confesaríamos lo que sentimos; nos besaríamos y todo sería como en un cuento de hadas.

¿Desde cuándo mi vida es un puto cuento de hadas con final feliz?

—Siempre me tendrás a mí, *bichito* —susurro a mi tripa, con la que a

veces hablo.

Vuelvo del paseo y como cualquier cosa medio sana, aunque no tengo ninguna gana. Cuando dan las cinco, siento los nervios cosquillearme en la boca del estómago; por suerte ya no son náuseas y no vomito. El *bichito* me está dando una tregua. Subo la escalera que me separa del piso de arriba, donde vive Anne, y llamo al timbre sin vacilar.

—Qué puntual, ya tienes carácter británico —me dice al abrir, la cara marcada por las ojeras. No sé cómo antes no me he dado cuenta. Paso al salón y me recibe Byron deslizándose entre mis piernas. Me siento, y Anne se derrumba literalmente a mi lado—. Sé que solo toleras la manzanilla, te he preparado una. —Coge la jarra de porcelana, que parece victoriana, y me sirve en la taza, también de porcelana, mientras ella se pone un café en otra.

—¿Y Keira?

—Dormida, está agotada del viaje. Le ha costado cerrar los ojos, pero con la muñeca de su mamá lo ha conseguido.

—¿Es tuya esa muñeca que llevaba antes?

Lo confirma con una media sonrisa melancólica.

—La encontré en mi antigua habitación, donde vivimos con nuestros abuelos durante años. —Y de nuevo el silencio que no sé cómo romper, por mucho que me muera por saber dónde coño está su hermano.

—Anne, ¿estás bien? —Le toco el brazo y ella me mira con ojos brillantes, a punto de derramar lágrimas. Niega con la cabeza y solloza, tapándose la boca.

—Nada ha ido bien, al revés. Todo ha sido horrible. —Se echa a llorar y yo solo puedo abrazarla. Permanecemos así varios minutos hasta que se serena—. Pensarás que soy estúpida por ponerme a llorar como un bebé.

—No, ¿cómo voy a pensar eso? ¿Quieres una tila?

—No te molestes, yo la hago. Vuelvo enseguida. —Se marcha a la cocina y me quedo esperándola aún más confundida. Cuando vuelve, ya se está tomando lo que seguramente es la tila.

—Siento ser tan directa, pero no entiendo nada y empiezo a agobiarme. ¿Qué demonios ha pasado en Tonga? ¿Dónde está tu hermano?

—Mi padre falleció. Llegamos a tiempo y estuvimos unos días con él, hasta que no aguantó más y se fue. —Sorbe la nariz haciendo una pausa. Entiendo perfectamente el dolor que lleva en su corazón por más que hubiesen pasado años desde que lo vieron por última vez.

—Lo lamento tanto...

—Lo sé. Después, por desgracia, me encontré con mi ex. Tuvimos un desagradable encuentro en el que mi hija se vio envuelta. Él nunca había visto a Keira y quiso llevársela por la fuerza, incluso le puso un cuchillo en la garganta. Te puedes imaginar la escena. Jason se metió en medio, gracias a Dios, y no pasó nada grave. Cada vez que me acuerdo... —Le tiemblan las manos y se le escurre la taza, que se rompe en pedazos.

Lo recojo con cuidado y le tomo las manos tratando de calmarla. No me quiero imaginar lo que tuvo que pasar al ver a su hija amenazada por ese desalmado, su propio padre, además.

—Jay pasó unos días en la cárcel, porque le propinó tal paliza que casi lo deja en el sitio. Ahora mi ex está entre rejas, afortunadamente, y a mucha distancia de nosotras.

—Eso está bien, no te preocupes entonces. Trata de olvidarlo, aunque sé que es muy difícil. ¿Cómo está ella? —Miro hacia el pasillo refiriéndome a Keira.

—Imagínate. Nunca ha sabido nada de su padre y de golpe un señor le dice que lo es, además de ponerle un cuchillo en la garganta. —Se toca la frente con una mano, los ojos cerrados—. Ha tenido pesadillas algunas noches...

—Normal, seguro que con el tiempo se le olvidará. No te preocupes — intento aliviarle la preocupación.

—Eso espero. —Desvía la vista hacia mi tripa y sonrío—. ¿Y tú cómo estás?

—Me siento un poco incómoda hablado contigo de esto. —Miro yo también hacia abajo—. Tampoco sé qué te ha contado Jason. —Se me instala un nudo en la garganta al pronunciar su nombre sin saber qué ha sucedido con él.

—Me dijo lo esencial: que el destino os había puesto en el mismo camino y que al destino no se lo puede esquivar. Entiendo que no comprendas nada, porque, si realmente te quiere, ¿dónde está? ¿Verdad?

Asiento dubitativa, y es ella quien, esta vez, me agarra de las manos a mí y me las frota. Ese contacto parece sosegarme un poco, aunque sigo teniendo esa opresión en la boca del estómago, la incomodidad de no querer enfrentarme a la realidad.

—La vida de mi hermano no ha sido sencilla, te haré un resumen rápido. Fue criado en una familia amorosa y feliz en la que se desvivían unos por otros. Primer acontecimiento trágico: nuestra madre enferma y muere. Jay es

apenas un adolescente y no entiende, al igual que yo, por qué la vida le arrebató a su madre. Súmale que su padre desaparece por completo, y se va a vivir con sus abuelos. Una hermana atormentada también por la pérdida de la madre y la desaparición del padre. Una hermana a la que adora, por cierto, y por la que daría la vida. Sé que suena a cliché, pero es nuestra vida. Adolescencia conflictiva que incluye problemas con la policía, una banda local que roba y extorsiona. Él mismo le presenta a esa hermana al futuro padre de su hija, algo por lo que se sentirá culpable siempre, por mucho que no fuera su responsabilidad. Ve a su hermana sufrir por ese chico hasta que se entera de que es maltratada, y, embarazada, llora en sus brazos. Entonces, un joven Jason, ya con muchísimo talento dibujando, se embarca con su hermana, embarazada y maltratada psicológica y físicamente, no nos olvidemos, en un viaje a no se sabe dónde. Tiene suerte y le toca una pequeña lotería, por lo que puede estudiar y abrir un local de tatuajes. Hace contactos y se convierte en la estrella que es hoy, lo que no quiere decir que no cargue demonios a sus espaldas que lo acosen sin cesar. Jay se ha preocupado siempre en exceso por mí, por Keira, los abuelos..., por que todo el mundo estuviera siempre bien, sin mirarse él en un espejo. Y en Tonga todo ha regresado: ese pasado traumático, esos demonios y mucho dolor. No ha sido capaz de volver por miedo a no saber hacerlo bien. Hablé con él y traté de convencerlo, pero ya sabes que es muy cabezón. —A esta altura del discurso, tengo los ojos rojos mientras trago saliva constantemente, aguantando las lágrimas—. Ha ido al único lugar que lo mantiene a flote y no le hace perder la cordura, porque, a pesar de quererte y de saber que la vida lo ha recompensado contigo y con ese bebé, siente que no se lo merece y que aún debe pagar un precio por lo que dejó atrás.

JASON

Anne se ha marchado con Keira al apartamento que tenemos en Londres; quizá sea lo mejor para ellas. Ahora mismo necesitan volver a su vida y a su rutina cuanto antes. Cada vez que pienso que mi hermana ha sufrido lo indecible por mi culpa, quiero morirme. Nunca debí haberle presentado a ese cabrón; debí ser más listo para darme cuenta de lo que estaba pasando.

No pensé que fuéramos a encontrarnos con ese desgraciado en esta ocasión. A veces cierro los ojos y veo a mi pequeña Keira con el cuchillo en la garganta... Joder, lo habría matado si no me separan de él. Le di tal paliza que tuvieron que llevarlo al hospital. No me importa en absoluto haber estado encerrado en comisaría esos días. Se lo merecía, se lo merece, y si está en mi mano, me encargaré de que no vea la luz del día en una temporada.

Ahora debo estar aquí un tiempo; debo y quiero hacerlo, por mucho que mi corazón esté en otra parte. No puedo marcharme muy lejos, porque se celebrará un juicio al que tengo que asistir, ya que el muy cabrón, a pesar de tenerlo todo en contra, me ha denunciado por agresión. A Anne no quise decírselo. Ella necesita irse bien lejos de aquí, en especial por Keira, pues, por desgracia, el único recuerdo de sus raíces es una pesadilla que la atormenta por las noches. Aprieto los puños pensando en el sufrimiento de mi pequeña rubia.

—Aquí tienes, el zumito de naranja que querías.

—Gracias, Antara. —Le guiño un ojo en agradecimiento y sonrió mientras se sienta en la otra silla y observa a la gente desfilar de un lado para otro.

—La temporada está yendo bastante bien. —Asiento con la cabeza y me mira, ahora a mí—. Debería preguntarte qué te trae hasta aquí, porque cada vez que vienes es que algo no va bien. ¿Qué es esta vez?

—Ya te habrás enterado, en esta ciudad todo se sabe enseguida. —Doy un trago al zumo de naranja recién exprimido mientras sus ojos me escudriñan como si con solo mirarme pudiera averiguar algo.

—Claro que lo sé, pero quiero que seas tú el que me lo diga.

Cedo.

—Darel nos encontró cuando salíamos de casa de mis abuelos. —Hago una pausa y de reojo veo a Antara con la boca abierta—. Vio a Keira y se volvió loco, tanto que acabó poniéndole un cuchillo en la garganta y exigiéndole a Anne que se fuera con él. No sé cómo, pude controlarme hasta que vi que no iba a hacerle daño a la niña, y entonces me abalancé sobre él.

—Dios mío, Jay... ¿Y Anne?

—En Londres, con la niña, a salvo.

Se lleva la mano al pecho y vuelve a la carga:

—Me imagino que si no te has ido con ellas es porque tienes planeado buscarlo. —Acerca la silla y me pone la mano en el brazo que descansa sobre la mesa—. No lo hagas, Jason, no merece la pena que echas a perder tu vida por ese hijo de la gran puta.

La miro sin poder esconder una sonrisa. ¿Qué haríamos en la vida sin los grandes amigos?

—No lo haré; de hecho, ya está en la cárcel, pero antes pasó unos días por el hospital.

—Y tú estuviste en comisaría. —La miro alzando las cejas—. Tienes razón, en esta ciudad se sabe todo de todo el mundo. Lo que no quiero es que ahora, cuando salga bajo fianza hasta que se celebre el juicio, vayas a por él y lo remates.

—Lo sé, me he quedado en parte por el juicio. Me permiten salir del país, pero ahora mismo yo no sé...

Antara me sostiene por la barbilla y vuelve a escudriñarme.

—Deja de mirarme así, que me pones nervioso. —Me levanto y le doy la espalda.

—Sospechaba que había algo más, ahora lo sé. Hay una mujer.

Me giro y suspiro.

—Si solo fuera eso...—Ven, demos un paseo. —Se acerca hasta mí y me toma del brazo.

Caminamos, cruzándonos con clientes del hotel, hasta llegar a las blancas arenas de la playa, que están a apenas unos metros de distancia. Nos sentamos cerca de la orilla enlazados por el brazo.

—Me encanta este lugar.

Antara apoya su cabeza sobre mi hombro y la mueve en señal afirmativa.

—Recuerdo la primera vez que te vi, sentado en esta misma arena,

mirando a tu hermana mojarse los pies en el mar. Tenías esa mirada protectora que muestras ahora, y no me refiero a Anne o a Keira.

—Y tú te enamoraste de mí.

Ella ríe y se encoge de hombros.

—Eras irresistible, ¿qué podía hacer?

—¿Era? —le pregunto con chulería.

—Y lo sigues siendo, sí. —Me da un golpecito en el brazo y mira hacia el inmenso mar—. No te has quedado solo por el dichoso juicio. Siempre que vienes al hotel es porque necesitas estar tranquilo, reflexionar; como tú mismo dices, volver a ser tú.

—Así es. —Inspiro y me decido a contarle todo a la que es mi mejor amiga desde que era un crío—. Hay una mujer en Londres. La conocí en uno de mis viajes a Madrid y volvimos a encontrarnos. —Prefiero ignorar el hecho de haberla buscado sin descanso, pues sé lo que me diría.

—Esto se pone interesante.

—Ella lo es todo, Antara, no sé decirte más. Desde que pasó lo de Darel no he dejado de pensar en si puedo ser todo para ella. Es como cuando escuchas una canción y se repite en tu cabeza en bucle, que no se va nunca.

—Esa sensación (déjame decirte, por otro lado, absurda), te está envenenando.

—Tú, al igual que Anne, sabes cómo soy, pero Livi aún no lo ha descubierto, y tengo miedo de que lo haga.

—¿Livi? Qué nombre tan bonito. A ver, entrando en tu cerebro —se lleva las manos a las sienes y las masajea con los ojos cerrados—, crees que eres un miserable que no se merece ser feliz por haber tenido una adolescencia complicada y por haber pegado al exmaltratador de su hermana. Te mereces vivir en soledad por el resto de tus días en este *resort* que tú mismo levantaste, ¿voy bien?

Le enseño el dedo corazón y ella lo aprieta burlándose.

—No te rías de mí, malvada.

—¿Sabes algo? Las personas no estamos cortadas por el mismo patrón, cada una es diferente. Somos un cúmulo de cicatrices, heridas, remiendos... No eres peor que cualquier chico que ha pasado una etapa difícil. Y por eso, ¿ya eres una mala persona que no puede seguir con su vida y ser feliz de una vez?

—Livi está embarazada. Va a tener un hijo mío y me da verdadero pavor no estar a la altura. Antes de venir me di cuenta de que estoy enamorado

completamente de esa mujer y no puedo fallarle.

—Espera, espera, para el carro, Jay. Como te digo, las personas no somos en absoluto perfectas, y te diré algo más: nos equivocamos muchísimo, está en nuestra naturaleza. Lo que no puedes hacer es vivir con miedo a cometer errores, porque los cometerás. ¿Acaso crees que yo no me equivoco con Gulara? Por Dios, desde que nació no he hecho más que errar, al mismo tiempo que hago cosas bien. Eso es la maternidad. —Gulara es su hija de año y medio, por la que se desvive desde que supo que estaba en su vientre.

—Livi ha sufrido mucho, se merece tener a alguien que la ame con toda su alma y que le dedique la vida entera, que esté siempre a su lado, que no la decepcione y le devuelva la felicidad.

—Nunca he visto ese brillo en tus ojos al hablar de ninguna mujer, Jason. Si para ti ella lo es todo, no dejes que el miedo a fallar y los demonios que a veces se pasean por tu mente ganen la batalla. Lucha por esa mujer, pelea por estar a su lado cuando vuestro hijo nazca y vive, sé feliz con ellos. No conozco a nadie en este mundo que se lo merezca más que tú después de todo lo que has vivido.

Esta vez soy yo el que se apoya en su hombro. Antara entona una melodía aborigen y una vez más doy la razón al significado de su nombre, «dulce melodía». No solamente porque ahora me esté cantando, como muchas veces ha hecho, sino porque a lo largo de los años con su mera voz me ha tranquilizado y centrado. Siempre me ayuda a encontrarme, a ser de nuevo yo mismo, al igual que esta tierra natal, la tierra que mi madre me enseñó a amar.

—*Felicidades, vas a tener un niño.*

Los ojos se me llenan de lágrimas al recordar el instante en el que me dijeron el sexo del bebé. En esa ocasión, Alba no pudo viajar para estar conmigo, y Elena acumulaba tal estrés con la revista digital y el formato en papel que teníamos por su relación con Eric. En ese momento tan emotivo, fue Anne la que me acompañó. Tras la charla que tuvimos sobre su hermano, recibí un mensaje del susodicho días más tarde.

No me he olvidado de ti; aunque lo creas, jamás podría hacerlo. Sé que no es la mejor forma, pero es hora de decírtelo, Livi. Te quiero más que a nada en la vida. Necesito estar aún por estas tierras. No temas, porque volveré. Cuida mucho al bichito y no olvides jamás que mi corazón late acelerado por ti desde la primera vez que te vi.

Jason

De ese mensaje han pasado dos largos meses. Yo he continuado con el trabajo, a pesar de que él no esté aquí. De hecho, estoy a punto de acabarlo, y entonces regresaré a España, así lo he decidido. He leído y releído su mensaje millones de veces. A mi madre no le he contado nada; ella sigue creyendo que todo marcha sobre ruedas y que tengo a Jay a mi lado. No quiero preocuparla más, pero a las chicas no pude ocultarles la verdad mucho tiempo...

—*¿Cómo que Jason se ha ido? ¿Adónde?*

—*Elena, por Dios, no me chilles, que no estoy sorda aún. Su padre estaba muy enfermo y fue a verlo antes de morir. Luego pasaron algunas cosas más y está resolviendo unos asuntos...*

—*¿Unos asuntos? ¿Sabes que eso es igual que el que dice que va a por tabaco? ¡Que no vuelven, Oli, joder!*

—*Vale, Elena, mantengamos la calma. A ver, Oli, cuéntanos con todo*

lujo de detalles qué ha sucedido.

Cuarenta minutos más tarde, conseguí colgar, no sin llevarme regañinas y consejos a montones.

Anne es la que más ha estado a mi lado. Cada mañana llevamos juntas a Keira al colegio y después nos sentamos en su apartamento o en el mío a tomarnos algo calentito; ella un café y yo, una manzanilla. Ya estamos en el mes de abril, y los colores vivos van brotando a lo largo de la ciudad. Algunas tardes paseamos por Hyde Park mientras Keira nos acompaña en bicicleta. La hermana de Jason y yo nos hemos hecho inseparables; sé que él, muy de vez en cuando, le manda algún mensaje para que esté tranquila, aunque nunca habla de mí.

Cuando Anne me relató el pasado de su hermano, fui directa a internet a buscar información sobre ello. Puesto que se relaciona con *celebrities*, algo debía de haber. Elena me preguntó cómo no lo había hecho antes, pero yo no soy tan cotilla como ella y no me interesaba. Cuando empecé a navegar por diferentes páginas, no podía creerme lo que leía. Todo estaba ahí, y fue entonces cuando recapacité sobre lo poco privada que es la biografía de personas como él. Los reporteros se creen con el derecho a destripar absolutamente todo y no puedes dar un paso sin que haya alguien tras de ti, y eso que él no es tan famoso como actores y cantantes. Esa mañana, cerré el portátil incrédula y un poco asustada; me llevé la mano a la tripa inconscientemente. Yo no quiero para mi hijo la angustia de no poder vivir tranquilo sin que una cámara lo persiga. Algunos periodistas pululan por aquí desde hace un mes, y Anne ha hablado con ellos para hacerles entender que el famoso tatuador de *celebrities* no está por aquí ni se le espera, como suele decirse. Yo, por suerte, he pasado desapercibida y no me relacionan con él.

—Oli, ¿estás lista? —Anne me aguarda en el umbral de mi apartamento para nuestro paseo diario junto a Keira.

Asiento con la cabeza mientras respondo un mensaje de mi madre, que quiere saber cómo llevo el día. Guardo el móvil en la mochila y salimos rumbo a nuestra caminata. Ella no me llama Livi, como hace Jason, y menos mal, porque no sé si sería capaz de soportarlo; me recuerda al imbécil de su hermano. Imbécil, sí, porque no consigo comprender qué coño lo tiene tanto tiempo alejado de nosotras. A veces pienso que si de veras me quiere, ¿por qué no vuelve de una jodida vez?

—¿Dónde estás? —Mi compañera de paseo me saca de mis pensamientos, en los que me he quedado absorta.

Dibujó una sonrisa ladeada y sigo mirando a la pequeña, que está aprendiendo a montar en bicicleta y desde el primer día se ha lanzado sin miedo. Es impresionante lo mal que nos sienta crecer: el miedo nos atenaza de tal forma que nos paraliza. Cuando me di cuenta de que Jason no era un tío cualquiera y de que para mí empezaba a significar algo más, tuve mucho miedo, por volver a sentir, por olvidarme de Jesús, por que los demás no entendieran que mi vida comenzaba de nuevo.

—Nunca habría dicho que Londres en primavera tuviera una temperatura tan agradable —comento acariciándome el abultado abdomen, que cada día va creciendo más y más.

Me freno en seco al sentir una patada, y Anne alza la voz para que Keira se detenga también. Es la primera vez que noto al bebé patearme; con ver mis manos en la tripa y mi cara de asombro, ella ya sabe lo que sucede. Pone la palma sobre la barriga.

—¡Otra vez! —Nos reímos juntas mientras la niña se impacienta y quiere seguir con el paseo. Se me oscurece el rostro al pensar que Jason se lo está perdiendo—. A Keira empecé a sentirla a los cuatro meses y poco, pero cada mujer es diferente. Es una sensación única, ¿a que sí?

—Mamááááááá. —La niña se gira y su madre la ayuda a montar de nuevo en la bicicleta. Sigo caminando detrás de ella sin poder quitar las manos de mi abdomen, con una sonrisa triste.

—Yo tampoco esperaba ser madre y, aunque tenía todos los miedos del mundo, ha sido lo mejor que me ha pasado.

—A mí hace años ni se me pasaba por la cabeza, pero con Jesús empecé a planteármelo.

—¿Tu marido?

Asiento.

—Lo intentamos un tiempo y no llegaba. Hubo un momento en que pensé que habría algún problema y no íbamos a ser padres jamás. A veces las cosas llegan cuando menos lo esperas, supongo.

—Sin lugar a dudas. Lo que menos podía imaginarme o desear era tener un bebé con aquel hombre, el padre de Keira. Era muy joven, estaba asustada y, al mismo tiempo, ilusionada por ser madre. Es difícil de explicar, la verdad, pero no lo esperaba, y a pesar de ello fue lo mejor que pudo ocurrirme.

—Y también estabas sola...

Lo confirma con un movimiento de cabeza.

—Pero tú no lo estás. Me tienes a mí y, aunque creas que no, lo tienes a

él.

Cambio de tema. Nos sentamos en un banco mientras Keira juega, a unos pasos de nosotras, con las amiguitas con las que se suele reunir en este mismo parque cada tarde.

—No entiendo por qué no está aquí, por qué se está perdiendo todo esto si de verdad quiere tener a este niño; si me quiere, ¿por qué no ha vuelto? ¿Qué se supone que hace? Estoy furiosa y, al mismo tiempo, acojonada por que no haya vuelto. Anne, sufrí un palo enorme hace casi dos años y volví a confiar; sin darme cuenta me enamoré de Jason, y cuando me atrevo a reconocerme a mí misma que lo quiero, y apuesto por estar junto a él y este regalo que la vida o alguna entidad divina nos ha mandado, desaparece sin dar explicaciones. ¡¿Que es lo que pasa?! ¡¿Qué?! —chillo involuntariamente, y Anne me rodea con el brazo. Me encojo, y escondida en su hombro lloro sin parar.

—El amor no desaparece, no se esfuma así sin más. Sé que no comprendes nada, quisiera ayudarte, pero ya te conté cómo ha sido la vida de Jay. Simplemente está asustado y necesita darse cuenta de que te merece, que merece darse una oportunidad para ser feliz de una santa vez.

Me enderezo y la miro con el rímel corrido, tipo oso panda.

—Quizá el día que lo descubra yo ya no esté aquí esperándolo.

Llevo varias noches decorando la azotea del apartamento. Hablé con los vecinos y a todos les pareció una idea estupenda.

Mi trabajo como fotógrafa está acabado. Hace dos días acudí a la oficina del señor Howard y lo dejé todo más que zanjado. Robert me ha ayudado mucho para finiquitar todo perfectamente, con el inconveniente de que Jason no ha visto nada. Desde entonces he estado dilucidando qué hacer. En el fondo sé que mantengo la esperanza y por eso aún no he tomado un vuelo a Madrid.

Suena mi teléfono.

—¿Sí?

—Querida Olivia, soy Thomas.

—¿Pasa algo con las fotos? —le pregunto extrañada.

—Para nada, precisamente te llamo para que te quedes tranquila. He telefonado a Jason, le he enviado por correo electrónico el trabajo que has hecho y está encantado. —Se me resbala el móvil de las manos y cae al suelo de la azotea. Lo cojo con rapidez, pero por suerte solo se daña la pantalla—. ¿Olivia? ¿Sigues ahí?

—Sí..., perdona, se me ha caído el teléfono... Entonces, ¿le parecen adecuadas? —«¡Al señor hijo de puta!», quisiera añadir.

—Ningún problema. A nosotros también nos ha encantado tu trabajo y sin duda volveremos a contar contigo en un futuro para más campañas.

Extiendo el dedo corazón como si lo tuviera delante. Si se creen que voy a aguantar un solo día más en esta ciudad van listos. Ahora sí que se me ha abierto el cielo y lo tengo claro. Miro a mi alrededor y me siento mal al no poder continuar con la labor en la azotea. Les prometí a los vecinos que haríamos una fiesta de inauguración y, a partir de ahí, quien quisiera podría subir hasta aquí a disfrutar de ella. Si me doy prisa, en un par de días puedo tener todo preparado para la fiesta.

—¿Estás bien? —Me encuentro a Anne al volver al apartamento; ella baja la escalera.

—Perfecto. El señor Howard me ha dicho que mi trabajo es excepcional y que le ha encantado. —Sigo andando hacia mi puerta llave en mano, aguantándome la rabia. La meto en la cerradura mientras oigo sus pasos—. ¡Ah! Y a tu hermano también le ha fascinado —apostillo con sorna.

—¿Quééé? —Sube con ligereza y entra tras de mí.

Me tiro en el sofá, llevándome las manos a la cara y gritando.

—Lo siento, necesitaba desahogarme. —Me pongo en pie—. Ya he tomado una decisión: en unos pocos días regreso a Madrid. Inauguro la azotea para los vecinos y me vuelvo a mi hogar, donde sí hay gente que me quiere.

—Olivia...

—No, no quiero saber nada. ¡Dos meses, Anne! Ha tenido dos meses para darme una puñetera explicación, ¡un mensaje, una llamada! ¡Un indicio de preocupación hacia su hijo! Joder, sabe que estoy embarazada de cinco meses y no se ha molestado en saber el sexo. —Me vengo abajo y lloro sin control—. Pero mi niño no lo necesita, su madre puede ocuparse sola de él.

—Venga, cálmate —quiere consolarme, pero la paro alzando la mano.

—Necesito estar sola, Anne —le ruego. Ella duda, pero al ver que mi mirada es firme, se marcha.

Siento deseos de llamar a las chicas y contárselo todo, pero no quiero sermones o insultos hacia él. Aun no estoy lista para eso. En la cama, cojo el álbum de recuerdos que voy rellenando durante el embarazo: ecografías, frases y canciones que voy transcribiendo, fotografías de la tripa creciendo... ¿Y esto? Hay una foto de Jason tocando la guitarra y, con su propia letra, algo escrito al lado. Alzo el álbum para sentarme mejor en la cama y se cae algo que había entre las hojas. Es un USB. Qué extraño, no lo había visto antes. Identifico la letra y se me caen las lágrimas sin remedio.

Cuando las seco, me encamino al portátil y, tras encenderlo, introduzco el *pendrive* que me he encontrado. Se trata de un vídeo; pulso el *play* y me da un vuelco el corazón al ver a Jason. Se ve cómo enciende la cámara y se revuelve el pelo guiñando un ojo. Tiene su guitarra entre las manos y, tras tocar unos acordes, canta la canción que aparece escrita en el álbum.

*Estoy impaciente esperando tu llegada
Quiero tanto conocerte que podría llorar
Me pregunto qué manos y ojos tendrás...*

Jay mira a cámara mientras no deja de cantar con una sonrisa en la cara y

los ojos brillantes.

*Voy a mostrarte lo que es el amor y todo lo que vales
Tú me enseñarás cómo poner a alguien primero
Espero que te guste la música tanto como a tu madre
Que entiendas que yo estoy ahí cuando me voy
Probablemente sea mucho para decir en una canción
Pero tú me perteneces, me perteneces.*

Cuando acaba la canción, de nuevo guiña el ojo, mueve los labios y leo: «Te quiero». Apaga la cámara. He podido ver sus ojos llenos de lágrimas al terminar de cantar, como los míos. Me levanto la camiseta del pijama y sonrío a la vez que lloro. Llevo ambas manos al abdomen y tarareo la canción que su padre acaba de dedicarle antes de nacer. Vuelvo a ponerla un par de veces más, y entonces me da por comprobar cuándo lo grabó; ni siquiera sé si le dije que estaba elaborando este álbum.

—No puede ser... —Salgo disparada al apartamento de Anne, toco el timbre y la puerta ansiosa.

—¿Qué demonios pasa? —la oigo decir antes de abrirme.

—¿Cómo es posible? —Le enseñé el USB que llevo en la mano y su mirada la delata—. Está grabado hace un mes, ¿cómo llegó a mi casa?

—Jason me lo mandó, pero estabas tan enfadada con él que no quise dártelo por si lo tirabas, así que lo escondí. Ya no me acordaba de él...

Me apoyo en la pared con cien mil ideas batallando entre ellas.

—Pero si se acuerda de nosotros, ¿por qué no está aquí?

—Olivia, a veces ni nosotros mismos sabemos actuar de manera correcta, simplemente nos dejamos llevar.

Bajo las escaleras y me meto en la cama con el portátil, donde no paro de ver el vídeo en bucle. Esa noche sueño con Jason: estamos en la cama los dos, él con la guitarra, cantando esa misma canción, y yo con las piernas encogidas, acariciándome el vientre con una sonrisa en la cara mientras lo escucho cantar. Siempre nos dicen que en la vida atesoramos instantes especiales que podremos recordar cuando necesitemos una sonrisa. Pues los sueños cumplen la misma función: puedes recordarlos en ese momento en que necesites sonreír.

—¿Anne! ¿Qué demonios es esto?

—Oh, ya te has enterado.

Sostengo un panfleto en las manos donde se puede leer que la fiesta de inauguración de la azotea es este mismo viernes y que habrá karaoke. Pero si yo no he alquilado ninguno ni he mandado imprimir estas octavillas.

—Explícate —le exijo.

—Keira y yo pensamos que te iba a gustar. En la fiesta habrá karaoke para que cante quien quiera. Siempre te estamos oyendo entonar alguna canción, más bien tristona, por cierto, y creímos que iba a gustar tanto a vecinos como a ti.

—¿Pero este viernes? ¡No da tiempo!

—Tranquila, está todo bajo control. Los vecinos están colaborando y entre todos vamos a hacer que sea la fiesta del año, ¡ya verás!

Sin darme cuenta, ya estamos a viernes, y con tanto follón no he comprado el billete de vuelta a casa. Mentira, y bien gorda: después de ver ese vídeo me descoliqué tanto que aún no he sido capaz de irme de aquí. La llamita de esperanza no se apaga.

—Venga, a cambiarte, ¿no pensarás llevar ese peto negro de premamá?

Me estudio y casi no me reconozco. Cada vez que oía a palabra *fiesta* me arreglaba de pies a cabeza, con maquillaje, ropa *fashion* y taconazos incluidos.

—No tengo nada especial.

Anne me agarra de la mano.

—Ya he pensado en eso. Constance, te dejo al mando —le dice a una vecina que está rematando algunos detalles en la azotea. Bajamos a su apartamento y saca de su armario un precioso vestido premamá de encaje negro.

—Quizá sea excesivo.

—Para ti nada lo es. —Me guiña un ojo como lo hace su hermano; si es

que les viene de familia a los *jodíos*. Anne me ayuda a recogerme el pelo, maquillarme y vestirme con tacón de aguja—. Lista.

Media hora más tarde, soy la atracción de la fiesta. Si cuando yo digo que algo es excesivo, lo es. Los vecinos del género masculino no dejan de acercármese (el embarazo no parece distanciarlos) y las mujeres me miran con envidia.

—Te he dicho que era demasiado, ahora todo el mundo me mira.

—Porque el embarazo te sienta genial y estás radiante —me susurra Anne. Pongo los ojos en blanco y bebo de la tónica que me ha servido—. Vamos, que esto tiene que comenzar. —Tira de mi brazo y me conduce a la zona del karaoke.

—¿Qué haces?

—Di unas palabras —musita delante del micrófono.

—¿Estás loca? Que esto no es un concierto.

Tapa el micro para hablar; buena idea. Así la gente no se habría enterado de mi comentario y no se habrían reído.

—Todo esto ha sido idea tuya y te vas a ir dentro de nada, ¿qué mejor despedida después del regalazo de azotea que nos dejas? Buenas noches, vecinos —empieza ella—, gracias a todos por vuestra colaboración. Como veis, ha quedado preciosa, y todo gracias a la nueva inquilina, Olivia. —Aplaude, y los demás la siguen. La fulmino con la mirada y me acerco al micrófono con el corazón a mil.

—Hola a todos. —Carraspeo—. Como Anne ha dicho, gracias a todos por colaborar para que este lugar, que ya de por sí es hermoso, lo sea aún más. También gracias a Anne tenemos este maravilloso karaoke, que espero que aprovechéis, y que disfrutéis de la noche. —Salgo de ahí pitando, queriendo pasar desapercibida.

Algunos vecinos se me acercan a lo largo de la noche a darme las gracias por dejarlo todo tan bonito. Cojo la cámara y saco fotos a las luces que cuelgan, a las mesas con velitas, a los niños jugando, a las parejas bailando y mirándose. Me voy a llevar un regalo precioso de esta ciudad.

—Olivia, Olivia, Olivia...

Bajo la cámara y veo a la gente animándome gracias a Anne, que lleva la voz cantante esta noche. Por Dios, que alguien le quite ese micro. Niego con la cabeza, pero de repente me veo arrastrada hasta ella. Me guiña un ojo y pone la canción que Jason grabó para nuestro bebé. Al escuchar los acordes, se me atasca el nudo en la garganta y veo que no voy a poder. Vuelve a darle al *play*

y asiente con la cabeza, apremiándome. Empiezo con voz temblorosa, pero poco a poco recupero la firmeza y me encuentro cantando para mis todavía vecinos, que se mecen al ritmo de la música.

*Te siento y te veo crecer cada día
Es tan increíble, ¿entonces por qué estar asustada?*

Una voz se une a mí y dejo de cantar, congelada en el sitio. La gente gira la cabeza para ver de quién se trata y se abre paso entre todos. Es Jason.

*No puedo creer que estaré sosteniéndote pronto
A salvo en mis brazos cuando finalmente te calmes.*

Llega hasta mi lado, me mira a los ojos y, ante la mirada de todo el vecindario, me coge la cara con ambas manos antes de acabar la canción.

Tú me perteneces, me perteneces.

Siento su aliento rozarme el rostro, la calma en sus ojos. Esperaba encontrarme inquietud, pero no hay ni rastro de ella. Me sonrío, y sé que debo decirle todo lo que llevo dentro y que me arde desde hace dos meses, pero no lo hago. Sencillamente no puedo. Me siento feliz de volver a verlo. Lo quiero. Los aplausos interrumpen ese momento y la conexión se rompe. Sonrío y él aplaude, agradeciendo a los vecinos.

Me evado hasta el otro extremo de la azotea, donde hay un poco de esa soledad que necesito. Boqueo buscando el aire que me falta mientras me insto a mí misma a respirar. Unos pasos se acercan y sé que es él. Cierro los ojos y, tras inspirar, me doy la vuelta. Clava de nuevo su mirada en la mía y siento que me tiemblan las rodillas. Da un paso más y, temeroso, posa una mano sobre mi abdomen; pongo la mía sobre la suya y, como si nuestro hijo quisiera hacer de este momento algo más mágico, se mueve. Jason lo siente por primera vez; abre mucho los ojos y me mira perplejo.

—Es un chico. —Una vocecita me regaña por ponérselo todo tan fácil. Jay se emociona.

—Un niño... —Le tiembla la voz, las lágrimas desbordan sus ojos. Posa la otra mano. Nos fundimos en un abrazo y siento cómo convulsiona debido al llanto descontrolado que se ha apoderado de él. Nunca he estado más segura

de nada, a pesar de todo lo que nos falta y nos rodea, a pesar de todas las conversaciones que aún no hemos mantenido, a pesar de los miedos que asoman en ambos, pese a que todavía no nos hemos dicho que nos queremos.

—Jason —lo llamo para que me mire a los ojos—, estoy enamorada de ti. Te quiero, mucho, y no lo entiendo, porque no sé cómo demonios ha pasado. No puedo hacer otra cosa más que quererte a pesar de todo...

Me besa con la cara empapada en lágrimas. Yo también me descubro llorando, pero apenas me importa. Jason me abraza tan fuerte que creo que me va a romper.

—Livi... —Dios, llevo tanto tiempo soñando con oírlo pronunciar mi nombre así.

—He llegado a pensar que no volvería a escuchártelo.

—Nunca, mi preciosa Livi, nunca dejaré de decírtelo. —Volvemos a abrazarnos, sumidos en la oscuridad de la noche primaveral con Anne cantándonos de fondo.

Una Olivia enfrentándose a su destino

~ 35 ~

Han pasado dos semanas desde que Jason volvió y, sí, he estado evitándolo. Nos vimos por última vez la noche de la fiesta en la azotea. Mis planes de regresar a casa se han visto trastocados y sigo sin saber qué hacer. Por un lado, deseo acurrucarme a su lado en el sofá, como hacíamos antes de que todo esto pasase, y por otro quiero que se marche de nuevo. Al vivir en el mismo edificio, hemos coincidido en la escalera; además, he seguido paseando con Anne, menos cuando él ha ido con Keira. Sé que tenemos una conversación pendiente y que hay que tomar decisiones, pero no estoy preparada.

—Ey, Albita, ¿cómo va eso?

—Eso quiero saber, Oli. ¿Cómo estás? —No dejan de llamarme desde que les dije que Jason había vuelto.

—Bien, engordando por momentos. Ya parezco un globo —bromeo.

—Y más que te vas a inflar, pero quiero saber qué tal con él.

—No hemos hablado todavía.

—¿Todavía? ¡Pero, Oli, que lleva ahí quince días! ¿A qué esperas, a que nazca el niño? —me chilla enfadada.

—Joder, no me presiones, ya hablaremos. Tengo que colgar. —Y no espero a que me responda. No quiero enfrentarme a ella ni a Elena ni a él. Ojalá pudiera irme bien lejos.

Hoy ni siquiera le pregunto a Anne si va a ir Jason con ellas a pasear. Me pongo la sudadera y salgo a dar mi paseo yo sola. Me siento en el banco de todos los días, en el mismo parque, y miro hacia el lago de todos los días oyendo a los pájaros trinar, con el sol calentándome la cara. Todo muy épico.

—¿Puedo sentarme? —El estómago sube y baja en una milésima de segundo. Veo a Jay con el pelo revuelto, como siempre, y esos ojitos de cordero degollado que pone cuando quiere algo. Suspiro y le doy mi permiso.

Permanecemos en silencio unos minutos. Él acerca su mano a la mía, que

tengo sobre el banco, pero cuando siento que está a pocos milímetros, la traslado a mi regazo, impidiendo el contacto. Que le haya dicho que lo quiero no significa que vaya a ponérselo fácil. Joder, estoy hecha un putito lío.

—Tenemos que hablar —comienza.

—Yo...

Silencia mis labios con un dedo.

—Sé que no quieres y que necesitas explicaciones, y yo también necesito pedirte perdón.

—No pasa nada...

—¡Sí que pasa, Livi! Grítame, mándame a la mierda, ódiame, pero di algo. No soporto más tu mirada triste y tus evasiones. —Aguento en silencio. Jason resopla—. Anne y yo nos criamos en Tongatapu, que significa «sagrada del sur» y da origen al reino de Tonga. Nuku'alofa es la capital. Mi madre nos enseñó a amar la tierra que nos vio nacer y, de alguna manera, me aporta paz.

»Cerca de allí poseo un *resort* donde trabaja gente estupenda que se encarga de todo, y yo no tengo por qué aparecer para nada. Cuento con personas de confianza; una de ellas es Antara. La conocí siendo un niño. Nos criamos juntos, aprendimos a hacer surf a la vez, comenzamos a construir sueños en común y nos enamoramos. Ella fue mi primer amor, y mi gran suerte es que cuando todo acabó entre nosotros, siguió siendo una de mis mejores amigas. —Si piensa que eso me va a tranquilizar, va listo. ¿Y ha estado con esa tía todo este tiempo? Esto va mal.

—Creo que no quiero saber más. —Cruzo la pierna derecha sobre la izquierda, que, según dicen, significa bloquear la comunicación con la otra persona. Lenguaje no verbal, lo llaman.

—Espera..., déjame que hable. Antara tiene una niña de año y poco; se parece a Keira, si la vieras, te enamorarías de ella. Alba y Elena son tus personas especiales, ¿verdad? Esas que siempre están cuando las necesitas, las que te hacen sentir la certeza de que aunque las cosas vayan muy mal, te levantarán o se sentarán a tu lado hasta que pase el trance. —Frunzo el ceño y asiento—. Eso es Antara para mí, y además, al igual que tus chicas, ella me conoce a la perfección y sabe cuándo algo me pasa. Tenemos esa conexión, como tú la tienes con Alba y Elena. Estando en la isla, me caló al instante y supo ver en mí lo que sucedía.

—¿Con todo este discurso tan bonito acerca de la amistad a dónde coño quieres ir a parar? No tengo toda la tarde. —Tanto amor por la tal Antara me empieza a cabrear.

Jason sonríe y se acerca más a mí.

—Anne, antes de irse, me dijo lo mismo que ella, y aquí es donde me vas a tomar por imbécil.

—A ver, sorpréndeme —respondo con chulería, cruzada de brazos sobre el vientre.

—Ya sabes que el padre de Keira amenazó a mi hermana y a su propia hija; menuda alimaña. Nunca podré perdonarme haberlos presentado, aunque ella no lo lamente, como me dice, pues Keira no estaría en nuestras vidas.

—Cierto.

—Pero mi adolescencia no fue nada sencilla, Livi. Yo hice cosas malas, pasé temporadas arrestado en la comisaría...

Pongo una mano en su pierna.

—Lo sé, Anne me lo contó todo al volver. —Se sorprende—. Los recuerdos amargos del pasado, el dolor...

—Livi, tú lo eres todo para mí, absolutamente todo. Sé que has sufrido mucho, y te mereces ser feliz, pero he dudado ser yo quien pueda hacerte feliz. Mi pasado no es algo para tomarse a la ligera y...—Cállate un poco, ¿quieres? —Poso los labios sobre los de Jason, lo que le dibuja una sonrisa. Nos besamos con lengua, y la descarga de sensaciones es indescriptible. Sabe a pedacito de vida, a calma, y una sensación agradable me invade. Los besos de Jay son distintos, pasan de dulces a intensos, y tan salvajes que me dejan sin aliento.

—Livi...

Apoyo mi frente sobre la suya antes de separarnos.

—Entiendo que has pensado una sarta de estupideces, y que gracias a eso hemos perdido dos meses de estar juntos, pero te quiero, y aunque aún siga muy cabreada, te perdono. Y lo que es más: te ordeno quitarte de la cabeza esas gilipolleces. Me importa una mierda tu pasado y lo que hayas vivido, así como tú me has aceptado siempre, incluyendo la pérdida que sufrí y que me sumió en un gran agujero. Pero de todo se sale; mírate. —Sonríe—. A partir de ahora dejemos todo eso atrás y comencemos a conocernos de verdad. Hemos empezado la casa por el tejado, pero es un tejado precioso. —Lo beso de nuevo, lo siento, y nos abrazamos.

—Ha merecido la pena esperar estos dos meses —me dice, y yo me muero de amor, de felicidad, de ganas de empezar una vida juntos y afrontar lo que tenga que venir.

—Vamos a casa. —Esta vez le guiño yo el ojo y nos marchamos

caminando abrazados.

JASON

—No dejes nunca de sonreír, Livi.

Ella me mira sin parar de hacerlo y a mí se me derrite el puto corazón cada vez más. Keira está jugando en la moqueta con la muñeca de su madre, que tiene más mierda que nada a pesar de haberla lavado cien veces, y aun así a la niña le parece el juguete más bonito del mundo. Anne, Livi y yo llevamos un rato jugando a un Monopoly de *Harry Potter* que mi hermana tiene en casa.

—Y de nuevo gané. Queridos Sterling, dais pena. —Mi hermana y yo nos miramos con cara de resignación—. ¿Más té, chicos?

Livi se levanta a preparar otra tetera. Parecemos tres viejas sentadas a la mesa del café, bebiendo té y jugando al *bridge*. Anne la sigue hacia la cocina y ambas mantienen una charla animada, a juzgar por sus risas. Mi sobrina viene dando saltitos directa a mí, se me lanza y casi me deja sin el carnet de padre. Menos mal que ya viene un retoño en camino. Keira me da unos cuantos abrazos y vuelve a la moqueta para seguir jugando a ser mamá. Livi nos sirve más té y continuamos jugando hasta que le suena el teléfono a Anne y nos abandona un momento.

—Deja de mirarme así...

—¿Cómo?

—Como si no hubiera nadie más en la habitación —me dice.

—¿Te cuento un secreto? —susurro cerca de su oído. Ella asiente—. Para mí no lo hay.

—Deja de decirme moñadas de esas, porque no puedo parar de sonreír. —Y ojalá lo hiciera siempre.

—Si pudieras estar en otro sitio en este momento, ¿dónde sería?

—¿En otro sitio?

Confirmo con la cabeza y ella se lleva la mano a la barbilla un segundo.

—Es fácil: en el lugar donde estuvieran mis amigas y mi madre.

—Háblame de ellas.

Livi bebe de su taza y una mirada nostálgica aparece en sus ojos.

—A Elena y Alba las conocí en el bloque donde me crie con mis padres. Alba se mudó siendo casi un bebé, y Elena, al igual que yo, prácticamente nació allí. Desde bien pequinatas nos hicimos inseparables, y nuestros padres nos apodaron entonces «las tres Marías». Así que llevamos toda nuestra vida juntas. Hemos pasado por todo: estudios, fracasos, aciertos, parejas, muertes, alegrías, penas... Cuando mi padre falleció, estuvieron ahí para mí y, sobre todo, para mi madre. Literalmente me sostuvieron el día que salí de la habitación del hospital, cuando mi padre acababa de expirar. —Para un segundo a tomar aire—. Y de nuevo me sostuvieron cuando Jesús murió. Elena vive en Nueva York y tardó cero coma en llegar a Madrid.

—¿Ambas están casadas?

—Alba, sí; Elena, no. Alba conoció a Esteban en una cafetería, sin saber que iba a ser su jefe. La primera vez que se vieron fue algo peculiar...

—*Guapita, ¿te decides ya? Porque aquí estás montando una buena, y no sé los demás, pero yo tengo muchísima prisa. ¿Qué te parece si te pago lo que quieras y te largas de una vez?*

¿Guapita? Uy, uy, uy. Aquello se estaba calentando por momentos. Aquel tío era un idiota redomado. Se pensaría que por estar bueno podía decir y hacer lo que le diera la gana, pero acababa de pinchar en hueso.

—*Mira, guapito —le dije con toda la rabia del mundo—, me vas bajando el tono y la mala leche o me voy a eternizar en hacer mi pedido. Todos tenemos prisa, pero te vas a esperar a que decida lo que quiero, y aunque agradezco tu gesto, no necesito que un pijo como tú me pague nada. Así que paciencia y cállate la boca.*

Después de ese discurso me giré y le pedí a la dependienta, que estaba blanca como un folio, un café latte y un par de galletas con pepitas de chocolate. El pijo debía de estar a cuadros, porque no abrió la boca. Realmente no sabía qué le había parecido, porque no volví a girarme y lo ignoré a base de bien. Me dieron mi tique y me alejé de la cola. Aún oía resoplidos y a algunos clientes quejarse. Estaba deseando salir de allí y esconderme en la oficina después de aquel desagradable encuentro.

Por fin llegó mi pedido, y entonces sí tenía que enfrentarme al pijo impaciente, así que inspiré profundamente y, con el coraje que me quedaba, porque sentía que lo había agotado casi todo tras nuestro violento encontronazo, me di la vuelta, para quedarme con la boca abierta. De repente el pijo había desaparecido.

No puedo parar de reírme; de hecho, no estaba preparado para lo que he oído y se me ha salido el té por la nariz, salpicando a Livi, que me pone mala cara y pega un chillido.

—¿En serio fue así?

—Total. Y después se lo encontró en el despacho de su todavía jefe, que estaba a punto de jubilarse. Se convirtió en su superior y las chispas saltaban; se enamoraron y vivieron una bonita historia de amor con drama incluido.

Acerco más la silla más para que me lo cuente todo.

—Pareces la vieja del visillo.

—¿Quién? —Mueve la mano, dándome a entender que no importa, y prosigo con el relato:

—Dieron una fiesta de aniversario en la empresa donde ambos trabajaban. Se pelearon y él tuvo un accidente que lo dejó en coma. Por aquellos días, Alba se enteró de que estaba embarazada.

Abro la boca, flipando.

—Nooo.

Ella asiente.

—Salió del coma, se casaron y tuvieron una niña preciosa. Fin de la primera historia de cuento de hadas.

—Joderrrr, es increíble.

—Lo sé. Nunca pensó que ir a por café para su jefe la haría conocer a su *pijo arrogante*.

—¿«Pijo arrogante»?

—Así lo llamó ella el día que se conocieron, y con el mote se ha quedado. —Coge el móvil y me enseña una fotografía de su amiga Alba, a la que conozco; Esteban, que es un tipo bastante atractivo, y una pequeña niña, rubia como mi sobrina, que sonrío feliz.

—¿Y Elena?

—Ella se fue a Nueva York huyendo de un error que había cometido. No me mires así, que no mató a nadie. Simplemente se enamoró de quien no debía, alguien que la usó y le rompió el corazón.

—Y entonces en el avión se sentó junto a un tipo que tenía miedo a volar, el vuelo fue terrible y se dieron la mano en las turbulencias.

—No.

—Hmmm, iba despistada andando por la calle y se chocó con él.

—Que no.

—Fue al supermercado y al salir se le rompió la bolsa y ¡él la ayudó con

la compra!

—¿Quieres callarte y dejarme hablar? —Más que una pregunta, es una orden—. Esteban tiene un amigo en Nueva York que trabaja en una revista y le ofreció trabajo a Elena, que es una gran profesional ante todo, pero su primer contacto también resultó algo cómico...

—Vaya, vaya. No sabía que ahora el despacho de mi asistente era tu nuevo estudio, querido Lucas. —Me paralicé, porque ahora sí que me era conocida esa voz. ¡No podía ser!

A pesar de haber cruzado pocas palabras con él en España, reconocí la voz de Eric. ¡Dios!, ¡qué mala pata la mía! Ahora que trabajaba para él, me encontraba haciendo esa tontería, así que ya podía ir despidiéndome de comenzar con buen pie. Congelada como estaba, fui incapaz de girarme para mirarlo hasta que la voz de Lucas me sacó de mi estado.

—Ya me conoces, Eric. Cualquier lugar es bueno para tomar unas fotografías, y más cuando un tesoro como este me inspira. —Reparé en que le había contestado de forma bastante amigable. Ahora habíamos pasado de ángel a tesoro, como si el fotógrafo fuera Gollum y yo, el anillo codiciado.

—Una pena que pienses así. Me gustaría comenzar a trabajar, y necesito a tu «tesoro» para ello, así que, si eres tan amable, vuelve a tu estudio con tus modelos y déjanos sacar adelante esta revista.

¿«Su tesoro»? No, no, no. «Yo soy una profesional y esto no es lo que parece», me hubiese gustado decir, pero creí que sería inútil. Bastante avergonzada, me volví y, por primera vez desde que estaba en Nueva York, oteé al amigo de Esteban. Ya casi no lo recordaba. Llevaba camisa blanca, un traje negro y corbata a juego. Su pelo oscuro, peinado hacia atrás, era impecable. Él parecía perfecto. Ojos negros y barba incipiente. Atlético, eso estaba claro, aunque con el traje lo disimulaba bastante. En España, recordé, sonreía más... Claro que, después de la estampa que se había encontrado en su oficina el primer día de trabajo de su nueva asistente, no me extrañaba que tuviera esa cara de rancio.

—Señor Reynolds, yo siento esto..., pero el señor Hamilton me dijo lo de las fotos para las fichas de los empleados nuevos y... bueno... como usted no llegaba... —¡Dios! Pero ¿se podía divagar más? «Tierra, trágame», era lo único que venía a mi mente.

—Señorita Ferráez —se dirigió a mí, analizándome como si me perdonase la vida—, en cuanto acabe con el jueguito este de modelo, la espero en mi despacho.

Vuelvo a partirme de risa. Livi está preparada y se echa hacia atrás, aunque no bebo en esta ocasión, por lo que no la ducho con el té.

—Alucinantes las historias de tus amigas.

—Yo pensaba que marcharse a otra ciudad, tan lejos de su gente, no la iba a beneficiar a la larga, pero allí encontró el amor y la felicidad, y es ahí donde vive junto a Eric, dirigiendo dos revistas de gran éxito.

—Sé de qué revista me hablas, me han hecho algún reportaje. No sabía que tu amiga trabajaba para ella. Bueno saberlo. —Vuelvo a servirme té.

—A veces huir de algo o alguien es bueno, en el sentido de que vuelve a ponerlo todo en su sitio. —Está hablando de sí misma.

—Tienes razón. Cuando Anne y yo vinimos aquí, nos pasó lo mismo: comenzamos una nueva vida, y al llegar yo me mostraba bastante reacio a que todo pudiera ser de otra forma. Anne siempre ha sido más optimista que yo —bromeo—. Me encanta ese brillo en tus ojos cuando hablas de algo o alguien que te apasiona.

Livi sonrío, se levanta y viene hasta mí. Se sienta en mis piernas y me rodea el cuello con los brazos. Roza su nariz con la mía y después deposita un beso suave en ella.

—Beso de esquimal. Para los esquimales, inhalar el aliento de un amante es erótico —explica divertida.

—En Nueva Zelanda hay un saludo similar que consiste en apoyar las narices; el Hongi, se llama. Una tradición que proviene directamente de los dioses.

—Pero no es tan romántico como el beso de esquimal.

Me saca una carcajada mientras me enamoro aún más de su sonrisa perenne.

—Gracias, Livi.

—¿Por qué? ¿Por culturizarte un poco?

—Por hacer que vuelva a ser aquel que fui. «Eres el primer sueño, el único sueño que nunca pude obligarme a dejar de soñar. Eres el primer sueño de mi alma, y de ese sueño, espero que nazcan todos los otros sueños, toda una vida de sueños. Al fin con esperanza».

—Will Herondale; ¿tú también eres un friki de *Cazadores de sombras*?

Le digo que sí con la cabeza y acaricia mi cara con las manos antes de besarme. Yo me dejo hacer, sabiendo que esto que late en el aire ya no es un espejismo, sino una realidad. La nuestra.

El lunes me despierto con el olor a café recién hecho, y yo sin poder catarlo. Alargo el brazo y no toco a Jason; su lado está vacío. Llevo unas semanas durmiendo con él, y las ganas de hacer el amor no se me van. He estado leyendo sobre ello, y al parecer, con el embarazo y debido a la revolución hormonal, hay mujeres que se vuelven locas y necesitan más sexo del habitual. Desde que ha vuelto, apenas me ha tocado; muchos abracitos y besitos, pero no salimos de ahí. ¿Quizá con el barrigón que va creciendo ya no le gusto?

Me hago un poco la remolona en la cama con las dudas asfixiándome. Cuando el reloj marca las diez en punto, decido levantarme.

—Buenos días —oigo su voz. Restregándome los ojos, alzo la mirada y lo veo sentado en una silla de la cocina leyendo un periódico. Lleva una camiseta blanca de manga corta que deja ver los tatuajes de los brazos y un pantalón gris de chándal. Me sonrío al verme.

—Buenos días, Jay.

Me acerco a él y me rodea, posando los labios sobre mi tripa. Le acaricio el cuello y le remuevo el pelo con cariño.

—¿Tienes hambre?

Asiento y se levanta a prepararme, como siempre, un desayuno saludable. Me siento mientras tanto a leer el periódico desplegado sobre la mesa y lo escucho canturrear una canción.

—Desde luego, las noticias del mundo dan asco, no hay más que desgracias. —Cierro el periódico y me fijo en Jason, en cómo tararea y se mueve, provocando que desee tirarlo al suelo y follármelo a lo bestia. ¡Malditas hormonas!

Me sirve el desayuno y se sienta a mi lado mientras sigue leyendo las horripilantes noticias. Cuando acaba, arrima la silla más a mí hasta poder rodearme con el brazo. Me acaricia la cabeza suavemente, relajándome, y cierro los ojos por instinto. Nos miramos en silencio; es uno de esos silencios

que te hacen daño pero que eres incapaz de romper. Terminó de comer y me voy al baño a lavarme los dientes mientras oigo el agua correr y los cacharros que debe de estar lavando en la cocina.

—¿Quieres darte un baño?

Enarco las cejas y suelto una risita malévolamente.

—Si es contigo, sí. —Voy a por todas porque necesito volver a tener sexo con Jason.

Me guiña un ojo y veo cómo prepara la bañera, le echa aceites, jabón, sales... Yo no me muevo de allí, y cuando empieza a desnudarse, me concentro en su cuerpo.

—¿Tú no vas a desnudarte? Con ropa vas a estar incómoda y muy empapada. —Esto último lo dice con doble sentido. Camino hasta él, le cojo la mano y la llevo al interior de mis bragas para que vea el nivel de humedad que ya hay allí, sin necesidad de meterme en el agua.

—Joder, Livi..., esto es una fuente. —Me río y me reclino contra su pecho. Juguetea un poco con los dedos y yo gimo sin poder parar—. Creo que antes del baño vamos a dar una vueltecita por la cama...

Saca la mano de mi pantalón y tira de mí hasta el dormitorio. De pie junto a la cama me quita el pijama y me quedo en ropa interior. Los pezones se me ponen duros al instante; atrapa uno de mis pechos y lo acaricia, provocándome más gemidos de placer. Me besa al mismo tiempo, tragándose algunos de ellos. Su lengua juega con la mía, un vaivén delicioso y ansia pura explotando en nosotros.

—Hazme el amor, Jay... —Me revuelvo inquieta. Él no se mueve—. Porque tú quieres, ¿no?

Enmarca mi cara con sus manos, roza su nariz con la mía y me mira a los ojos muy serio.

—¿Cómo que si quiero? No sé qué me has dado que no deseo más que estar dentro de ti.

Gimo irremediablemente.

Se agacha para quitarme las braguitas y en el recorrido va besando mis piernas. Menos mal que me sujeta, porque estoy a punto de caerme. Nos tumbamos sobre la cama y nos besamos entre risas y gemidos. Me siento finalmente a horcajadas sobre Jason y me va penetrando despacio hasta que me acomodo por completo a él. Mirándonos a la cara, la cadencia de movimientos se va acelerando y, en contra de lo que yo pensaba, no hacemos el amor salvajemente, liberando las ganas retenidas, sino que lo hacemos

dulcemente, dejando aflorar la pasión en un intercambio muy íntimo.

Me sujeta por la parta baja de la espalda y, cuando me echo hacia atrás, sigue agarrándome, solo que ahora me besa el pecho, el cuello, los hombros...

—Livi... —Y en su gemido me siento poderosa, amada, deseada, y por fin en el lugar donde tenía que estar.

Ojalá este encuentro durara para siempre, pero ya se sabe que todo lo bueno acaba y todo lo que sube, baja. Me aferro a él, nos abrazamos y, en unos movimientos acompasados, siento las convulsiones del orgasmo. En un par de acometidas más, Jason se me une y se corre dentro de mí. Unos segundos después me ayuda a tumbarme a su lado, tratando de estabilizar la respiración. Me giro, todo lo que el embarazo me permite, y reposo sobre su pecho, sintiendo el latir de su corazón.

—He llegado a pensar que ya no te gustaba —confieso entre sollozos. Segundo *round* de hormonas. Jay me mira extrañado y me limpia las mejillas.

—Eso no podría pasar jamás. Vamos a tomar ese baño, anda.

El agua ya se ha quedado fría, por lo que Jason insiste en cambiarla y volver a echarle de todo. A duras penas entramos ambos en la bañera, pero yo me empeño en ello y dejamos el suelo perdido de toda el agua que se desborda. Recostada sobre él, mi barriga sobresale por encima de la superficie. Jay lleva allí sus manos y dibuja un corazón rodeando el ombligo, que ya está empezando a apuntar hacia fuera. Dios, qué grima.

—Cántame esa canción que me enviaste.

—¿La del vídeo?

Asiento mientras cierro los ojos, preparada para escucharlo. Jason canta tocando mi tripa y yo pongo mis manos sobre las suyas. Nuestro bebé se agita, seguramente para decirle a su padre que le gusta que le cante. Y es entonces cuando me reafirmo más que nunca en que cada cosa sucede cuando debe ser, cuando llega su momento. Mi momento para ser madre no era con Jesús, por mucho que lo deseáramos. Mi momento para ser mamá es este, con Jason, un hombre que llegó a mi vida de casualidad, al que no esperaba ni por asomo, y que me ha dado lo mejor del mundo: una segunda oportunidad.

Hoy entro en el sexto mes de embarazo y las cosas no pueden ir mejor. Mi madre está deseando poder venir, pero prefiero que lo haga en la recta final. Alba me ha contado que hace unos días que no sabe nada de Elena, ni Esteban de Eric, y es bastante raro. Nosotras nos comunicamos casi a diario.

Esta tarde tengo una ecografía, y por la noche iré a un evento de Jason, aunque no como su acompañante, sino como fotógrafa. Puede parecer un milagro, pero todavía no nos ha pillado ningún *paparazzi* y podemos hacer vida normal, sin el estrés de lo que publiquen.

—Buenos días, gordita. —Aparece por la puerta de mi casa con unos sobres en la mano. Debe de ser el correo del día. Me da un beso en la cabeza y yo le doy otro en la boca después.

—Cuando deje de estar embarazada, no sé qué me vas a llamar —musito.

—No te preocupes, ya se me ocurrirá algo. Aquí te dejo el correo y me marcho a supervisar los últimos preparativos. Rob me llamó anoche, agobiado porque las luces no funcionaban del todo bien. —Se agacha para besar mi vientre y después me besa a mí.

Lo veo irse con esos andares que me vuelven loca y suspiro.

El timbre suena y me levanto para comprobar quién es. Abro la puerta y me encuentro a Jason. Esconde algo en la espalda, que me enseña en cuanto lo veo. Me llevo la mano a la boca, sorprendida, y me echo a llorar. Estas hormonas van a acabar conmigo.

—Se me había olvidado decirte que te quiero. —Me guiña el ojo antes de besarme prolongadamente.

—Te quiero, galletita.

Cierro la puerta tras verlo bajar la escalera y huelo las flores que me ha traído. Son frescas, por lo que, imagino, las habrá cortado del jardín de entrada del edificio. Vuelven a llamar al timbre y, temiendo que sea Jay, regreso con la sonrisa en la cara.

—Y ahora, ¿qué?

—Hola. —Es Anne. Viene con la respiración acelerada, como si hubiera estado corriendo.

—Oh, pensaba que eras otra persona. Pasa.

—¿Y esas flores? —Esta vez no son buganvillas rosas, sino margaritas.

—Me las ha regalado tu hermano.

—¿Está aquí? Necesito verlo cuanto antes —dice muy enfadada.

—No... Acaba de marcharse, ¿no te lo has cruzado? —Niega—. ¿Sucede algo?

Se muerde el labio, dudando.

—Pues mira, sí. Ha llegado esta carta, de la que no tenía ni idea. ¿Tú sabías algo?

Cojo el sobre que me ofrece y lo leo con rapidez.

—¿Pero qué coño...? —La miro sin entender.

—No sabía nada, ¿cómo ha podido ocultarme algo así? Yo me lo cargo. Siento mucho que vaya a quedarse sin padre —señala mi tripa—, pero lo mato.

—Eso será si no lo mato yo primero. —Agarro el bolso, que cuelga del perchero en el recibidor, y una chaqueta y salgo sin mirar a Anne. Llamo un taxi y en diez minutos me presento en el local donde se celebra el evento benéfico de Jay. Durante todo el trayecto he ido rumiando cómo decirle que es un gilipollas y que ocultar información a la gente que quieres es una mierda.

Entro en el local, que es muy amplio; hay personas disponiendo pequeñas mesas redondas, otras ajustando el sonido, y al fondo veo a Rob con Jason. Se va a enterar...

—¿Livi? —Su ayudante es el primero que me ve—. Luego hablamos. —Debo de tener una cara de enfado espeluznante cuando ha pillado en una milésima de segundo que es mejor que se largue.

—¿Ha pasado algo, gordita?

—Deja de llamarme eso y más bien explícame qué coño significa esta carta. —Se la entrego en un manotazo. La toma y tarda poco en leerla antes de guardársela en el bolsillo trasero del pantalón—. ¿Y bien?

—Vamos a sentarnos. —Trata de cogerme del brazo, pero me revuelvo y cruzo los brazos.

—No, vas a contarme qué es eso y vas a hacerlo ¡ahora! —Dios, estoy iracunda.

—Bien, pero tranquilízate. Cuando estuvimos en Tonga, ya sabes que hubo un altercado con Darel y...

—¿Altercado? ¡Lo dejaste medio muerto!

—Vale, le di una paliza y por eso estuve detenido...

—¡Y ahora llega una carta del juzgado diciendo que han archivado el caso! ¿Pero en qué coño estabas pensando cuando le pegaste? Cuando Anne me contó lo de la pelea, el cuchillo en el cuello de Keira y todo lo que tenías pendiente con tu padre, lo entendí. No me dijiste que te quedaste allí tanto tiempo porque Darel te denunció y esuviste detenido mes y medio. ¿Pero en qué pensabas al volver? Joder, Jason, ¡estoy flipando! —Empiezo a hiperventilar y de pronto siento que voy a caerme al suelo. Me siento en una de las sillas cercanas con la mano en la tripa—. Calma, *bichito*, estamos bien, estamos bien.

—Livi, cálmate antes de que le pase algo al bebé, por favor; no lo hagas por mí, hazlo por él. —Respiro profundamente sabiendo que lleva razón. Se agacha para quedar a mi altura—. Siento no haberte contado esto, pero no quería preocuparte. Regresé en cuanto me dejaron libre, aunque mi abogado me dijo que me llegarían noticias. Ya he hablado con él. Fue a negociar con Darel y le dijo que si seguía adelante con la denuncia, saldría a la luz el maltrato a mi hermana, o sea, que estaba cavando su propia tumba, por tanto, la retiró y yo salí libre.

—¿Y no pensaste en ningún momento que era bueno contármelo? ¿O a tu hermana? Porque ella tampoco tiene ni idea.

—Lo sé, pero lo principal era volver contigo. Ya había tardado mucho en regresar a tu lado. Lo demás no importaba una mierda.

Me pongo en pie de un salto.

—¡Que no importaba! ¡Que no importaba! Jason, la prensa te va a crujir cuando se entere. Vas a echar a perder toda tu reputación, tu trabajo, tu vida entera, joder... De verdad que a veces no parece que tengas la edad que tienes. ¿Y pretendes que me sienta culpable? ¿Que dejaste eso por venir a estar conmigo? Joder, ¿es que no conoces los teléfonos? Podías haberme llamado para contarme todo, darme alguna puta explicación en el transcurso de esos dos meses para no hacerme creer que pasabas de mí y de tu hijo. Elegiste dejarme en la ignorancia y que todo fuese precioso al regresar. La gente que se quiere no se oculta cosas, al revés, ¡se las cuenta TODAS! Lo malo, lo que te preocupa, lo que te duele... Todo, joder, todo. Tú aún no has entendido lo que significa ser una pareja; no es echar un polvo y ver películas en el sofá abrazaditos. Es apoyarse, es ayudarse, es resistir y luchar juntos. ¡Eso es ser una pareja! No me molesta tanto el hecho de que tengas un juicio pendiente

como que me lo hayas escondido a propósito. Ahora mismo creo que no te conozco en absoluto. —Y tras soltarle todo lo que llevaba meses callando, me alejé sin darle tiempo a replicar nada.

JASON

Muchas veces a lo largo de mi vida he sentido que me tendían una trampa y me encerraban, que me dejaban sin salida. Cuando viajamos a Tonga a despedirnos de mi padre y los recuerdos que me asaltaban volvieron, no imaginé que iba a costarme tan caro. Tantas veces queremos evitar el sufrimiento a nuestros seres queridos que acabamos jodiendo todo por completo. Y de nuevo mi mayor miedo aflora tras escuchar las duras palabras de Livi. No puedo permitir que esto se estropee, que crea no conocerme, que no quiera estar conmigo... Dios, se me rompe el puto corazón a intervalos.

—Jason, puedo encargarme de todo aquí si necesitas marcharte —me ofrece Rob. Asiento y le digo que me llame si necesita algo, pero para lo que menos cabeza tengo ahora mismo es para la gala benéfica.

Llamo a Michael, mi abogado, para informarlo de cuándo es el juicio, y vuelvo al apartamento a hablar con Anne.

—¿Pero en qué demonios estabas pensando?! Bueno, quizá debería decir: ¿por qué no pensaste? Dios mío, Jay, ¡un juicio! Y ambos sabemos cómo se las gasta Darel; puede inventarse cualquier historia y meterte en la cárcel. Dios mío, no quiero ni imaginármelo. —Se lleva las manos a la cara y llora. Está asustada, como cuando el cabrón de Darel la amenazaba y le ponía la mano encima. La abrazo, y se agarra a mí con tanta fuerza que podría romperme.

—Tío. —Mi rubita me ha oído llegar y viene corriendo con los brazos abiertos.

Me despego de su madre, que se limpia la cara para que la niña no la vea, y la lanzo al aire un par de veces. Keira se ríe a carcajadas y su risa me transporta a un lugar donde no hay preocupaciones. La dejo en el suelo y vuelve a su cuarto a jugar.

—Anne, no va a pasarme nada. He hablado con Michael y está preparando mi defensa. Según esto —ojeo de nuevo la notificación del

juzgado—, debo estar allí en tres semanas.

—¿Has hablado con Olivia? Salió a por ti en cuanto leyó la carta.

—Sí, fue a buscarme —murmuro distraído.

—O sea, que ha ido fatal. —La miro, pensando aún en Livi—. Cuando pones esa cara de estar en otro sitio es que algo ha ido rematadamente mal. Dale tiempo, seguro que en unos días todo habrá pasado.

—¡Mamá!

Anne me frota el hombro para reconfortarme y se va a la habitación de Keira.

Yo me encamino a mi dormitorio y rebusco en los cajones del escritorio.

—Debería estar por aquí... —Encuentro un paquete de tabaco que guardo para emergencias de este tipo. De mis años locos aún conservo este mal vicio, y cuando me siento atrapado, cojo uno de estos. Subo a la azotea con la guitarra, que es otro de mis hábitos; este sano, de los que curan el alma y alivian un poco el peso de los problemas.

Dejo la guitarra a mi lado y enciendo el cigarro; doy varias caladas hasta que acabo apagándolo. Tras años de borracheras, de drogas y de vicios tan insanos, recaer en alguno de ellos me hace sentir como entonces. Tomo la guitarra y comienzo a cantar bajito. Esto sí que me sienta bien, joder.

*Toda mi vida,
creí que sería difícil encontrar al amor de mi vida,
hasta que te encontré.
Y lo encuentro agridulce
porque me has dado algo que puedo perder.*

Dejo de cantar cuando las palabras se me atascan en la garganta.

*Pero cuando amas a alguien,
abres tu corazón.
Cuando amas a alguien,
haces sitio.
Si amas a alguien,
y no tienes miedo a perderle.
Probablemente nunca has amado a nadie
como lo hago yo.*

Anne se sienta a mi lado y une su mano a la mía. Sigue cantando, mirándome a los ojos, y desenlazamos nuestras manos para continuar acariciando las cuerdas de la guitarra. Ella se apoya en mi brazo y no dejamos de cantar hasta el final, con el nudo aún presente, con el corazón un poco agotado, cada uno pensando en sus experiencias, en lo que hemos pasado juntos.

—«A menudo se encuentra el destino en el camino que se tomó para evitarlo», ¿recuerdas que lo decía mamá? —Yo asiento—. Y tú llevas años evitando el tuyo hasta que te has dado de bruces con él. Ya sabes lo racional y poco supersticiosa que soy. El destino no está escrito: tú me ayudas a escribirlo y tú me ayudas a acabarlo. No hay más.

Beso su pelo castaño sintiéndome agradecido por haberla tenido siempre en mi camino, aun cuando era un niño que jugueteaba con las drogas, un inconsciente que estaba perdido.

—¿Crees que se le pasará?

Se despega de mi brazo y me mira con mucha seguridad.

—Sin duda. Olivia está enamorada y te quiere. Solamente está enfadada. —Vuelve a abrazarse a mí y nos quedamos en la azotea cada uno absorto en sus cosas. Yo, en Livi y en nuestro bebé, al que esta misma tarde volveremos a ver. Espero que no me eche a patadas del consultorio del médico. Anne, seguramente, en esos recuerdos que todavía hoy le duelen, aunque mirar a Keira le alivia un poco el resquemor de la cicatriz.

No me apetece mucho hacer esta llamada, pero el segundo impacto del día me lo da Elena. La segunda carta, aunque es una auténtica sorpresa, es de las agradables. Enciendo el portátil y hago una llamada de Skype a Alba y Elena.

—¡Hey, gordita! ¿Cómo vas? —La voz de mi querida Alba me reconforta un poco. Sofía está en sus brazos y ambas me saludan sonriendo.

Elena tarda en contestar, pero finalmente aparece en la imagen.

—¡Chicasss! A ver esa tripota, Oli, levanta y enséñanos a nuestro sobrino.

Me pongo de pie y cumplo. Me alzo la camiseta y contemplan la barriga de seis meses de gestación en todo su esplendor. Aplauden y me vitorean como si hubiera conseguido, por lo menos, correr la San Silvestre. Vuelvo a sentarme, y al verme la cara, saben que algo pasa.

—Sofi, cariño, vete con papá un ratito —la niña se apea de su regazo y desaparece de la pantalla—, que me parece que aquí se va a liar gorda. ¿Y esa cara?

—La que tengo, mírate la tuya, no te jode.

—Haya calma, muchachitas mías —trata de mediar Elena.

—Además, si os he llamado es para que una de las dos me explique qué coño significa esta carta que he recibido. —Les enseño el papel que sostengo y Elena levanta la mano.

—Me temo que soy culpable. ¡Me casooo!

—¿En un mes? ¿En un jodido mes en el que seré una vaca burra que apenas podrá moverse? —suelto cabreada.

—Es cuando hemos podido cuadrarlo. También sabéis que Eric es muy espontáneo, y de golpe se ha puesto a organizar todo.

—Bueno, ya era hora desde que le pediste matrimonio, bonita. Yo pensaba que al final no iba a haber boda —contesta Alba, malhumorada también.

—¿Y a ti qué te pasa?

—Bueno, como esto parece hoy el confesionario de *Gran Hermano*, allá

vamos: estoy embarazada —dice de sopetón, y a Elena se le sale el café por la nariz.

—Joder, Alba, avisa, que se nos muere.

La neoyorquina tose unas cuantas veces hasta que se recupera al cien por cien.

—Me cago en todo, Alba. ¿Embarazada? ¿Pero aquí la única que comparte las buenas noticias soy yo?

—Bueno, tampoco es que lo hayas hecho muy bien, Elenita. Que nos has avisado de la boda con una puta invitación, por cierto, algo barroca, todo hay que decirlo. —Vuelvo a mirarla y me sorprende que mi amiga haya elegido semejante modelo, todo lleno de flores y cisnes.

—Las invitaciones las ha elegido la madre de Eric; es lo único que le hemos dejado hacer. La mujer tiene ese gusto tan peculiar, y prefería que me estropease la invitación, que al final es un trozo de papel, a que me preparase una boda de ese tipo. ¡Imaginaos si le doy libertad! —Alba y yo nos reímos a pleno pulmón—. Retomemos el asunto de Alba —dice.

—¿Asunto? Está preñada, no es un asunto.

—Pues sí, chicas. No me preguntéis cómo ha pasado, porque desde que Sofia nació me he tomado la píldora todos los puñeteros días. Según el médico, el antibiótico que me tomé anuló su efecto, y lo peor es que es un antibiótico que llevo tomando toda la vida —se lamenta.

—Bueno, bueno, que un niño siempre es alegría. ¡Felicidades, mamá! ¿Qué tal Esteban?

—Él, más feliz que nadie; no es el que va a pasar meses incómodo, con síntomas, y teniendo que enfrentarse a un parto.

—Gracias —respondo, en referencia a todo lo que yo estoy pasando y lo que me queda.

—De nada —apostilla Alba. Las hormonas ya la están afectando; joder, qué humor tiene.

—Cuando me enteré, me puse a llorar sin consuelo. Esteban se pensó lo peor, y cuando le conté, entre hipidos, que estaba embarazada, me regañó diciéndome que eso es motivo de felicidad y no para ponerme así.

—Es que tiene razón, Albita —comenta Elena.

—Cuando seas madre, comerás huevos. ¿Tú sabes lo duro que es? No es eso bonito que nos llevan vendiendo toda la vida. Ya tengo una, sé de lo que hablo, y ahora dos... La madre que me parió —se queja.

—Bueno, venga, que como dice Elena, es alegría. Peor es una

enfermedad.

—Claro, y peor es que te atropelle un tranvía, no te jode, esta. —Ya no me acordaba de la Alba hormonada, es un ser desagradable y hosco.

—Volviendo al tema: Elena, háganos de la boda mientras al Grinch se le pasa el mal humor mañanero.

Alba me saca el dedo y yo se lo saco a ella. Todo muy maduro.

—Pues ha sido algo improvisado, espontáneo. Eric y yo estábamos cenando en el hotel Plaza y me acordé de una peli en la que un par de amigas se pelean por casarse el mismo día y en el mismo sitio. Se lo comenté y le dije que en la película parecía un lugar precioso para casarse. Entonces me propuso hacerlo nosotros. Al principio pensaba que estaba de coña, hasta que lo vi llamar a alguien y le confirmaron que en un mes tenían una fecha libre. Me miró y me dijo: «¿Sí?». Y sin pensármelo dos veces, contesté que sí.

—¡Guau! Es como una peli ñoña navideña —suelto sin filtrar. Elena se ríe, y ahí está mi explicación, me dice.

—Y aún podrás volar, si todo marcha bien. Consúltaselo al médico —me pide solícita. La verdad, no me imagino perderme esa boda. Ojalá pueda ir.

—Y ahora tu turno: ¿esa cara es por el embarazo o ha pasado algo más? —pregunta Alba.

—Día de confesiones, ¿no? Pues agarraos a algo. —Hago una pausa dramática—. En el tiempo que Jason pasó desaparecido, estuvo en la cárcel en su país natal por darle una paliza al hijo de puta del ex de su hermana, el que la maltrataba. Cuando estuvieron allí, se lo encontraron y amenazó a su propia hija con un cuchillo en el cuello. Jason perdió el control y se pelearon, con la mala suerte de que el ex acabó en el hospital y Jason, en prisión mes y pico, joder. Me acabo de enterar y estoy *aluciflipando* todavía.

—Joder... —murmuran al unísono.

—Así que cuando me he enterado he ido a buscarlo y le he dicho de todo; algunas cosas creo que me las había guardado, porque la explosión ha sido bestial. Y lo peor de todo es que si ha sido capaz de ocultarme eso, ¿qué más podría esconder? Siento que no lo conozco, todo esto es una locura. Preñada de un tío al que conocí una noche, que me investiga en plan psicópata y consigue que trabaje para él... No sé.

—Te olvidas de añadir que es el tío que incluso antes de saber que estabas embarazada se desvivía por cuidarte, el que te canta canciones y, en definitiva, te ha ayudado a volver a ser la Oli de siempre. —Jodida Elena.

—Aun así me da miedo que todo sea un espejismo. Joder, no me esperaba

que me ocultase cosas. Sé que su adolescencia fue muy complicada y que dejó todo atrás...

—Pero tienes miedo. Déjame decirte algo, y no te cabrees conmigo.

—Si empiezas así, mal vamos, chata —le replico a Alba, aunque ella me ignora.

—Desde que murió Jesús, te has convertido en alguien muy miedoso, un animalillo agazapado, en constante espera de que los demás la saquen adelante. Y tú no eres así. No puedes dejar que los miedos te ganen siempre, porque eso no es vida, Oli, no lo es.

—Auch, eso duele, Albita. —Con las manos sobre la tripa, siento un pinchazo.

—Lo sé, pero a veces necesitamos que nos digan las cosas, que nos duela, y así ser conscientes de la realidad.

Elena se ha mantenido al margen en todo momento.

—¿Y tú qué opinas, Elenita?

—Digo que algo más te pasa. Te ha dado un dolor, ¿verdad?

Asiento.

—Como una punzada, sí. No os preocupéis, que esta tarde voy al ginecólogo.

—Pueden ser las Braxton Hicks; son las contracciones previas a las reales del parto, porque el cuerpo se va preparando ya en estos meses. Si va a más, ve a urgencias, aunque yo juraría que se trata de eso —explica Alba, la experta en embarazos.

—Aparte de las Braxton-no-sé-qué, digo que Albita tiene razón. Oli, deja el miedo atrás, enfádate con él si quieres, porque estás en todo el derecho, pero no dejes que vaya más allá. Jason parece buen tío, y sospecho que es más una víctima de un pasado nefasto que un mal tipo. Habla con él, no dejes que haya telarañas entre vosotros que escondan la verdad de lo que tenéis.

Hablamos un poco más de todo y de nada y nos despedimos con una sonrisa triste. Nos echamos de menos, y aunque estemos siempre las unas para las otras, la distancia a veces escuece.

—Buenas tardes, Olivia. Acompáñame por aquí. —Una de las enfermeras me lleva a la sala donde se realizan las ecografías. Antes de hacérmela, me pesa y me formula algunas preguntas—. El médico vendrá enseguida.

—Gracias.

Jason sabía perfectamente que teníamos hora con el ginecólogo para la ecografía del sexto mes y no ha aparecido. Espero pacientemente, recostada sobre la camilla; en un lateral hay fotografías de bebés colgadas. ¿Cómo será el nuestro? ¿Se parecerá a mí? ¿Tendrá los ojos como su padre? Dios mío, parezco sacada de una película romántica.

—Oh, hola, doctor. —Se abre la puerta, pero no es mi médico, es Jason.

—No me has esperado. Tuve que volver al local porque a Rob le estaba dando un infarto por unos problemas con..., bueno, da igual. He llegado a tiempo, que es lo único que importa. —Se ubica a mi lado, coge mi mano y la besa.

—Yo...

—Buenas tardes. —El doctor Maze rompe el momento; quizá sea lo mejor—. Vamos a ver a ese pequeñín. ¿Qué tal estás, Olivia?

—Bastante bien. Este segundo trimestre no me he sentido tan mal como en el primero.

—Eso es bueno —contesta echándome el gel frío sobre el abdomen. Coge la sonda y comienza a repartir el gel por toda la tripa—. Vamos allá.

Jay permanece a mi lado en silencio, y por un instante me siento mal por haber dudado de que viniera; después de todo, se trata de su hijo.

—Bien, entramos ya en la semana veinticuatro de gestación. Por lo que me ha dicho la enfermera, vas muy bien de peso y todo parece correcto. —Me tiende varios trozos de papel para limpiarme mientras sigue hablando—. Olivia, este mes tienes que hacerte algunas pruebas más, como en el trimestre anterior.

Me entrega algunos volantes para realizarme las pruebas y quedamos en

vernos cuando tenga los resultados. Media hora después salimos de la consulta del médico. Jason no ha abierto la boca desde que llegó y me besó la mano. Está de lo más misterioso.

—Imagino que tendrás que ir a ultimar los preparativos para la gala de esta noche, yo volveré caminando a casa.

—De eso nada, Livi.

Me cruzo de brazos, molesta.

—Jason, tú y yo sabemos que has venido en la moto porque va más deprisa, y por motivos más que obvios no voy a subirme en ella.

—Necesito hablar contigo, por favor...

—Ahora no, hablaremos después de la gala. Nos vemos allí. —Me marchó al apartamento con los ojos de Jay puestos en mí.

Mando un mensaje a mi madre y mis amigas para contarles cómo ha ido todo en el ginecólogo. El par de horas que me separan de la fiesta las paso eligiendo qué llevar al evento, porque con este barrigón ya no puedo ponerme la ropa que solía vestir. Llamaron a la puerta y es Anne, que viene a recogerme. Hoy Keira se queda con una vecina amiga suya mientras nosotras acudimos a la gala de su hermano.

—Me ha dicho Jason que en el médico bien. —Se lo confirmo con la cabeza—. Ya verás qué interesante esta gala: cada año recaudan un montón de dinero y viene mucha gente famosa.

Llegamos al local donde se celebra la fiesta y hay un montón de invitados. En la puerta se agolpan fotógrafos y decenas de personas vociferando. Nos acercamos un poco más y vislumbro hasta una alfombra roja por donde se pasean actores y cantantes. Esto es increíble.

—Vamos por aquí —indica Anne. Entramos por la puerta de atrás, donde un seguridad nos da el visto bueno al comprobar que estamos en la lista.

—Vaya... —Nada más entrar, la decoración es asombrosa. Las mesas pequeñas que vi esta mañana están cubiertas con manteles blancos, cubertería y vajilla con filo dorado. Hay decenas de guirnaldas de estrellas doradas colgando del techo y globos metalizados del mismo color. En el centro, se abre una pista donde han instalado un escenario que esta mañana no estaba.

—¡Jay! —Su hermana le pega una voz y me giro para ver dónde está. Nunca lo he visto tan guapo, a pesar de que luce esa mirada triste. Jason en esmoquin es mejor que David Gandy.

—Hermanita. —Le da un abrazo largo y un beso en la mejilla, y al

mirarme, me recorre de arriba abajo. Uff, las hormonas me están matando. Dios santo, qué calor me entra de repente—. Livi, estás preciosa. —Toma mi mano y la besa.

—Gracias, es lo primero que he pillado del armario —bromeo tonteando—. Si no es por tu hermana, vengo en pijama.

—Así es. Nuestra vecina Blake trabaja en una *boutique* en el centro y tienen ropa de premamá. Este mediodía, al volver de trabajar, me ha traído este precioso vestido largo negro.

—Y el collar...

—Me ha parecido correcto —dice Anne. Su hermano la agarra cariñosamente por la espalda y asiente. Por un momento se les empañan los ojos y yo no entiendo nada.

—Bien..., ehm, no sabía que lo de esta noche era esto.

—¿Esto? No te comprendo.

—Un evento de esta magnitud, Jay. Es una locura, ¿cómo quieres que yo saque fotos a toda esta gente? Se me caerá la cámara de las manos en cuanto me acerque a George Clooney.

Él se ríe y me toca los hombros.

—Livi, eres una gran artista y quiero que seas tú quien haga esas instantáneas, ¿vale?

No sé cuándo se ha marchado Anne, pero de pronto estamos solos.

—¡Jason! —La voz de Robert nos interrumpe y por un segundo me gustaría eliminarlo de la faz de la Tierra. Quizás nos habríamos besado de tener un poco más de tiempo.

Jay me guiña el ojo y se encamina hacia el inoportuno ayudante. Anne reaparece en escena; me trae la cámara y una copa con un zumo de naranja; ella bebe champán.

La gala benéfica se celebra cada año a favor de diferentes asociaciones para ayudar a niños enfermos. Este año es para combatir la leucemia infantil. Cuando empiezo a ver cerca de mí a actores, actrices, cantantes, *dj*... creo que me va a dar un infarto. Rob ha preparado una especie de *photocall* en la entrada del local y allí me dedico buena parte de la noche a retratar a todos ellos, que no dejan de sonreírme.

—Jo-der... —musito al ver al mismísimo Jason Momoa entrar con su mujer. Anne ronda cerca y, cuando oye mi comentario, se atraganta con el cava. Ya he perdido la cuenta de las copas que lleva, por cierto.

—Es él, sí. Amigo de tu Jason, para más señas.

La miro boquiabierta sin saber por qué esa información me ha sido ocultada. Les hago las fotos de rigor y, cuando veo que ese tiarrón se me acerca, creo que se me va a adelantar el parto.

Anne me quita la cámara, y la versión más perfecta de Aquaman me coge de la mano y me lleva al *photocall*, donde nos tomamos unas cuantas fotografías. Besa mi mano como todo un caballero y se marcha del brazo de su esposa.

—Ya puedes dejar de babear y volver al trabajo, cuñadita. —Sigo en *shock*—. Tu Jason le dijo al otro Jason que eres una fan de su trabajo, aunque yo puntalicé que más bien eres fan de sus músculos. ¿A que mi hermano es adorable? —Adorable no sé, pero que se ha ganado un buen beso, sí. Dios mío, mis amigas no se van a creer que haya estado al lado de Jason Momoa. A veces bromeamos en el grupo de chat compartiendo *gifs* y fotografías de tíos buenorros, y este aparece muchas veces.

Superado el impacto de conocer a uno de los tíos más macizos del planeta, sigo con el trabajo, y antes de acabar la noche yo misma me he hecho fotos con medio Hollywood. De nuevo noto las contracciones que predijo el doctor y me siento un poco a descansar.

—Estás aquí; llevo buscándote un rato. —Jay está radiante, se lo ve feliz. La fiesta va sobre ruedas y ha venido mucha gente—. Me ha dicho Anne que has conocido a Aquaman.

Yo me río llevándome una mano a la tripa.

—Eres malo, ¿cómo no me avisas? Podría haberme arreglado más.

—Tú no necesitas arreglarte nada para estar siempre bellísima.

Me siento cómoda con él, me hace sentir bien, y tras mucho tiempo hundida, eso supone un regalo para mí. Jason ha sido un regalo.

—¡Jason, es la hora! —De nuevo Robert nos estropea el momento. Como lo coja...

Me besa la mano y me guiña un ojo antes de alejarse. Lo veo dirigirse al escenario, donde le proporcionan un micrófono, y la gente estalla en aplausos al verlo. Me levanto para observar la escena más de cerca.

—Buenas noches a todos. Gracias, gracias. Podéis sentaros, que no os voy a dar dinero —bromea.

Anne se une a mí; me trae otro zumo. Estoy a reventar de frutas, pero es lo único que puedo tomar en este estado.

—Podías dejar de beber, que solo te falta beberte el agua de los jarroncitos de cada mesa.

Rompe en una carcajada tan sonora que hace que Angelina Jolie se gire y nos mire. Yo le sonrío y levanto la copa como un brindis, aunque me mira algo alucinada.

—Cada año organizo esta gala con una asociación distinta, pero con el mismo fin: ayudar a los que más lo necesitan —explica Jason—. Todos sabéis que yo no nací siendo quien soy hoy, no nací entre algodones, y, gracias a los medios de comunicación, en especial, sabéis cómo ha sido mi vida. —Se oyen aplausos que él frena alzando la mano—. Pero no estamos aquí para hablar de mí o de mi vida, que desde hace unos años es bastante aburrida (siento no alimentar a cierto tipo de prensa). —Algunos periodistas se revuelven incómodos en sus sillas, y es que la verdad duele—. Quiero agradeceros el esfuerzo por venir hasta aquí, por vuestra colaboración con los donativos que aportáis y por participar en el baile benéfico que dará comienzo en cuanto yo me calle. —Más risas—. Antes de hacerlo, quiero reflexionar un momento sobre esta tremenda enfermedad que asola familias, y quiero contaros qué es lo que yo he visto al ir a entregar el cheque con todo el dinero aportado. La primera vez que lo hice, pensaba que me iba a encontrar un lugar lleno de tristeza y dolor. Sin embargo, nada más llegar al centro hospitalario, vi a padres y a madres con los ojos vivos, con esperanza y, sobre todo, vi mucho amor en esas habitaciones, ya que algunas familias me permitieron visitar a sus hijos. Me dieron un regalo: compartir momentos con lo que ellos más aman en este mundo. Todo esto me lleva a pensar que lo que siempre moverá el mundo será el amor, por mucho que nos hagan creer que es el dinero o el poder. Es el amor, lo que siempre nos queda, pase lo que pase. —Jason me mira a los ojos a partir de ahora—. El amor a veces es un cambio de ruta, una línea recta que en ocasiones se tuerce y que define lo que será tu vida desde ese momento. Para esas familias, la vida se torció un día, pero aprenden a seguir esa línea que ya no es recta y desean que un día lo sea de nuevo.

Aplausos y más aplausos llenan el local, y Jason permanece callado unos minutos. Se me han llenado los ojos de lágrimas al escuchar sus palabras. No solo por lo que debe de suponer ver a esas familias descompuestas y medio rotas por la dura enfermedad, sino por lo que acaba de decirme.

—Bien, y ahora, por favor, que los voluntarios vayan subiendo. Comienza el baile benéfico.

—¿Qué es eso? —pregunto a Anne, que, aunque borracha, todavía está lúcida.

—Famosos subastan un baile y la gente puja dinero.

Robert se encarga de la subasta mientras Jason trata de llegar hasta nosotras, y digo «trata» porque mucha gente lo va parando por el camino.

—Hola.

—Hola —musito.

—Has estado bestial, como siempre, hermanito. —Anne le da un abrazo saltando, y lo que le queda de champán riega el esmoquin de Jason.

—Y tú, como siempre, acabarás la noche muy borracha, por lo que veo — contesta secándose con una servilleta que coge de una mesa cercana.

—Es la única noche que salgo. —Le saca la lengua y se acerca al escenario.

—Déjala que disfrute un poco —le pido. Él suspira y da un paso al frente; yo doy otro y nos quedamos muy próximos—. ¿Tú no subes?

—Ya no. Solía hacerlo, pero este año prefiero dedicarte todos los bailes.

Los gritos de la subasta desvían nuestra atención. Jason me rodea la cintura con el brazo y nos unimos a las voces y los aplausos de júbilo de los asistentes.

—¿Esa es Anne? —La hermana de Jason coge el micro tambaleándose.

—Este año mi hermano ha decidido ser un aguafiestas y no subasta ningún baile. Ooohhh. —Todos la corean, y me siento observada por miles de ojos, algunos reprochándole a Jason que no participe. Más de una lagarta se ha quedado con las ganas de bailar con él—. Por eso me presento en su lugar. — Voces, sobre todo masculinas, lo celebran, y puedo decir que Anne tiene un éxito rotundo. Diez mil libras por bailar con ella.

—Caray con tu hermanita —murmuro. A Jason no le ha hecho ninguna gracia, pero sonrío disimulando.

—Y ahora, ¡que empiecen los bailes! —grita Robert.

James Arthur en persona sube al escenario con su guitarra y canta una balada que me fascina.

—Será mejor que fotografíe este momento.

Jay me sujeta para que no me vaya y, al mirarlo, veo que meneaba la cabeza. Hace una seña a Rob, que llega *ipso facto* a nuestro lado. Le cede mi cámara.

—Bailemos. —Me arrastra a la pista y, rodeándome por la cintura, coge mi mano y nos unimos al resto de invitados.

*Te conocí en la oscuridad
Tú me iluminaste
Me hiciste sentir como si fuera suficiente.
Bailamos toda la noche.*

—Tendrás que pagar a Rob por hacer mi trabajo —bromeo.

—No te preocupes, será bien recompensado. —Sonreímos.

—¿Sabes que he descubierto una cosa sobre ti esta noche?

—¿Ah, sí? ¿Solo una? —Chasquea la lengua.

—Una vez en una película vi algo que me pareció una soberana gilipollez, pero hoy le he encontrado el sentido.

—Dispara, me tienes intrigado —responde.

—Tienes varias sonrisas: la que te nace del corazón cuando miras a alguien a quien quieres. En esa sonríes incluso con los ojos.

—Como cuando te miro a ti. —Nos mecemos al ritmo de la música y siento cada palabra que dice la canción como si fuera mía. Asiento con la cabeza y sigo:

—Después tienes la sonrisa de compromiso, que consiste en ladear los labios, pero esa también las vuelve locas. —Levanta la ceja y le pongo el dedo en los labios para que se calle—. Y por último, tienes la sonrisa incómoda que esbozas cuando quieres ser amable, pero te están diciendo algo que te hace sentir mal, triste.

—Ay, Livi, Livi... —Me suelta la mano y me abraza por la espalda todo lo que el embarazo nos permite. Apoyo la cabeza sobre su brazo y seguimos moviéndonos al ritmo de la música.

*Estoy tan enamorado de ti
Y espero que lo sepas
Querida, tu amor es más digno que su peso en oro*

*Hemos llegado tan lejos, cariño
Mira cómo hemos crecido
Y quiero permanecer contigo
Hasta que seamos grises y viejos.*

—No sabía que tenía tantas sonrisas. —Dibuja la primera de todas—. «Solo di que no te irás, solo di que no te irás». —Roza su nariz con la mía cantándome en un leve susurro.

—Ya te he dicho que era una ñoñería.

Se ríe y atesoro este instante. Jason y yo, bailando como si no existiera nada más, como si nos hubiéramos transportado a otra dimensión.

—No lo es. —Y esa es la capacidad que tiene de hacerme olvidar, de hacerme sentir bien; con solo una mirada, todo se calma.

James Arthur termina la canción y deja paso a una cantante a la que, sinceramente, no conozco. Jay me sigue agarrando por la cintura. Vuelven a reclamar su presencia y, tras darme un beso en la mejilla, se marcha. Robert me devuelve la cámara, por lo que aprovecho para sentarme un poco mientras curioso que fotografías ha tomado. No están nada mal, la verdad. Me detengo en una que me deja sin aliento: somos él y yo. Jay roza su nariz con la mía y ambos tenemos una sonrisa radiante. Acaricio la imagen y me emociono al verla.

—Bien, creo que he acabado con todo, hasta con el agua de los floreros. —Anne apenas puede sostenerse en pie. No encuentro a Jason, así que hablo con Rob, al que tengo más a mano. Le comunico que me marchó con la hermana de Jay y que, por favor, se lo diga a su jefe.

Nos metemos en un taxi y llegamos relativamente pronto al apartamento. Me encargo de ayudarla a meterse en la cama y, antes de bajar al mío, subo a la azotea, porque de noche, con las luces que instalamos y las propias de la ciudad, la estampa es espectacular.

—Por fin te encuentro. —A mi espalda oigo a Jason.

—¿Ya has vuelto? —Echo un vistazo al reloj—. Pero si hace media hora que dejamos la fiesta y estaba en pleno apogeo.

Jason deposita una gran manta y unos cojines a un lado y se sienta junto a mí. Observamos ambos la ciudad que se abre ante nosotros, como en la escena de Mary Poppins y los deshollinadores. Siempre que veo esa imagen de Londres me enamoro aún más de esta ciudad.

—No me ha gustado que os hayáis ido solas; una, por estar bebida, y la

otra, embarazada y con contracciones, aunque no sean aún las de parto.

—Estoy bien, solo necesito descansar. Esta noche ha sido intensa.

Se levanta y prepara tras nosotros un peculiar tenderete. Coloca la manta de lana con cojines alrededor.

—Ven.

—¿Ahí? ¿Quieres que sea una ballena varada?

Pone los ojos en blanco y me ayuda a tumbarme.

—Verás para levantarme.

—Deja de quejarte y mira arriba.

Ya no me enamoro solo de la ciudad, sino también de su cielo estrellado. Es una pasada. Jason entrelaza sus dedos con los míos y ahora sí que no hay nadie ni nada para interrumpirnos.

—La fiesta ha estado genial. No sabía que sería tan animada dado el tema por el que se celebra.

—Bueno, siempre hay que sacar el lado bueno de las cosas —murmura.

—Sí... Oye, eso que has dicho en el escenario sobre el amor. —Giro la cabeza para poder mirarlo y él hace lo mismo—. ¿Sabes que ha sido precioso?

—Gracias, mi amor.

Una punzada de pena me ataca directamente al estómago. Imagino que se me nota en la cara, a juzgar por las preguntas de Jason.

—¿Te encuentras mal? ¿Sigues teniendo contracciones? A lo mejor deberíamos ir a urgencias.

Niego con la cabeza mirando al cielo otra vez.

—No, no, no ha sido eso. Me has llamado «mi amor». Hacía tiempo que nadie me lo decía —musito casi sollozando. Jay chasquea la lengua al darse cuenta.

—Sé que debería decirte que lo siento, pero no es así. Para mí lo eres, y necesito decírtelo.

—No tienes que pedir disculpas por ello, para mí tú también lo eres, ¿sabes?

—¿A pesar de todo?

Sé que se refiere a la discusión de esta mañana.

—A pesar de todo, mi amor. —Y descubro una nueva sonrisa de Jason. Esa sonrisa que brota cuando te dan una buena noticia o algo te alegra tanto que te llega directo al corazón. Une sus labios a los míos y nos besamos bajo el estrellado cielo londinense.



—Buenos días.

Me desperezco en la cama. Jason está a mi lado, dándome besos en el cuello.

—Buenos días, galletita —bromeo.

Se levanta y yo me quedo en la cama, más por no querer enfrentarme a esa conversación pendiente que por pereza.

El olor a café, aunque no pueda tomarlo, me anima a levantarme por fin. Me envuelvo en una manta que suelo aparcar a los pies de la cama y me asomo a la cocina. Jason meneas las caderas mientras cocina y tararea; se me escapa una risa y él se da cuenta. Se da la vuelta, me guiña un ojo y sigue a lo suyo. Camino hasta la mesa y me siento a esperar mi desayuno saludable. En cuanto dé a luz, pienso ponerme morada a embutidos, dulces y guarrerías varias.

—Aquí tienes.

—¿Cómo eres así de mala persona? —le pregunto cabreada.

—¿Perdona?

—¿Cómo tienes valor de hacerte unas tortitas y comértelas en mi cara? ¡Con lo que me gustan! —Se lleva el tenedor a la boca y cierra los ojos con ese ruidito de placer que antecede a los orgasmos—. Vete a la mierda.

—Vale, vale, ya paro. Se las subiré a Keira, a quien le encantan también. —Aparta el plato, que sigo un poco con la nariz. Joder, qué bien huele.

—Y no vuelvas —especifico. Jay me muestra el dedo palabrota sin mirarme y yo hago lo mismo.

Parece que se lo toma al pie de la letra. Desayuno, friego los platos, limpio la cocina, me siento en el sofá con mi pijama de Hello Kitty premamá y empiezo a ver una película, todo ello sin rastro de Jason. Una hora más tarde, aparece por la puerta, impecable, el pelo en su sitio, una camiseta de algodón y manga larga en tonos grises y unos vaqueros.

—¿A que me has echado de menos? —dice. Yo me hago la borde y seca, algo no muy difícil, y sigo viendo la tele—. ¿Dónde tienes el collar que te prestó Anne anoche?

—En el tocador del dormitorio. No te preocupes, que no me lo voy a quedar —lo pincho.

—Un día será tuyo.

—No, no, no quiero robarle el collar a tu hermana.

Jason explota en carcajadas.

—Si es que tengo que quererte, tienes unas cosas... No, mi amor, no es eso. El collar que llevabas anoche era de mi madre. Yo le pedí a Anne que te lo prestara.

Apago el televisor y miro a Jason alucinada.

—Yo... no sé qué decir. —Sé lo mucho que su madre significa para él, y que quisiera que luciera esa joya me hace sentir especial. Me besa la coronilla y yo lo abrazo con fuerza—. Gracias, Jason.

Nos quedamos un rato así, abrazados, con la palma de Jay sobre mi abdomen. Algunas veces el *bichito* se mueve y él puede sentirlo en su mano. Lllaman al tibre y va a abrir.

—¿Quién era?

—Rob. Tenía que traerme esto. —Me entrega un ramillete de buganvillas rosas y un paquete envuelto en papel plateado con una nota. Frunzo el ceño; él me guiña el ojo. Huelo las flores cerrando los ojos; me encanta el olor a flores frescas. Abro la nota y leo lo que hay escrito de su puño y letra.

Para Livi:

A veces no comprendemos que la vida consiste en asumir retos y enfrentarse a ellos. Tú lo hiciste y saliste victoriosa, escapaste de ahí y entendiste que debías seguir adelante. Y por eso te admiro, por ser valiente y fuerte. Y por eso te quiero, por sonreírme y creer en mí. Y por eso quiero estar a tu lado, porque nadie ha confiado en mí como tú, y porque la cicatriz que a veces aún te late ya no duele con la misma intensidad. Porque decidiste no mirar atrás y regocijarte con los pequeños detalles que cada día nos regala la vida.

Te quiero.

Jason

Con los ojos encharcados en lágrimas, lo miro. Coge mi cara y posa su nariz sobre la mía. El Hongi. Yo también le agarro el rostro y susurro unas palabras que sé que va a comprender en cuanto las pronuncie.

—*Aroha ahau ki a koe.*

Jay exhala un suspiro, como si llevara un rato conteniendo el aliento, y se lanza a mi boca para darme un beso de película.

—Yo también te quiero —susurra junto a mis labios una vez que se separa de ellos—. Y ahora abre el regalo.

—Ya me había olvidado de él —comento entre risas aguadas por el llanto—. Ohhh. —En un marco precioso de plata, donde puede leerse «*love*», está la foto que nos hicieron anoche, esa que tanto me gustó.

—¿Te gusta, gordita?

Aún con la emoción en la garganta, me cuesta hablar.

—Es precioso, Jason. —Acaricio el cristal recordando ese baile, volviendo a experimentar las sensaciones que vivimos.

—Sé que te oculté lo del juicio, y que esconder la verdad no forma parte de ser una pareja. También sé que piensas que empezamos la casa por el tejado y que por eso las cosas no deberían ir bien. Pero, Livi, nunca antes me he sentido como cuando estoy contigo. —Le toco la mejilla, sonriente—. A veces siento que me va a explotar el corazón de tanto como te quiero.

—Todavía nos queda camino por recorrer, miedos que vencer y fantasmas a los que eliminar, pero lo importante es la base que estamos contruyendo. Jay, yo te quiero con todo mi corazón. Sabes lo que he sufrido, el pasado que nunca dejará de acompañarme, porque gracias a ello aprendemos, por muy duro que sea. Aunque también reconozco que si sigo anclada en él, jamás podré ser feliz, no podré darme la oportunidad de volver a comenzar, y después de todo lo que dejé atrás, he vuelto a ser la Olivia que todos conocen. Siempre viviré con las cicatrices, sí, pero a lo largo de la vida nos hacemos heridas que deben cicatrizar. Lo importante es vivir con ellas.

—Lo sé, mi amor. Nunca ha habido nadie que con solo mirarme me devolviera el reflejo, me hiciera sentir quien soy.

Jason me envuelve en un abrazo y ambos, cada uno por una causa distinta, dejamos fluir el llanto. Lágrimas de dolor por las personas que nos han abandonado, lágrimas por aquellas que nos hicieron sentir de menos o que no supieron amarnos en su día, lágrimas por miedo a lo que vendrá, lágrimas por no poder sanar del todo las heridas y también lágrimas de felicidad por el futuro que asoma en el horizonte.

JASON

Me despierto en el sofá con la cabeza de Livi sobre mi pecho. Deslizo la mano por la espalda y se la acaricio; ella se estremece. Termino posándola en su abdomen, tocando a nuestro precioso tesoro. Joder, el amor me ha convertido en un moñas con patas.

—Ay, Livi...

Desearía poder borrarle toda cicatriz que la marque, aunque sé que eso es imposible, al igual que ella no puede hacerlo conmigo. Quizá lleve razón y debamos aprender a vivir con ellas.

Levanta la cabeza y me encuentro sus ojos tratando de adaptarse a la claridad del día.

—Hola —murmura.

No le contesto, sino que la beso. Meto la lengua en el interior de su boca, sintiéndola en cada terminación nerviosa.

—Vaya bienvenida —bromea. Me río contra su pelo y tiro de su oreja, por lo que recibo un golpe en el pecho. La miro embobado mientras se reacomoda en el sofá, separándose de mí, aunque unida su mano a la mía—. ¡Jason!

—¿Qué? —pregunto asustado.

—¡Elena se casa! —Se pone en pie de un salto, tambaleándose un poco. Instintivamente estiro los brazos por si tengo que sujetarla, pero no pierdo el equilibrio del todo.

Se encamina hacia la mesa de la cocina, rebusca en el bol donde suele dejar el correo y agita la carta en el aire.

—Aquí está, mira qué invitación más horrorosa. —La saca del sobre.

Abro los ojos de par en par y se la quito de las manos.

—¿Pero tu amiga la neoyorquina no era una pija que trabajaba en una revista?

—Y lo es, pero es su suegra la que las ha diseñado. Parece que la señora

es más chapada a la antigua, y de ahí este bodrio de invitación.

—Pues espero que el resto de la boda no siga esa línea —bromeo.

—No, la suegra ha hecho solamente esto. Elena y Eric lo consintieron a cambio de poder encargarse ellos del resto. Se casan en el hotel Plaza, no te digo más.

Se me desencaja la mandíbula.

—Joder, no se andan con tonterías. Es muy complicado conseguir fecha ahí.

—Pues en un mes se casan, ¡un mes, Jason! Voy a estar gordísima —se queja mientras me arrebató la invitación.

—Tú siempre estás preciosa.

Pone los ojos en blanco y le hago cosquillas por los costados; ella se revuelve sin parar de reírse. Joder, la haría reír toda la puta vida. Es como una buena canción de *rock*.

—Vas a tener que ir al médico, porque estás cegato. ¡Mírame!

—No dejo de hacerlo. —Le hago ojitos y ella pone esa cara de tontorrón enamorada. Le doy un breve beso en los labios. Tengo que levantarme de aquí o acabaré por quitarle la ropa y follarla como un loco.

Miro el móvil, que tenía en silencio, y descubro cientos de mensajes y llamadas de Robert. Qué extraño, no iba a pasarme por el estudio en todo el día. Pulso el botón de rellamada y mi ayudante me responde al segundo.

—Jason, ¿dónde coño estás?

—En casa con Livi, ¿pasa algo?

—¡Que si pasa algo! Asómate por la ventana, que debes de tener miles de cámaras y reporteros esperándote. Joder, no sabía que eras tan famoso, tío. — No tiene ningún sentido nada de lo que dice, pues rara vez me han buscado. Sí es cierto que han investigado sobre mi vida y han publicado cosas en sus tabloides, pero jamás he tenido a un periodista en el cogote.

—Joder... —murmuro al mirar por la ventana. Giro la cabeza y veo a Livi concentrada en su teléfono—. Voy para el estudio.

Cuelgo y cierro bien las cortinas. La segunda persona que ilumina mi móvil frenéticamente con varios mensajes es mi hermana. Debe de haberse enterado; subiré para hablar con ella antes de ir al local.

—Mi amor, voy un ratito al estudio. Tengo que ver unas cosas con Rob. —Me agacho a besarle la mejilla y ella simplemente asiente.

Subo las escaleras y las manos empiezan a sudarme. ¿Qué coño está pasando?

—¿Jason? —Anne cuelga el teléfono, pues me estaba llamando, y se lanza a mis brazos—. ¿Qué demonios está ocurriendo ahí fuera? Hay varios periodistas haciendo fotografías al edificio. He entrado en internet. Mira. — Me lleva hasta el portátil y alucino con lo que veo.

—¿Pero cómo se han enterado?

—No lo sé, Jay, ¿qué vamos a hacer?

Continúo leyendo: con cada titular me asombro más.

—El cabrón de Darel debe de haberse ido de la lengua y les ha contado toda la mierda. —Me llevo las manos a la cabeza.

—Esto puede ser el fin de tu carrera, o ¡de tu vida! ¿Pero desde cuándo les interesas tanto, por Dios santísimo?

—Ya sabes que a este gente, cuanto más basura les des, más les gusta — resoplo—. Voy a bajar.

—¿Pero qué vas a decirles?

En este momento la cabeza me atormenta con imágenes de mi pasado en Tonga: las peleas, las borracheras, los robos, las noches en prisión... Keira viene hacia mí sonriendo y se me tira encima. La abrazo con fuerza, queriendo olvidar todo lo que está regresando. Me separo de ella, observo sus rubios rizos y no comprendo cómo algo tan bonito puede venir de un hijo de puta como su padre.

—Todo irá bien —le prometo a Anne antes de darle un abrazo y un beso. Bajo a la calle, no sin antes ponerme las gafas de sol.

—¡Jason! ¡Jason! —Los buitres con micrófonos se me acercan; yo camino deprisa hacia la moto, que por suerte está aparcada cerca—. ¿Es cierto que dejaste a un hombre muy malherido? ¿Qué puedes decirnos de tu turbio pasado? ¿Mantienes alguna relación sentimental en este momento? ¿Podría alguna mujer confiar en ti?

Me subo a la moto, me pongo el casco y salgo derrapando de ahí como alma que lleva el diablo. ¡Panda de cabrones, hijos de puta! Llego al local, donde hay más periodistas. Esta vez no me quito el casco, y entro cerrando la puerta tras de mí con velocidad inusitada.

—¿Robert?

Mi asistente sale de alguno de los despachos y, al descubrir mi presencia, parece que ve el cielo abierto.

—Joder, Jay, ¿qué cojones está pasando?

Bufo y entramos en mi despacho.

—Yo tampoco entiendo nada. Voy a llamar a mi abogado a ver si él sabe

algo más.

—¿Pero tu abogado por qué? ¿Qué mierda quieren?

Le cuento por encima lo que pasó durante mi estancia en Tonga y, entonces, todo cobra sentido para Robert. Media hora después, consigo dar con mi abogado y me promete investigar; mientras tanto me aconseja poner tierra de por medio para evitar este tipo de carnaza.

Valoro las palabras de Michael y vuelvo al apartamento junto a Livi. Me contengo, apretando puños y dientes, ante las hirientes palabras de los periodistas. ¿Qué coño sabrán ellos? Es muy fácil acusar sin pruebas.

—¿Pero no ibas al local a hablar con Rob?

Nada más verla, tan guapa, tan embarazada, corro a sus brazos y me envuelvo con ellos, deseando estar muy lejos de aquí. Nos sentamos en el sofá y opto por lo mejor: por ser totalmente sincero con ella.

—Livi, ¿qué te parece si hacemos un viaje?

—¿Un viaje? —pregunta confundida.

—Verás, tengo que poner un poco de distancia con Londres ahora mismo. La prensa rosa ha descubierto lo que pasó en Tonga y me están siguiendo, aunque no sé qué coño les interesa si nunca me han perseguido.

—Por eso has ido a hablar con Robert.

Se lo confirmo con la cabeza mientras le tomo las manos.

—Michael, mi abogado, me ha recomendado marcharme unos días hasta que todo esto se calme. Está tratando de averiguar de dónde viene el jaleo, e imagino que enviará un comunicado.

—Esto es de película, Jason.

—Joder, lo sé, y lo siento. No quería que tuvieras que aguantar toda esta mierda —me lamento. Livi me agarra la cara para que la mire, pero no encuentro reproche en ella.

—No es culpa tuya. ¿Y qué viaje me propones? A ver...

—He pensado en alquilar un coche y hacer una ruta por la campiña inglesa. ¿Te gustaría?

Los ojos se le iluminan y aplaude con la sonrisa en los labios. Cojo su portátil y planeamos una escapadita de ocho días. Subo a hacer una pequeña maleta y regreso al apartamento de mi rubia preferida a ayudarla con la suya.

—Sí, mamá, no pasa nada. Pues claro que puedo viajar —resopla—. ¿Pero cómo voy a perderme la boda de Elena? Ya hablaremos, mamá, ahora tengo que dejarte... Que sí, que me cuida, tranquila. Un beso grande, adiós. Qué pesada es a veces —me dice.

—No lo es, es madre —le respondo. Livi me mira con los brazos en jarras—. Mi abuela era igual con Anne cuando estaba embarazada, simplemente se preocupan.

Acabamos de preparar el equipaje y escribo a Michael y a Robert para informarlos de mis planes inmediatos. A mi hermana ya se lo he contado al subir a por la ropa.

—¿Entonces ahora tengo que bajar en plan diva, tapándome la cara o algo así? —pregunta, sacándome una carcajada de muy dentro.

—Con que te pongas las gafas de sol será suficiente. Rob está abajo con el coche de alquiler; vamos. —Le ofrezco la mano, que acepta, y tira de ella obligándome a darme la vuelta.

—Este va a ser nuestro primer viaje, galletita.

Respiro profundamente, agradecido por tener a esta magnífica mujer a mi lado.

—El primero de muchos, amor de mi vida —aclaro.

Bajamos hasta el portal. Nos ponemos las gafas de sol y salimos a la calle. En cuanto ponemos un pie en la acera, varios micrófonos se interponen en nuestro camino. Pongo a Livi delante de mí y entra en el coche antes que yo. Rob me ayuda a guardar las maletas mientras tenemos que aguantar las repugnantes preguntas que me lanzan. Me da las llaves y me meto en el coche rápidamente.

—Ya ha pasado —musita. Pongo la mano en su muslo un instante antes de cambiar de marchas—. Por cierto, ¡el coche es una puta pasada!

—¿Te gusta? Ya que vamos a viajar por Costwolds, que es parte de la campiña inglesa más bonita, quería que fuera algo especial.

Lejos del barullo del centro de la ciudad, bajo la capota, y la brisa primaveral nos acaricia.

—Me siento Claire Beauchamp en *Outlander*, solo me falta el pañuelo —comenta Livi.

—¿Quién?

Me mira con asombro.

—¿No conoces esa serie? ¿Pero tú de dónde has salido? —Empieza a parlotear de la serie, de los libros en los que se ha inspirado, los personajes, la extraña relación que mantienen, y así hasta que alcanzamos nuestro primer destino.

—Vale, vale, cuando volvamos, veré algún capítulo. Hemos llegado, mi amor.

Nos bajamos del coche y Livi suelta un taco al ver lo que la rodea.

—No tengo más palabras.

—Este pueblo es Hambleden, ven. —Cargo yo ambas maletas y entramos al *bed & breakfast* donde vamos a alojarnos. Una mujer de mediana edad nos da la llave de nuestra habitación.

—Joder, esto es una preciosidad. Te voy a contar un secreto —nos sentamos en la mullida cama y la escucho atentamente—: Reino Unido siempre me ha parecido un país precioso, con toda esa historia, con Londres tan bonita, y con estos pueblos encantadores. Gracias por tener un pasado tan terrible y a gente acosándote. —Al principio me quedo quieto, pero cuando veo que se ríe, me uno a ella—. Gracias por este viaje, seguro que va a ser memorable.

Nos tumbamos en la cama sin separar nuestras manos. Livi se toca la tripa y me dice que el pequeño está algo revuelto, pues no deja de moverse. Rememoro el día que llevamos: nada me hacía pensar esta mañana, en casa con ella, que acabaríamos el día a kilómetros de distancia, huyendo de mi pasado, siempre mi puto pasado.

—Parece que no puedo dejar toda la mierda atrás —comento.

—Claro que puedes, Jay. Lo has hecho, pero siempre habrá gente malintencionada que quiera traerlo de vuelta. De ti depende el grado en que te afecte.

—En cierto modo me hacen volver a sentir un poco roto. —Un nudo me aprieta la garganta.

—Aun así, yo te quiero. Roto como estés, con tus cicatrices, tu pasado y tus sombras. Eso es querer de verdad.

Los ojos se me humedecen.

—No puedo creer la suerte que tengo de tenerte.

Coge mi otra mano y la lleva a su vientre con delicadeza.

—Yo tampoco, y ser así de feliz me asusta, porque cada vez que he alcanzado la cima de la alegría, se han llevado pedacitos de mí.

—Tendrá que llegar el día en el que podamos ser felices sin pagar un peaje, ¿no crees?

Nuestro pequeño lo cree firmemente y se mueve en el interior de su madre. Los dos nos miramos, sonriendo a pesar de todo.

—Decía Oscar Wilde: «Todo lugar que amamos es para nosotros el mundo», y tú eres mi mundo, mi hogar.

—No quiero ser solo eso, Livi. Quiero ser tu familia, crear un futuro contigo, un hogar, una vida a tu lado, a vuestro lado —rectifico acariciando su

barriga. Se le humedecen los ojos como a mí, aunque ella puede achacarlo a las hormonas.

Me mira con los ojos brillantes, con su mirada franca, con la sonrisa sempiterna en su rostro. Y así entendemos que el amor es siempre ayudar al otro; es amar a quien eres y no a quien pareces; es quererlo todo, lo bueno y lo malo, pero sobre todo la oscuridad, la sombra, las heridas y las cicatrices.

Llevamos un par de días en este pueblecito que tiene un encanto particular. Nuestra rutina es muy básica: despertarnos abrazados, remolonear un poco en la cama, levantarnos y desayunar en un salón muy acogedor. Paseamos por el pueblo, hago quinientas fotografías (mi cámara siempre va conmigo), volvemos al hotel, descansamos por la tarde y, al atardecer, salimos, aunque siempre es un paseo más cortito. Y por las noches nos vamos a la cama pronto, a leer o a ver alguna película en el portátil de Jason. Hoy volvemos a coger el coche rumbo a un nuevo pueblo, y esta vez estoy más emocionada que nunca, porque en un par de horas llegaremos a Stratford-upon-Avon, el hogar de William Shakespeare.

—«En la Edad Media, Stratford creció como un burgo, es decir, una ciudad-mercado. La ciudad está bañada por el río Avon, de ahí su nombre, aunque también es llamada únicamente Stratford. Para diferenciarla del distrito al que pertenece, a este se le reserva el nombre de Stratford-on-Avon. A la orilla del río se extiende un parque muy frecuentado tanto por turistas como por los vecinos».

—¿Eres Wikipedia? —Le saco la lengua y dejo de leerle la información de la guía que me he comprado—. Sé que estás muy emocionada, perdona. — Se agarra al volante y sospecho que aquí se cuece algo.

—¿Qué pasa? —Resopla y se revuelve en el asiento—. Venga, cuéntamelo.

—He hablado con Michael y parece que ya se están calmando las cosas.

—¡Pero eso es genial! ¿Entonces qué te pasa?

—Me cabrea que el cabrón de Darel haya querido jugármela y joderme la vida. Hasta ahora nunca me han molestado los medios de comunicación, pero este hijo de puta habrá pensado que ya era hora de que lo hicieran. Como se me ponga delante, lo mato.

Le toco el hombro queriendo rebajar la tensión que acumula.

—Lo bueno es que todo se está apaciguando; lo demás no lo pienses, Jay,

¿vale?

Asiente y me roza la pierna un instante.

Nuestra primera parada es la iglesia colegiata de la Santísima Trinidad, donde Shakespeare fue bautizado y enterrado. Salgo del coche escopeteada ante las quejas de Jason, que me pide ir con cuidado. El edificio es imponente, tengo que doblar el cuello para poder verlo en su totalidad. Jay llega hasta mí y me envuelve en un abrazo a la vez que me susurra un poema:

—«Déjame confesar que somos dos aunque es indivisible el amor nuestro,/así las manchas que conmigo quedan he de llevar yo solo sin tu ayuda».

—No sabía que te gustaba la poesía. —Giro la cabeza para mirarlo de reojo.

—Hay muchas cosas que todavía desconoces. —Me besa en la sien y entramos en la iglesia.

La tumba, junto con la de su esposa, Anne Hathaway, se encuentra en el interior del templo. Damos un paseo también por el cementerio; aunque parece tétrico, es algo muy común aquí. Después visitamos la casa donde nació el poeta y el hogar de su mujer antes de casarse.

—Este pueblo es romanticismo en estado puro —le digo a Jason cuando nos bajamos de nuevo del coche. Trenzamos las manos mientras paseamos ahora por los famosos jardines Bancroft, situados junto al río Avon y el teatro de la Royal Shakespeare Company.

—Ahora vas a ver lo que es romanticismo.

Con una sonrisa pícaro, me guiña el ojo en ese gesto que tanto me gusta. Entramos a un pequeño local, donde paga un dinero a un camarero y le dan una cesta de mimbre. Frunzo el ceño; cuando salimos de ahí, me lleva hasta un área donde hay personas sentadas en el césped comiendo. Jason se detiene y saca de la cesta una mantita de cuadros escoceses. Me tiende las manos y me ayuda a sentarme junto a un árbol, en el que apoyo la espalda. De la cesta extrae alimentos y una botella de limonada.

—¿Y todo esto?

—Querías ver romanticismo y aquí lo tienes.

—La limonada le quita un poco de brillo, ¿sabes?

—No puedes beber vino, y yo me adapto. —Bebe del vaso en el que se ha servido y sacude la cabeza debido a la acidez del limón. Me echa a mí un poco en otro vaso y entrechocamos las copas.

Comemos bajo un sol primaveral que calienta la piel; para ser del todo

romántico, debe haber música, y nos llegan los acordes de *jazz* de algún concierto lejano. Una vez acabado el pícnic, Jay saca de la cesta un libro con sonetos de Shakespeare.

—¿Y ahora vas a recitarme poesía? Esto está empezando a ser muy ñoño —declaro, aunque en el fondo me encanta. Él se ríe y, sin hacer caso a mi comentario mordaz, lee poemas del poeta inglés.

Pasamos la tarde en ese jardín, con el arrullo de las voces de los niños, las risas de la gente a nuestro alrededor, la música del que será, seguramente, un festival de primavera y las letras de Shakespeare. Jason sostiene en una mano el libro, mientras que la otra juguetea con mis dedos, mi cabeza apoyada en sus piernas.

—¿Sabes cuál es mi favorito? —murmuro adormecida.

—No, ¿cuál es?

—«Cuando haya muerto, llórame tan solo/mientras escuches la campana triste,/anunciadora al mundo de mi fuga/del mundo vil hacia el gusano infame...».

—No esperaba que eligieras ese, es bastante triste.

—Lo sé, lo leí en el funeral de Jesús. A él no le gustaba la poesía, ni siquiera la entendía. Siempre se metía conmigo; decía que quería aparentar no ser una romántica empedernida, pero que en el fondo lo era.

Él me sonríe.

—Fue muy afortunado al disfrutar de su vida junto a ti. —Me ayuda a incorporarme, con una mano en la espalda y la otra unida a la mía. Lo miro a los ojos.

—Requiere de un gran valor amar a alguien que siempre querrá a otra persona que ya no está entre nosotros. —Necesitaba decirle esto desde hace mucho tiempo.

—Sé que siempre lo vas a querer, y jamás se me ocurriría quitarte eso o desear que no lo hagas. Él fue parte de tu vida, una muy importante. No podemos olvidar a los que formaron parte de ella, ni tampoco dejar de quererlos. Es lo lógico y lo entiendo, mi amor.

Nunca pensé que lo comprendería, compartir el corazón de alguien a quien quieres no es sencillo. Agarro su cara con ambas manos.

—Pero tú me has devuelto la esperanza, me has dado un sueño y un futuro por el que luchar. Me has devuelto la sonrisa y las ganas de vivir. Te quiero con toda mi alma, Jason Sterling.

Sus labios me muestran esa curva que me fascina, y me guiña el ojo antes

de fundirlos con los míos.

Después de Stratford-upon-Avon viajamos a otros pueblos: Chipping Campden, con las calles más bonitas de toda Inglaterra; Bourton-on-the-Water, o la Venecia de Costwolds, por los puentes y ríos que lo atraviesan, o Castle Combe, considerado uno de los pueblos más hermosos del Reino Unido.

Hace una semana regresamos a Londres. Jason y yo hemos estado solos, compartiendo momentos muy especiales. Por suerte, todo se ha calmado: no hay periodistas agazapados en cada esquina, y aunque los tabloides publicaron lo que les dio la gana sobre él, han dejado de incordiar.

Anne permaneció tranquila el tiempo que estuvimos fuera. Robert se encargó de que no la molestaran y la ayudó a salir y entrar en casa. Me pregunto si será simple amistad o si habrá algo más ahí.

—¿Dígame? —Descuelgo el móvil mientras cierro el libro que estoy leyendo.

—¡Oli!

—¡Sonia! ¡Qué alegría escucharte, hacía mucho que no sabía nada de ti!
—A decir verdad, estos últimos meses he estado poco pendiente de la tienda en Madrid y, lo que es peor, de ella.

—No te agobies, sé que has estado ocupada. Tu madre no ha dejado de pasarse por aquí para ponerme al día de todo, pero te llamo porque me ha surgido un problema.

Me yergo en el sofá y la escucho, preocupada.

—¿Qué sucede?

—A mi novia la trasladan de ciudad nuevamente y me mudo con ella.

—¡Eso es genial! Por fin vais a poder estar juntas, me alegro mucho —le digo con sinceridad.

—Gracias, Oli, lo que pasa es que en un mes debo irme de la ciudad.

—Entiendo. No te preocupes en absoluto por eso y mejor cuéntame cómo ha sido todo. Pensaba que no te irías con ella hasta que no tuviera un trabajo

más estable.

—Esa es la buena noticia; le han hecho un contrato fijo, y el fin de semana pasado me pidió que nos casáramos. ¡Qué locura! —Me cuenta con detalles cómo le propuso matrimonio, cómo van las cosas por la tienda, y en su voz solamente encuentro felicidad y un pequeño atisbo de pesar por tener que marcharse.

—No sabes lo mucho que me alegro por ti, Sonia. Os merecéis ser felices y poder estar juntas de una vez por todas.

—Gracias, Oli, aunque lamento tanto tener que dejar el estudio... Tú me diste la primera oportunidad laboral, confiaste en mí, y me has enseñado mucho, tanto que quiero ser fotógrafa profesional como tú. —Me emociona escucharla; haber causado tal impacto en alguien es maravilloso.

—Qué felicidad me da eso que me cuentas. Cualquier cosa que necesites, no dudes en preguntarme, por favor. —Continuamos hablando sobre ello y le apporto información de utilidad sobre este trabajo tan fascinante, que también a ella está comenzando a seducirla.

—También quería comentarte algo, aunque sin alarmarte, ¿vale?

—¿Qué pasa? —Con esa frase, como para no preocuparme.

—Tu madre se pasa varios días por el estudio fotográfico, como te dije, y desde hace unas semanas la noto algo desmejorada, como demasiado triste. Quizá sea una sensación mía, no sé...

—¿De verdad? —Me inquieto.

Vuelve al tema de la boda, y aunque simulo escucharla, mi cabeza ya está muy lejos pensando en mi madre. Cuando cuelgo el teléfono, suspiro con un poso de melancolía.

Voy hasta el dormitorio, donde guardo una carpeta con diapositivas que me traje de España. En muchas de ellas hay imágenes de Sonia, de las dos juntas y de mis amigas, entre otras. En unas cuantas aparece el estudio de Madrid, que abrí con toda la ilusión del mundo hace tiempo. Esas pertenecen a la época en la que sopesé alquilarlo y le pedí a Sonia que las tomara para subirlas a algún portal. ¿Y ahora qué? Mi ayudante, que era mucho más que eso, abandona el estudio, y es en quien más confiaba para mantenerlo. El profesional al que contraté para ayudarla no es de mi entera confianza. Sonia me ha contado que trabaja muy bien, pero aun así no sabría si delegarle absolutamente toda la responsabilidad.

—¿Livi?

—En la habitación.

Sus pasos se acercan; se apoya en el umbral al llegar y me mira sonriendo.

—¿Qué haces, mi amor? —Viene hasta mí y se sienta en la cama, a mi lado.

—Estaba echando un ojo a las diapositivas que me traje de Madrid. A decir verdad, no sé por qué lo hice, es una simple carpeta negra con cientos de ellas.

—¿Por qué haces eso a veces? —me pregunta, pero no lo entiendo.

—¿El qué?

—Restarle importancia a algo que es vital para ti. —Me quita la carpeta de las manos.

—Solo son imágenes...

—¿Solo imágenes? Livi, esto es toda tu vida. Este negocio lo levantaste tú sola, salió de la nada. Y estas fotografías de aquí dicen quién eres, forman parte de tu vida. Las personas que aquí aparecen son muy importantes para ti. No hagas eso. —Jason me mira con una seriedad que me hace sentir lo más importante de este mundo.

—Gracias, Jay.

Coge mi mano y la besa. Me apoyo en su hombro sintiendo el calor de su cuerpo, que me reconforta cuando algo no va bien.

—Estoy preocupada por el local. Sonia se marcha y no conozco lo suficiente al fotógrafo que trabaja ahora mismo allí.

—Es tu negocio, siempre lo será.

—Lo sé, pero si ella se va y lo cierro, ya no me reportará beneficios. Y tampoco puedo venderlo, porque me costó casi un riñón y perdería mucho dinero.

Jason me acaricia la espalda.

—¿Entonces qué estás pensando? —No puedo decirle lo que me cruza por la mente porque no quiero empezar una guerra—. Livi, ¿te has quedado dormida?

Me incorporo sin saber cómo iniciar esta conversación. Él posa su mano sobre la mía, que está encima de la colcha.

—Creo que es hora de volver a casa.

—¿A casa? ¿Crees? ¿Qué me estás queriendo decir? —Aquí vienen los primeros bombardeos.

—A Madrid.

—Yo pensaba que tu hogar era yo, o eso me dijiste hace unos días. ¿Ya

has cambiado de opinión? —Se levanta. Cuando discute con alguien, necesita espacio y nada de contacto físico. Justo lo opuesto a mí.

—Y lo eres, Jay, pero es mi negocio, el que costó levantar, tú mismo lo has dicho, joder. Ahora se va Sonia y lo mando todo a la mierda. Aún tengo que pagar una hipoteca, ¿sabes?

—Yo pago lo que te falte y fin del asunto —vocifera.

—¿Perdona? ¿Eres mi chulo ahora? —Esto se está yendo de madre.

—¿Pero qué mierda dices? Se te va la olla, Livi. Mejor hablamos más tarde.

—¡No! No hay nada más que hablar. Sonia deja el estudio; yo me voy a Madrid a ver cómo puedo organizarlo todo; estoy con mi madre, a la que hace meses que no veo, por cierto. Y lo demás ya se verá...

—¿Lo demás ya se verá? ¿Lo dices en serio? —Se le ha mudado el gesto en la cara, y hasta diría que tiene los ojos medio acuosos.

—Yo ahora tengo que pensar en mis circunstancias y tengo que irme. — Llegados a este punto, no sé por qué coño no le cuento lo de mi madre. Estoy nerviosa, y cuando me pongo así, nunca hago las cosas bien.

—Estoy alucinando con todo esto, Livi, de verdad. ¡Manda cojones! Ahora te vas y borras de un plumazo meses y meses en los que hemos ido construyendo juntos una vida, y yo tengo que quedarme mirando tan contento. ¿Y qué hay de él? —Señala mi tripa—. ¿O lo que pasa es que crees que no puedo ser un buen padre?

—Vamos, Jason, ¡qué tonterías estás diciendo! No se acaba nada, solamente vuelvo a mi casa por un tiempo, ¡lo necesito, joder! —Él niega con la cabeza y maldice una y mil veces. Se dirige a la puerta y siento que me ahogo al verlo marcharse—. ¿Te vas?

—No me dejas otra opción —me contesta sin darse la vuelta—. No entiendo nada, Livi, pero estoy cansado.

Camino unos pasos hacia él, pero se aleja de la puerta.

—Jason, por favor, trata de comprenderme —le ruego en un hilo de voz.

—Déjame.

Esa palabra resuena en mi cabeza una y otra vez, sin parar. El portazo me duele como si me hubiera dado un golpe. Vuelvo a sentarme y me echo a llorar. Ha sido mucho de repente: la marcha de Sonia, el estado de mi madre, mi regreso a Madrid... ¿Acaso esperaba que me dijera que se venía conmigo? Joder, sí. «¿Y por qué no se lo has pedido? Nooo, es mejor que el orgullo se interponga y complique la situación todavía más. Me cago en todo ya...». Me

limpio las mejillas, manchadas por el llanto, y me digo que no voy a hundirme, no voy a dejar que esto lo haga.

Hay muchas cosas por las que pelear ahora mismo, pero regodearme un poquito en la pena que me invade es superior a mí.

Ya está atardeciendo y no hay mejor vista que desde la azotea del apartamento. Me llevo una manta de lana, porque siento algo de frío, y subo al bonito lugar que decoramos Anne y yo. Pusimos unos altavoces, que aún no he quitado, así que conecto mi móvil a ellos para escuchar canciones tristes y melancólicas, de las que te hacen querer arrancarte el corazón y dárselo de comer a una bestia.

*Yo sé que no importarme el pasado
que antes me mataba solo es crecer
Que nunca hemos sido dos
ya que contando el miedo sí éramos tres
Porque somos tan iguales que si tú te vas yo me voy también
El fallo es tener un problema y nunca aprender.*

El sol se pone y poco a poco la oscuridad va comiendo terreno al día. Hoy no quiero hacer nada más que desaparecer, irme a la cama e intentar dormir, aunque este pequeño necesitará comer algo antes de que eso pase. Desconecto el teléfono del altavoz y marco el número de una de las personas que últimamente me ayudan a tomar decisiones. Un tono, dos, tres...

—¿Oli?

—Hola, Elena...

ANNE

No puedo creerme que algo tan bonito haya salido de alguien tan malvado. Mi precioso ángel rubio fue la alegría que me dio la vida después de hacerme pasar un infierno. Acaricio su pelo mientras duerme tranquilamente. Todavía me tiemblan las manos al recordar aquel desagradable momento cuando volvimos a Tongatapu a despedirnos de nuestro padre. Cuando salí de aquel lugar hace cuatro años, embarazada, me prometí a mí misma que nunca jamás mi niña sufriría maltrato ninguno. ¿Quién me iba a decir que su propio padre sería el que la haría sufrir?

—¿Mami? —Keira levanta la cabeza y se sorprende al verme junto a su cama. Desde que regresamos, no he dejado de velar su sueño. Al principio ella me lo pedía; tenía miedo y necesitaba sentirme cerca. Pero ahora soy yo la que quiere estar aquí.

—Hola, mi cielo.

—¿Qué haces ahí? ¿Qué hora es? —pregunta restregándose los ojos.

—Aún es temprano, mi sol. Duérmete otro poquito, ¿sí?

Vuelve a acostarse y yo salgo de su habitación cerrando la puerta despacio.

Por las noches le leo un cuento y me quedo unos minutos aunque no esté dormida. Después, yo también me voy a la cama, pero llega el amanecer y no consigo dormir más. Me levanto y vengo a su cuarto; la veo dormida y me quedo un rato. A veces se despierta, como ahora, y otras sigue plácidamente. Jason me dice que no puedo seguir así y que tengo que descansar más. Siento escalofríos al pensar que Darel pueda acercarse a nosotras, sobre todo a mi niña. Cuando ya llevábamos unos días en el apartamento, me preguntó por aquel hombre malo que le puso el cuchillo en el cuello...

—¿Por qué hay hombres malos, mami?

Permanecí congelada mientras ella continuaba coloreando con las nuevas pinturas que Jay le había regalado.

—No todo el mundo es como el tío Jason, mi vida. Hay personas, mujeres y hombres, que son malas porque lo son, no tiene explicación. Lo que hay que hacer es alejarse mucho de ellos, ¿vale?

—¿Y mi papá por qué lo es? —Dejó de pintar y me miró con esos ojos grandes llenos de tristeza. Cerré el libro y me senté en el suelo junto a ella.

—Tu papá está malito, y por eso hace cosas feas.

—¿Y va a volver? Yo no quiero que vuelva, mami —me dijo asustada. La abracé y traté de serenarla con el calor de mi cuerpo.

—Tú no tienes que preocuparte por nada, ¿me oyes, mi cielo? De nada. Tu papá no va a volver.

Y por suerte, los niños cambian de tema cada cinco segundos y nunca me dijo nada más sobre Darel.

Una madre no soporta que sus hijos sufran, y por eso me fui lejos de mi hogar. Si hubiese llegado a quedarme allí, no sé qué habría pasado. Darel es de ese tipo de personas que no se andan con tonterías, y es capaz de todo. A la vista está cuando se atrevió a denunciar a mi hermano, el muy..., después de todo lo que me hizo a mí. Jason me recuerda muchas veces que soy joven y que tengo que rehacer mi vida, como si fuera necesario. Sé que él me quiere mucho y que daría la vida por mí. Mi hermano se siente culpable por haberme presentado al padre de Keira, pero por más que le he repetido millones de veces que las personas elegimos nuestra propia vida, no lo entiende.

Jay también me ha dicho siempre que no me meta en sus asuntos, que podría perdonármelo todo excepto eso. Si se entera de que he llamado a Darel para decirle cuatro cosas, me montaría un número. Todavía recuerdo el día: fue cuando recibí la carta en la que se notificaba que habían retirado todos los cargos contra mi hermano. Me llené de tanta rabia que cogí el teléfono y no pude reprimirme...

—¿Anne?

—Sí, soy yo. —Hice una pausa—. No puedo creer que después de todo el daño que me hiciste te hayas atrevido con Jason; eres un hijo de puta. — Por mucho que me maltratara, no me amilano, ya no. Fui a terapia, y a pesar de saber que siempre llevaré cicatrices en el alma por él, ya no podrá conmigo.

—Y poco le he hecho. —Se rio entre dientes—. ¿Cómo está mi niña? Nunca pensé que podríamos crear algo tan bonito.

—No te atrevas a hablar de ella. Mi hija es demasiado buena para ti, no te la mereces y nunca, nunca, nunca la tendrás.

—No me pongas a prueba, Annie, que voy hasta allí y os traigo a las dos de vuelta.

—Como tengas el valor de hacerlo, te juro por ella que te mato yo misma. Ya no soy la niñita que se enamoró de ti como una boba y a la que pegabas e insultabas sin descanso. Y por Keira soy capaz de todo. —Llevaba años reprimiéndome, y entonces lo solté todo. Ni siquiera le di la oportunidad de contestarme. Cuando colgué, me temblaban las manos.

Si Jason se enterase, estoy segura de que se enfadaría mucho conmigo, así que opté por no contarle nada. Quiero seguir con mi rutina diaria, pero no dejo de recibir llamadas telefónicas en las que nadie contesta, y hasta cartas amenazadoras. No sé cómo afrontarlo sola, así que he pedido ayuda a Robert, con el que he comenzado a entenderme muy bien. Mi hermano está descartado, y Olivia acabaría contándoselo; no puedo ponerla en ese compromiso.

—Hola, Rob. —Le abro la puerta y entra con su mirada de niño malo. Me da el café que me trae a diario después de llevar a la niña al cole y se sienta en un taburete de la cocina—. ¿Estás bien? Parece que vengas del *after*. —Me acomodo en la silla que hay al lado y él me enseña el dedo corazón.

—Cállate, que he tenido que ir a un evento en representación de tu querido hermanito, al que últimamente no hay quién soporte. ¿Qué coño le pasa? ¿Ya no folla con su Livi? Va a terminar conmigo.

Hace días que está irritable, es cierto, pero por más que le pregunto qué le sucede, no me habla. Únicamente gruñe, y el poco tiempo que pasa en casa se encierra en su cuarto a tocar la guitarra, juega con Keira o se aísla por las noches en la azotea.

—Pues no sé qué decirte, Robert. Intuyo que algo ha pasado porque Olivia ha desaparecido. Hace unos días bajé a su apartamento y no abrió. Cuando fui a preguntarle a Jason, me chilló que no era asunto mío, que simplemente se había ido.

Se le descuelga la mandíbula.

—No te creo. —Me encojo de hombros y bebo mi café con vainilla—. Pues como no arreglen las cosas pronto, porque supongo que se han peleado, Jay va a acabar conmigo. Llevo tres noches seguidas de evento en evento. —Se echa sobre la mesa y cierra los ojos. Sigo bebiéndome el café hasta que noto su mirada de nuevo en mí—. ¿Y a ti qué te pasa?

—No dejan de llamarme y colgar.

—¿Todavía? —Se yergue en la silla y frunce el ceño.

—Sí, aparte de las cartas que me están llegando. Cada vez que tengo que

revisar el buzón me tiemblan las manos. Estoy volviendo a sentir miedo al abrir la puerta; odio tener de nuevo esa sensación. Le dije a Darel lo que llevaba callando mucho tiempo, pero no quiero que eso se vuelva en mi contra.

Posa su mano sobre la mía, reclamando mi atención.

—Un día te quitarás esa armadura tan pesada que llevas, confiarás en la gente que está a tu alrededor y que solo quiere lo mejor para ti: ayudarte. Te comerás el mundo y serás feliz al cien por cien, pero para eso necesitas deshacerte del miedo.

—¿Deshacerme del miedo? Pensaba que huyendo lo conseguiría, y de hecho, cuando volví a verlo no tuve miedo, hasta que involucró a Keira. Entonces me di cuenta y el miedo regresó, no por mí, sino por ella. —Algo se agrieta en mi interior; debo sacarlo todo y asumir que sigo teniendo miedo.

—Es como si lo hubieras encerrado, pero no te has deshecho de él. Sé que es duro, pero por Dios, Anne, eres tan joven que mereces todo lo bueno que exista en esta puta vida.

—Gracias, Rob. —Le doy un beso en la mejilla y me abrazo a él unos segundos.

—Y por esas llamadas y mensajes, no te preocupes; solo quiere mantenerte asustada, aunque creo que deberíamos ir a la policía.

—Aún no, déjame que lo gestione a mi manera. —Me levanto y me acerco a la ventana. Robert viene hasta mí y me abraza por detrás—. Gracias por estar siempre, Robert. Confío en ti. Lo sabes, ¿verdad?

—Claro que lo sé, pero debes hacerme caso, ¿vale? —Me giro y asiento con la cabeza—. Anda, vamos a dar una vuelta antes de que duerma en tu sofá.

Me enfundo un poncho que abriga lo necesario y cojo las llaves de casa. Rob me está esperando ya en el descansillo. Decirlo siempre es más fácil que hacerlo, pero hoy es el primer día en el que la armadura comienza a resquebrajarse.

La vida pasa, sucede, cambia, nos transforma..., y la mía en los últimos tiempos ha sido demasiado transformadora. Vuelvo a estar en la casa de mi madre, en la habitación donde durante años y años soñé con ser fotógrafa y con viajar haciendo lo que más me gustaba: tomar instantáneas, capturarlas en el espacio y en el tiempo y guardarlas para siempre. Hace un par de semanas que he regresado a Madrid y aquí parece que nada haya cambiado, aunque de la Olivia que se fue hace tanto ya no quede ni rastro. Esta tarde tengo la ecografía del séptimo mes de embarazo, y mi madre está muy emocionada por acompañarme. Eso le infundirá algo de alegría, ya que no está atravesando su mejor momento.

Un mensaje me distrae de ese puente que debemos empezar a cruzar por mucho que no deseemos. Es Elena, la misma a la que llamé desde Londres cuando no sabía qué hacer...

—¿Olivia? ¿Sigues ahí?

—Sí, aquí estoy. Más jodida que otra cosa, pero estoy —dije.

—¿Le ha pasado algo al niño? ¿Estás bien?

—El bebé está perfecto, es el corazón de tu amiga el que no está muy bien.

—Joder, cómo te va el drama, Oli. ¿Qué es lo que pasa?

Inspiré y le conté todo:

—Sonia me ha llamado para decirme que deja el estudio, así que tengo que volver.

—¿No puedes contratar a alguien más para que haga sus funciones?

—Es que no es solo eso, Elena. Me ha dicho que ve a mi madre desmejorada y estoy preocupada. ¿Y si le ha pasado algo? Ya la conoces, y por no inquietarme es capaz de callarse lo peor de lo peor. —Temblé al imaginar algo horrible. Yo soy muy pesimista y siempre me pongo en lo peor de primeras, porque así lo que venga después es más fácil de encajar.

—¿Y no se te ha ocurrido llamar a Alba para que la visite?

—No es eso, Elena, joder. Cuando he hablado con Jason para que me entendiera, se ha puesto borde. Me ha dicho que él pagaba la hipoteca del local y así no tenía que volver.

—Bueno, si tiene dinero y puede permitírselo, eso que te quitas. ¿Tampoco ha entendido que estés preocupada por tu madre? —Se hizo un silencio—. ¿Oli?

—¡No se lo he dicho! Me ha cabreado tanto que no comprendiera que quería volver a casa que me lo he callado. Se ha hecho el ofendido y se ha marchado. No ha vuelto a pedirme perdón o a interesarse por mí.

—Vamos a ver, Olivia, tienes que calmarte, lo primero, y lo segundo, pensar con la cabeza. Sube tú a su casa y habla con él; razona y sé adulta.

Aunque tenía razón, me obcequé y no lo hice. Le colgué rápidamente y me puse a buscar vuelo. Al día siguiente estaba en el aeropuerto, billete en mano, sin haberme despedido siquiera de Anne ni de Keira, pero quería evitar a Jason a toda costa.

Y desde entonces, sin noticias de Jay. No volvió a buscarme, igual que yo tampoco lo busqué a él. No me ha llamado ni me ha escrito, como si se lo hubiera tragado la tierra. A veces siento la necesidad de llamar a Anne, porque ella no tiene la culpa de que su hermano sea un orgulloso de mierda.

—Cariño, ¿dónde estás?

—En la habitación, mamá. —Al poco la veo entrar con una jarra de zumo de naranja natural—. Desde que he llegado no haces más que cebarme, ¿qué pretendes? ¿Que engorde tanto que no pueda dar a luz por mí misma?

Se sienta a mi lado y me acaricia la barriga. No hace otra cosa.

—Yo solo quiero lo mejor para ti y para él.

—¿Quieres irte a la cama un ratito? Yo puedo encargarme de la comida.

Niega con la cabeza.

—No, no. Cuando coma. Mira, Oli, sé que estoy enferma, pero no me trates como si me fuera a morir mañana. Tengo una enfermedad degenerativa, pero no por ello vamos a cambiar nuestra forma de vida, ¿vale? Si no, me vas a hacer sentirme una inútil antes de tiempo, y el que me quede más o menos bien pienso disfrutarlo al máximo contigo, vida mía. Y con él. —Pasa la mano varias veces por mi tripa y el nudo que se me instala al escucharla me impide hablar. La abrazo.

He decidido quedarme a vivir con ella. Después de todo, yo vendí mi casa, y ella me va a necesitar. Llega un día en el que los hijos tenemos que devolver a nuestros padres todo lo que han hecho por nosotros, y yo estoy muy

orgullosa de poder hacerlo.

—Pues voy a ver a Alba un rato antes de que comamos. Lleva pidiéndome que nos reunamos desde que regresé.

—Y no has querido por cuidar de tu madre enferma, que parece que mañana mismo va a desaparecer. No hagas eso y sigue tratándome como siempre, te lo pido por favor.

Asiento con la cabeza; el nudo se afloja un poco.

—Volveré en un ratito, mamá. —Le doy un beso y me dirijo al parque en el que he quedado con Alba y con Sofía.

Cuando llego, están sentadas en un banco leyendo un cuento. Sonrío por poder verlas de nuevo, y en cuanto Alba me localiza y se lo dice a mi querida Sofí, esta viene corriendo hasta mí.

—¡Tía Oli! Estás gordísima. —Sincera que es la niña.

—Y tú estás preciosa.

Alba se une a nosotras y nos abrazamos; vuelve el nudo en la garganta. Jodidas hormonas del embarazo.

—Vamos a sentarnos. Sofí, juega donde mamá te vea.

La niña cabecea conforme y se aleja unos pasos, a jugar en una zona de arena donde hay columpios. Alba se balancea en uno y yo me siento en el otro sin perder de vista a la niña.

—No te imaginas la alegría que me da volver a tenerte por aquí. —Me sonrío, aliviándome un poco el peso que me he echado encima en los últimos días.

—La verdad es que estar aquí otra vez me ha llenado de energía pese a todo —digo con pena en la voz. A ella sí le he contado lo de mi madre, no como a Elena, que se casa en unos días, y prefiero ahorrarle la preocupación.

—Saldremos adelante, siempre lo hacemos. Después de todo, somos «las tres Marías» que podemos con todo. —Posa su mano en mi pierna y yo la cubro con la mía, sonriendo también.

—Lo haremos.

—Te vas a enfadar conmigo. —Retira la mano y yo la miro mosqueada, pues cuando me dice eso es que ha hecho algo que no me agrada en absoluto.

—A ver qué has hecho. —Me cruzo de brazos y ella se muerde el labio, poniéndome cara de perrito adorable.

—Se lo he contado a Elena.

—¿Que has hecho qué? ¡Pero Alba! No quería precisamente porque se casa en nada y no quiero que se agobie, ya sabes cómo es.

Y esto es la amistad: no ocultarse nada aunque sea tu deseo. En el fondo entiendo que lo hacen porque me quieren, y a mi madre también.

—Elena es muy buena sonsacando cosas —se excusa, aunque sé que es mentira. A Albita le cuesta guardar secretos. Nunca podíamos preparar una sorpresa sin que se fuera de la lengua.

—Ya hablaré con ella.

—Bueno..., ¿tienes todo listo? Mañana nos vamos a Nueva York ¡a la gran boda del año!

Aplaudo emocionada.

—Estoy deseándolo, sí, aunque parezco una vaca con el vestido que llevo.

Se ríe.

—Si te sirve de consuelo, en unos meses estaré igual que tú. —Será cabrona.

—Joder, Alba, ya podías animarme y decirme que estoy guapa o algo.

—Cariño, el embarazo te sienta genial, pero con siete meses, ¿cómo quieres estar? Pues gorda.

—No, no, ya, si es lo primero que tu hija me ha dicho al verme. No se puede negar que sea hija tuya. —Nos reímos mientras seguimos balanceándonos en esta primavera madrileña.

—Oli. —La miro—. Si te he confesado que se lo he contado a Elena es porque ella me ha mandado algo para ti. —Me entrega un sobre y se va a jugar con Sofía para dejarme sola.

Lo abro y encuentro una carta escrita del puño y letra de Elena.

Hola, Oli:

Lo primero, espero que no le hayas montado un numerito a Alba por no callarse nada, pero ya la conoces. Jamás ha sido capaz de guardar un secreto más de dos días, y la pobre está angustiada, tanto como yo. Tu madre es como si fuera de nuestra familia, tú sabes que la queremos. Y a pesar de estar preocupada, no me has estropeado para nada la boda (sé que ahora mismo piensas eso). En vez de llamarte o enviarte un mensaje, he decidido escribirte una carta, porque aparte estos días todo es caótico y apenas tengo tiempo.

Estoy deseando teneros aquí a las dos para que me deis la mano y me acompañéis al altar. Así lo he querido; a mis padres no les hizo gracia en un principio, pero tras mucho hablar, han asumido que la que se casa soy yo, y

si eso me hace feliz, adelante.

Mira la foto que te mando, es mi favorita de nosotras tres. Siempre me acompaña esa imagen que tan bien nos representa. Y también lee el poema que te adjunto, porque eso es la vida, ¿y quién mejor que tú lo sabe? Nos vemos pronto. Te adora,

Elena

*No te rindas, aún estás a tiempo
De alcanzar y comenzar de nuevo,
Aceptar tus sombras,
Enterrar tus miedos,
Liberar el lastre,
Retomar el vuelo...*

Observo la fotografía que menciona. En ella estamos las tres sonriendo a cámara. Elena en el centro, muy formalita, mientras que Alba está a su lado con la pierna izquierda estirada, y yo hago lo mismo, pero con la derecha. Alba me sujeta, pues casi me caigo por hacer el ganso. Después leo el poema y ya apenas veo por las lágrimas que se me caen. Dios, soy tan afortunada de tenerlas en mi vida...

Alba regresa con Sofi de la mano, mirándome con ternura. Me levanto y la abrazo.

—Te quiero. —Es lo único que soy capaz de decir entre tanto llanto.

—Y yo te quiero a ti.

Guardo en el bolso la carta y, de la mano de Sofía, nos vamos de este parque donde parece que el tiempo se ha detenido, volviendo a hacerme sentir en casa, con mis chicas. Como siempre he dicho, el amor verdadero no tiene por qué ser el de pareja. A veces puede existir entre mujeres que se complementan tan bien que se entienden sin palabras, solo con miradas y gestos. Ellas son mis almas gemelas, y aunque haya momentos difíciles, reproches, pena y distancia, las tres sabemos que cada una estará ahí para las otras SIEMPRE. Ese es el amor incondicional, el nuestro, el que es de verdad.

JASON

Mi madre siempre me decía que por mucho que queramos regresar en el tiempo o pararlo, es imposible, que la vida sigue su curso y debemos prestar atención a cada paso dado en el camino, porque no tendremos oportunidad de repetirlo.

Al segundo que salí del apartamento de Livi me arrepentí de haber actuado de esa forma. Esperaba que de una vez por todas ella apostara por nosotros, dejara el puto miedo a un lado y consiguiéramos mantener una jodida relación de pareja normal. Ese jodido miedo que a mí también me asfixiaba y no me dejaba pensar con claridad. Quizá lo que pasaba en el fondo era que ella no me consideraba un buen padre, o que el fantasma de su marido seguía viviendo entre nosotros, interponiéndose sin remedio. Al día siguiente bajé temprano, porque no soportaba estar así con ella, pero ya no había rastro de Livi por ninguna parte.

Desde entonces lo único que me consuela es Keira, ni siquiera su madre. Tengo trabajo acumulado: Antara me ha pedido firmar varios papeles hace días; Rob está yendo a todos los eventos a los que me comprometí a asistir, y apenas me paso por el local. Me dedico a encerrarme en la habitación, subo a la azotea con la guitarra y voy penando por donde quiera que vaya.

No se ha puesto en contacto conmigo, ni un mísero mensaje, y eso me ha destrozado todavía más.

—¿Jason? ¿Vas a salir de esa maldita habitación alguna vez? Keira y yo vamos a comer, así que si quieres unirte, ya sabes. —La voz de mi hermana se filtra a través de la puerta. Gruño algo que la haga comprender que solo quiero que me dejen en paz.

Por la tarde, me reúno con mis amigos en el local donde tocamos a veces, y ensayamos para un concierto benéfico con el que me comprometí meses atrás. La prensa, en estos últimos días, se ha interesado por mi faceta musical, así que he invitado a varios de ellos. Cuanta más repercusión, mejor.

—No tienes buena cara, chico. ¿Qué pasa? —Gwen, la dueña del local, se acerca a la barra donde estoy sentado.

—Una mala racha.

Me sirve un güisqui y yo me lo bebo como si fuera agua.

—Hace tiempo que te dura esa racha, ¿eh? —La miro y curva los labios en una sonrisa—. Sí, cariño, yo también veo las noticias. Me enteré de lo que dijo la prensa. Siento mucho lo de tu padre, por cierto. —Me pone otra bebida, que me bebo sin demora.

—Gracias, Gwen.—No has tenido una vida normal, niño, aunque algo me dice que ahora mismo tiene que ver con mal de amores, ¿me equivoco?

Niego.

—Solo quiero tocar y cantar, porque en ese momento estoy concentrado y no pienso en nada más, deja de doler.

—Por experiencia propia, sé que seguiré doliendo hasta que se resuelva del todo, pues sospecho que eso aún no ha llegado a su final. —Limpia la barra con la bayeta y se gira hacia la caja registradora. No puedo negar que lleva razón, pero no sé cómo ponerme en contacto con Livi. Aunque ya es hora de dejarse de gilipolleces y actuar como adultos. Si quiere quedarse a vivir en Madrid, que lo haga. Ya veré cómo soluciono el tema aquí. Yo puedo trabajar en otro lugar sin problema.

Vuelvo a casa ya entrada la noche. Keira estará dormida, pero Anne seguirá despierta, pues se acuesta tarde. A ella también le debo una disculpa; por algo hay que empezar.

—¿Sigues levantada?

Alza la vista del libro que tiene entre las manos y me mira con cara de muy pocos amigos.

—Creo que es obvio.

Tomo asiento cerca de ella.

—He sido un subnormal estas semanas, lo sé.

—Bueno es que lo sepas, hermanito —contesta enfadada.

—No vas a ponérmelo fácil, por lo que veo.

Cierra el libro y se cruza de brazos.

—Has sido muy desagradable, Jay, un imbécil integral que solo gruñe y tiene mal genio todo el tiempo. Entiendo que te peleaste con Oli y que ella se fue, pero los demás no tenemos por qué pagarlo, maldita sea.

—Lo sé, y lo siento mucho, Anne. ¿Me vas a perdonar? —Empiezo a hacerle cosquillas en los costados y ella se rinde.

—Pues claro que sí, tonto. ¿Para qué estamos los hermanos? —Nos abrazamos y se marcha a la cama.

Me quedo en el salón un rato antes de irme a dormir yo también. Desde que Livi no está, me cuesta conciliar el sueño y apenas descanso. Tomo el libro que mi hermana ha dejado en su lado del sofá y, cuando voy a depositarlo sobre la mesa, algo se cae de su interior.

—¿Pero qué demonios es esto? —Me encuentro un par de notas amenazadoras dirigidas a Anne. Salgo corriendo hacia su dormitorio con ellas en la mano—. ¿Qué cojones es esto?

—¿El qué? —Se queda blanca cuando le enseño las notas.

—Anne Sterling, empieza a cantar.

Veinte minutos más tarde, no doy crédito a lo que me está contando. El hijo de puta de Darel ha vuelto a molestarla y se permite el lujo de amenazarla. Como lo coja esta vez lo mato. ¡Lo mato!

—¿Por qué no me has contado nada? ¡Joder, Anne!

—¡No es que estuvieras muy receptivo, ¿sabes?! Y deja de chillar, que vas a despertar a la niña. —Tiene razón; acabo por claudicar. Me siento en su cama aún con las cartas en mi mano.

—¿Has acudido a la policía? —Niega rotundamente—. Vale, vete a dormir. —Le beso la cabeza y camino hasta la puerta.

—No irás a hacer nada, ¿verdad? Jason, piensa, por favor —ruega. Me giro y le guiño el ojo antes de marcharme.

—No te preocupes. Descansa, Anne.

Esa noche no consigo dormir mucho. Al día siguiente voy al estudio a darle a Robert los días de vacaciones que necesita y se merece. Cerramos el local sin fecha de reapertura. Ahora mismo, es lo que menos me preocupa. Acto seguido, llamo a Antara y le informo que ya le he enviado firmados los documentos que me solicitaba. Por último, hablo con mi abogado y le comunico lo de las notas amenazadoras y las llamadas que recibe mi hermana. Viene a casa inmediatamente y nos propone acudir a la comisaría más cercana para denunciarlo.

—Esta misma tarde podemos ir; quiero que Keira siga con su rutina y no se asuste. La llevamos a su clase de piano y vamos a poner la denuncia —me dice Anne. Estoy de acuerdo con ella.

—Espera, que voy un momento a comprar tabaco —le pido de camino a la comisaría.

Me mira mal, pero sin hacerle caso, entro al estanco mientras aguarda en

la puerta.

Al salir, mi hermana vuelve al ataque. Yo me llevo un cigarrillo a la boca ante su gesto de reproche.

—¿La has telefoneado? —Gruño por respuesta—. Dime la verdad.

—¿Qué más puedo decirte? Ella se quería ir a España a trabajar en su negocio sin importarle que yo me quedara aquí, y que nuestro hijo esté solo con ella. ¿Eso es lo que quiere? Perfecto, porque yo también voy a continuar con mi vida.

—¡Jason! ¿No estarás hablando en serio?

Doy una calada soltando el humo y me rasco la nariz con nerviosismo.

—No tengo fuerzas para enfrentarme a eso más. No puedo, Anne.

—¿Qué más hay ahí? —Me toca el pecho a la altura del corazón y me derrumbo.

—No me lo ha dicho, pero sé que piensa que no seré un buen padre. No tengo un referente paterno, y mi adolescencia fue terrible. Seguro que se avergüenza de mí, aparte de que el fantasma de Jesús siempre flotará entre nosotros. Ni siquiera sé si alguna vez me ha querido o si simplemente ha estado conmigo por el niño.

Mi hermana me mira entre asombrada y dolida.

—¿Cómo puedes decir eso de Oli? Vale que sufriera mucho cuando su marido murió, pero ¿no quererte? Joder, no había más que mirarla a los ojos cuando tú estabas en la habitación. Jason, no seas imbécil y déjate de tonterías. Cada uno tiene el pasado que tiene, y la gente que llega en el futuro no tiene culpa ni debe pagar por ello. No me parece que Olivia sea la clase de mujer que te castigue por eso.

Suspiro, exhalando el humo como si me quemara la piel. Tiro el cigarro y lo aplasto hasta apagarlo por completo.

—Vamos a poner la denuncia. Michael nos está esperando. —La rodeo con el brazo y caminamos hacia la comisaría a ponerle fin a la pesadilla de Darel. Ahora mismo no puedo pensar en nada más que en solucionar este problema para que mi hermana alcance la tranquilidad absoluta. No puedo pensar más en Livi, me duele demasiado hacerlo, y si pienso en nuestro hijo..., me destroza el alma.

En mi peculiar relación con la madre de mi hijo, llegó un momento en el que creí que ya estaba todo cumplido y que solo nos quedaba vivir. Por desgracia, a veces celebrar la felicidad demasiado pronto no es buena idea.

ALBA

—Maldita sea...

—¿Alba? ¿Estás bien?

Tiro de la cadena después de vomitar, como cada tarde a esta hora. Me enjuago la boca, que tiene un regusto asqueroso, y lo miro a través del espejo mientras me seco las manos.

—¿Bien? Todas las tardes estoy igual, Esteban. Vomitando todo lo que como, y ni siquiera las pastillas que me recetó la ginecóloga me alivian. ¿En qué hora me quedé embarazada?

Me abraza desde atrás.

—Bueno, pasará, mi amor.

Me separo de él, cabreada.

—Como no te pasa a ti. Joder, Esteban. Yo estaba tomando la píldora.

—Pero ya escuchaste a la doctora: a veces esas cosas pasan incluso usando el anticonceptivo.

—Si la niña no me hubiera pegado el virus, me habría hecho el efecto adecuado —me quejo, aunque es inútil, porque ya no hay remedio.

—No sabía que estabas tan molesta por este segundo bebé —me dice cabizbajo. Respiro y lo cojo de la mano para sentarme en la cama con él.

—Esteban, estuve de excedencia con Sofia. Muy alejada del trabajo, y yo estoy acostumbrada a trabajar, a mantenerme por mí misma. No soy un ama de casa de los años cincuenta que se dedica a cuidar de los hijos y espera al marido con las zapatillas y el copazo. —La bomba de Hiroshima no ocasionó tanto daño. Llevaba mucho tiempo callándome y necesitaba soltarlo de una vez.

—Yo sé cómo eres, pero pensaba que te hacía ilusión tener este niño —musita con tono apenado. Me siento fatal por hacerle sentir que no deseo a este bebé.

—Mira, cariño —me acomodo mirándolo—, el día que me enteré de que

estaba embarazada de Sofía fue un *shock* brutal, aunque momentos antes te habías despertado del coma y no fui muy consciente hasta pasados unos días.

—Pero las circunstancias eran diferentes, mi amor.

—Ya lo sé, pero sabes que el parto fue complicado, y pensar que tengo que pasar por otro que pueda ser igual me asusta bastante.

Me aprieta la mano, brindándome el apoyo que necesito.

—Lo sé, Alba, pero eso no quiere decir que vaya a suceder de nuevo.

Veo esa mirada que me enamoró al primer instante. Le sonrío y, una vez más, me doy cuenta de que Esteban tiene la capacidad de hacerme saltar sin cuerda, siempre que sea de su mano; de no sentir el vértigo al asomarme al abismo.

—Te quiero, mi pijo arrogante —le digo, recordando ese mote absurdo con el que lo bauticé desde la primera vez que lo vi—. Y a pesar de saber que se avecinan unos años bastante duros con dos niños, soy feliz de tenerte conmigo y de poder crear esta familia tan bonita que tenemos.

Esteban se une a mi sonrisa y me abraza apoyando la cabeza en mis piernas. Besa mi abdomen, todavía plano.

—Yo sí que te quiero, Albita. Nunca lo entenderé —me dice, y me sorprende.

—¿El qué?

—Por qué tardaste tanto. —Me arranca una carcajada. Unimos nuestros labios y nos besamos como se tiene que besar siempre: con toda la intensidad del mundo.

—Mamááááááááááá.

Suspiramos, separándonos al oír el grito de nuestra hija.

—Hora de arreglarse.

Asiento con la cabeza y atiendo a mi niña, que llega saltando.

—¿Pero qué demonios ha pasado? —Sofía aparece en nuestra habitación con la cara y las manos manchadas de pintura. Simplemente se encoge de hombros, y Oli llega tras ella con las manos igualmente embadurnadas de pringue—. ¿Se puede saber qué habéis estado haciendo las dos?

—Mientras vosotros os dabais el lote en esta parte de la *suite*, yo he estado entreteniendo a vuestra hijita, pero es peor que Daniel, *el Travieso*. Vigila, Albita —me suelta con todo el descaro.

—¿Quién se supone que es la adulta? —Agarro a la niña mientras miro a Olivia enfurecida.

La meto en el baño y le doy una ducha, frotando bien para que salga toda

la pintura, a pesar de sus quejas y sus gritos. Media hora más tarde, vuelve a parecer la niña preciosa de mamá.

—Dios santo, Oli. ¡Estás espectacular! —Nunca he visto a una embarazada más resplandeciente que mi amiga.

—Menos *cachondeito*, que ya sé que parezco una mesa camilla — comenta malhumorada.

—Va completamente en serio, Oli. —La tomo de la mano, obligándola a dar una vuelta sobre sí misma. El vestido granate con la espalda al aire y encaje en brazos y pecho le queda como un guante—. Tiene una caída preciosa, y deja ver parte de tus piernas, que ya sabes que siempre las he envidiado.

—*My god*. —Esteban se para en seco al verla.

—¿Ves? —Ella se ruboriza un poco y sonríe cuando le besa la mano. Sofía aparece corriendo, pues está jugando con su padre, y regaña a ambos, que ya están vestidos para la boda—. ¿Oli? Oli, ¿estás bien?

—Sí, sí, perdona, que se me ha ido el santo al cielo.

Preocupada, me acerco a ella, que se ha puesto blanca.

—No, no, no, a ti te ha pasado algo. Ven. —La llevo de la mano al sofá de la *suite* y nos sentamos—. Desembucha.

—No es naaada. Venga, no seas pesada y vístete, que no llegamos. — Trata de levantarse, pero tengo más fuerza que ella y la vuelvo a sentar.

—Sabes que conmigo no tienes problema de puntualidad. Tengo una hija de cuatro años, mi ritmo ha cambiado mucho. ¿Qué-te-pasa?

Pone los ojos en blanco y desiste.

—Solamente que cuando tu marido me ha besado la mano me ha recordado a alguien, y fin de la historia. ¿Vamos? —Vuelve a levantarse y la siento otra vez, de malas formas.

—Déjate de rollos y cuenta todo.

—Me vas a sacar el niño con tanta sentadilla, ¡bruta! —Se zafa de mi mano, tocándose el brazo como si lo hubiera apretado cual sogá.

—¿A quién te ha recordado? ¿A Jason? No mientas, a mí no puedes.

Me mira sabiendo que llevo razón. Ahora es Olivia quien busca mi mano y se aferra a ella. Oh, oh, esto es que no está bien.

—Le hice daño, y lo peor de todo es que no le expliqué prácticamente nada. Él sintió que volvía a mi casa por puro capricho, como si nada me atara a Londres, pero estaba tan cabreada que no le aclaré el verdadero motivo. Y no se ha puesto en contacto conmigo desde entonces, nada. —Suspira y se

muerde el labio.

—Quizá necesita un tiempo; hay personas que son así, y después todo vuelve a la normalidad, se calma.

—No lo sé, Alba, tampoco me quedé a comprobarlo. Sonia me preocupó mucho cuando me habló de mi madre, y ya ves cómo están las cosas...

La abrazo, porque sé que van a venir tiempos duros, mucho, y casi nos ponemos a llorar.

—Nada de lágrimas; tú ya estás divina, y yo debo aún ponerme a tu altura, aunque sea difícil.

Se limpia los ojos con cuidado para no quitarse el rímel y se ríe por mi comentario.

—Cruzaremos ese puente cuando llegue, ¿no?

Asiento con la cabeza y tiro de ella para ir juntas al dormitorio, donde me arreglo con su ayuda.

Esteban sigue jugando con la niña en el saloncito de la *suite*, pero ya he optado por no regañar más y que hagan lo que quieran. Esos minutos vistiéndome y maquillándome con Olivia son únicos. Es en esos momentos que comparto con una de ellas, si hay suerte con ambas, en los que me doy cuenta de lo mucho que las echo de menos.

Llegamos al hotel Plaza de Nueva York y, rápidamente, vemos a los padres de Elena en uno de los salones, donde tendrá lugar la ceremonia. Su madre tiene una cara de emocionada que no puede con ella, y ahí está también la madre de Oli. No quiso venir hoy a la *suite*, sino que prefirió la compañía de la madre de Elena. A veces la miro y me parece mentira que esa terrible enfermedad, que aún soy incapaz de nombrar muchas veces, esté apropiándose de su cuerpo, avasallándola y comiéndosela, dejando el cascarón de lo que fue un día.

—Elena está arriba, id con ella —nos dice su madre, y tras darle Oli un beso cómplice a la suya, vamos de la mano a ver a nuestra querida amiga.

Cuando abrimos la puerta, está poniéndose un pendiente de cara al espejo.

—Rectifico, la que está resplandeciente es Elena —musito. Ella nos ve en el reflejo, nos sonrío emocionada y se da la vuelta.

—Joder, estás tan guapa... —dice Oli entre lágrimas. Elena abre los brazos y nos fundimos las tres en un abrazo.

ELENA

—Vale, vale, vale, suficiente. —Oli se abanica la cara, donde le brotan las lágrimas, como a nosotras. No paramos de sonreír.

—¿Os lo podéis creer? Me caso, en el Plaza —susurro antes de pegar un grito descomunal que les desata una carcajada.

—Desde luego, nunca habría dicho que ibas a apuntar tan alto —suelta Alba, a la que saco la lengua.

—Joder, ¿cómo puedes estar tan preciosa? Si no eres tan guapa, coño.

Doy a Oli en el brazo y me fijo en lo bonitas que van ellas. A la embarazada número uno le sienta fenomenal su estado y brilla con luz propia, pero Albita también va preciosa.

—Vosotras no os quedáis atrás, eh. ¿Cómo van esos síntomas?

La embarazada número dos pone cara de asco y se lleva la mano al estómago.

—Bueno, podría ser peor. Mi marido podría pensar que no quiero ser madre de nuevo o que detesto este estado, aunque creo que eso ya lo ha hecho...

—Joder, Alba, te pasas.

Ella asiente.

—Sí, pero lo hemos hablado todo y, al final, ha entendido el porqué de mis recelos.

—¿No habréis echado un polvo mientras yo pintaba con vuestra hija a dos pasos? —suelta la bruta de Olivia.

—¿Sexo? Con las náuseas que tengo, estoy yo para *metesacas* —comenta Alba.

—Qué bestia, hija, se te está pegando lo de esta. —Señalo a Oli.

—Volviendo a lo de antes: estás preciosa, Elena, en serio.

El bolso diminuto de Oli suena y las tres lo miramos. Alza el dedo índice para disculparse y atiende el móvil.

—¿Sí? Ah... hola, Anne, ¿cómo estás? —A unos pasos de nosotras, mantiene una conversación con quien creo que es la hermana de Jason—. Bien, bien, hoy se casa una de mis amigas... Sí, gracias... ¿Cómo estáis Keira y tú? Ya veo... No, no sé nada de él, aunque tampoco sé si quiero... —Resopla, se está poniendo nerviosa—. Mira, Anne, no quiero involucrarte en esto... Lo sé. De acuerdo, gracias. Cuídate mucho, un beso. —Y cuelga con una mirada triste que me rompe el corazón.

—¿Oli?

Inspira y expira un par de veces, guarda el móvil en el bolso y nos mira poniendo buena cara.

—Siento la interrupción. —Se limpia el rabillo del ojo, que le empieza a gotear, y finge la mejor de sus sonrisas—. ¿Dónde estábamos? ¡Ah, sí! Diciendo que estás muy guapa con ese pedazo de vestido, Elenita.

—¿De verdad? Dios, me costó una barbaridad encontrarlo. Sin vosotras aquí no ha sido lo que yo pensaba de pequeña. Siempre imaginé que el día que me casara me ayudaríais en cada paso del camino —murmuro con un deje de melancolía en la voz.

—Yo tampoco imaginé que iría a tu boda viuda y embarazada. —Alba y yo la miramos serias, hasta que ella sonrío, aligerando un poco la tensión—. Siento ser el muermo de la fiesta.

—No digas eso. Oye, ¿y cómo estás?

—¿Tenemos tiempo? —dice Oli mirando el reloj.

—Para las amigas siempre lo hay.

—No hay novedades, Elena. Lo que te conté es lo que hay. Punto. Y ahora vamos a casarte. —Me ayudan a ponerme el tocado que llevo por velo y me ahuecan el vestido, aunque al ser de corte recto poco hay que hacer.

—Me encanta lo que quiera que sea esto de la espalda.

—Flecos, Olivia, se llaman flecos.

Ella se ríe y salimos del dormitorio.

Alba se adelanta para anunciar que estamos listas, y que así los músicos comiencen a tocar y la gente esté preparada en sus correspondientes lugares.

—Eh, Oli. Sabes que puedes hablar conmigo, da igual que sea el día de mi boda. Siempre estaré para ti, ¿vale?

Me da un tierno beso en la mejilla y me mira cómplice.

—Pregúntame en la recepción.

Alba confirma con la cabeza que es la hora. Bajamos las escaleras ante la curiosa mirada de los clientes del hotel. Las puertas de cristal se abren, y con

Oli a un lado y Alba al otro, entramos de la mano en el salón donde Eric me espera para convertirnos en marido y mujer.

La chica de la banda canta como los ángeles, y con el sonido de los violines, parece música celestial. Bueno, quizá no tanto, pero es que me caso y estoy un poco ñoña. Todo lo que dice me evoca las primeras sensaciones con Eric. Tenía tanto miedo de caer que no era capaz de lanzarme, pero entonces él me demostró que jamás permitiría que eso sucediera.

Nuestros amigos y familiares se concentran a ambos lados de la sala, de pie viéndonos llegar. Aprieto tanto las manos de las chicas que debo de estar dejándolas sin riego sanguíneo. Nunca me ha gustado ser el centro de atención, y hoy lo soy más que nunca. Voy a poner en práctica lo que me dijo Alba: concentrarme en un punto y caminar sin ver nada más. Miro al suelo, pero eso queda fatal. No, no. Alzo la cabeza y lo veo a él, sonriéndome. Ese es el punto al que miraré el resto de mis días.

—Te quiero —me dice Alba al soltarme cuando llegamos a la altura de Eric. Me besa la mejilla y yo hago lo propio dándole las gracias mientras aprieto su mano.

—Yo también te quiero —oigo a Oli al segundo. Se lo agradezco a ella también antes de que me dé otro beso.

Me giro y veo al hombre de mi vida con ese brillo especial en los ojos.

—Me gusta tu vestido nuevo —susurra en mi oído antes de comenzar.

Durante la ceremonia la música no cesa, canciones elegidas por ambos, de esas que tienen un significado especial para nosotros.

—Y antes de pasar a los votos, sus amigas tienen una sorpresa para la novia.

Miro a las dos locas, que se levantan de sus sillas y caminan hacia un extremo de la sala donde hay un piano. Dios mío, iba tan concentrada al entrar que ni lo he visto. Alba se sienta y empieza a tocar, mientras que Oli coge el micrófono.

—Alba y yo queríamos regalarle algo a nuestra amiga. Perdonadnos, pero este es un momento de las tres —la gente se ríe—, y como mi amiga sabe tocar el piano y yo canto un poquito, hemos decidido regalarles esta canción a ella y a su flamante futuro esposo. Pero sobre todo, queremos decirle que nunca la hemos visto tan hermosa como ahora mismo, y no por el vestido, que, no me negaréis, es una puñetera preciosidad —me llevo la mano a la cara tras escuchar el taco, aunque a mis invitados les hace gracia. Eric me besa el pelo sonriendo—, sino porque resplandece de pura felicidad. Elena me dijo en un

momento de mi vida muy jodido algo que me ayudó mucho. —Ahora me mira directamente—. Ella me dijo que a veces hay que recoger los pedacitos para volver a formar la pieza. Simplemente tumbarse a tu lado hasta que puedas levantarte. Me pidió tomar aire, inspirar profundamente y soltarlo. Soltarlo tan de verdad que dejara de doler. Y hoy quiero darte las gracias por ser, por estar, pero, sobre todo, por permanecer tumbada a mi lado.

Eric me tiene sujeta por la cintura y así el llanto incontrolado se sobrelleva. Sin importarme nada el protocolo (la familia de mi novio se lo toma muy en serio), voy hasta Oli. La estrecho con fuerza para devolverle lo que ella me ha dado.

—Gracias... —No puedo articular dos palabras seguidas.

Alba se nos une y la gente nos aplaude. Joder, no quería llamar la atención y ahora estamos montando el numerito de la amistad. Vuelvo a mi sitio junto a Eric para escuchar la canción, que nos emociona a los dos.

*Cuando me mires
Y el mundo entero se desvanezca
Siempre nos recordaré así...*

Pasamos la vida esperando continuamente que la felicidad nos llegue, que los sueños se cumplan, olvidando en el camino disfrutar de todo lo demás. Y cuando no nos paramos a cerrar los ojos y a vivir el instante, nosotros mismos impedimos que llegue.

Yo misma, cuando estaba con Jesús, deseé con fuerza ser madre, y no llegaba nunca. La vida me advirtió que dejara de soñar, porque no iba a ocurrir: debía ser con otra persona. Entonces pensé que era un imposible, que no se materializaría nunca. ¡Qué equivocada estaba!

Elena también creyó que la felicidad le había sido negada porque se enamoró de la persona incorrecta. Cuando Eric llegó a ella, no podía creerlo y el miedo se interpuso. Al igual que los sueños, los miedos entorpecen muchas veces alcanzar la felicidad deseada. Solo cuando se libró de él, pudo ser feliz con el hombre de su vida. La boda fue lo más emotivo que puedo recordar, aunque seguramente las hormonas me juegan malas pasadas y me parece precioso hasta un gatito maullando.

Y en cuanto a Alba, también sufrió antes de conocer a Esteban. Se encerró en sí misma y no aceptaba que otro hombre pudiera entregarlo todo por ella, hasta que su pijo arrogante la conquistó y fueron felices, aunque no todo dura eternamente. La felicidad no es eterna, sino que vivimos momentos felices. A ella le tocó pasar por un momento duro hace tres semanas.

Había transcurrido una semana del bodorrio de Elena y estábamos ya instaladas en Madrid de nuevo. Aún se me encoge el corazón al recordarlo...

—¿Esteban? ¿Sabes qué hora es?

—Oli, es Alba. Estamos en el hospital.

No necesité escuchar nada más. Me vestí apresuradamente para llegar a urgencias cuanto antes. Parecía un pollo sin cabeza, iba como loca preguntando de mostrador en mostrador hasta que oí a Esteban llamarme. Tenía los ojos rojos. Me abracé a él sin saber absolutamente nada.

—¿Y Sofía?

—Con mis padres. Sé que es tarde, pero si no te hubiera llamado, me lo habrías echado en cara, y ella te necesita. —Tragué saliva imaginando lo ocurrido—. Lo hemos perdido.

Volví a abrazarlo, tratando de consolarlo, aunque era muy difícil. Me indicó la habitación y subí.

Verla yacente sobre la cama, con el rostro aún pálido y unas ojeras de panda, más la vía por donde le suministraban un gotero, me aupó el corazón a la garganta. Toqué su brazo y emitió un gemido lastimero. Abrió poco a poco los ojos y me encontró allí.

—Ciento veintisiete días, Oli. —La miré sin comprender—. Ese es el tiempo que ha estado aquí —me dijo tocándose el vientre, plano.

—Alba...

Lloró sin parar; me senté en el borde de la cama mientras la veía romperse.

—Yo lo quería, a pesar de quejarme porque estaba saturada, era mi hijo. Te juro que lo deseaba.

—No tienes que justificarte; por supuesto que lo querías, todos lo sabemos.

—No puedo mirar a Esteban a la cara. Está todavía más destrozado que yo; él desde el primer momento lo deseaba.

Me dolía en el alma ver a mi amiga en ese estado.

—Dudo mucho que te eche la culpa de esto, pero si lo hace, se las verá conmigo.

Ella negó con la cabeza.

—Sé que no lo hace, pero quizá por mi disgusto del principio... —Inspiró para no ahogarse con el llanto—. Dios me ha castigado quitándomelo.

—No digas memeces, Albita. Son cosas que suceden en ocasiones; son dolorosas y te destrozan, pero, cariño, todo pasa. Todo. Solo necesitáis tiempo, ¿vale?

Continuó llorando sin consuelo. Esteban llegó con el médico y yo salí; aproveché para llamar a Elena y contarle lo ocurrido. Al día siguiente estaba en Madrid con Eric. Una semana después, Alba ya estaba de nuevo en casa, recibiendo el amor de su marido y su niña, así como el de la familia y sus incondicionales amigas.

—¿Puedo pasar? —preguntó Elena una mañana soleada cuando llegamos a su casa.

—Claro —dijo Esteban sonriendo, con la mano de Alba entre las suyas. Mi amiga sonreía levemente. Estaban en la azotea de su apartamento viendo a su pequeña jugar. Eric se llevó a su amigo de allí, cogieron a Sofía en brazos y nos quedamos las tres en aquel amplio espacio inundado por los rayos del sol.

—Me encanta tu voz —me dijo ella—. ¿Sabes que hay una canción que habla sobre esto?

Sabía a qué canción se refería. La miré, pidiéndole permiso, y ella asintió.

«Prometo guardarte en el fondo de mi corazón», comenzó a cantar Alba con la voz entrecortada.

*Tenía tanto que a veces maldigo mi suerte.
A veces la maldigo...
Por no seguir contigo...*

Y así acabamos cantando las tres aquella canción de Nena Daconte que hablaba de la pérdida y a la vez del amor. Al día siguiente nació mi bebé. Mi madre entró conmigo, y para ser primeriza, no estuve muchas horas en labor de parto. Quince fueron suficientes para que llegara al mundo. Mis amigas estuvieron allí a ratos, y cuando llegué a la habitación con la criatura en mi regazo, nos echamos a llorar todos como tontos.

—Qué cantidad de pelo...

—Tiene mucha grasa por todo el cuerpo...

—¡Es el niño más bonito del mundo!

—No, es una niña. No me preguntéis cómo pudieron cometer semejante error, pero es niña.

Mi madre lo confirmó riéndose y todos se sorprendieron tanto como nosotras cuando me la pusieron en el pecho.

Y así, entre lágrimas de felicidad y halagos, la habitación se llenó de luz y de absoluta alegría. Yo no podía dejar de mirarla, y muy bajito, como si estuviéramos solas y ese instante fuera solamente para nosotras, le canté:

*Lo dejan sobre ti
Te hacen llorar, te veo sonreír.
Ya sé que esto es algo que nunca
nunca jamás volveré a repetir.*

Me acerco a la luz, me alejo de ti...

Elena me mira con los ojos enrojecidos, me besa y acaricia la espalda de mi niña. Alba se nos une y también me da un beso. Yo siento plena felicidad, aunque me duele que ella no vaya a poder vivirlo otra vez en unos meses.

—Todo pasa —me dice al intuir mi pensamiento. También me ronda la cabeza lo que Jay se está perdiendo, pero aparto ese doloroso pensamiento en este estallido de felicidad.

Los días siguientes son los más bonitos, a la vez que duros, en los que me asaltan miles de dudas. Por suerte, tengo a mi lado a mi madre, que me ayuda en todo. Poco a poco la niña y yo nos vamos conociendo; me paso los días y las noches mirándola embobada y sintiendo que es increíble querer tanto a alguien, de esa manera incondicional, tan distinta a todo lo conocido anteriormente.

Una mañana, paseando a mi pequeña en el carrito, me encuentro con un rostro conocido.

—Hola, Olivia. —Desvía la vista al cochecito.

—Rosa.

La madre de Jesús se acerca para ver al bebé, se agacha y sonríe.

—Felicidades. —Me mira y no puedo evitar sentirme un poco mal porque ella perdió a su hijo. Ahora que soy madre, no puedo ni imaginarme el dolor que eso debe de suponer.

—Gracias.

Se le encharcan los ojos y yo la tomo de la mano, queriendo reconfortarla.

—Algunas veces vengo a Madrid, te parece si...

Asiento con la cabeza sin dejarla terminar.

—Me encantará. —Nos damos un abrazo y, tras mirar por última vez a la pequeña, me dedica una sonrisa sincera.

—Me alegro mucho por ti, Oli. —Se gira antes de seguir su camino—. Por cierto, ¿cómo se llama?.

—Alma.

Cuando vuelvo a casa y se lo cuento a mi madre, se sorprende a la vez que se alegra. Rosa siempre fue muy amable conmigo, y sé que para ella yo era como una hija, así que será un verdadero placer que forme parte de la vida de mi niña. Esa misma tarde llamo a Anne; a pesar de no tener noticias de Jason, ella se merece saber que ha tenido una sobrina, tan morena como su padre y con sus mismos ojos.

—¿Oli? ¡Qué alegría escucharte!

—¿Cómo estáis, Anne?

—Bueno, vamos tirando. ¿Y tú? Ya estarás a punto de dar a luz —me dice.

—Mira el móvil, acabo de enviarte una fotografía.

Hay una pausa, por lo que, imagino, estará mirándola. El grito de júbilo que me deja casi sorda me lo confirma.

—¿Pero cuándo ha sido? Si aún no estabas de nueve meses, ¿qué ha pasado? ¿Una niña? ¡Cuéntame todo! Mira, cariño —oigo que le dice a Keira, que comenta que es muy guapa.

Le explico que el parto se me adelantó y que estamos bien, adaptándonos la una a la otra. Me tengo que morder la lengua para no preguntar por su hermano, pero si él no se ha puesto en contacto conmigo, está todo más que claro.

—Me hace muy feliz, Oli, en serio. Ojalá pudiera Jason compartir esa felicidad contigo —dice apenada.

—Si no lo hace es porque no quiere —contesto malhumorada y dolida.

—¿Que no quiere?

—Todavía no me siento bien del todo y no debo ponerme peor. Él decidió abandonarnos: no volvió a buscarme, ni siquiera a llamarme...

—¿De qué demonios estás hablando? —pregunta sin entender nada.

—¿Cómo que de qué hablo? De Jason y de todo lo que ha pasado en los últimos meses, ya sabes.

—No, no sé nada. No puedo creerme que no te lo haya contado. Me prometió que lo haría, el muy...

La interrumpo. Se me está poniendo un nudo en el estómago imaginándome lo peor.

—¿De qué hablas, Anne?

—Jason atravesó una época muy mala en su adolescencia, como ya sabes. De ahí todo el tema de Darel.

—¿Y?

—Recibí hace unos meses notas amenazantes de su parte y denunciarnos ante la policía, pero no podíamos hacer mucho si no denunciábamos en nuestro país de origen. Volamos a Tonga y lo acusamos; fueron semanas muy complicadas, pero conseguimos que cumpliera una condena, aunque fuera pequeña. Después, Jason se fue al *resort* que lleva su amiga Antara para resolver unos problemas, pero me aseguró que ya había hablado contigo y que

estabas al tanto de todo. ¿Cómo ha sido capaz de mentirme?

—No puedo creerlo... Ahora sí que no hay dudas: nos abandonó. —El nudo en mi garganta obstaculiza las palabras y lloro disimuladamente.

—Oli, no quiero que pienses que lo defiende porque es mi hermano mayor, pero Jason tiene mucho miedo. Aparte del tema de Darel, conseguí sonsacarle qué lo estaba atormentando.

—¿Cómo? —Joder, esto parece una película policíaca—. ¿Hay más?

—Al día siguiente de irte, se convirtió en una persona hermética que solo gruñía y estaba continuamente de mal humor. Al tiempo, me contó que tenía miedo a que no confiaras en que puede ser un buen padre, a que su pasado fuera tan dañino que no pudierais superarlo, y a que el fantasma de tu marido siempre viviera entre vosotros. Como si nunca lo hubieras querido de verdad, sino que hubiera sido un clavo al que te agarraste hasta que saliste a flote.

—¿Pero qué coño estás diciendo? ¿Cómo voy a pensar eso, a sentir eso? No me puedo creer que todo eso pase por su cabeza, Anne. —De golpe mi vida da un giro tan brusco que todo lo que creía cierto no lo es. Jay no me ha dejado porque no me quiera: me ha apartado a un lado porque él también tiene miedo.

—Olivia, tráelo de vuelta a casa.

JASON

—¿Qué estás haciendo, Jason? —Antara me aborda a primera hora de la mañana y empieza, como cada día, a echarme el sermón, sin paños calientes.

—Pues terminar de desayunar antes de dar un paseo y subirme a unas olas más tarde, ¿te animas?

—Deja de decir estupideces y haz la maleta, coge un avión y vete a conocer a tu hija de una vez, por Dios santo.

Suspiro al recordar la fotografía que Anne me envió hace unos días. Lo que creíamos que era un niño resultó ser una niña, y debo decir que es la más bonita del mundo.

—No puedo hacerlo, ahora ya no.

—Jason, ¿crees que Livi no te va a perdonar la actitud de mierda que has tenido? Mira, cariño, he hablado con Anne, y esa mujer, la madre de tu hija, te quiere. No importa nada más, sé valiente. —Hace una pausa—. ¿Qué vas a hacer?

—Seguir con esta cicatriz que dolerá el resto de mi vida.

—Joder, Jason, ni que se hubiera muerto. Solo tienes que asumir que cometiste un error al huir y que estás asustado. Habla con ella, al menos necesita una explicación.

Me levanto y pongo en marcha la camioneta que me lleva hasta la playa, donde cada día hago surf. Me ayuda a relajarme, como tocar la guitarra y cantar. Entre semana, a estas horas, no suele haber mucha gente, es una zona muy tranquila.

En el coche llevo sintonizada una emisora local, donde una banda de la zona canta una canción tradicional. Hacía años que no volvía a sentirme en casa, en este lugar tan apacible y bonito con los colores azulados y blancos de la arena fina. Aparco cerca de la playa y aguardo en el coche mirando la foto de mi hija y la de su madre. Media hora después, la playa se va llenando de gente.

Cojo la tabla y termino de ponerme el traje de neopreno. Camino por la arena y, antes de meterme en el agua, me siento a meditar un rato. Mi abuela me enseñó a hacerlo: a ella la ayudaba a calmarse, y a lo largo de mi vida me ha servido de mucho. Siempre que estoy nervioso o alterado, lo practico.

Antara lleva razón: tengo tanto miedo que no me deja pensar con claridad. Joder, debí haber ido a buscarla hace meses, estar con ella en la recta final del embarazo, tomar su mano en el parto y verla llorar de felicidad cuando nació nuestra hija.

—¿Por qué tanto miedo? —No puede ser. La mente ya me juega malas pasadas y creo oír la voz de Livi. Una sombra se proyecta a mi lado, y al elevar la vista, veo que es ella.

—Livi...

Va descalza, con un vestido blanco por los tobillos y flores en el pelo. Se sienta a mi lado, las rodillas en el pecho, mirando al océano.

—Este lugar parece el paraíso.

No puedo creerme que esté aquí.

—Debería pellizcarme para corroborar que esto es real y no uno de mis sueños.

Me pellizca el brazo obedeciendo mis deseos.

—¡Auch! Vale, vale, no lo es.

No me sonrío. Nos quedamos en silencio un rato y me fijo en que la sonrisa que pintaba siempre su cara ya no está.

—Así que aquí es donde te has estado escondiendo —murmura sin apartar la vista de las aguas azuladas.

—¿Qué haces aquí, Livi?

—Venir a preguntarte por qué te escondes; nunca pensé que fueras de los que huyen. —Primer puñado de sal a la herida.

—Me comporté de la peor manera, no estuve a la altura ni he estado a tu lado cuando más me has necesitado.

—Eso ya no tiene remedio. Ojalá tuviéramos el *giratiempo* de Hermione, pero es pura fantasía. —Me río por lo bajito ante su referencia a *Harry Potter* —. Ahora dime, ¿sigues teniendo miedo?

—Livi, yo... —Y entonces me mira.

—No puedo creer que dudarás de mi amor, que pensaras que Jesús o tu pasado se interponían entre los dos. ¡Joder, Jason! A veces pareces lelo.

—Entiendo que estés enfadada...

—Enfadada no, estoy dolida, porque parece que no me conoces, que no ha

significado nada el tiempo que hemos compartido, como si solo hubiéramos estado juntos por la niña. —El dolor se refleja en sus ojos.

—El miedo es lo puto peor —musito.

—Lo es, pero no puedes vivir con él, porque acaba matándolo todo. ¿De verdad crees que mi marido flota entre nosotros? Mira, Jay, él fue una persona muy importante en mi vida, en un momento dado lo elegí a él y fui inmensamente feliz a su lado, pero desapareció. Pasé un infierno aceptando que se había marchado para siempre, hasta que lo asumí y continué viviendo. Entonces te elegí a ti para seguir siendo feliz; me lo merecía, ¿no? —Asiento—. No me ha importado jamás que vivieras una adolescencia compleja, pues estamos hechos de nuestras experiencias, malas y buenas. ¿Pero que creas que pienso que serás mal padre? ¿Tú te has visto con Keira? ¡Por Dios, nunca he tenido ninguna duda!

—Sé que he sido un idiota, y entenderé que no quieras volver a mi lado, pero iré adonde haya que ir para estar con la niña. Espero que eso me lo concedas. —No me atrevo a mirarla a la cara. Suspira y me da un golpe en el brazo—. ¡Auch! ¿Pero qué te pasa?

—No sé si es que eres rematadamente imbécil o que te ha dado mucho el sol. ¿Tú crees que he cruzado medio mundo y he dejado a mi precioso bebé con su abuela para no estar contigo? Jason, tenemos que aclarar muchas cosas, pero, mi amor, yo te quiero por encima de todo, ¿lo entiendes?

—Livi...

—Déjate de «Livi» y atiéndeme: ¿por qué haces esto?

—Porque te quiero, maldita sea, te quiero, y me da tanto miedo que un día me dejes que no puedo vivir con él —exploto. Ella me coge de la mano, mirando al mar, y prosigue:

—Jason, la vida pasa, los años se suceden, y si nos anclamos sin realmente vivirlos nos perdemos su esencia. Yo fui feliz una vez, después me hundí en un agujero. Hasta que volví a ser feliz, a sentir alegría, gracias a ti. Tú aportas sentido a mi vida, le das color y enciendes las luces. —Hace una pausa; yo tengo el corazón desbocado. Se me empañan los ojos y me cuesta respirar—. Además, imagino que ese nuevo tatuaje de tu brazo es por mí.

Sonríó al pasar las yemas de los dedos por él, pues lleva razón.

—«La parte de ti que soy yo nunca morirá». —A ella se le encienden los ojos—. Te quiero más que a mi propia vida, Livi.

Acaricia mi mejilla y vuelve la sonrisa a su rostro, iluminando mi día, que lleva nublado meses. Se acerca más a mí, poniéndose de rodillas sobre la

blanca arena, y me besa lenta y profundamente.

—Te quiero, galletita.

—Te quiero, mi amor. Las flores del pelo te quedan genial, estás guapísima —comento, como si la alegría me hubiera inundando de repente. Soy feliz, el miedo se va disipando con ella entre mis brazos.

—Levanta, tienes que quitarte ese traje y ponerte tan guapo como yo. — Me guiña el ojo, como cientos de veces he hecho yo.

—No te entiendo.

—Vamos, que no tenemos todo el día.

Nos damos la vuelta y veo que Antara me trae una camisa blanca y un pantalón del mismo color. Miro a Livi, que me sonrío, y el sonido de una caracola nos distrae. Varios amigos llegan, también vestidos de blanco, con un arco de flores, y cuando veo al juez de paz lo comprendo todo.

—Pero si no te he pedido nada. —Es lo único que me sale.

—Ponte eso, mi amor, te estaré esperando en la orilla. —Camina en dirección al juez y los invitados. Antara me cede la ropa; vuelvo al coche a dejar la tabla y a quitarme el neopreno.

—No sabes la suerte que tienes, esa mujer es increíble —aprueba mi amiga. Yo apenas puedo contener la emoción. Asiento y le doy un abrazo, agradecido.

Me acompaña hasta el altar improvisado, donde me espera Livi. Me ofrece la mano y yo la entrelazo con la mía. La ceremonia comienza con cánticos del Pacífico de fondo. Livi sonrío, plenamente, como si emanara felicidad por cada poro de su piel. Antara nos da los anillos; nos los ponemos, pero no necesitamos intercambiar votos. Minutos antes ha quedado todo claro, nos hemos dicho todo, nos hemos mirado y ya no hay dudas, miedos o necesidad de hablar más.

—¿Por qué lloras? —Le seco las lágrimas que ruedan por sus mejillas antes de darle el beso que selle nuestra unión.

—Porque soy feliz, Jay. Hubo un tiempo en el que pensé que no volvería a serlo —responde emocionada.

—Entonces yo también voy a llorar. —La beso y mis amigos nos aplauden —. *Mau loa*.

—Para siempre —contesta ella en su idioma.

Epílogo

Cuesta imaginar que un gran dolor pueda traerte el mejor de los regalos: un amor incondicional, visceral, completamente diferente a ese sentimiento que siempre has conocido. Nos repiten hasta la saciedad que solamente encontramos un amor enorme, maravilloso y auténtico una vez en la vida. Yo lo hallé dos veces: uno se fue demasiado pronto, y el segundo vino a traerme lo mejor de mi existencia, a Alma.

La mezo en mis brazos observando cómo se va quedando dormida. Miro por la ventana y contemplo el inmenso océano que cada día nos saluda. Después de aquella boda exprés en la ciudad natal de Jason, regresamos a Madrid. Le conté lo de la enfermedad de mi madre y me abrazó mientras yo lloraba. Me prometió estar siempre para ella, para mí, y desde que se conocieron la relación marcha fenomenal. Él viaja de vez en cuando a Londres por su negocio, y yo terminé alquilando el estudio al fotógrafo que se encargó de todo cuando me fui.

Alba y Elena no pueden perdonarme que me casara sin ellas, pero les dije que ya me conocen y saben que siempre he actuado a lo loco, sin reflexionar mucho. Fui hasta Tonga a por Jason, a quitarle tonterías de la cabeza y a asegurarle que lo quería con toda mi alma. Anne también se molestó por no haber podido estar presente en la boda, así que hoy hemos decidido celebrar una fiesta para todos ellos. Estamos en la casa de los abuelos de Jay, y en la playa que tenemos enfrente vamos a llevar a cabo una ceremonia maorí.

—¿Oli? —Mis amigas entran con sus vestidos blancos y una flor en el pelo.

—Estáis guapísimas.

Miran a mi pequeña y nos abrazamos con cuidado.

—¿Lista? —asiento, y Elena toma en brazos a Alma. Alba me ayuda a ponerme las flores en el pelo y me entrega el ramo de buganvillas rosas que llevaré. Salen del cuarto con la niña después de que les dé un beso.

Me miro en el espejo, permitiéndome pensar en todo lo que me ha

deparado la vida hasta ahora. Durante una época olvidé lo que era vivir. Volví a aprenderlo de la mano de Jason. Aprendí a ser feliz otra vez, asumiendo que la felicidad se encuentra en los pequeños detalles, en el presente. Rozo la alianza que me puso en el dedo una mañana soleada en una playa y tiemblo al recordar todo lo que ese hombre me hace sentir.

Hay días en los que la cicatriz palpita un poco más que otros; entonces abro los ojos, veo a mi hija y a Jason, y el latido pierde fuerza. Nunca dejaré de estar ahí, pero voy aprendiendo a vivir con ella, y todo lo que dejé atrás me recuerda que debo vivir en el ahora y dejar en su lugar el pasado y el incierto futuro.

Suspiro y me dirijo a la playa, donde mis amigas, mi madre, Anne, los amigos de Jason... nos esperan. Camino hundiendo los pies en la arena, observando a todos los aquí presentes. Recorro el pasillo como si fuera a cámara lenta. Sonrisas, lágrimas de felicidad y guiños me acompañan en el camino. Llego hasta Jason, coge mis manos y, antes de comenzar, me dice las palabras que siempre vibran en mi corazón al pronunciarlas:

—*Aroha ahau ki a koe.*

FIN

Nota de la autora

Canciones:

- *Dancing queen*, grupo musical ABBA, año 1976. Discográfica Universal Music.
- *I'll never love again*, artista Lady Gaga, año 2018. Discográfica Interscope Records.
- *Love of my life*, grupo musical Queen, año 1975. Discográfica EMI.
- *Don't stop me now*, grupo musical Queen, año 1979. Discográfica EMI.
- *This is me*, artista Keala Settle, año 2017. Musical "El gran showman".
- *You belong*, artista Rachel Platten, año 2018. Discográfica Columbia Records.
- *Love someone*, artista Luke Graham. Año 2018. Discográfica Copenhagen Records.
- *Say you won't let go*, artista James Arthur. Año 2016. Discográfica Columbia Records.
- *Tenía tanto que darte*, grupo musical Nena Daconte. Año 2008. Discográfica Universal Music Spain.
- *Respiras y yo*, artista Kesia. Año 2012. Discográfica Temps Records.
- *Lo siento*, artista Beret. Año 2018. Discográfica Warner Music Spain.

- *Always remember us this way*, artista Lady Gaga, año 2018. Discográfica Interscope Records.

Obras literarias:

- *El camino de las lágrimas*. Jorge Bucay. Editorial DeBOLS!LLO. (2005)
- Poema *No te rindas*. Atribuido a Mario Benedetti.
- Poema *Cuando haya muerto, llórame tan solo*. Atribuido a William Shakespeare.
- *Cazadores de sombras. Los orígenes*, autor Cassandra Clare. Editorial Destino. (2010)

Agradecimientos

Y una vez más estoy delante de la hoja en blanco sin saber muy bien cómo expresar mi agradecimiento, por lo que creo que ser breve es lo mejor.

Gracias por confiar en estas tres amigas un día y por querer conocer la historia de cada una por separado.

Gracias por esperar una nueva historia, recibirla con los brazos abiertos, mimarla y cuidarla tanto como yo.

Gracias por el apoyo eterno, por los comentarios por redes sociales, las conversaciones, los mensajes privados, el cariño, el calorcito que siento a través de la pantalla y por estar siempre a mi lado.

Gracias a ti, seas quien seas, porque sin ti nada de esto sería posible.

Y gracias en especial a las inspiradoras de esta serie, mi hermana Susana y mi amiga Eva, porque sin ellas *Las Tres Marías* jamás habrían existido.